"Un thriller angustioso y apasionante de una novela especulativa con las características de lo mejor de la ciencia." Booklist

Robert C. Wilson

Testigos de las estrellas

Ganadora del premio

Aurora

New York Times notable book of the Year

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

En Blind Lake, una gran instalación federal de investigación, los científicos están empleando una tecnología que apenas comprenden para observar la vida diaria en una ciudad de alienígenas, moradores de un lejano planeta. No son capaces de contactar con ellos, ni comprenden su lengua. Lo único que pueden hacer es observar.

Sin previo aviso, se impone un cordón militar alrededor de Blind Lake. Todas las comunicaciones quedan cortadas. La comida y demás suministros son entregados por control remoto. Nadie conoce el motivo, aunque los científicos siguen con sus investigaciones. Hasta que uno de ellos llega a la conclusión de que aquellos seres, aunque parezca imposible, son conscientes de la observación del proyecto.

- Robert Charles Wilson
  - PRIMERA PARTE
    - 1
    - 2
    - 3
    - 4
    - 5
    - 6
    - 7
    - 8
    - 9
  - SEGUNDA PARTE
    - 10
    - 11
    - 12
    - 13
    - 14
    - 15
    - 16
  - TERCERA PARTE
    - 17
    - 18
    - 19
    - 20
    - 21
    - 22
    - 23
    - 24
    - 25

- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33
- 34
- 35
- 36
- 37

CUARTA PARTE

- 38

Robert Charles Wilson
Testigos de las estrellas

PRIMERA PARTE
La nueva astronomía

«Los telescopios de poder incomparable le revelaban las ignotas profundidades del cosmos sobre espejos pulidos de mercurio flotante. Los mundos muertos de Sirio, los mundos a medio formar de Arcturus, los ricos pero inanimados mundos girando alrededor de las gigantescas Antares y Betelgeuse. Esos eran los mundos que el a estudiaba sin ninguna utilidad».

—POLTON CROSS,

Alas a través del cosmos, 1938.

1

Podría acabar en cualquier momento.

Chris Carmody se giró hacia la parte más cálida de una cama que no le era familiar. Se trataba de una pequeña depresión en las sábanas de algodón donde alguien había yacido hasta hacía poco. Alguien. Su nombre se le escapaba, todavía perdido entre capas de sueño. Pero él deseaba ardientemente el calor de aquel a reciente presencia, de la responsable de aquel calor que no desaparecía. Dibujó un rostro, benevolente, sonriente y levemente estrábico. Se preguntó a dónde había ido.

Había pasado bastante tiempo desde que había compartido la cama con alguien más. Era curioso cómo lo que más le gustaba, más que cualquier otra cosa, era el calor que la otra persona dejaba entre las sábanas. Aquel espacio en el que él entraba en su ausencia.

Podría acabar en cualquier momento. ¿Había soñado él aquellas palabras? No. Las había escrito en su libro de notas hacía tres semanas, transcribiendo un comentario de un estudiante licenciado con el que se había encontrado en la cafetería de Crossbank, a medio continente de distancia.

—Estamos haciendo un trabajo fascinante, y flota en el ambiente una sensación de apresuramiento, porque sabemos que podría acabar en cualquier momento…

A su pesar, abrió los ojos. Al otro lado del pequeño dormitorio, la mujer con la que había dormido luchaba consigo misma mientras se ponía un par de pantalones ceñidos. Sintió su mirada y le sonrió con cautela.

—Eh, guapo —le dijo el a—, no es por meterte prisa, pero ¿no decías que tenías una cita no sé dónde?

El recuerdo finalmente lo alcanzó. Su nombre era Lacy. Sin información añadida sobre el apellido. Era camarera en el Denny. Su cabello era largo y pelirrojo, peinado a la moda, y era al menos diez años más joven que Chris. Ella había leído su libro. O eso decía. O al menos había oído hablar de él. Tenía un ojo vago, lo que le daba una apariencia de constante abstracción. Mientras él se frotaba los ojos para despertarse, el a se puso un vestido sin mangas sobre sus hombros pecosos.

Lacy no era muy buena como ama de casa. Pudo observar varias manchas de moscas aplastadas contra el alféizar de la ventana. El espejo para el maquil aje reposaba todavía en la mesa de al lado, donde ella había preparado unas finísimas y precisas rayas de cocaína. Un billete de cincuenta dólares descansaba sobre la alfombra al lado de la cama, tan firmemente enrollado que parecía una hoja de palma

en ciernes o algún extraño insecto-palo con una mohosa mancha de sangre seca en un extremo.

El otoño estaba recién empezado y todavía hacía calor en Constance, Minnesota. Un aire balsámico agitaba las cortinas diáfanas. Chris saboreó la sensación de encontrarse en un sitio donde no había estado jamás y al cual con toda probabilidad no iba a regresar.

—Te diriges a Blind Lake, ¿no es cierto?

Él recogió su reloj de una pila de revistas *People* de la mesilla de noche. Disponía de una hora si no quería perder el transporte.

—Me dirijo a Blind Lake. —Se preguntó cuánto le había contado a la mujer la noche anterior.

—¿Te apetece desayunar?

—Creo que no tengo tiempo.

Ella pareció aliviada al oír aquello.

—Eso está bien. Conocerte ha sido fenomenal. Conozco a mucha gente que trabaja en Blind Lake, pero la mayoría es parte del personal de apoyo o proveedores. Nunca me había encontrado con alguien que fuera del núcleo duro.

—No soy del núcleo duro. Solo soy un periodista.

—No te infravalores.

—Yo también me lo he pasado muy bien.

—Eres muy dulce —dijo el a—. ¿Quieres ducharte? Yo ya he acabado en el baño.

La presión del agua era demasiado débil y se encontró con una cucaracha muerta en la bandeja del jabón, pero la ducha le dio tiempo para ajustar sus expectativas. Para poner en pie lo que quedara de su orgullo profesional. Tomó prestada una cuchilla rosa para depilarse las piernas y se afeitó la imagen fantasmal que veía reflejada en el espejo. Ya estaba vestido y en la puerta cuando el a empezaba con el desayuno: huevos y zumo, en la diminuta cocina del apartamento. Trabajaba de noche; las mañanas y las tardes eran su tiempo de ocio. Un pequeño panel de televisión en la mesa de la cocina proyectaba un culebrón a medio volumen. Lacy se levantó y lo abrazó. Su cabeza le l egaba a la altura del pecho. En aquel suave abrazo descansaba el reconocimiento de que ninguno de los dos significaba esencialmente nada para el otro, nada más que el capricho de una noche irreflexivamente consentido.

—Cuéntame qué tal te va si vuelves por aquí —dijo el a.

Él se lo prometió cortésmente. Pero no iba a volver por allí.

Fue a recoger su equipaje al Marriot, donde el *Visions East* le había reservado una habitación con buen criterio (pero innecesariamente) y se encontró con Elaine Coster y Sebastian Vogel en el vestíbulo.

—Llegas tarde —le dijo Elaine.

Echó un vistazo al reloj.

—No por mucho.

—¿Crees que se te caerían los anillo si fueras puntual al menos por una vez?

—La puntualidad es el ladrón del tiempo, Elaine.

—¿Quién dice eso?

—Oscar Wilde.

—Oh, ese sí que es un buen modelo para ti.

Elaine tenía cuarenta y nueve años y una ropa safari inmaculada, una cámara digital atada al bolsillo de su pecho izquierdo y un auricular colgando del brazo izquierdo de sus gafas de sol con incrustaciones de circonio, como si fuera un pelo rebelde. La expresión de su rostro era severa. Elaine era una periodista científica casi veinte años mayor que Chris, muy respetada en su campo, donde él mismo era últimamente considerado con cierto desdén. A él le gustaba Elaine y su trabajo era sobresaliente, y por eso le perdonaba su tendencia a comportarse con él como se comporta una maestra en la escuela con el niño alborotador.

Sebastian Vogel, el tercer miembro de la fuerza expedicionaria del *Visions East,* permanecía en silencio unos pocos pasos atrás. Sebastian no era verdaderamente un periodista; era un profesor jubilado de Teología de la Universidad de Wesleyan que había escrito uno de esos libros que se convierten inexplicablemente en un *best seller*. El libro se titulaba *Dios & el vacío cuántico.* Chris sospechaba que era aquel «&» en lugar del convencional «y», el que lo había puesto aceptablemente a la última, elípticamente a la moda. La revista había querido el toque espiritual de la Nueva Astronomía para complementar el tono científico riguroso de Elaine y el de Chris, también conocido como «lado humano». Pero Sebastian, que quizás fuera brillante, era también extraordinariamente parco en palabras. Tenía una barba que oscurecía su boca y que Chris consideraba emblemática: las palabras que encontraban la forma de salir eran escasas y por lo general difíciles de interpretar.

—La camioneta —señaló Elaine— l eva esperando diez minutos.

La camioneta de Blind Lake, quería decir, con un joven funcionario chico-de-los- recados al volante, con un codo apoyado en la ventanilla abierta y expresión de no descansar lo suficiente. Chris asintió en silencio, echó su equipaje en la parte trasera de la camioneta y se sentó detrás de Elaine y Sebastian.

Era pasada la una de la tarde, pero sintió una ola de cansancio que se apoderaba de él. Algo que tenía que ver con la luz del sol de septiembre. O con los excesos de la noche anterior. La cocaína, aunque la había pagado él, había sido idea de Lacy, no suya. Él había

compartido un par de rayas por camaradería, más que suficiente para mantenerlo despierto hasta casi el amanecer. Cerró los párpados brevemente, pero se negó el placer de echarse a dormir. Quería ver la ciudad de Constance a la luz del día. Habían llegado la noche anterior y todo lo que había visto de la ciudad era el Denny, más tarde un bar donde la banda del local tocaba canciones que pedía el público, y después el interior del apartamento de Lacy.

La ciudad había hecho lo posible para reinventarse a sí misma como punto de destino turístico. La base de investigación de Blind Lake estaba cerrada al público a pesar de lo famosa que se había hecho. Los curiosos se tenían que conformar con aquel viejo granero y aquel chamizo con jardín que era Constance, que servía como ciudad dormitorio para los empleados civiles de Blind Lake, y donde el nuevo Marriot y el más nuevo Hilton alojaban ocasionalmente congresos científicos o ruedas de prensa.

La calle principal se había engalanado para Blind Lake con más entusiasmo que buen gusto. Los dos edificios comerciales de ladrillo de dos plantas parecían datar de mediados del siglo pasado; eran de ladril o amarillo argamasado con arcil a del lecho del río local, y podrían haber resultado incluso bonitos si no hubiese sido por aquel afán exagerado de espíritu vendedor que se había apoderado de el os. El tema de la *langosta* estaba inevitablemente en todas partes. Langostas de felpa para niños, recortables de *langostas* para poner en las ventanas, pañuelos de cócteles de *langosta, langostas* de cerámica para el jardín…

Elaine siguió su mirada y adivinó su línea de pensamiento.

—Deberías haber cenado en el Marriott puta sopa de *langosta* —dijo.

Él se encogió de hombros.

—Tan solo es gente que intenta ganarse el pan con el sudor de la frente, sacando adelante a sus familias.

—Ganando el pan gracias a la ignorancia. No entiendo todo este asunto de las *langostas.* No se parecen a *langostas* para nada. No tienen exoesqueleto y Dios sabe que no tienen un océano en el que nadar.

—La gente tiene que ponerles algún nombre.

—La gente quizás tenga que ponerles un nombre, pero ¿tienen que emborronar corbatas con él?

El trabajo de Blind Lake había sido indudablemente vulgarizado de forma masiva. Pero lo que molestaba a Elaine, o eso pensaba Chris, era la sospecha de que, en algún lugar entre las estrellas más cercanas, estuviera sucediendo algún tipo de acto recíproco similar. Caricaturas plásticas de seres humanos con la boca abierta detrás de ventanas acristaladas bajo un sol alienígena. Su propio rostro, quizás, impreso en una jarra como *souvenir,* en la cual inimaginables criaturas bebían

líquidos misteriosos.

La camioneta era un vehículo polvoriento de color azul eléctrico que habían enviado desde Blind Lake. El conductor parecía no querer hablar pero quizás estuviera prestando atención a la conversación, pensó Chris, tratando de deducir sus «intenciones encubiertas». El departamento de relaciones públicas haciendo un poco de trabajo encubierto. La conversación resultaba por eso mismo un tanto artificial. Salieron de la ciudad por la interestatal y se desviaron en silencio hacia una carretera de doble carril. Entonces, a pesar de la ausencia de letreros obvios más al á de aquel «CARRETERA PRIVADA, PROPIEDAD DEL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS Y DEL MINISTERIO DE ENERGÍA», ya se hallaban en territorio privilegiado. Cualquier vehículo no autorizado habría sido detenido en el primero de los puestos de control (oculto) que había cada quinientos metros. La carretera estaba bajo vigilancia constante, tanto visual como electrónica. Recordó algo que Lacy le había comentado: en Blind Lake, incluso los coyotes llevaban pases.

Chris volvió la cabeza hacia la ventanilla y observó el paisaje. Los campos de cultivo dieron paso a una l anura abierta y a una pradera salpicada de flores salvajes. Un país seco, pero no desértico. La noche anterior, una tormenta había retumbado por toda la ciudad mientras Chris se refugiaba con Lacy en su apartamento. La lluvia había barrido las calles, limpiándolas de rastros combustibles y atascando los desagües con periódicos empapados y maleza, provocando un tardío espectáculo de color en la pradera.

Un par de años atrás un rayo había iniciado un incendio que estuvo a quinientos metros de alcanzar Blind Lake. Se habían traído bomberos desde Montana, Idaho y Alberta. Todo aquello había quedado muy fotogénico en las noticias (y enfatizaba la fragilidad de la recién llegada Nueva Astronomía), pero el riesgo del complejo nunca había sido muy grande. Era simplemente otra excusa, murmuraban entre dientes los científicos en Crossbank, para que Blind Lake acaparara los titulares una vez más. Blind Lake era la hermana pequeña con *glamour* de Crossbank, siempre dispuesta a la vanidad, hipnotizada por los *paparazzi*…

Pero cualquier evidencia del incendio había sido eliminada por dos veranos y dos inviernos. Por hierba silvestre, ortigas y aquel as pequeñas flores azules cuyo nombre Chris no podía recordar. Por el envidiable talento de la naturaleza para olvidar.

Ellos habían empezado en Crossbank, porque se suponía que Crossbank les iba a resultar más fácil.

La instalación de Crossbank estaba dedicada a un mundo biológicamente activo en la órbita de $HR88_{32}$. Era el segundo planeta

de aquel sol, dependiendo de cómo denominara uno al anillo de cuerpos celestes que giraba entre los dos primeros planetas alrededor de la estrella. El planeta tenía un núcleo de hierro, un cuerpo rocoso con 1,4 veces la masa de la Tierra y una atmósfera relativamente rica en oxígeno y nitrógeno. Los dos polos eran aglutinaciones gélidas de agua helada que podían alcanzar ocasionalmente temperaturas tan bajas como para congelar CO_2, pero las regiones ecuatorianas eran cálidas, océanos poco profundos sobre placas continentales ricas en vida.

Aquel a forma de vida simplemente no tenía *glamour*. Era multicelular pero puramente fotosintética. La evolución en $HR88_{32}$/B parecía haber pasado por alto el desarrol o de la mitocondria, necesario para la vida animal. Lo que no significaba que el paisaje no fuera a menudo espectacular, particularmente las enormes colonias en forma de estromatolito de bacterias fotosintéticas que se alzaban, alcanzando una altura de dos o tres pisos sobre la superficie del mar verde; o la simetría quíntupla de las bautizadas como estrel as de coral, ancladas en los lechos marinos y flotando medio sumergidas en aguas abiertas.

Era un exquisito y maravilloso mundo que había conseguido suscitar una gran expectación cuando Crossbank era la única instalación de su clase. Los mares equinocciales tenían, de media, puestas de sol cada 47,4 horas terrestres, a menudo con enormes nubes que ondulaban mucho más alto que ninguna otra sobre la Tierra, castil os de nubes como extraídos de anuncios de bicicletas victorianas. Las pantal as de plasma, como ventanas decorativas con programas de aquel paisaje ajustado al ciclo terrestre de veinticuatro horas, habían sido tremendamente populares durante años.

Un mundo precioso, y que había facilitado grandes cantidades de información sobre la evolución planetaria y biológica. Todavía continuaba proporcionando datos extraordinariamente útiles. Pero era estático. Nada se movía demasiado en el segundo mundo de $HR88_{32}$. Tan solo el viento, el agua y la l uvia.

Eventualmente se le llegó a conocer como «el planeta donde nunca pasa nada», una frase acuñada por un columnista del *Chicago Tribune* que consideraba a toda la Nueva Astronomía como una fuente más de conocimiento, llamativa pero inútil, a cargo de los presupuestos federales. Crossbank había aprendido a ser cauto con los periodistas. *Visions East* había negociado largo y tendido para obtener una semana de convivencia en el Crossbank para Chris, Elaine y Sebastian. No hubo ninguna garantía de cooperación, y probablemente había sido únicamente la sólida reputación de Elaine como periodista científica la que finalmente había llegado a convencer al departamento de relaciones públicas. O la reputación de Chris,

quizás, la que los había hecho tan reacios a acceder.

Pero la visita a Crossbank había resultado un éxito en líneas generales. Tanto Elaine como Sebastian afirmaban haber hecho un buen trabajo allí.

Para Chris había sido un poco más problemático. El director del departamento de Observación e Interpretación se había negado rotundamente a hablar con él. Su mejor cita había venido del chico de la cafetería. «Podría acabar en cualquier momento». E incluso el joven de la cafetería había terminado por abrir los ojos como platos al leer el nombre de Chris en su pase de seguridad.

—¿Tú eres el tipo que escribió aquel libro?

Chris confesó que él era, sí, el tipo que había escrito aquel libro.

Y el chico había asentido una vez, se había levantado del asiento y había depositado su bandeja de comida a medio terminar en el anaquel sin mediar palabra.

Dos aviones de vigilancia les pasaron por encima durante los siguientes diez minutos, y los controles del salpicadero de la camioneta comenzaron a parpadear espasmódicamente. Ya habían cruzado un buen número de puestos de control para cuando alcanzaron la valla de acero que serpenteaba por la pradera en ambas direcciones, y un guardia de uniforme salió de la garita de vigilancia para hacerles el ademán de detener el vehículo.

El guarda examinó la identificación del conductor, de Elaine y de Sebastian, y finalmente la de Chris. Dijo unas breves palabras a su micrófono personal y acto seguido les proporcionó a los tres periodistas unas tarjetas de identificación con unos imperdibles para la solapa. Al final les hizo una seña con la mano para que continuaran avanzando.

Y así estuvieron dentro. Tan simple como aquello, dejando a un lado las semanas de negociación entre la revista y el Ministerio de Energía.

Tan solo una franja de hierba ondulada por el viento separada de otra por una valla de rejilla metálica y alambre de espino. Pero la entrada era más que metafórica. Implicaba, al menos para Chris, una genuina sensación de ceremonia. Aquello era Blind Lake.

Prácticamente otro planeta.

Echó la mirada a su espalda conforme la camioneta aceleraba, y vio cómo la puerta corrediza de la entrada se cerraba con lo que más tarde recordaría como una terrible sensación de irrevocabilidad.

2

Teresa Hauser sabía que realmente había un lago en Blind Lake. Pensaba sobre el o mientras volvía a casa de la escuela, siguiendo su propia sombra alargada a lo largo de la acera blanca y resplandeciente.

Blind Lake, el lago, no la ciudad, era una ciénaga fangosa entre dos pequeñas colinas, llenas de espadañas, ranas silvestres, garzas, gansos del Canadá y agua verde estancada. El señor Fleischer les había hablado sobre él en clase. Se le l amaba lago pero realmente se trataba de una marisma, una antiquísima superficie de agua atrapada en una tierra pedregosa y porosa.

De modo que Blind Lake, el lago, no era realmente un lago. Tess pensó que aquello de alguna forma tenía sentido, porque la ciudad de Blind Lake tampoco era realmente una ciudad. Era un Laboratorio Nacional construido allí en su totalidad, como un decorado de película, por el Ministerio de Energía. Esa era la razón por la que las casas, las tiendas y los edificios de oficinas estaban tan dispersos y eran tan nuevos, y por la que aparecían y acababan tan abruptamente en una tierra vasta y vacía.

Tess caminaba sola. Tenía once años y todavía no había hecho muchos amigos en la escuela, aunque Edie Jerundt (a la que los otros niños llamaban Edie Grumo) al menos hablaba con ella de cuando en cuando. Pero Edie tomaba el camino opuesto para ir a su casa, hacia el centro comercial y los edificios administrativos; las altas torres refrigeradoras del Paseo Globo Ocular, lejos al oeste, constituían las señales que la guiaban a casa. Tess, cuando estaba al menos con su padre, lo que sucedía una de cada cuatro semanas, vivía en una casa prefabricada de color pastel alineada junto con otras dispuestas las unas contra las otras, como soldados en posición de firmes. La casa de su madre, aunque estaba incluso más al oeste, era casi idéntica.

Se había quedado veinte minutos más en la escuela ayudando al señor Fleischer a limpiar las pizarras. El señor Fleischer era un hombre calvo y de barba blanquicastaña que le había hecho todo tipo de preguntas sobre su vida: qué hacía cuando estaba en casa, cómo se llevaba con sus padres, si le gustaba la escuela. Tess había respondido obedientemente pero sin entusiasmo, y después de un rato el señor Fleischer había fruncido el ceño y había dejado de preguntar. Lo que a ella le parecía perfecto.

¿Le gustaba la escuela? Era demasiado pronto para saberlo. Las clases acababan de comenzar. El tiempo todavía no era frío, aunque el viento que recorría la acera y agitaba su falda tenía un cierto toque otoñal. No podías decir cómo iba el colegio, pensó Tess, al menos

hasta Halloween, y todavía faltaban un par de semanas para Halloween. Para entonces uno ya sabía qué tal era, para bien o para mal.

Ella ni siquiera sabía si le gustaba Blind Lake, la ciudad-no-ciudad cerca del lago-no- lago. Crossbank había sido mejor en algunos aspectos. Más árboles. Colores otoñales. Nieve en las colinas en invierno. Su madre le había dicho que allí también nevaba, y mucho además, y quizás esta vez pudiera hacer amigos con los que ir a tirarse en trineo. Pero las colinas parecían ser demasiado bajas y sin pendiente como para montar en trineo. Había pocos árboles al í, la mayoría árboles jóvenes plantados alrededor de los centros de investigación y de la zona comercial. Como si fuesen árboles imperfectamente deseados, pensó Tess. Pasó junto a algunos de aquellos jardines de las casas de la ciudad: árboles tan jóvenes que estaban todavía atados a estacas, todavía intentando echar raíces. Llego a la pequeña casa de su padre y observó que su coche no estaba en el garaje. Todavía no había l egado. Aquel o no era normal pero tampoco le resultaba asombroso. Tess utilizó su propia l ave para entrar. La casa estaba limpia y ordenada sin piedad, y los muebles todavía olían a nuevo, acogedores pero de alguna forma desconocidos. Se dirigió a la estrecha y brillante cocina y se sirvió un vaso de zumo de naranja del refrigerador. Parte del zumo se derramó por el borde del vaso. Tess pensó en su padre, y entonces cogió una toalla de papel y limpió la mesa. Tiró la prueba incriminatoria a la basura bajo el fregadero.

Llevó su bebida y una servilleta al salón, se acomodó en el sofá y susurró «video» para encender el panel de televisión. Pero no había nada más que estática en todos los canales de dibujos animados. La casa le había grabado un par de programas del día anterior, pero eran bastante aburridos *(El rey Koala* y *Los increíbles Baxter)* y no estaba de humor. Supuso que debía de haber algún problema con el satélite porque no había nada más que ver, tan solo el circuito cerrado de Ciudad langosta en sesión nocturna, el Sujeto sin expresión y probablemente dormido bajo una desnuda luz eléctrica.

Su teléfono comenzó a sonar en el interior de su mochila, en el suelo a sus pies, y Tess se sentó de golpe. Un trago de zumo de naranja se equivocó de camino. Hurgó en la mochila y sacó el teléfono, contestando con voz seca.

—Tessa, ¿eres tú?

Su padre.

Asintió con la cabeza, lo que era inútil, después contestó.

—Sí.

—¿Va todo bien?

Le aseguró que estaba bien. Papá siempre quería saber si estaba

bien. Algunos días se lo preguntaba más de una vez. Para Tess aquello siempre sonaba como «¿cuál es el problema contigo? ¿Hay algo que no va bien?». Nunca tenía una respuesta para aquel o.

—Hoy voy a trabajar hasta tarde —dijo él—, no puedo llevarte con mamá. Tienes que llamarla tú para que te pase a recoger.

Aquel a era la noche en la que se mudaba a la casa de su madre. Tess tenía un cuarto en cada casa. Uno pequeño y ordenado en la de su padre. Uno grande y desordenado en la de su madre. Tendría que recoger las cosas del colegio para ir a casa de su madre.

—¿No puedes l amarla tú?

—Es mejor si lo haces tú, cariño.

Ella volvió a asentir con la cabeza. Después volvió a hablar.

—De acuerdo.

—Te quiero.

—Yo también.

—Ánimo.

—¿Qué?

—Te llamaré todos los días, Tess.

—Bien —dijo Tess.

—No olvides llamar a tu madre.

—No lo haré.

Con voz responsable y sin distraerse por el panel en blanco del video, Tess se despidió y después dijo «mamá» al auricular. Después de una pausa salpicada de sonidos como de insectos, su madre descolgó el teléfono.

—Papá dice que tienes que recogerme.

—Eso dice, ¿eh? Bueno. ¿Estás en su casa?

A Tess le gustaba el sonido de la voz de su madre incluso a través del teléfono. Si la voz de su padre era como un trueno distante, la de su madre era como la lluvia de verano: tranquilizadora incluso siendo triste.

—Trabaja hasta tarde —explicó Tess.

—De acuerdo con su parte del trato se supone que tiene que llevarte él. Yo también tengo trabajo que hacer.

—Supongo que puedo caminar —dijo ella, aunque no hizo ningún esfuerzo para ocultar su decepción. Le costaría media hora larga l egar a la casa de su madre, pasando al lado de la cafetería y del grupo de adolescentes que se reunía allí, y a los que les había dado por llamarla *Espás* por su forma de girar la cabeza espasmódicamente para evitar sus miradas.

—No —respondió su madre—, se está haciendo tarde ya… Tan solo recoge tus cosas. Estaré allí en, oh, supongo que en unos veinte minutos o así. ¿Vale?

—Vale.

—Quizás podamos comprar algo de comida rápida por el camino.

—¡Muy bien!

Después de que volviera a dejar su teléfono en la mochila, Tess se aseguró de que llevaba todo lo que necesitaba para ir a casa de su madre: sus cuadernos de notas y libros de texto, por supuesto, pero también sus camisetas y blusas preferidas, su mono de felpa, su conexión-biblioteca, su luz nocturna personal. No le l evó mucho tiempo. Después, sin parar un momento, lo dejó todo en el vestíbulo y salió afuera a mirar la puesta de sol.

Lo que tenía de bueno la casa de su padre era la vista del páramo. No era una vista espectacular, no había nada melodramático como montañas o valles o algo así, pero se podía extender la vista sobre una gran franja de pradera que iba ascendiendo hasta la carretera de Constance. El cielo parecía inmenso desde al í, sin ningún tipo de límite excepto la verja que rodeaba Blind Lake. Los pájaros vivían en las hierbas altas más allá del césped pulcramente cortado, y en ocasiones rompían a volar en bandadas hacia el cielo enorme y limpio. Tess no sabía qué tipo de aves eran aquel as, no tenía un nombre para ellas. Eran muchas, pequeñas y marrones, y cuando recogían sus alas volaban como dardos.

Las únicas cosas fabricadas por seres humanos que Tess podía ver desde el jardín trasero de su padre, siempre y cuando apartara la vista de la hilera mecánica que formaban las casas adyacentes, eran la verja, la carretera que conducía a través de las colinas hasta Constance y la garita de los guardias en la entrada del complejo. Observó un autobús saliendo de Blind Lake, uno de los autobuses que l evaban a los trabajadores del turno de día a sus casas, muy lejos. A la luz del atardecer, las ventanas del autobús eran cálidas por su tono amarillo.

Permaneció de pie observando en silencio. Si su padre hubiera estado al í, la habría llamado entonces para volver a la casa. Tess sabía que a veces se quedaba mirando a las cosas durante demasiado tiempo. A las nubes o a las colinas o, cuando estaba en el colegio, a través de la ventana impoluta al campo de fútbol donde las blancas porterías medían el paso del tiempo con sus sombras. Hasta que alguien la l amaba de vuelta al mundo real. «¡Despierta, Tessa! ¡Presta atención!». Como si hubiera estado dormida. Como si no hubiera estado prestando atención.

En ocasiones como aquel a, con el viento agitando la hierba y envolviéndola como una mano enorme y fría, sentía que el mundo era una segunda presencia, como si fuese otra persona, como si el viento y la hierba tuviesen voces propias y ella las pudiera oír hablar.

El autobús de ventanas amarillas se detuvo en la distante garita. Un segundo autobús esperaba tras él. Tess esperó a que el guardia los dejara pasar con un movimiento de la mano. Casi mil personas

trabajaban por la mañana en Blind Lake, recepcionistas, personal de apoyo y la gente que l evaba las tiendas. Y el guardia siempre los dejaba marchar con un movimiento de la mano.

Aquel a noche, sin embargo, los autobuses se detuvieron y permanecieron detenidos.

—Tess —le dijo el viento. Lo que le hizo recordar a Tess a la Chica del Espejo, y todos los problemas que le había causado en Crossbank…

—¡Tess!

Dio un salto involuntariamente. La voz había sido real. Era su madre.

—Lo siento si te he asustado.

—No pasa nada.

Tess se dio la vuelta y se alegró y se sintió más segura por la imagen de su madre atravesando el amplio y limpio césped. La madre de Tessa era una mujer alta, con el largo pelo castaño ladeado sobre el rostro, la falda larga hasta los tobillos sacudida por el viento. El sol poniente lo volvía todo de un suave rojo: el cielo, las casas de la ciudad, el rostro de su madre.

—¿Tienes tus cosas?

—Junto a la entrada.

Tess vio que su madre miraba a lo lejos hacia la distante carretera. Otro autobús se había unido a los otros dos, y ahora los tres permanecían inmóviles junto a la garita.

—¿Pasa algo raro con la valla? —dijo Tess.

—No lo sé. Seguro que no es nada. —Pero frunció el ceño y se quedó observando durante un momento. Después cogió a Tess de la mano—. Vámonos a casa, ¿de acuerdo?

Tess asintió, súbitamente necesitada del calor de la casa de su madre, del olor a ropa recién lavada y a comida rápida, de la seguridad de los pequeños espacios cerrados.

3

El campus del Laboratorio Nacional de Blind Lake, sus despachos científicos y oficinas administrativas, sus almacenes de suministros y sus puntos de venta al por menor habían sido construidos sobre una casi imperceptible colina prácticamente sin pendiente de una antigua tobera glacial. Desde el aire se asemejaba a cualquier otra nueva comunidad suburbana, con la única particularidad de su situación de aislamiento, conectada al mundo por una única carretera de doble carril. En su centro, junto a una franja alargada parcialmente cerrada de tiendas, conocida como «zona comercial», había un anillo de edificios de hormigón de diez plantas, el Hubble Plaza. Aquellas eran las instalaciones donde se realizaba el trabajo de interpretación de Blind Lake. El Plaza, con sus estrechas ventanas espejadas y su jardín interior cubierto de hierba, era el cerebro de todo el complejo. El corazón estaba a kilómetro y medio al este de la ciudad, en una estructura subterránea desde la cual dos torres refrigeradoras se alzaban entre el frágil aire otoñal.

Aquel edificio era el Procesador Computacional de Blind Lake, pero popularmente se lo conocía como Paseo Globo Ocular, o el Paseo, o simplemente el Ojo.

Charlie Grogan había sido ingeniero jefe en el Paseo desde que se había puesto en funcionamiento hacía cinco años. Aquella noche se había quedado trabajando hasta tarde, si se podía decir «trabajar hasta tarde» cuando para él lo normal era continuar trabajando hasta bien después de que el turno de día se hubiera marchado a casa. Había, por supuesto, un turno de noche, y un ingeniero supervisor que trabajaba con el os, Anne Costigan, cuyas habilidades había l egado a respetar. Pero era precisamente el hecho de que no tuviera que estar pendiente de nadie más en su vigilancia oficial lo que hacía que aquellas horas fueran tan provechosas para él. Podía ponerse al día con el papeleo sin riesgo de interrupción. Mejor aún, podía bajar a las salas del *hardware* o a la galería de los O/CBE y pasarse por donde están los chicos de comunicaciones en visita no oficial. Disfrutaba dedicando tiempo al trabajo.

Aquel a noche había terminado de rel enar un formulario de solicitud y programado a su servidor para enviarlo a la mañana. Echó un vistazo al reloj. Las nueve menos diez. Era la hora de descanso de los chicos de los cubículos. Tan solo un paseo por allí, se prometió Charlie. Después a casa a dar de comer a Boomer, su viejo sabueso, y quizás descargarse algo antes de irse a la cama. El ciclo eterno.

Dejó su despacho y se montó en un ascensor para bajar dos plantas más hacia el subsuelo. El Paseo estaba tranquilo por la noche.

No se encontró con nadie en los pasillos color verde azulado del nivel más bajo. Únicamente se podía escuchar el sonido de sus pisadas y el pitido del *chip* lector de su tarjeta de identificación cada vez que pasaba por una de las áreas restringidas. Las puertas espejadas le ofrecían un recordatorio no bienvenido de su edad (había cumplido cuarenta y ocho años el pasado enero), la creciente curvatura de su columna, la barriga que asomaba de la hebilla de su cinturón. Un fleco de pelo gris se recortaba contra su piel oscura. Su padre había sido un inglés de piel muy blanca, muerto de cáncer hacía veinte años; su madre, una inmigrante sudanesa y estudiante sufí que le había sobrevivido menos de un año. En aquel os días Charlie se parecía a su padre más que nunca.

Dio un rodeo por la galería de los O/CBE, aunque, de igual forma que «quedarse hasta tarde», quizás «rodeo» no fuese la palabra correcta. Aquel a era una de las paradas de su ronda nocturna habitual.

La galería estaba construida como el anfiteatro de una sala de operaciones pero sin la platea para los estudiantes, un vestíbulo embaldosado en forma de anil o con ventanales en su perímetro interno. Los ventanales dominaban una cámara de quince metros de altura. En el fondo de la cámara, rodeada de columnas de gases gélidos y un revoltijo de luces fosforescentes y aparatos de control, estaban los tres gigantescos tanques de O/CBE. Dentro de cada tanque tubular había hilera tras hilera de componentes microscópicamente finos de arseniuro de galio bañados en helio a una temperatura de 232 grados bajo cero.

Charlie era ingeniero, no físico. Él podía realizar el mantenimiento de las máquinas que mantenían los tanques, pero su comprensión de los procesos fundamentales de su trabajo era parcial en el mejor de los casos. Un Condensador Bose-Einstein era una estructura compleja muy bien ordenada Los CBE creaban partículas ligadas a los electrones llamadas «excitadores». Los excitadores funcionaban como puentes cuánticos para conformar una máquina de computación increíblemente rápida y eficaz. Todo lo que fuera más al á de aquella «guía para legos» se lo dejaba a los apasionados y un tanto excéntricos jóvenes teóricos y a los estudiantes licenciados que pasaban por el Paseo Globo Ocular como si fuera una estación veraniega. El trabajo de Charlie era más práctico: él hacía que todo funcionase, que todo estuviera suficientemente frío, mantener suave el I/O, solucionar los pequeños problemas antes de que se convirtieran en grandes problemas.

Aquel a noche había cuatro chicos de mantenimiento con trajes aislantes en la zona de conductos y tuberías, probablemente Stitch y Chavez, y alguno de los del laboratorio Berkeley que iban rotando a lo

largo de todo el complejo. Más gente de lo normal; se preguntaba si Anne Costigan había ordenado algo de trabajo no previsto.

Recorrió una vez la galería circular y después siguió otro pasillo pasando los laboratorios de física de estado sólido hasta la sala de control de datos. Charlie supo nada más entrar que pasaba algo raro.

No había nadie en el descanso. Los cinco ingenieros del turno de noche estaban todos en sus puestos, trabajando febrilmente en los informes de sistemas. Únicamente Chip McCullough levantó la vista cuando Charlie atravesó la puerta, y todo lo que pudo obtener de él fue un taciturno saludo con la cabeza. Y todo aquel o a las pocas horas de que su turno hubiera terminado oficialmente el trabajo.

Anne Costigan también estaba al í. Lo miró desde su monitor portátil y lo vio de pie junto a la puerta. Le levantó un dedo al supervisor adjunto («un segundo») y se acercó a él. A Charlie le gustaba aquello de Anne, su economía de movimientos, donde cada gesto tenía un propósito claro.

—Joder, Charlie —dijo—, ¿tú nunca duermes?

—Ya me estaba yendo.

—¿Por aquí?

—En realidad venía a por un café. Pero tus chicos están ocupados.

—Hemos tenido una gran descarga en el I/O hace una hora.

—¿Una descarga de energía?

—No, una descarga de actividad. El panel de controles se encendió como un árbol de Navidad. Como si alguien le hubiera dado al Ojo una dosis de anfetaminas.

—A veces ocurre —dijo Charlie—. Si te acuerdas del pasado invierno…

—Esta es un poco inusual. Se ha estabilizado, pero estamos haciendo un chequeo generalizado de los sistemas.

—¿Todavía genera información?

—Oh, sí, nada malo, tan solo una pequeña señal, pero… ya sabes cómo es.

Sabía cómo era. El Ojo y todos los sistemas que dependían de él siempre operaban al borde del caos. Como un animal salvaje a medio domar, lo que el Ojo necesitaba no era tanto mantenimiento como atención y tranquilidad. Con su complejidad y su imprevisibilidad, era algo muy cercano a un ser vivo. Las personas que entendían aquello —y Anne era una de ellas— habían aprendido a prestar atención a los pequeños detalles.

—¿Quieres quedarte un poco y echar una mano?

Sí, quería, pero Anne no lo necesitaba. Lo único que iba a hacer era estorbar.

—Tengo un perro que alimentar —dijo él.

—Saluda a Boomer de mi parte. —Estaba claramente ansiosa por

regresar al trabajo.

—Lo haré. ¿Quieres que te traiga algo?

—No a menos que tengas un teléfono de repuesto. Abe se ha ido a la costa otra vez. —Abe era el marido de Anne, un asesor financiero que pasaba en Blind Lake quizás un mes de cada tres; el matrimonio estaba en peligro—. Las l amadas locales van bien, pero por alguna razón no puedo llamar a Los Ángeles.

—¿Quieres utilizar el mío?

—No, no hace falta. Intenté llamar desde el de Tommy Gupta, pero tampoco pude. Debe de ser algo del satélite.

Era extraño, pensó Charlie, cómo todo parecía haberse torcido aquella noche.

Por quinta vez en la última media hora, Sue Sampel le comunicó a su jefe que no había sido capaz de contactar con el Ministerio de Energía en Washington. En cada ocasión, Ray la miraba como si ella en persona estuviera saboteando el sistema.

Sue se había quedado a trabajar hasta más tarde y, según parecía, también les ocurría a todos los demás en el Hubble Plaza. Pasaba algo. No podía imaginarse de qué se podría tratar. Ella era la secretaria ejecutiva de Ray Scutter, pero Ray, como siempre, no le había informado de nada al respecto. Todo lo que sabía era que él quería hablar con Washington y que la telefonía no estaba cooperando.

Obviamente no era culpa de Sue, el a sabía cómo teclear un número de teléfono, por amor de Dios. Pero eso no la había librado de que Ray la mirara de aquella manera cada vez que le pedía la l amada. Y Ray Scutter tenía una mirada asesina. Grandes ojos con pupilas diminutas, cejas pobladas, canas en la peril a… Sue era de la opinión de que podría resultar atractivo si no fuera por su pequeña barbilla y sus mejillas levemente infladas. Pero ya no mantenía aquella opinión. ¿Cuál era la expresión? «Bonito es el que hace cosas bonitas». Ray no las hacía.

Ray se alejó del escritorio de Sue y se dirigió a su despacho con paso airado.

—Naturalmente —gruñó sobre su hombro—, de algún modo me echarán la culpa de esto.

S3, pensó agotada Sue. Había l egado a ser su mantra en los meses que l evaba trabajando con Ray Scutter. S3: sí, sí, sí. Ray estaba rodeado de incompetentes. El personal de investigación ignoraba a Ray. A Ray le ponían la zancadilla a cada momento. Sí, sí, sí.

Una vez más, por amor al trabajo bien hecho, intentó conectar con Washington. El teléfono dio un mensaje de error: «EL NÚMERO SOLICITADO NO SE ENCUENTRA DISPONIBLE EN ESTE MOMENTO». El mismo mensaje que le salía en cada teléfono, video o conexión de

Internet más allá de la red local de Blind Lake. La única llamada que había podido conseguir era a la casa de Ray, allí en la ciudad, para que su hija supiera que iba a llegar tarde. Todas las demás habían sido l amadas entrantes: Seguridad, Personal y el enlace militar.

Sue quizás se hubiera preocupado si hubiera estado un poco menos cansada. Pero seguramente no era nada serio. Todo lo que el a quería en aquel momento era volver a su apartamento y quitarse los zapatos. Calentarse la cena en el microondas. Fumarse un canuto.

El teléfono volvió a sonar. De acuerdo con el mensaje de la pantalla, una llamada de Ari Weingart, de Publicidad y Relaciones Públicas. Cogió el teléfono.

—Ari —dijo ella—, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿Está por ahí tu jefe?

—Está aquí pero no desea que lo molesten. ¿Es urgente?

—Sí, un poco sí. Tengo aquí a tres periodistas y ningún sitio adonde mandarlos.

—Reserva un motel.

—Muy graciosa. Tienen un pase de tres semanas.

—¿Nadie había apuntado eso en tu agenda?

—No seas obtusa, Sue. Obviamente, deberían irse a dormir a las habitaciones de invitados del Centro de Visitas, pero Personal lo ha llenado con trabajadores del turno diurno.

—¿Trabajadores del turno de día?

—Sí. Porque los autobuses no pueden salir a Constance.

—¿Los autobuses no pueden salir?

—¿Te ha dado una insolación en las dos últimas horas? En la barrera de entrada han cortado la carretera al complejo. Nada puede entrar ni salir. Estamos totalmente incomunicados.

—¿Desde cuando?

—Más o menos desde la puesta de sol.

—¿Y cómo ha sido eso?

—¿Quién sabe? O alguna posible amenaza a la seguridad o bien otro simulacro. Todo el mundo es de la opinión de que para mañana estará solucionado. Pero entretanto tengo que darle billete a esta gente de alguna forma.

La reacción de Ray Scutter a aquel problema sería de solemne indignación, ciertamente nada que fuera a ser de ninguna ayuda. Sue reflexionó unos instantes.

—Quizás podrías llamar a Mantenimiento y ver si te pueden abrir el gimnasio en el centro de ocio. Que pongan algunos camastros para la noche. ¿Qué tal te suena?

—De puta madre —dijo Ari—. Se me debería haber ocurrido a mí.

—Si necesitas autorización, diles que desde aquí damos el visto bueno.

—Eres un sol. Ojalá te pudiera fichar para mí.

Ojalá, pensó Sue.

Se levantó y se estiró. Caminó hacia la ventana y separó las tiras verticales de la cortina. Más al á de los tejados de las viviendas de los empleados y la oscuridad de la pradera yerma podía divisar a duras penas la carretera a Constance, las luces de emergencia de vehículos que bril aban misteriosamente junto a la entrada sur.

Marguerite Hauser agradeció al destino benevolente que había dispuesto su casa de la ciudad, aunque fuera una de las pequeñas y más viejas, en el lado noroeste del campus de Blind Lake, tan lejos como era posible de su ex-marido Ray. Había algo de paz y sosiego en aquel trayecto de diez minutos para l evar a Tess a casa, y que cerraba el espacio tras ella como un puente levadizo sobre un foso.

Tess, como era habitual, estuvo cal ada durante la ida, quizás un poco más callada de lo normal. Cuando compraron unos sandwiches de pollo en el puesto para coches en la zona comercial, se había mostrado indiferente respecto al menú. Una vez en casa, Marguerite cogió la comida y Tess arrastró su gran bolso hasta dentro.

—¿Funciona la televisión? —preguntó Tess con indiferencia.

—¿Por qué no debería funcionar?

—En casa de papá no funcionaba.

—Compruébalo a ver. Yo serviré la comida.

Comer enfrente del panel de televisión era todavía una novedad para Tess. Era una costumbre que Ray no permitía. Ray insistía en comer en la mesa: «tiempo para la familia», inevitablemente dominado por su catálogo diario de quejas. Francamente, pensaba Marguerite, la programación televisiva era mucho mejor compañía. Especialmente las películas antiguas. Las que más le gustaban a Tess eran las de blanco y negro. Le fascinaban los coches antiguos y aquella ropa peculiar. *Le encanta todo lo extraño,* pensaba Marguerite, *ha salido a mí.*

Pero el panel de video de Marguerite tampoco daba señal, como antes el de Ray, y tuvieron que conformarse con lo que había en la memoria del ordenador central de la casa. Pusieron una comedia de hacía cien años de Bob Hope, *Mi morena favorita.* Tess, que normalmente le habría hecho multitud de preguntas sobre el siglo XX y sobre por qué todo tenía aquel aspecto, simplemente cogió su comida y miró la pantal a.

Marguerite puso una mano en la frente de su hija.

—¿Cómo te sientes, cariño?

—No estoy enferma.

—¿Simplemente no tienes hambre?

—Supongo. —Tess se acercó más y Marguerite la rodeó con el

brazo.

Después de la cena Marguerite recogió la mesa, puso mudas nuevas en las camas y ayudó a Tess a ordenar el material del colegio. Tess zapeó por los canales en un momento de optimismo exacerbado, después vio la película de Bob Hope por segunda vez y finalmente anunció que estaba lista para irse a la cama. Marguerite vigiló cómo se lavaba los dientes y la metió en la cama. A Marguerite le gustaba la habitación de su hija, con su pequeña ventana orientada al oeste, la cama vestida con un edredón con una franja rosa, las hileras de animales de peluche vigilantes en los estantes. Le recordaba su propio cuarto en Ohio hacía muchos años ya, excepto por los bienintencionados volúmenes de *Historia de la Biblia para niños* que su padre había colocado en la estantería con la vana esperanza de que quizás le insuflaran una fe de la que el a carecía. Los libros de Tessa los había elegido ella misma, y tendían hacia la fantasía popular y la ciencia básica.

—¿Quieres leer un poco?

—Creo que no.

—Espero que te encuentres mejor por la mañana.

—Estoy bien. De verdad.

Marguerite miró a su espalda mientras apagaba la luz. Los ojos de Tessa ya estaban cerrados. Tess tenía once años, pero parecía más pequeña. Todavía tenía aquel a pequeña papada de niño bajo la barbilla, las mejillas llenas. Su pelo se estaba oscureciendo pero todavía era de un rubio apagado. Marguerite suponía que una jovencita estaba emergiendo de su capullo de niñez, pero sus rasgos eran todavía indistintos, difíciles de predecir.

—Duerme bien —susurró.

Tess se enroscó en su edredón y arqueó su cabeza contra la almohada.

Marguerite cerró la puerta. Cruzó el salón de estar hasta su estudio, un tercer dormitorio reconvertido, con idea de adelantar un poco de trabajo antes de medianoche. Cada uno de los jefes de departamento le había mandado fragmentos de video de las últimas veinticuatro horas del Sujeto para que los revisara. Bajó la intensidad de la luz y fue abriendo los informes en su pantalla de la pared.

En Fisiología y Señales todavía estaban obsesionados con los pulmones de rejil a del Sujeto. «Posible gesto de rejilla en interacción social», afirmaba el subtítulo. Había un pequeño video del Sujeto en un cónclave de comida en un pozo. El Sujeto permanecía bajo la pálida luz verde en aparente interacción con otro. Las aberturas ventrales de respiración, unas pálidas ranuras blanquecinas a cada lado de su caja torácica, temblaban con cada inhalación. Aquel o era normal, y Marguerite no estaba segura de por qué la gente de

Fisiología quería que le echase un vistazo hasta que apareció un nuevo texto: «Los cilios de las aberturas respiratorias se mueven en un patrón vertical de cierta complejidad durante la conducta social». Ah. Sí, se podía apreciar en una subpantalla con mayor acercamiento. Las cerdas de los pulmones eran unos pelillos rosas, apenas visibles, pero sí, se movían como trigo en el campo bajo el viento. A modo de comparación se incluía otra pantalla del Sujeto respirando en un escenario sin interacción social. Los cilios de los pulmones se flexionaban hacia dentro con cada ejercicio de respiración, pero no se apreciaba movimiento vertical.

Potencialmente muy interesante, pensó Marguerite. Etiquetó el informe con un aviso de prioridad, lo que quería decir que Fisiología y Señales podría enviarlo a los compiladores para realizar más análisis posteriores. Añadió algunas notas y preguntas propias (¿consistencia? ¿otros contextos?) y lo reenvió al Hubble Plaza.

Abrió los últimos archivos de video de las secciones de Cultura y Tecnología, que se proyectaron en el panel de la pared de la habitación. Allí estaba el Sujeto, erguido al máximo, con las piernas estiradas mientras empleaba el brazo y algo que se parecía a una tiza para añadir un símbolo nuevo (si es que era un símbolo) a la cadena que adornaba los muros del cuarto. Era uno más de una cadena de dieciséis espirales en forma de concha de caracol que se iban haciendo progresivamente más grandes. Aquella última terminaba con una especie de rúbrica. A Marguerite le parecían garabatos de un niño aburrido en los márgenes de un cuaderno de notas. La inferencia obvia era que el Sujeto estaba escribiendo algo, pero ya se había comprobado que los trazos, líneas, círculos, cruces, puntos, etc., nunca se repetían. Si se trataba de pictogramas, el Sujeto no había escrito nunca la misma palabra dos veces; si fueran letras, se trataba de un alfabeto muy largo. ¿Significaba aquel o que se trataba de arte? Quizás. ¿Decoración? Posiblemente. Pero en Cultura y Tecnología eran de la opinión de que aquel último signo de la cadena sugería algo de contenido lingüístico. Marguerite lo dudaba, y etiquetó aquel informe con una prioridad que lo almacenaría con una decena de documentos similares para la revisión técnica.

El resto de los mensajes consistía en informes de progresos de los comités en activo, y un par de breves segmentos que el equipo de Investigación del Paisaje había considerado que le podría interesar ver: vistas de mirador, la ciudad extendiéndose más allá del Sujeto en una tarde color pastel, capa sobre capa de arenisca roja, como un imperio de pasteles de boda oxidados. Guardó las imágenes para estudiarlas más tarde.

Para medianoche ya había acabado.

Desconectó la pantal a del muro de su cuarto de trabajo y fue

andando por la casa apagando las otras luces, hasta que la suave oscuridad fue completa. Al día siguiente era sábado. Tess no tendría colegio. Marguerite confiaba en que la programación vía satélite estuviera disponible para la mañana. No quería que Tess se aburriera en su primer día de vuelta al hogar.

Era una noche clara. El otoño estaba avanzando a pasos agigantados aquel año. Se tumbó en la cama con las cortinas abiertas. Cuando se mudó aquel pasado verano puso su grande e inútil cama doble cerca de la ventana. Le gustaba mirar a las estrel as antes de dormirse, pero Ray siempre había insistido en bajar las persianas. Ahora podía hacerse aquel as pequeñas concesiones. La luz de la luna creciente caía sobre un arrecife de mantas. Cerró los ojos y se sintió ingrávida. Suspiró una vez y cayó dormida.

4

Ari Weingart, el encargado de Relaciones Públicas de Blind Lake, l evaba una gran carpeta digital. Chris Carmody se preocupó un poco al verla. Rara vez había tenido buenas experiencias con gente que l evara carpetas.

Era evidente que a Weingart las cosas no le estaban saliendo demasiado bien. Había recibido a Vogel, Elaine y Chris en el exterior del Hubble Plaza y los había escoltado hasta su pequeño despacho con vistas a la plaza central. Estaban en la mitad de la confección de un itinerario provisional de una semana, cuando Weingart había recibido una l amada. Chris y compañía se retiraron a una sala de conferencias vacía donde estuvieron sentados hasta entrada la noche.

Cuando Weingart volvió, todavía l evaba consigo la odiosa carpeta.

—Ha habido una complicación —dijo él.

Elaine Coster había estado hirviendo a fuego lento, escondida tras un ejemplar atrasado de *Current Events.* Dejó la revista sobre una mesil a y recibió a Weingart con una mirada inexpresiva.

—Si hay algún problema con el calendario, podemos solucionarlo mañana. Todo lo que necesitamos ahora mismo es un sitio donde poder instalarnos. Y una conexión segura. No he podido conectarme con Nueva York desde esta tarde.

—Bueno, ese es el problema. Las plazas de alojamiento están ocupadas. Tenemos unos novecientos trabajadores que viven fuera del complejo, pero no han podido salir, y me temo que tienen prioridad sobre los invitados. Las buenas noticias son que…

—Espere un momento —dijo Elaine—. ¿Ocupadas? ¿De qué está hablando?

—Supongo que no habrán tenido este problema en Crossbank, pero es parte del protocolo de seguridad. Si existe algún tipo de amenaza contra el complejo, no se permite el tráfico ni en un sentido ni en otro hasta que el problema se solucione.

—¿Existe una amenaza?

—Doy por hecho que sí. No estoy al corriente de todo. Pero estoy convencido de que no es nada.

Probablemente tiene razón, pensó Chris. Tanto Crossbank como Blind Lake eran Laboratorios Nacionales y operaban con unos protocolos de seguridad que databan de las Guerras del Terror. Incluso las amenazas más insignificantes se tomaban terriblemente en serio. Uno de los inconvenientes del alto perfil de Blind Lake era que atraía la atención de un amplio espectro de lunáticos e ideólogos.

—¿Puede decirnos la naturaleza de la amenaza?

—Honestamente, eso es algo que yo mismo desconozco. Pero no es la primera vez que ocurre. Si mi experiencia les sirve de ayuda, todo estará solucionado para mañana.

Sebastian Vogel se levantó de la silla donde había estado sentado como una esfinge durante la última hora.

—Y entretanto —dijo—, ¿dónde vamos a dormir?

—Bueno, hemos preparado unos camastros.

—¿Camastros?

—En el gimnasio, en el centro de ocio. Lo sé. Lo siento terriblemente. Es lo mejor que hemos podido conseguir con tan poco tiempo de margen. Como les he dicho antes, estoy seguro de que todo estará solucionado mañana por la mañana.

Weingart frunció el ceño mirando su carpeta, como buscando un indulto de última hora. Elaine parecía a punto de estallar, pero Chris se le adelantó.

—Somos periodistas. Estoy seguro de que todos nosotros hemos dormido en malas condiciones alguna que otra vez. —Bueno, quizás Vogel no—. ¿No es así, Elaine?

Weingart la miró con temerosa esperanza.

Ella se tragó cualquier cosa que fuera a decir antes.

—He dormido en una tienda en el desierto del Gobi. Supongo que puedo dormir en un puto gimnasio.

Había varias hileras de camastros en el gimnasio, algunos ya ocupados por trabajadores del turno de día desplazados que venían de centros de acogida repletos. Chris, Elaine y Vogel separaron tres camastros bajo la canasta de baloncesto y los hicieron suyos con el equipaje. Las almohadas de las camas parecían alcachofas aplastadas. Las mantas eran suministros de la Cruz Roja.

—¿El desierto de Gobi? —le dijo Vogel a Elaine.

—Cuando estaba escribiendo mi biografía sobre Roy Chapman Andrews. *A través de las huellas del tiempo: Paleobiología entonces y ahora.* Yo tenía más o menos veinticinco años. ¿Has dormido alguna vez en una tienda de campaña, Sebastian?

Vogel tenía sesenta años. Era de tez pálida excepto por el rojo febril de sus mejillas, y vestía jerseys amplios para ocultar la generosidad de su estómago y caderas. A Elaine no le gustaba. Según ella, le había confiado a Chris, era un arribista, un fraude, prácticamente un asqueroso espiritualista, y Vogel había agravado el pecado con su impecable cortesía.

—En el parque natural de Algonquin —dijo él—. Canadá. Una acampada. Hace varias décadas, por supuesto.

—¿Buscando a Dios?

—Era un viaje con una estudiante de un colegio mayor mixto. Según recuerdo, precisamente lo que buscaba era acostarme con ella.

—¿Qué eras? ¿Un estudiante de Teología?

—No tomamos votos de castidad, Elaine.

—¿No son cosas como esa las que molestan a Dios?

—¿Cosas como esa? ¿Como un encuentro sexual? Según lo que he llegado a conocer de la materia, no. Deberías leer mi libro.

—Ah, pero lo he hecho —se volvió a Chris—. ¿Y tú?

—Todavía no.

—Sebastian es un místico pasado de moda. Dios en todas las cosas.

—En algunas cosas más que en otras —dijo Sebastian, un comentario que le pareció a Chris tanto críptico como típico de Sebastian.

—Por fascinante que sea —añadió Chris—, creo que deberíamos conseguir algo de cenar. El encargado de relaciones públicas me habló de un sitio que estaba abierto hasta medianoche.

—Me apunto —dijo Elaine—, siempre y cuando me prometas que no vas a llevarte de cal e a la camarera.

—No tengo hambre —anunció Vogel—, idos sin mí. Yo me quedaré vigilando el equipaje.

—Nos vemos, San Francisco —dijo Elaine poniéndose la chaqueta.

Chris conocía algo de la biografía de Elaine sobre Roy Chapman Andrews. La había leído en su primer año de universidad. Para entonces ella ya era una periodista científica prometedora, finalista de un premio Westinghouse AAAS, y dibujaba un recorrido profesional que él esperaba seguir algún día.

El primer y único libro de Chris hasta la fecha había sido también una especie de biografía. La buena cosa de Elaine era que no había hecho ninguna mención de la historia tormentosa que había suscitado el libro, y no parecía tener ninguna objeción en trabajar con él. *Es increíble,* pensaba Chris, *con lo que uno aprende a contentarse.*

El restaurante que Ari Weingart les había recomendado estaba situado entre una tienda de informática y otra de material de oficina en el ala al aire libre de la zona comercial. La mayoría de aquel as tiendas cerraban a la tarde, y la zona comercial tenía un aspecto vagamente abandonado bajo aquel aire frío y otoñal. Pero el local, una franquicia de *Sawyer's Carnes* & *Pescados,* estaba haciendo un buen negocio aquel día. Una gran multitud, ruido de conversaciones en el aire. La decoración era a base de cromo, colores pastel y plantas en macetas, muy al gusto de fines del siglo XX, con el resurgir de lo falsamente antiguo. Los menús estaban recortados como huesos en forma de T.

Chris se sintió maravillosamente anónimo.

—Que el Señor nos proteja —dijo Elaine—, esto es puro suburbio.

—¿Qué vas a pedir?

—Bueno, veamos. ¿El «Desayuno a cualquier hora»? ¿El «Filete de carne bufanda de mamá»?

Un camarero se acercó a tiempo de oírla pronunciar con tono irónico el nombre de aquellos platos.

—El salmón del Atlántico es bueno —dijo.

—¿Exactamente bueno para qué? No, no importa. El salmón bastará. ¿Chris?

Él pidió lo mismo, avergonzado por la actitud de su compañera. El camarero se encogió de hombros y se alejó.

—Puedes resultar increíblemente esnob, Elaine.

—Piensa en dónde estamos. En la frontera misma del conocimiento humano. Sobre los hombros de Copérnico y Galileo. ¿Y dónde comemos? En una área de descanso para camioneros con bar incluido.

Chris nunca se había explicado cómo hacía Elaine para conciliar sus reparos con la comida con su curva de la felicidad. Recompensándose con la calidad, adivinó él. Sacrificando cantidad. Un acto de equilibrio. Era toda una Wallenda de la cintura.

—Quiero decir, vamos, ¿quién es aquí el esnob en realidad? Tengo cincuenta años, sé lo que me gusta, puedo soportar un tugurio de comida rápida o una comida congelada, pero ¿tengo de verdad que fingir que el potaje de alubias es *créme brulée*? Me he pasado la juventud bebiendo café amargo en copas de cartón. Ya me he licenciado de eso. Y tú también lo harás.

—Gracias por el voto de confianza.

—Confiésalo. Crossbank fue un completo desastre para ti.

—Recogí algo de material interesante. —O al menos una cita totémica: «podría acabar en cualquier momento». Casi un rezo baptista.

—Tengo una teoría sobre ti —dijo Elaine.

—Quizás deberíamos comer y ya está.

—No, no, no te vas a escapar de la vieja bruja cascarrabias tan fácilmente.

—No quería decir eso…

—Estáte cal adito por un momento. Échale el diente a un pedazo de pan o algo. Te dije que había leído el libro de Sebastian. También he leído el tuyo.

—Quizás suene infantil, pero realmente preferiría no hablar sobre el o.

—Todo lo que quiero decir es que es un buen libro. Tú, Chris Carmody, has escrito un buen libro. Hiciste el trabajo pesado de campo y elaboraste las conclusiones correctas. ¿Ahora te quieres culpar por no echarte atrás en el último momento?

—Elaine…

—¿Quieres tirar tu carrera por el retrete, fingiendo que trabajas sin trabajar, ignorando fechas de entrega, follándote camareras tetonas y bebiendo para dormir? Porque puedes hacerlo si quieres. No serías el primero. Ni por asomo. La autocompasión es una afición muy absorbente.

—Un hombre murió, Elaine.

—Tú no lo mataste.

—Eso se puede discutir.

—No, Chris, eso no se puede discutir. Gal iano cayó por aquella colina accidentalmente, o como un acto consciente de autodestrucción. Quizás se arrepintió de sus pecados o quizás no, pero eran sus pecados, no los tuyos.

—Lo expuse al ridículo.

—Tú expusiste un trabajo que era de una mala calidad peligrosa, que se retroalimentaba y que era una amenaza para gente inocente. Sucedió que era el trabajo de Galliano, y sucedió que Galiano acabó con su motocicleta en el río Monongahela, pero esa fue su elección, no la tuya. Tú escribiste un buen libro…

—Por Dios, Elaine, ¿tanto necesita el mundo otro puto «buen libro» más?

—…y un libro de verdad, y lo escribiste a partir de un sentimiento de indignación que era totalmente pertinente.

—Agradezco que me digas todo esto, pero…

—Y el asunto es que, obviamente, no conseguiste nada útil en Crossbank, y lo que me preocupa es que no vas a conseguir nada aquí, y te vas a culpar por el o, y vas a saltarte las fechas de entrega a fin de l evar a cabo de forma más eficiente este proyecto de castigo voluntario en el que te has embarcado. Y eso es antiprofesional de la hostia. A ver si me explico, Vogel es un chiflado, pero al menos escribirá un artículo.

Durante un momento Chris valoró la idea de levantarse y salir del restaurante. Podría volver al gimnasio y entrevistar a alguno de los trabajadores atrapados del turno de día. Ellos al menos hablarían con él. Todo lo que estaba sacando de la charla con Elaine era más sentimiento de culpa, y ya estaba sobrado de aquel o, gracias.

El salmón llegó, recubierto de una fina l uvia de mantequil a.

—Lo que tienes que hacer… —se detuvo. El camarero hizo ademán de poner un enorme pimentero de madera sobre la mesa—. Llévese eso, gracias.

El camarero huyó.

—Lo que tienes que hacer, Chris, es dejar de comportarte como si tuvieses algo de lo que avergonzarte. Utiliza el libro que has escrito. Si alguien se pone desagradable al respecto, enfréntate a él. Si te tienen

miedo por ello, utiliza su miedo. Si se niegan a colaborar contigo, al menos puedes contar la historia de cómo se negaron a colaborar contigo y de qué se sentía al deambular por Blind Lake como un paria. Pero no eches a perder esta oportunidad. —Se inclinó hacia delante balanceando peligrosamente sus mangas cerca de la salsa de mantequil a—. Porque la cosa es que, Chris, esto es Blind Lake. Quizás el gran público inculto tenga tan solo una vaga noción de lo que se está cociendo aquí, pero nosotros lo sabemos, ¿verdad? Este es el sito por el cual se van a reescribir todos los libros de texto. Este es el sitio donde la especie humana comienza a definir su espacio en el universo. Este es el punto de partida de quienes somos y de lo que vamos a l egar a ser.

—Pareces un folleto explicativo.

Se recostó en la sil a.

—¿Por qué? ¿Crees que estoy demasiado arrugada y soy demasiado cínica para reconocer algo genuinamente impresionante cuando lo veo?

—No quería decir eso. Yo…

—Digamos que has tenido suerte de haberme pillado en un momento de sinceridad.

—Elaine, no estoy de humor para el sermón de la profesora.

—Bueno, realmente no creía que estuvieras de humor. De acuerdo, Chris. Haz lo que creas que es mejor. —Hizo un ademán con las manos mostrando el plato—. Cómete este pobre pescado maltratado.

—Una tienda de campaña en el desierto de Gobi.

—Bueno, una especie de tienda. Una especie de refugio hinchable que nos mandaron desde Pekín. Células de combustible recargables, calefacción nocturna, todos los canales vía satélite.

—¿Justo como Roy Chapman Andrews?

—Eh —dijo el a—, soy una periodista, no una mártir.

5

Para el pesar de Marguerite y la profunda decepción de Tessa, el video y la conexión a la red exterior no mejoraron a lo largo del fin de semana. No era posible conseguir una llamada telefónica o conectarse a la red más al á del perímetro vallado de Blind Lake.

Marguerite dio por supuesto que todo aquel o era el resaltado de la implementación de nuevos protocolos de seguridad. Había vivido situaciones similares en Crossbank durante el tiempo en el que había trabajado allá. La mayoría de los casos tan solo habían durado unas pocas horas, aunque en una ocasión (una violación del espacio de seguridad aérea que resultó no ser nada más que un piloto aficionado con los *chips* de navegación y los transmisores quemados) la situación había creado un pequeño escándalo y se había sel ado el perímetro de seguridad durante casi una semana.

Allí, en Blind Lake, el aislamiento con el exterior, al menos para Marguerite, no suponía un gran inconveniente, o al menos no tan grande. No había planeado ir a ningún lugar y no había ninguna persona en el exterior con la que tuviera que ponerse en contacto urgentemente. Su padre vivía en Ohio y la l amaba cada sábado, pero él estaba al tanto de las condiciones de seguridad del complejo y no se preocuparía innecesariamente si no podía hablar con ella. Para Tess, sin embargo, sí suponía un problema.

No se trataba de que Tessa fuera uno de aquellos niños que vivía de cara al panel de video. A Tess le gustaba jugar fuera, aunque la mayoría de las veces jugaba sola, y Blind Lake era uno de los pocos lugares de la Tierra donde un niño podía vagabundear solo sin que hubiera nada que temer en cuanto a drogas o delincuencia. Aquel fin de semana, sin embargo, el tiempo no estaba acompañando. La fresca luz del sol del sábado se transformó hacia el mediodía en un ir y venir de nubes de color asfalto y en breves pero violentas ráfagas de l uvia. Octubre soplaba ya el cuerno del invierno. La temperatura cayó hasta los diez grados centígrados, y aunque Tess se aventuró una vez hasta el garaje para recoger una caja de muñecas que todavía no había abierto desde la mudanza, tuvo que volver enseguida temblando bajo su chaqueta de franela.

El domingo fue más de lo mismo, con viento que aul aba por los canalones del tejado y las tuberías y se colaba por las aberturas del techo del baño. Marguerite le preguntó a Tess si había alguien del colegio con quien le gustaría jugar. Tess se mostró dudosa al principio, pero al final nombró a una niña llamada Edie Jerundt. No estaba segura de poder deletrear correctamente el apellido, pero gracias a Dios había únicamente unos pocos apel idos que comenzaran por jota

en el directorio de acceso intramural de Blind Lake.

Connie Jerundt, la madre de Edie, resultó ser una analista de secuencia del departamento de Imagen que accedió gustosa y con prontitud a l evarle a Edie para que jugara con su hija. Sin consultárselo siquiera a Edie, que, suponía Marguerite, estaría tan aburrida como Tess. Estuvieron allí en menos de una hora. La madre y la hija se parecían tanto que parecían una de aquellas muñecas rusas, descansando una confortablemente dentro de la otra, solo distintas en cuanto a sus dimensiones. Las dos tenían un aspecto ligeramente ratonil, ojos grandes y cabel o enmarañado, unos rasgos difuminados por la edad de Connie pero concentrados, casi grotescamente, en la pequeña cara de Edie.

Edie Jerundt había llevado consigo un puñado de grabaciones recientes, y las dos niñas se instalaron inmediatamente enfrente del panel de video. Connie se quedó un cuarto de hora más, manteniendo una nerviosa conversación sobre la duración de las medidas de seguridad y lo molesta que estaba resultando aquella situación, que en su caso particular le había impedido ir a Constance para hacer unas compras tempranas de Navidad. Después se excusó y prometió pasarse a recoger a Edie antes de las cinco.

Marguerite observó a las dos niñas, que estaban sentadas en la sala de estar viendo el panel de video.

Las grabaciones eran un poco infantiles para Tess (*aventuras de la Chica Panda),* y Edie había traído consigo aquellas gafas de sincronización de imagen que se suponían que eran perjudiciales para la vista si se llevaban puestas más de unas pocas horas. Las dos niñas retrocedían impresionadas en las escenas tridimensionales magnificadas.

A excepción de aquello, las dos podrían haber estado solas perfectamente. Estaban sentadas en lados opuestos del sofá, inclinadas en ángulos opuestos sobre los cojines. Marguerite se compadeció inmediatamente, casi de forma inconsciente, por Edie Jerundt, una de aquellas niñas designadas por la naturaleza para ser objeto de burla y condenadas al ostracismo, con brazos y piernas desgarbadas como zancos, no demasiado despierta, la voz vacilante y una timidez perpetua y profunda.

Era bonito, reflexionó Marguerite, que Tess se hubiera hecho amiga de una niña como Edie Jerundt.

A no ser que…

A no ser que fuera Edie la que se hubiera hecho amiga de Tess.

Después de ver las grabaciones, las niñas jugaron con las muñecas que Tess había rescatado del garaje. Las muñecas formaban un conjunto de lo más variopinto. La mayoría la había comprado Tess en mercadil os al aire libre en la época en que Ray solía hacer viajes de

fin de semana desde Crossbank a la campiña de New Hampshire. Muñecas pálidas de moda con articulaciones extrañamente retorcidas y vestidos que no conjuntaban; bebés demasiado grandes, la mayoría de el os desnudos; unos cuantos muñecos de acción de películas ya olvidadas con los brazos y piernas congelados en posición de jarras. Tess trató de meter a Edie en la historia de sus muñecos («esta es la madre, este es el padre; el bebé tiene hambre pero ellos tienen que ir a trabajar así que esta es la canguro»), pero Edie se aburrió enseguida y se limitó a hacer desfilar a las muñecas por la mesa de café y a darles monólogos sin sentido («soy una chica, tengo un perro, soy bonita, te odio»). Tess, como si la hubieran echado con suavidad a un lado, se retiró al sofá y observó. Comenzó a golpear la cabeza rítmicamente contra la cabecera del sofá. Al ritmo de un golpe por segundo aproximadamente, hasta que Marguerite, que pasaba por al í en ese momento, detuvo el movimiento con la mano.

Aquel movimiento rítmico, y el hecho preocupante de que apenas hablaba, habían sido para Marguerite las primeras pistas de que había algo diferente en Tessa. No algo malo, Marguerite no iba a permitir una palabra peyorativa como aquel a. Pero, sí, Tess era diferente; Tess tenía problemas. Problemas que ninguno de los bienintencionados terapeutas que Marguerite había consultado habían sido capaces de llegar a definir con garantías. La mayor parte de las veces hablaban sobre un idiosincrásico tercer nivel de autismo, o un caso de síndrome de Asperger. Lo que significaba: «tenemos un compartimento etiquetado en el que colocar los síntomas de su hija, pero no un verdadero tratamiento».

Marguerite había l evado a Tess al psicoterapeuta con la idea de corregir su torpeza y su «pobre sentido de la situación», había probado con tratamientos de drogas para modificar su cantidad de serotonina o dopamina o factor Q, pero ninguno de ellos había logrado mostrar cambios en la conducta de Tess. Lo que implicaba, quizás, que Tess tenía una personalidad inusual; que su extraña reserva, su aislamiento social, eran problemas con los que tendría que cargar indefinidamente o superar en un acto de voluntad personal. Marguerite se había convencido de que jugar con su arquitectura neuroquímica era contraproducente. Tess era una niña, su personalidad todavía estaba formándose; no debía ser drogada o forzada a transformarse en la idea de madurez de otro.

Y aquello le había parecido un compromiso plausible, al menos hasta que Marguerite hubo dejado a Ray, hasta aquel problema en Crossbank.

Aquel fin de semana ni siquiera había periódico. Normalmente era posible imprimirse secciones del *New York Times* (o casi cualquier otro periódico urbano), pero incluso aquella ridícula conexión con el

mundo exterior había quedado cortada. Y si Marguerite echaba de menos el periódico, ¡qué sería de todos aquellos yonquis de los informativos! Arrancados de raíz del gran culebrón mundial, sumidos en la ignorancia sin estar al tanto de los acuerdos en Bélgica o del último nombramiento para el Tribunal Continental. Aquel silencio del panel de video y el monótono repiqueteo de la lluvia hacían que la tarde se alargara con indolencia, logrando que Marguerite se contentara con sentarse en la cocina a hojear números atrasados de las revistas *Astrobiology* y *Exozoology,* con su atención revoloteando sobre aquel denso texto como una polilla, hasta que Connie Jerundt volviese a recoger a Edie.

Marguerite fue al cuarto de Tess a por las niñas. Edie estaba tumbada sobre la cama con los pies contra la pared, curioseando entre la caja de zapatos donde Tess guardaba sus joyas falsas, peinetas y pasadores para el pelo en forma de tortuga. Tess estaba sentada en su escritorio enfrente del espejo.

—Tu mamá está aquí, Edie —dijo Marguerite.

Edie parpadeó con sus grandes ojos de rana y corrió a buscar sus zapatos escaleras abajo.

Tess se quedó junto al espejo, enrollándose el cabello alrededor del dedo índice derecho.

—¿Tess?

El cabel o formó un rizo desde la uña de Tess hasta su nudil o, y después desapareció.

—¿Tess? ¿Te lo has pasado bien con Edie?

—Supongo que sí.

—Quizás deberías decírselo. —Tess se encogió de hombros—. Quizás se lo puedas decir ahora. Está en la planta baja preparándose para irse.

Pero para cuando Tess bajó a grandes trancos hasta la puerta principal, tanto Edie como su madre se habían ido.

El lunes, lo que había comenzado siendo una aburrida molestia comenzó a parecerse más a una crisis.

Marguerite dejó a Tess en el colegio de camino al Hubble Plaza. La multitud de padres en el aparcamiento, incluyendo a Connie Jerundt, que la saludó desde la ventanil a del coche era un hervidero de rumores. Partiendo del hecho de que no había ninguna emergencia local que justificara el bloqueo, aquello significaba que algo debía de haber ocurrido en el exterior, algo lo suficientemente grande como para crear una crisis de seguridad. Pero, ¿qué? ¿Y por qué no le habían comunicado nada a nadie?

Marguerite se negó a participar en la especulación. Obviamente (o al menos así se lo parecía a el a), la actitud más lógica era

continuar con el trabajo diario sin más distracciones. Quizás no fuera posible ponerse en contacto con el mundo exterior, pero el mundo exterior todavía seguía abasteciendo a Blind Lake de energía y presumiblemente todavía esperaba que la gente se dedicara a sus tareas. Besó a Tess para despedirse, observó cómo su hija atravesaba con paso rápido el patio de recreo y arrancó el coche cuando sonó la campana del colegio.

La lluvia había amainado, pero octubre se había hecho cargo del tiempo con un viento frío que soplaba a través de un cielo azul zafiro.

Se alegró de haber insistido en que Tess l evara puesto un suéter. Ella l evaba una cazadora de franela que resultó insuficiente para el largo paseo desde el aparcamiento del Hubble Plaza hasta la entrada del ala este. No iba a tardar mucho en nevar, pensó Marguerite, y la Navidad ya se estaba acercando si uno miraba un poco más allá de la cabeza sobresaliente del Día de Acción de Gracias. El cambio en el tiempo hacía la cuarentena mucho menos l evadera, como si el aislamiento y la ansiedad se hubieran hecho uno con el frío aire de Canadá.

Mientras esperaba el ascensor, Marguerite observó de reojo a Ray, su ex-marido, que se sumergía en la tienda del vestíbulo, probablemente para comprar su tentempié diario de DingDongs. Ray era un hombre de costumbres regulares a rajatabla, y una de ellas eran los DingDongs de desayuno. Ray solía l evarse consigo a donde fuera enormes cantidades para asegurarse de que nunca le faltaran, incluso para los viajes de negocios o las vacaciones. Siempre llevaba un buen número de ellos en un *tupperware* en su equipaje de mano. Un día sin DingDongs sacaba lo peor de él: su petulancia, sus ataques de cólera ante la menor frustración. Mantuvo la vista en la entrada de la tienda mientras el ascensor bajaba poco a poco desde la décima planta. Justo cuando sonó la campana y se abrieron las puertas, Ray emergió de la tienda con una pequeña bolsa en la mano. Los DingDongs, seguro. Que iba a devorar, sin duda, escondido tras la puerta cerrada de su despacho: a Ray no le gustaba que le vieran comiendo dulces. Marguerite se lo imaginó con un DingDong en cada puño, mordisqueando su preciosa carga como una ardil a loca, llenando de migajas su camisa almidonada y su corbata de funeral. Marguerite se metió en el ascensor con otras tres personas y pulsó con rapidez el botón de su planta, asegurándose de que la puerta se cerrara antes de que Ray pudiera l egar corriendo.

El trabajo de Marguerite, aunque ella lo adoraba y había luchado muy duro por conseguirlo, en ocasiones la hacía sentirse como una *voyeur*. Una voyeur sin vocación, desapasionada. Pero *voyeur* al fin y al cabo.

No se había sentado así en Crossbank; claro que su talento se había malgastado en Crossbank, donde había estado cinco años analizando detal es botánicos de estudios archivados, el tipo de trabajo desagradecido que cualquier estudiante brillante de postgrado podía haber hecho. Todavía podía recitar de memoria los binomios provisionales en latín de dieciocho variedades de bacterias. Después de un año allí se había acostumbrado tanto a la vista del océano de $HR88_{32}$/B que había imaginado que podía olerlo, sentir los niveles casi tóxicos de cloro y ozono que las pruebas fotocromáticas habían detectado. Un olor amargo y vagamente aceitoso, como el de los productos de limpieza. Había estado en Crossbank únicamente porque Ray la había llevado allí (Ray había trabajado en el cuerpo administrativo de Crossbank), y había rechazado varias ofertas para trabajar en Blind Lake, principalmente porque Ray no lo hubiera aprobado.

Después ella había reunido el valor suficiente y había iniciado los trámites del divorcio, tras lo cual había aceptado aquel puesto en Observación, solo para darse cuenta entonces de que Ray también había solicitado el cambio de puesto y se había trasladado a Blind Lake. Y no solo eso, sino que él se iba a trasladar al oeste un mes antes que Marguerite, convirtiéndose en una figura allá y probablemente saboteando la reputación de Marguerite entre los encargados de administración del complejo.

Aun así, el a estaba haciendo el trabajo para el que había sido preparada, el trabajo que tanto había deseado: la cosa más cercana al trabajo de campo astrozoológico que jamás había visto.

Siguió su camino entre el laberinto de escritorios del personal de apoyo, saludó a los bedeles, a las secretarias y a los programadores, se detuvo en la cocina de personal para llenar su taza-souvenir decorada con motivos de *langosta* con café demasiado hecho y sin sustancia, y se encerró en su despacho.

Su escritorio estaba lleno de papeles, y tenía un correo electrónico anunciado en su panel virtual en el escritorio. Todo aquel o era trabajo pendiente. La mayor parte, revisiones de procedimiento que eran necesarias pero frustrantemente tediosas y lentas de realizar. Pero siempre podría acabar parte de aquello más tarde, en casa.

Aquel día quería pasar más tiempo con el Sujeto. Tiempo crudo, en directo.

Cerró las persianas de la ventana, bajó la intensidad de las luces halógenas del techo y activó el monitor que comprendía la totalidad de la pared oeste del despacho.

Buena sincronización. El día de diecisiete horas de UMa_{47}/E acababa de comenzar.

Era temprano por la mañana, y el Sujeto se estiró en su jergón en

el suelo de piedra de su madriguera.

Como siempre, decenas de pequeñas criaturas (parásitos, simbiontes o pequeños vástagos) saltaron correteando de su cuerpo, donde habían estado refugiándose o nutriéndose de las tetillas de sangre del Sujeto mientras dormía. Los pequeños animales, no más grandes que ratones, con multitud de piernas y sinuosamente articulados, se escabulleron por agujeros que había a ras del suelo en la pared de arenisca. El Sujeto se sentó y después se incorporó.

Los cálculos estimaban que el Sujeto tenía una altura de unos dos metros diez. Se trataba ciertamente de un espécimen impresionante. Marguerite utilizaba el pronombre masculino de forma privada. Nunca se hubiera atrevido a suponer su género en un documento oficial. El género y las estrategias reproductivas de los alienígenas estaban todavía totalmente por resolver. El Sujeto era bípedo y bilateralmente simétrico. A gran distancia, su silueta podría tomarse por la de un ser humano. Pero al í acababan todos los paralelismos.

Su piel (no un exoesqueleto, como el ridículo sobrenombre de *«langosta»* implicaba) era áspera, marrón-rojiza, con una textura como de guijarro. Algunos teóricos, fijándose en su densa epidermis que conservaba la humedad, en sus pulmones de rejil a sobre su superficie ventral, y en detal es como las múltiples articulaciones de sus piernas y brazos, y los pequeños miembros para manipular la comida que le salían de ambos lados de su mandíbula, habían especulado con que el Sujeto y su especie quizás habrían evolucionado a partir de formas de vida similares a insectos. Un escenario que se proponía al respecto imaginaba una tendencia de los invertebrados a alcanzar el tamaño y la movilidad de mamíferos, enterrando su notocordio en una espina dorsal quitinosa mientras iban perdiendo su duro caparazón en favor de una piel gruesa, pero más ligera y flexible. Pero no se habían encontrado pruebas que respaldaran aquella ni ninguna otra hipótesis. La exozoología ya era lo suficientemente complicada; la exopaleo-biología era una quimera de la ciencia.

El Sujeto era claramente visible gracias a la luz de las bombil as incandescentes suspendidas a lo largo del techo. Las bombillas eran pequeñas, más como luces de Navidad que como las lámparas de casa, pero aparte de aquello parecían ridículamente familiares: el espectroscopio había revelado que los filamentos eran de ordinario tungsteno. Una tecnología simple y tosca. De cuando en cuando, otros individuos venían para reemplazar las bombillas gastadas y revisar los cables de cobre aislados buscando aberturas o irregularidades. La ciudad podía presumir de una buena infraestructura de mantenimiento.

El Sujeto no se vistió ni comió; nunca se le había visto comer en su guarida. Se detuvo para evacuar desechos líquidos en un agujero

del suelo que funcionaba como sumidero. El denso líquido verdusco cayó en cascada desde un orificio cloacal situado en su abdomen. Por supuesto, no había sonido que acompañara a la imagen, pero la imaginación de Marguerite suministró el ruido del chorro al chocar con la piedra y el borboteo consiguiente.

Se recordó que aquella escena había sucedido hacía medio siglo. Esto minimizaba su sentimiento de invasión. Ella nunca podría hablar con la criatura, nunca podría interaccionar con ella de ninguna forma; aquella imagen, no importaba lo misteriosamente que viajara hasta el os, no podía rebasar la velocidad de la luz. La estrel a madre 47 Ursa Majoris estaba a una distancia de cincuenta y un años luz de la Tierra.

Y por la misma regla de tres, si alguien en algún lugar de la galaxia estuviera observándola a el a, estaría a salvo en la tumba mucho antes de que sus observadores pudieran intentar interpretar sus funciones fisiológicas en el baño.

El Sujeto dejó su madriguera sin más preámbulo. Sus andares sobre dos piernas podrían parecer extraños para los estándares humanos, pero le servían para desplazarse a buen ritmo. Aquella parte del día podía resultar interesante. El Sujeto hacía básicamente lo mismo cada mañana (caminar hasta la fábrica donde ensamblaba partes de máquinas), pero rara vez tomaba la misma ruta para ir al trabajo. Tenían los suficientes datos como para sugerir que existía un imperativo cultural o biológico al respecto (esto es, la mayoría desarrollaba una conducta similar), quizás un remanente atávico del instinto de evitar a los depredadores. Muy mal; Marguerite hubiera preferido pensar que era parte de la idiosincrasia del Sujeto, fruto de una preferencia individual, una elección discernible.

En cualquier caso, el programa de observación lo seguía con precisión y previsibilidad. Cuando el Sujeto se movía, el punto de vista aparente (la «cámara virtual», como la llamaban los chicos de Adquisición de Imagen) lo seguía a la distancia adecuada. El Sujeto estaba centrado en la pantal a pero su mundo era visible allá donde él viajara. Avanzó a grandes trancos junto con otros de su especie a través de los pasillos iluminados por las luces incandescentes de su madriguera, todos moviéndose en la misma dirección, como si los pasillos fuesen carreteras de un solo sentido, aunque aquel sentido cambiara cada día. En una multitud, el a había aprendido a identificar al Sujeto no ya por la centralidad de su imagen (en ocasiones, brevemente, su imagen se borraba), sino por el vívido color naranja amarillento de su cresta dorsal-craneal y el redondeado contorno de sus hombros.

Pudo ver la luz del día conforme él iba pasando por balcones y rotondas abiertas al aire libre. Aquel día el cielo era de un azul polvoriento. La mayor parte de la l uvia que caía sobre Vil a langosta

se daba durante la estación del suave invierno, y al í entonces era bien entrado el verano, justo en el medio de su largo romance con el sol. El planeta tenía un eje levemente inclinado pero una órbita muy larga alrededor de su estrel a: sería verano en la ciudad del Sujeto durante otros dos años terrestres.

En verano, el cielo quedaba oscurecido normalmente más por culpa del polvo que a causa de nubes de tormenta. UMa$_{47}$/E era más seco que la Tierra; como en Marte, se podían generar enormes tormentas de polvo cargadas de electricidad. Siempre había una fina capa de polvo suspendida en la atmósfera, y los cielos no eran nunca tan claros como los terrestres. Pero aquel día parecía tranquilo, aventuró Marguerite. Cálido, a juzgar por cómo se le levantaban al Sujeto los cilios de control de la temperatura. El azul de tiza coloreada del cielo era tan bueno como podía llegar a serlo. Entrecerró los ojos e imaginó poblados sobre montañas escarpadas en Arizona o Nuevo México bajo la luna l ena.

Al final el Sujeto salió a una de las anchas avenidas del exterior que se hundían en la bese de la ciudad.

Los primeros estudios a gran altitud habían identificado no menos de cuarenta de aquellas enormes ciudades de piedra, y dos veces ese número de ciudades significativamente más pequeñas, repartidas a lo largo de la superficie de UMa$_{47}$/E. Marguerite tenía un globo del planeta del Sujeto sobre su escritorio, con las ciudades marcadas y bautizadas únicamente por su latitud y su longitud. (Nadie les quería dar nombres de verdad por temor a que se entendiera como un exceso de arrogancia o antropocentrismo; «Villa langosta» era tan solo un apodo, y uno aprendía a no utilizarlo cuando se encontraba junto con directivos o gente de la prensa.)

Quizás incluso fuese un error de atribución el llamar a aquella comunidad «ciudad». Pero a Marguerite le parecía una ciudad, y ella adoraba la vista que ofrecía.

Había unos mil zigurats de arenisca en la ciudad, y cada uno de ellos era enorme. Conforme el Sujeto iba descendiendo (su madriguera estaba bastante arriba de aquella particular estructura), Marguerite obtenía una perspectiva panorámica. Todas las torres eran, de media, muy similares, formaban agujas como caparazones de nautilos enroscándose hacia arriba desde plazas de baldosas rojas. Las estructuras industriales se distinguían por las chimeneas que surgían de sus picos y por las corrientes de humo oscuro o claro que se iban dispersando a lo largo del aire estancado. A lo largo y ancho de toda la ciudad, los nativos recién despiertos iban llenando las avenidas exteriores y abarrotando los espacios abiertos. El sol, que se iba acercando a su cénit con rapidez, enviaba rayos de luz amarilla a los cañones orientados hacia el este. Más allá de la ciudad, Marguerite

divisó tierras puestas en irrigación; y más allá todavía, montes bajos marrones y un horizonte con montañas recortándose en la lejanía. (Y si cerraba los ojos lo suficiente podía ver una imagen residual desdibujándose en colores opuestos, como si no estuviera mediatizada por una tecnología incomprensible de mil millones de dólares, como si estuviera realmente al í, respirando la suave atmósfera, el fino polvo quemándole la nariz.)

El Sujeto ya había alcanzado el nivel del suelo, y caminaba a través de bandas paralelas de luces y sombras hasta la torre industrial donde pasaba los días.

Marguerite observaba, ignorando el trabajo acumulado en su escritorio. No iba a ser la primera en revisar aquellos informes ni era probable que se percatara de algo pertinente que hubiera pasado desapercibido para los cinco departamentos focales. Su trabajo era integrar sus observaciones, no observar por sí misma. Pero aquello podía esperar al menos hasta después de la comida. El bloqueo de seguridad implicaba que, de todas formas, los organismos exteriores no podrían tener acceso a sus informes. Tenía libertad para observar.

Libertad, si el a quería, para soñar.

Comió en la cafetería de personal del ala oeste del Plaza. Ray no estaba allí, pero pudo ver a su ayudante Sue Sampel recogiendo un café en la máquina expendedora. Marguerite se había encontrado con Sue tan solo una o dos veces, pero sentía sincera lástima por ella. Sabía cómo trataba Ray a sus subordinados. Incluso en Crossbank, el personal de Ray había ido rotando a bastante velocidad. Sue probablemente ya habría solicitado un cambio de puesto. O lo haría pronto. Marguerite la saludó con la mano; Sue hizo lo propio con un ausente movimiento de cabeza.

Después de la comida, Marguerite se dedicó con empeño al papeleo. Revisó un informe particularmente interesante de un jefe de grupo de Fisiología que había importado un millar de horas de video a un procesador de gráficos, marcando las partes móviles del cuerpo del Sujeto y correlacionando sus cambios con la hora del día y la situación. Aquel enfoque había proporcionado una sorprendente cantidad de datos en bruto que debían enviarse a las otras divisiones en un boletín confidencial de alta prioridad. Lo tendría que redactar ella misma contando con la base de Bob Corso y Felice Kawakami, de Fisiología, cuando quiera que regresaran de la conferencia de Cancún… Un resumen en formato de puntos claros, suponía el a, con sugerencias de líneas para continuar investigando tan concisas como fuera posible, de modo que los diversos jefes de departamento no se pusieran nerviosos con el archivo adjunto.

Mantuvo al Sujeto en el panel de video de la pared, de modo que

podía levantar la vista de su trabajo y ver al Sujeto haciendo el suyo. El ser trabajaba en lo que casi con seguridad era una fábrica. Permanecía de pie en un pedestal en un enorme espacio cerrado bajo una luz que iluminaba la zona donde trabajaba. Otros rayos de luz iluminaban a más nativos, cientos de ellos, que formaban hileras detrás de él como pilares fosforescentes en la penumbra de una caverna. El Sujeto cogía partes modulares (artefactos de forma cilíndrica todavía por identificar) de un cubo al lado del pilar y los insertaba en discos previamente perforados. Los discos iban surgiendo de una cámara de su pedestal gracias a una plataforma elevadora, que los iba retirando una vez que los completaba. El ciclo duraba aproximadamente unos diez minutos. Llamarlo monótono, pensaba Marguerite, era ir más allá de los límites del eufemismo.

Pero algo había l amado su atención.

Como el Sujeto estaba más o menos inmóvil, la cámara virtual había rotado y ahora ofrecía un primer plano. Podía ver la cara del Sujeto rígida bajo la luz cenital. Si se le podía l amar cara. La gente la había considerado «horripilante», pero no lo era, por supuesto; tan solo intensamente extraña. Al principio era toda una sorpresa porque uno estaba familiarizado con algunas de sus partes (los ojos, por ejemplo, que se asentaban en huesos salientes como los humanos, aunque eran totalmente blancos), mientras que otros rasgos (los brazos para comer, las mandíbulas) recordaban a los insectos o eran del todo irreconocibles. Pero uno aprendía a ir más al á de aquel as angustiosas primeras impresiones. Más perturbador era el hecho de no poder ver más allá. Ver el significado. Los seres humanos estaban habituados a reconocer las emociones reflejadas en los rostros humanos, y con entrenamiento un investigador podía aprender a entender las expresiones de simios y lobos. Pero el rostro del Sujeto desafiaba toda comprensión.

Sin embargo, sus manos…

Eran manos, con un parecido inquietante con las manos humanas. Tenían tres dedos largos y flexibles, mientras que el «dedo pulgar» era una protuberancia fija de hueso que nacía de la muñeca. Pero todas las partes se entendían perfectamente en un simple vistazo. Podías imaginarle agarrar algo con aquel as manos. Se movían de forma rápida, muy similar a la humana.

Marguerite lo observó trabajar.

¿Estaban temblando?

Le parecía que las manos del Sujeto temblaban.

Envió una nota rápida al departamento de Fisiología:

¿Temblores en las manos del Sujeto? Parece ser que sí (15:30 de hoy en directo).

Mantenedme informada. M.

Después volvió a su trabajo. Se sentía cómoda, de alguna forma, tecleando en el ordenador con la imagen del Sujeto sobre su hombro. Como si estuviesen trabajando juntos. Como si tuviera compañía. Como si tuviera un amigo.

Recogió a Tess de camino a casa.

Era día de gimnasia, y en los días de gimnasia Tess inevitablemente dejaba la escuela con la blusa desabotonada y las zapatillas desatadas. Aquel día no era una excepción. Pero Tess estaba abatida, acurrucándose en el asiento del copiloto para escapar del frío otoñal, y Marguerite no le dijo nada sobre cómo iba vestida.

—¿Todo va bien?

—Supongo que sí —dijo Tess.

—Por lo que tengo entendido, el cableado de datos todavía está intervenido, de modo que esta noche tampoco hay video.

—Los lunes vemos *La ciudad del Sol.*

—Sí, pero esta noche no, corazón.

—Tengo un libro para leer —dijo Tess poniendo de su parte.

—Eso está bien. ¿Qué estás leyendo?

—Una cosa sobre Astronomía.

En casa, Marguerite preparó la cena mientras Tess jugaba en su cuarto. La cena consistía en un plato de pollo descongelado de la carnicería de Blind Lake. Insulso pero adecuado, y dentro del abanico de habilidades culinarias de Marguerite. El pol o estaba girando en el microhorno cuando sonó su teléfono.

Marguerite sacó la unidad del bolsillo de la camisa.

—¿Sí?

—¿Señorita Hauser?

—Al aparato.

—Siento molestarla a estas horas. Soy Bernie Fleischer…, el tutor de Tess del colegio.

—Sí… —dijo Marguerite disimulando lo mejor posible el mareo repentino que sentía—. Nos vimos en septiembre.

—Me preguntaba si tendría un momento libre y podría pasarse por el colegio para tener una entrevista durante esta semana.

—¿Hay algún problema con Tess?

—No un problema en el sentido propio de la palabra. Tan solo he pensado que deberíamos hablar. Podemos discutirlo con más detalle cuando nos veamos.

Marguerite acordó una hora y volvió a dejar el teléfono en el bolsillo.

Por favor, pensó ella. *Por favor, que no suceda otra vez.*

6

El colegio acababa temprano los miércoles.

La sirena que anunciaba el final de las clases sonaba a la una y media para dejar algo de tiempo a los profesores para concertar alguna entrevista. El señor Fleischer había estado impartiendo clase toda la mañana, hablando de marismas y Geografía y de los diferentes tipos de aves y animales que habitaban en la zona; y Tess, aunque había estado mirando por la ventana casi todo el tiempo, había escuchado atentamente. Blind Lake (el lago, no la ciudad) parecía fascinante, al menos en la forma en la que lo describía el señor Fleischer. Había estado hablando sobre la capa de hielo que había cubierto aquella parte del mundo hacía miles y miles de años. Aquello era intrigante de por sí. Tess había oído hablar de la edad del hielo, por supuesto, pero no había interiorizado que había sucedido allí, que la tierra bajo los cimientos de la escuela había estado una vez enterrada bajo una insoportable cantidad de hielo. Que los glaciares, avanzando ininterrumpidamente, habían empujado rocas y tierra a su paso como gigantescas palas, y, al cubrirse en retirada, habían l enado la tierra de declives y depresiones de agua antiquísima.

Aquel día el cielo estaba encapotado y hacía frío, pero no l ovía y la impresión general era que no se estaba tan mal. Tess, con toda la tarde por delante como un regalo sin abrir, decidió visitar la marisma, el Blind Lake original. Fue a hablar con Edie Jerundt en el patio de recreo y le preguntó si le gustaría ir a el a también. Edie, jugando con un yo-yo, frunció el ceño.

—Aja. —El cordel hizo un sonido seco al rozar el cuerpo del yo-yo. Tess se encogió de hombros y se fue.

Según el señor Fleischer, el hielo había estado al í hacía diez mil años. Diez mil veranos que se iban haciendo más fríos a medida que avanzaban los glaciares. Diez mil inviernos fundidos en uno solo, ininterrumpido. Se preguntó cómo habría sido justo cuando el mundo había comenzado a calentarse de nuevo, cuando los glaciares se fueron retirando, revelando la tierra bajo sus pies («tierra de morrena», había explicado el señor Fleischer, «morrena lavada», fuera lo que fuera que significase); tierra transportada desde lejos cayéndose del hielo para formar valles de lechos rocosos, embarrar los nuevos ríos y hacer brotar hierba en las praderas. Quizás todo había olido entonces a primavera, pensó Tess. Quizás hubiera olido así durante años en aquella época, con un aroma a abono y hojas putrefactas y nueva vida que crecía.

Y mucho antes de todo aquello, antes de la edad del hielo, ¿habría habido un otoño global? Debería haber existido. Tess estaba

segura de el o. Un mundo entero hecho justo como era allí entonces, pensó, con sombras de escarcha por las mañanas, donde podías verte el aliento cuando caminabas hacia el colegio.

Sabía que las marismas estaban más al á de las zonas asfaltadas de la ciudad, al menos a kilómetro y medio al este, pasando las torres refrigeradoras de Paseo Globo Ocular, y mucho más lejos que la pequeña colina donde (según le había contado Edie Jerundt) se jugaba con trineos en invierno; pero los niños mayores eran malos y se chocaban contigo si no ibas con algún adulto.

Era una buena caminata. Siguió la acera de la carretera de acceso que conducía al este desde las casas de la ciudad hacia el Paseo, girando a un lado cuando llegó al perímetro de aquel montón de edificios. Tess nunca había estado dentro del Paseo Globo Ocular, aunque había estado en un edificio similar durante una excursión del colegio en Crossbank. A decir verdad, le tenía un poco de miedo al Paseo. Su madre le había dicho que era igual que el de Crossbank (un duplicado del mismo, de hecho), y a Tess no le habían gustado aquel os pasillos cubiertos que apuntaban hacia las profundidades, o los enormes tanques de O/CBE o las ruidosas bombas criogénicas que lo mantenían frío. Todas aquellas cosas la asustaban de por sí, pero aquel a sensación creció aún más gracias al comentario de su profesora, la señora Flewelling, que dijo que aquellas máquinas y procesos todavía «no se comprendían del todo».

Ella comprendía, al menos, que las imágenes del planeta océano en Crossbank y de Vil a langosta en Blind Lake se generaban en aquellos lugares, en el Paseo Globo Ocular, o, como se lo conocía en Crossbank, el Gran Ojo. De aquellas estructuras nacían grandes misterios. Tess nunca había quedado demasiado impresionada con las imágenes en sí mismas, la estática vida del Sujeto o la incluso más estática vida de las vistas del océano (hacían un canal aburrido con aquello); pero cuando estaba de humor podía mirarlas de la misma forma en la que miraba por la ventana, sintiendo la exquisita extrañeza de la luz del día en otro planeta.

Las torres refrigeradoras en el Paseo Globo Ocular dejaban escapar finos trazos de humo a través del aire de la tarde. Las nubes avanzaban sobre el as como una manada de animales nerviosos. Rodeó el edificio prestando buena atención a las vallas de su perímetro. Cambió el rumbo hacia el oeste a través de un camino que discurría a través de la hierba silvestre, una de las innumerables sendas de la pradera que habían sido horadadas por los niños de Blind Lake. Se abrochó los botones del cuel o de su chaqueta para protegerse del frío creciente.

Para cuando alcanzó lo alto de la colina desde donde se tiraban con el trineo, ya tenía los pies cansados y estaba dispuesta a regresar a

casa, pero la primera vista de las marismas la dejó fascinada.

Más al á de la colina y del perímetro de hierba descansaba Blind Lake, una «marisma semipermanente», había dicho el señor Fleischer, kilómetro y medio cuadrado de pradera bajo el agua y ciénaga profunda. La tierra estaba recorrida por montículos de hierba, amplias áreas de espadañas, y en las zonas de agua abierta podía ver descansar a gansos del Canadá como aquellos que los habían estado sobrevolando en formación de V durante todo el otoño.

Más lejos se podía divisar otra valla, o más bien la misma valla que rodeaba todo el Laboratorio Nacional de Blind Lake así como las marismas. Aquella tierra estaba encerrada, pero aun y todo era salvaje. Estaba dentro de lo que se conocía como perímetro de seguridad. Tess, si quisiera vagabundear por las marismas, estaría a salvo de un ataque terrorista o de agentes de espionaje, aunque quizás no tanto de tortugas o ratones almizcleros. (No sabía a qué se parecía un ratón almizclero, pero el señor Fleischer había dicho que podían encontrarse allí y a el a no le había gustado cómo sonaba su nombre.)

Se aventuró a bajar la colina un poco más, hasta que el suelo comenzó a rezumar agua bajo la presión de sus pies y las espadañas se perfilaban amenazadoramente ante el a como centinelas pardos con cabezas de lana. En una charca de agua estancada a su izquierda podía ver su propio reflejo.

A no ser que fuera la Chica del Espejo mirándola a ella.

Tess ni siquiera quería pensar en aquella posibilidad en la privacidad de su propia mente. Había causado demasiados problemas allá en Crossbank. Asesores, psiquiatras y todas aquellas interminables y enloquecedoras preguntas que había tenido que contestar. La forma en la que la gente la había mirado; la forma en la que incluso su padre y su madre la habían mirado, como si hubiera hecho algo vergonzoso sin ser consciente de el o. No, aquel o no. Otra vez no.

La Chica del Espejo había sido tan solo un juego.

El problema era que el juego había parecido real.

No real real, de la forma en la que una roca o un árbol eran algo real y tangible. Pero más real que un sueño. Más real que un deseo. La Chica del Espejo era físicamente igual a Tess, y no solo estaba en los espejos (donde se le había aparecido por primera vez), sino también en el aire. La Chica del Espejo le susurraba preguntas que Tess nunca habría pensado en preguntar, preguntas que no siempre podía responder. La Chica del Espejo, le había dicho la terapeuta, era tan solo una invención suya; pero Tess no creía que el a pudiera inventar una personalidad tan persistente y frecuentemente molesta como la Chica del Espejo había demostrado ser.

Se arriesgó a echar otra mirada a la balsa junto a sus pies. El agua estaba l ena de nubes y cielo. Agua desde la que su propio rostro le

devolvía la mirada en un ángulo oblicuo, y parecía sonreír reconociéndola.

Tess, dijo el viento, y su reflejo desapareció entre una sucesión de ondas.

Pensó en el libro de Astronomía que había estado leyendo. En la profundidad del tiempo y el espacio, para la cual la Edad de Hielo no había sido más que un instante.

Tess, susurraban las espadañas y los juncos.

—Márchate —dijo Tess enfadada—. No quiero más problemas contigo.

El viento se agitó y murió, aunque persistía aquel a sensación de una presencia incómoda.

Tess se marchó de las marismas, repentinamente inhóspitas. Cuando se encaminó al oeste vio el sol sobresaliendo por una brecha entre las nubes, casi al nivel de la cima de la colina. Miró su reloj. Las cuatro. La l ave de la casa que llevaba atada a una cadena alrededor del cuello le parecía un bil ete al paraíso. No quería estar fuera en aquella solitaria zona húmeda durante más tiempo. Quería estar en casa, sin su pesada mochila a la espalda, echada en el sofá con algo bueno en el panel de video o un libro en las manos. Le sobrevino un sentimiento de indecisión y culpabilidad, como si hubiera estado haciendo algo malo por el solo hecho de estar allí, aunque no había prohibiciones al respecto. (Lo único que el señor Fleischer remarcaba era la posibilidad de perderse en la marisma y de que las aguas poco profundas en ocasiones eran más profundas de lo que parecían.)

Una enorme garza azul echó a volar desde los juncos a unos pocos metros de ella, restal ando el aire con sus alas. Llevaba algo verde que se movía en la punta del pico.

Tess se dio la vuelta y comenzó a correr hacia la cima de la colina, buscando con ansiedad la seguridad de la vista de Blind Lake (la ciudad). El viento silbaba en sus oídos, y el sonido de sus pantalones al rozar parecía el de una conversación precipitada.

Las torres del Paseo la tranquilizaron cuando pasó junto a ellas a toda prisa. El suave color negro del asfalto de la carretera que se iba hundiendo entre las casas de la ciudad la tranquilizó. La cercanía de los altos edificios del Hubble Plaza la tranquilizó.

Pero no se interesó por el sonido de sirenas de coches de policía en el acceso sur del complejo. Las sirenas siempre le habían parecido a Tess como niños l orando, hambrientos y solitarios. Querían decir que algo malo estaba sucediendo. Tuvo un escalofrío y continuó corriendo durante el resto del camino a casa.

7

La mañana del miércoles, Sebastian Vogel se sentó con Chris en una diminuta mesa improvisada en la cafetería del centro de ocio comunitario.

El desayuno consistía en *croissants*, huevos revueltos, zumo de naranja y café, todo el o gratis para los invitados forzosos. Chris empezó por el café. Quería un poco de refuerzo neuroquímico.

Sebastian sacó sin prisas un ejemplar de *Dios & el vacío cuántico* y lo depositó sobre la mesa.

—Elaine dijo que tenías curiosidad. Le he escrito una dedicatoria.

Chris trató de parecer agradecido. El libro era una edición de lujo, impreso con papel de verdad y encuadernado con lomo, tan duro como un ladrillo y casi tan pesado. Se imaginó a Elaine conteniendo una sonrisa cuando le decía a Sebastian lo «ansioso» que estaba Chris por leerlo. Sebastian debía de haber llevado consigo una maleta llena de libros a Blind Lake, como si estuviera en una gira promocional.

—Gracias —dijo Chris—, te debo un ejemplar del mío.

—No lo necesito. Me descargué una copia de *Weighted Answers* antes de que se cortaran las conexiones. Elaine lo recomienda encarecidamente.

Chris se preguntó cómo podría recompensar a Elaine por aquel o. Estricnina en su tazón de cereales, quizás.

—Ella cree —continuó Sebastian— que esta crisis de seguridad puede ayudarnos en nuestro trabajo.

Chris fue hojeando el libro de Vogel, leyendo los títulos de cada capítulo. «Tomar prestado a Dios», leyó. «Por qué los genes crean mentes & dónde encontrarlos». Aquel pernicioso «&»…

—¿Cómo nos puede ayudar?

—De esta manera podemos observar a la institución en crisis. Especialmente si el bloqueo se prolonga más. Dice que podemos ir más allá de la máquina de publicidad de Ari Weingart y hablar con gente real. Ver un lado de Blind Lake que nunca ha sido abordado por la prensa.

Elaine tenía razón, por supuesto, y por una vez Chris le llevaba la delantera. Durante aquellos dos días había estado entrevistando a los trabajadores del turno de día atrapados en el complejo, sacándole así partido al bloqueo.

No había necesitado la charla de Elaine de la otra noche. Sabía a ciencia cierta que aquella era su última oportunidad de salvar su carrera como periodista. La única cuestión era si quería aprovecharla. Como Elaine había dicho también, había otras opciones. Alcoholismo crónico o adicción a las drogas, por ejemplo, y él había coqueteado lo

suficiente con ambas como para conocer su poder de atracción. O podía encontrar algún trabajo de poca monta escribiendo copias de anuncios o manuales tecnológicos, e ir deslizándose hacia una edad madura sedante y respetable. No era la primera persona adulta en enfrentarse a unas expectativas más modestas, y no se sentía inclinado a alegrarse por ello.

El encargo de Crossbank y Blind Lake le había llegado como un sueño largo tiempo postergado. Un sueño que se había convertido en pesadilla. Había crecido enamorado del espacio, había atesorado fotografías antiguas de la NASA y de las tentativas de los interferómetros ópticos de EuroStar, imágenes llenas de fuerza entre las que había incluido los dos gigantes de gas del sistema de UMa_{47} (cada uno con su enorme y complejo sistema de anillos), y la sorpresa que significaba un planeta rocoso dentro de la zona habitable de la estrella.

Sus padres no habían frenado su entusiasmo, pero nunca lo habían llegado a comprender. Únicamente su hermana menor, Porcia, había estado dispuesta a escucharle hablar sobre ello, y aun así interpretaba aquel as historias como cuentos para dormir. Para Porcia todas las cosas formaban historias. A ella le gustaba oírle hablar de mundos lejanos y perfectamente visibles, pero siempre quería que fuese más al á de la información científica disponible. ¿Había gente en aquellos planetas? ¿Qué aspecto tenían?

—No lo sabemos —solía responderle—, todavía no lo han descubierto. —Porcia no ocultaba su decepción. ¿No podría haberse inventado algo? Pero Chris ya había adquirido lo que él más tarde pensaría que era el respeto periodístico a la verdad. Si uno llegaba a comprender los hechos, no se necesitaban mentiras: todas las maravillas estaban ya allí, más preciosas aún porque eran ciertas.

Después de aquello, el interferómetro de la NASA había comenzado a perder fuerza de señal, y los nuevos aparatos O/CBE, computadoras cuánticas que funcionaban gracias a redes neuronales adaptativas en una arquitectura orgánica de límites abiertos, fueron instaladas para sacar el máximo partido a las señales, eliminando la estática. Habían hecho más que aquello, por supuesto. Además de su increíblemente profundo y recursivo análisis de Fourier, habían logrado una imagen óptica incluso después de que los propios interferómetros dejaron de estar conectados. La tecnología de computación analítica había reemplazado al telescopio, cuando su función debía haber sido mejorar su rendimiento.

Chris estaba en su último año en casa cuando se divulgaron las primeras imágenes de $HR88_{32}$/B a través de los medios de comunicación. Su familia no les había prestado demasiada atención. Porcia era en aquel entonces una brillante adolescente que había

descubierto la política, y que estaba enfadada porque no le habían permitido acudir a Chicago a una manifestación de protesta contra la inauguración de la Commonwealth Continental. Sus padres se habían encerrado cada cual en su propio universo. Su padre en el trabajo con la madera y la iglesia presbiteriana, y su madre en la bohemia de última hora marcada por los encuentros Mensa y las blusas de Madras, ferias psíquicas y bufandas afganas.

Y aunque todos el os se maravillaron con las imágenes de $HR88_{32}$/B, no las habían comprendido en su verdadera dimensión. Como la mayoría de la gente, no sabían a qué distancia estaba aquel planeta, ni qué significaba el que orbitara alrededor de «otra estrel a», ni por qué sus paisajes marinos eran algo más que una belleza abstracta, o por qué se había formado tanto revuelo por un sitio al que nadie podía l egar.

Chris había querido explicarlo desesperadamente. Otro impulso periodístico prematuro. La belleza e importancia de aquellas imágenes era algo trascendente. Diez mil años de lucha de la humanidad contra la ignorancia habían dado sus frutos. Aquel o redimía a Galileo de sus inquisidores y a Giordano Bruno de las l amas. Era una perla rescatada de la vorágine de la esclavitud y de la guerra.

También era una maravilla de nueve días, una burbuja mediática, una breve y lucrativa fuente de ingresos para la industria de la novedad. Habían pasado diez años y el efecto O/CBE había demostrado ser difícil de comprender o de reproducir, Porcia se había marchado y su primer libro de periodismo había resultado un desastre para Chris. La verdad era un bien difícil de vender. Incluso en Crossbank, incluso en Blind Lake, las luchas internas de los departamentos sobre la interpretación casi habían terminado por engullir el discurso científico.

Pero allí estaba él. Desilusionado, desorientado, jodido y vuelto a joder, pero con una última oportunidad para rescatar aquella perla de entre el barro y compartirla. Una oportunidad para poner de nuevo en su sitio la belleza y la importancia que en un tiempo lo habían conmovido hasta casi arrancarle las lágrimas.

Miró a Sebastian Vogel por encima de la bandeja de plástico del desayuno.

—¿Qué es este sitio para ti?

Sebastian se encogió de hombros con afabilidad.

—He l egado aquí de igual forma que tú. Recibí la llamada de *Visions East,* hablé con mi agente, firmé el contrato.

—Sí, pero ¿es eso todo? ¿Una oportunidad de ganar publicidad?

—Yo no diría eso. Quizás no sea tan sentimental como Elaine, pero reconozco la importancia del trabajo que se realiza aquí. Cada avance en Astronomía desde Copérnico ha cambiado la visión de la

humanidad con respecto a sí misma y a su lugar en el universo.

—No se trata tan solo de los resultados. Es el proceso. Galileo podía haberle explicado a cualquiera los principios que se ocultaban detrás del telescopio con un poco de paciencia. Pero incluso la gente que trabaja con los O/CBE no te puede decir cómo hacen lo que hacen.

—Me estás preguntando cuál es la historia más importante —dijo Sebastian—, si lo que vemos o cómo lo vemos. Es una perspectiva interesante. Quizás deberías hablar con los ingenieros del Paseo. Probablemente sean más accesibles que los teóricos.

Porque no les importa lo que le dije al mundo sobre Galileo, pensó Chris. *Porque no me consideran un Judas.*

Pero aun y todo era una buena idea. Después del desayuno llamó a Ari Weingart y le pidió un contacto en el Paseo.

—El ingeniero jefe allí es Charlie Grogan. Si quiere, puedo intentar localizarlo y concertar una entrevista.

—Se lo agradecería —dijo Chris—. ¿Algo más sobre el bloqueo?

—Lo siento, no.

—¿Alguna explicación?

—Es inusual, obviamente, pero no. Y no necesita recordarme lo cabreada que está la gente. Tenemos un chico en Personal cuya esposa se fue a trabajar justo antes de que se cerraran los accesos el viernes. Puede imaginar la gracia que le está haciendo todo esto.

Y no era el único. Aquel a tarde Chris entrevistó a tres trabajadores más del turno de día en el gimnasio de Blind Lake, pero eran reacios a hablar de nada más que del bloqueo. Familias con las que no podían contactar, mascotas abandonadas, citas perdidas.

—Lo menos que podrían hacer sería darnos derecho a una puta l amada telefónica con el exterior —le había dicho un electricista—. Quiero decir, ¿qué podría suceder? ¿Es que alguien nos va a poner una bomba por teléfono? Además hay rumores de todo tipo circulando por ahí, lo que es fácil de entender si uno no puede obtener noticias de verdad. Por lo que sabemos, podría haber una guerra ahí fuera.

Chris tan solo podía darle la razón. Un bloqueo temporal de seguridad era una cosa. Casi una semana sin intercambio de información con el exterior en ninguna dirección rozaba la locura. Si la situación continuaba así durante mucho tiempo, daría la impresión de que había ocurrido algo realmente radical allí fuera.

Y quizás hubiera ocurrido. Pero aquello no era una explicación suficiente. Incluso en tiempo de guerra, ¿qué amenaza podía suponer una conexión a Internet o a los canales de video? ¿Por qué mantener en cuarentena no solo a la población de Blind Lake, sino también todos los datos que iban recabando?

¿Quién estaba ocultando qué y de quién?

Intentó pasar la hora antes de la cena ordenando sus notas. Estaba empezando a imaginar la posibilidad de completar un artículo, quizás no de veinte mil palabras, como le había pedido *Visions East,* pero sin andarle lejos. Incluso tenía una tesis: milagros enterrados bajo la capacidad humana para la indiferencia. La somnolienta cultura de UMa_{47}/E como un espejo distante.

Un proyecto como aquel sería bueno para él, quizás pudiera restaurar su fe en sí mismo.

O bien podría despertarse al día siguiente sumido en su típica neblina paralizadora de auto-repulsa, con la idea de que no estaba engañando absolutamente a nadie con su puñado de entrevistas a medio transcribir y sus endebles ambiciones. Aquel o también era posible. Quizás incluso probable.

Levantó la mirada de la pantalla de su ordenador de bolsillo a tiempo de ver que Elaine se acercaba a él.

—¡Chris!

—Estoy ocupado.

—Está ocurriendo algo en la puerta de acceso sur. Pensé que quizás querrías ir.

—¿De qué se trata?

—¿Tengo aspecto de saberlo? Algo grande está bajando lentamente por la carretera. Parece un vehículo sin tripulantes. Puedes verlo desde la colina, pasando el Plaza. ¿Puede ese pequeño cacharro tuyo grabar imágenes de video?

—Sí, claro, pero…

—Entonces tráetelo contigo. ¡Vámonos!

Había un corto paseo desde el centro de ocio hasta la cima de la colina. Lo que fuera que estuviera sucediendo era lo suficientemente inusual como para que un pequeño grupo de personas se hubiera reunido para observar qué ocurría, y Chris podía ver que sus rostros se asomaban a las ventanas de la torre sur del Hubble Plaza.

—¿Le has comentado a Sebastian algo de esto?

Elaine apartó la mirada.

—No me dedico a seguirle la pista todo el tiempo, y dudo que le interesara. A no ser que el que esté bajando la colina sea el Espíritu Santo.

Chris entrecerró los ojos para forzar la vista.

La sinuosa carretera que se alejaba de Blind Lake era claramente visible bajo un techo de nubes bajas y amontonadas. Y sí, algo se estaba aproximando al acceso cerrado desde fuera. Chris pensó que Elaine probablemente tuviera razón: parecía un camión de dieciocho ruedas sin conductor, el tipo de vehículos que el ejército había

utilizado en Turquía en la crisis de hacía cinco años. Estaba pintado de negro y no tenía ninguna identificación, al menos ninguna que Chris pudiera reconocer desde al í. Se desplazaba a una velocidad que no podía ser superior a los treinta kilómetros por hora, lo que significaba que estaba a unos diez minutos o más del acceso.

Grabó unos pocos segundos de video.

—¿Estás en buena forma? —dijo Elaine—. Porque tengo intención de ir corriendo hacia allá y ver qué ocurre cuando llegue esa cosa.

—Podría ser peligroso —dijo Chris. Por no decir frío. La temperatura había descendido sus buenos grados en la última hora. No tenía chaqueta.

—No seas gal ina —le espetó Elaine—, el camión no parece armado.

—Quizás no esté armado, pero está acorazado. Alguien ha tomado precauciones.

—Razón más que suficiente. ¡Escucha!

El sonido de sirenas. Dos camionetas de la seguridad de Blind Lake aceleraban en dirección sur.

Elaine era rápida para una mujer de su edad. A Chris se le hizo difícil mantener su ritmo.

8

Marguerite salió del trabajo pronto aquel miércoles y condujo hasta el colegio para reunirse con el señor Fleischer, el tutor de Tessa.

El único edifico de la escuela de Blind Lake era una estructura alargada de dos plantas no lejos del Plaza, rodeada de patios de recreo, un campo de atletismo y un gran aparcamiento. Como todos los edificios en Blind Lake, la escuela había sido construida con un diseño impoluto pero esencialmente anónimo. Podría haber sido una escuela en cualquier sitio. Se parecía mucho a la escuela de Crossbank, y el olor que le dio la bienvenida a Marguerite, cuando atravesó la gran puerta de entrada, fue el olor de los colegios en los que había estado: una combinación de leche agria, abrillantador de madera, desinfectante, olor adolescente y el calor de elementos electrónicos.

Siguió el pasillo hasta el ala oeste. Tess había empezado octavo aquel año, un paso más que la alejaba del juego de la comba y de las barbies, tambaleándose al borde de la adolescencia. Marguerite había sufrido en sus años de instituto, y todavía sentía una ola de aprensión que la condicionaba, que emanaba de las filas de taquillas color salmón, aunque la escuela estaba casi vacía: habían dejado salir más temprano a los alumnos para poder reunirse con los padres. Imaginó que Tess ya estaría en casa, quizás leyendo o escuchando el zumbido de los calefactores del parqué. *A salvo en casa,* pensó Marguerite con algo de envidia.

Llamó a la puerta entreabierta del señor Fleischer, la del aula 130. Este la saludó con un gesto y se incorporó para estrecharle la mano.

Ella no tenía ninguna duda de que el señor Fleischer era un profesor excelente. Blind Lake era el buque insignia de la institución federal, y una parte clave de su paquete laboral era la disponibilidad de un sistema educativo de primera línea. Estaba segura de que las credenciales del señor Fleischer eran impecables. Incluso tenía el aspecto de un buen profesor, o al menos el tipo de profesor en el que se podía confiar sin ningún tipo de problema: alto, un tanto estrábico, bien vestido pero no hasta tal punto que resultara intimidatorio, con una barba arreglada y una sonrisa amplia. Su apretón de manos fue firme pero no demasiado fuerte.

—Bienvenida —dijo. El aula estaba l ena de pupitres para niños, pero él había conseguido dos sil as de adultos—. Siéntese, por favor.

Era curioso, pensó Marguerite, lo extraña que la hacía sentirse todo aquello.

Fleischer echó una ojeada a una hoja de notas.

—Me alegro de que nos hayamos visto. Visto de nuevo, debería

decir, desde que matriculó a Tessa en el colegio. ¿Usted trabaja en Observación e Interpretación?

—En realidad, estoy al cargo del departamento.

Las cejas de Fleischer se alzaron levemente.

—¿Lleva aquí desde agosto?

—Tess y yo nos mudamos aquí en agosto, sí.

—El padre de Tessa vino aquí un poco antes, sin embargo, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Están separados?

—Divorciados —dijo Marguerite rápidamente. ¿Era paranoia, o Ray ya había estado hablando de aquello con Fleischer? Ray siempre decía «separados», como si el divorcio fuera un malentendido temporal. Y sería muy propio de Ray describir a Marguerite como «trabajando en Interpretación» en lugar de admitir que era la directora del departamento —. Hemos acordado una custodia compartida, pero Tessa está a mi cuidado la mayoría del tiempo.

—Ya veo.

Quizás Ray tampoco había mencionado aquel o. Fleischer hizo una pausa y añadió unos comentarios a sus notas.

—Lo siento mucho si esto es un poco intrusivo. Tan solo quiero hacerme una idea de la situación de Tessa en casa. Está teniendo algunos problemas en el colegio, como estoy seguro de que usted ya sabe. Nada serio, pero sus notas no están a la altura de nuestras expectativas, y el a parece un poco, no sé cómo decirlo, un poco ausente en clase.

—El traslado… —empezó Marguerite.

—No dudo de que sea un factor. Esto es un poco como una base militar. Las familias vienen y van todo el tiempo, y es duro para los niños. Además, los niños también pueden ser difíciles con los recién llegados. Lo veo demasiado a menudo. Pero mi preocupación por Tessa va un poco más allá. He estado revisando sus informes de Crossbank.

Ah, pensó Marguerite. *Bueno, aquel o era inevitable. Los viejos fantasmas tardan en desaparecer.*

—Tess tuvo algunos problemas la primavera pasada. Pero todo aquello se acabó ya.

—¿Ocurrió durante el proceso de divorcio?

—Sí.

—Ella estuvo acudiendo a un terapeuta durante aquel tiempo, ¿no es así?

—El doctor Leinster, en Crossbank. Sí.

—¿Está viendo a alguno aquí?

—¿Aquí en Blind Lake? —Marguerite sacudió la cabeza

negativamente con decisión—. No.

—¿Ha pensado en ello? Tenemos personal muy preparado que la podría atender.

—Estoy convencida. Pero no lo veo necesario.

Fleischer hizo una pausa. Daba golpecitos a su bolígrafo contra el escritorio.

—Cuando estaban en Crossbank, Tess tuvo algún tipo de episodio alucinatorio, ¿me equivoco?

—Sí, se equivoca, señor Fleischer, eso no es del todo correcto. Tess se sentía sola y hablaba consigo misma. Tenía una amiga invisible que se había inventado, llamada Chica del Espejo, y había ocasiones en que le era un poco difícil distinguir entre la realidad y la imaginación. Eso es un problema, pero no es una alucinación. Le hicieron pruebas de epilepsia en el lóbulo temporal y de una docena de otras condiciones neurológicas. Todos los resultados fueron negativos.

—De acuerdo con su informe, le diagnosticaron…

—Síndrome de Asperger, sí, pero eso no es un caso terriblemente infrecuente. Tiene unos pocos tics, no habla demasiado y no es muy buena haciendo amigos, pero lo hemos sabido desde hace años. Es solitaria, sí, y creo que su soledad contribuyó al problema de Crossbank.

—Creo que también es solitaria aquí.

—Estoy segura de que tiene razón. Sí, es solitaria y está desorientada. ¿No lo estaría usted? Sus padres divorciados, un nuevo lugar donde vivir, además de todas las crueldades normales que un niño tiene que soportar a su edad. No hace falta que me hable de el o. Lo veo cada día. En su lenguaje corporal, en sus ojos.

—¿Y no cree que la terapia le serviría de ayuda?

—No quiero dar la impresión de que me despreocupo, pero la terapia no ha sido un gran éxito. Tess ha estado tomando Ritalin y un buen montón de otras drogas, y ninguna de el as le ha hecho ningún bien. Más bien al contrario. Eso también debería constar en el informe.

—La terapia no implica medicación necesariamente. En ocasiones, ya la charla es una ayuda.

—Pero no ayudó a Tess. Si logró algo fue hacerla sentirse más diferente, más sola, más oprimida.

—¿Le ha dicho eso a usted?

—No tuvo que hacerlo. —Marguerite se dio cuenta de que le sudaban las palmas de las manos. Su voz se había hecho más tensa. *Esa manía tuya de ponerte a la defensiva,* solía decir Ray—. ¿Adonde quiere llegar, señor Fleischer?

—De nuevo siento si esto parece intrusivo. Me gusta tener un

historial de mis alumnos, especialmente si están teniendo problemas. Creo que me hace mejor profesor. Adivino que también me hace sonar como un interrogador. Mis disculpas.

—Ya sé que Tess ha sido un poco lenta con sus redacciones, pero…

—Viene a clase, pero hay días en que está, no sé cómo describirlo… emocionalmente ausente. Mirando por la ventana. A veces la llamo por su nombre y no me responde. Habla en susurros consigo misma. Eso no la hace única, mucho menos desequilibrada, pero a mi me hace más difícil el trabajo. Todo lo que estoy diciendo es que quizás nosotros podamos ayudar.

—Ray ha estado aquí, ¿verdad?

El señor Fleischer parpadeó.

—He hablado con su marido, con su ex-marido, en un par de ocasiones, pero eso es habitual.

—¿Qué le dijo? ¿Que no me ocupo de ella? ¿Que ella se queja de estar sola cuando está conmigo?

Fleischer no contestó, pero sus ojos abiertos de par en par lo delataron. Había dado de lleno. ¡Puto Ray!

—Mire —dijo Marguerite—, aprecio su preocupación y la comparto, pero usted también debería saber que Ray no está satisfecho con los acuerdos de la custodia, y que no es la primera vez que trata de ponerme la zancadilla y hacerme parecer como una mala madre. Déjeme adivinar: vino aquí y le dijo cuánto sentía sacar la cuestión, pero que estaba preocupado por Tess, que arrastraba todo el problema de Crossbank y que quizás tampoco estuviera recibiendo todo la atención que necesita, es más, ella misma le ha dicho a él un par de cosas al respecto… ¿Me equivoco?

Fleischer levantó las manos mostrando las palmas.

—No puedo meterme en este tipo de discusión. Le dije al padre de Tessa las mismas cosas que le estoy diciendo a usted.

—Ray tiene sus propios intereses, señor Fleischer.

—Mi preocupación es para con Tess.

—Bueno, yo… —Marguerite se contuvo las ganas de morderse el labio. ¿Cómo había ido todo tan mal? Fleischer ahora la estaba mirando con paciente preocupación, con una preocupación protectora, pero él era un profesor de octavo curso, después de todo, y quizás aquel ceño fruncido de ojos grandes fuera tan solo un reflejo defensivo, una máscara que tomaba cuerpo cada vez que se enfrentaba a un chico histérico. O a una madre—. Usted sabe que yo, obviamente, quiero hacer todo lo que pueda ayudar a Tess, ayudarla a concentrarse en sus estudios…

—Básicamente —dijo Fleischer—, creo que aquí estamos en la misma sintonía de onda. Tess se perdió bastante en el colegio de

Crossbank, y no queremos que aquí se repita lo mismo.

—No. No lo queremos. Sinceramente, no creo que suceda de nuevo —añadió con la esperanza de no sonar demasiado desesperada —. Puedo sentarme con ella, decirle que sea más minuciosa en su trabajo, si usted cree que sería buena idea.

—Eso puede ayudar. —Fleischer dudó un poco, y continuó—: Todo lo que estoy diciendo, Marguerite, es que los dos necesitamos mantener los ojos abiertos en lo que le interesa a Tess. Detener los problemas antes de que surjan.

—Tengo los ojos abiertos todo el tiempo, señor Fleischer.

—Bueno, eso está bien. Eso es lo importante. Si considero que necesitamos hablar de nuevo, ¿puedo llamarla?

—Cuando quiera —dijo Marguerite, ridículamente agradecida porque la entrevista parecía l egar a su fin.

Fleischer se incorporó.

—Gracias por su tiempo, y espero no haberla alarmado.

—En absoluto. —Una mentira de órdago.

—Mi puerta siempre estará abierta si usted tiene alguna preocupación.

—Gracias. Se lo agradezco.

Se fue rápidamente por el pasillo hasta la puerta principal de la escuela, como si estuviera dejando la escena del crimen. Había sido un error el mencionar a Ray, pensó, pero había podido ver sus huellas por todas partes durante toda la entrevista, y vaya bonito escenario había formado. ¿Cómo había podido Ray utilizar los problemas de Tessa como arma?

A no ser, pensó Marguerite, *que me esté engañando a mí misma. A no ser que los problemas de Tessa sean más serios que un leve desorden de personalidad; a no ser que todo el circo de Crossbank estuviera a punto de repetirse…* Haría lo que fuera para ayudar a Tessa a superar aquel paso difícil, si descubría el modo de hacerlo; pero la propia indiferencia refractaria de Tessa era casi imposible de penetrar… especialmente si Ray interfería continuamente, si jugaba sucio intentando conseguir una buena posición en una hipotética batal a por la custodia de su hija.

Ray, viendo cada conflicto como una guerra y dominado por sus propios temores a perder…

Marguerite empujó las puertas y salió al aire otoñal. La tarde había refrescado considerablemente, y las nubes estaban más bajas, o al menos se lo parecía así bajo la larga luz del sol. La brisa era fría, pero la agradecía después del calor claustrofóbico de la clase del colegio.

Conforme se metía en el coche oyó el llanto de las sirenas. Condujo con cuidado hasta la salida y se detuvo el tiempo suficiente

para dejar pasar rugiendo al vehículo de la Seguridad de Blind Lake. Parecía que se dirigía al acceso sur del complejo.

9

Sue Sampel, la secretaria ejecutiva de Ray Scutter, l amó a su puerta y le recordó que Ari Weingart tenía concertada con él una cita dentro de veinte minutos. Ray levantó la vista de la pila de papeles impresos y apretó los labios.

—Gracias, soy consciente de ello.

—Además del jefe de Seguridad Civil, a las cuatro en punto.

—Puedo leer mi propia agenda diaria, gracias.

—De acuerdo entonces —dijo Sue. *Y que te jodan, también.* Ray estaba de pésimo humor aquel miércoles, y no es que normalmente fuera un encanto, precisamente. Supuso que estaba tan afectado por el bloqueo como todos los demás. Ella entendía la necesidad de seguridad, e incluso podía imaginar que quizás fuera necesario (aunque solo Dios supiera por qué) prohibir algo tan sencil o como llamar por teléfono más allá del perímetro de Blind Lake. Pero si aquel o duraba más de la cuenta, muchas personas iban a perder los nervios. Muchos ya lo estaban haciendo. Los trabajadores de día, por ejemplo, que tenían vidas (esposas, hijos) fuera del campus de Blind Lake. Pero también los residentes permanentes. El a misma, por ejemplo. Vivía en Blind Lake pero conocía gente fuera del campus, y había estado esperando con ansiedad poder recibir aquella importante segunda l amada telefónica de un hombre que había conocido en el grupo de Solteros Seculares en Constance, un hombre de su edad, cuarenta y pocos, veterinario, de pelo fino y ojos agradables. Se lo imaginó con un teléfono en la mano, mirando con tristeza a la pantalla donde se leía «NO DA SEÑAL» o «LLAMADA NO DISPONIBLE», y eventualmente dejándola por imposible. Otra oportunidad perdida. Al menos aquel a vez no sería culpa suya.

Ari Weingart llegó al despacho a la hora fijada. El bueno de Ari: educado, divertido, incluso puntual. Un santo.

—¿Está el jefe? —preguntó Ari.

—Sí que está. Le diré que ya estás aquí.

La ventana de Ray Scutter miraba al sur desde la sexta planta del Hubble Plaza, y a menudo la vista lo distraía. Normalmente había un constante flujo de tráfico de entrada y salida de Blind Lake. Últimamente no había nada, y el bloqueo había hecho que la vista desde su ventana fuera estática; la tierra más allá de la valla del perímetro estaba tan en blanco como el papel de estraza, sin ningún movimiento más que el devenir de las sombras de las nubes y alguna bandada ocasional de aves. Si uno mantenía la vista fija durante un tiempo venía a asemejarse al paisaje inhumano de UMa_{47}/E. Justo

igual que otra imagen importada. Era todo superficie, ¿verdad? Todo bidimensional.

El bloqueo había creado diversos problemas irritantes. Y uno de ellos, y no el menor por cierto, era que él había terminado siendo, por carambola, el encargado de la autoridad civil del campus.

Su estatus en la jerarquía de la administración era relativamente bajo. Pero la conferencia anual sobre Astrobiología de la NSI y el Ciencia Exocultural habían tenido lugar en Cancún el fin de semana anterior. Una enorme delegación del personal académico y puestos directivos de la administración había metido el bañador en la maleta y había dejado Blind Lake un día antes del bloqueo. Si quitabas todos aquellos nombres del gráfico de responsabilidades, lo que quedaba era Ray Scutter flotando sobre la dirección de varios departamentos como un globo perdido.

Aquel o quería decir que la gente venía a él con problemas para cuya solución carecía de poder. Exigencias que él no podía concederles, como una explicación coherente del bloqueo o una excepción especial del mismo. Tenía que decirles que él tampoco sabía nada. Todo lo que podía hacer era seguir las indicaciones de los protocolos previstos y esperar instrucciones del exterior. Esperar, en otras palabras, a que toda aquella montaña de mierda llegara a su fin. Pero ya l evaba demasiado tiempo.

Su vista vagaba por la ventana cuando Ari Weingart l amó a la puerta y entró.

A Ray le disgustaba el alegre optimismo de Weingart. Sospechaba que ocultaba un desprecio secreto, sospechaba que bajo aquel exterior de tipo majo, Weingart estaba luchando por conseguir más influencia de forma tan entusiasta como cualquier otro director de departamento. Pero al menos Weingart había comprendido la posición de Ray y parecía más interesado en cooperar que en quejarse.

Si al menos pudiera eliminar aquel a sonrisa… Aquel gesto recorrió a Ray como un rayo láser, con dientes tan blancos y regulares que parecían azulejos luminosos.

—Siéntate —dijo.

Weingart cogió una silla y abrió su ordenador de bolsillo. Directo al trabajo. A Ray le gustaba aquello.

—Querías una lista de situaciones de las que vamos a tener que ocuparnos si la cuarentena continúa mucho más. He tomado algunas notas.

—¿Cuarentena? —dijo Ray—. ¿Es así como la gente lo l ama?

—Para diferenciarlo de un bloqueo estándar de seis horas, sí.

—¿Por qué deberíamos ser sometidos a cuarentena? No hay nadie enfermo.

—Cuéntaselo a Dimi. —Dimitry Shulgin era el jefe de Seguridad

Civil, que tenía cita a las cuatro—. El bloqueo sigue una oscura red de nomenclaturas en el manual militar. Él dice que el os lo llaman una «cuarentena de información», pero nadie creía realmente que pudiera llegar a darse.

—No me lo ha mencionado. Juro por Dios que ese hombre es como una puta estatua eslava. ¿Qué es exactamente lo que ocurre en una «cuarentena de información»?

—La normativa es de hace bastante tiempo, de cuando Crossbank estaba comenzando a obtener imágenes. Es uno de esos escenarios paranoicos de las sesiones del Congreso. La idea era que Crossbank o Blind Lake podían recoger algo peligroso, obviamente nada físico, sino algún virus o un gusano de algún tipo. ¿Sabes qué es la esteganografía?

—Información codificada en fotografías o imágenes. —No le recordó a Weingart que él, Ray, había declarado en aquellas sesiones. La información de interés militar había sido un tema candente durante aquel tiempo. El *lobby* ludita había temido que Blind Lake importara algún programa digital alienígena pernicioso, o, por amor de Dios, algún virus mortal que pudiera extenderse por las rutas terrestres, creando una ola de caos sin precedentes.

A pesar de lo cauteloso que era normalmente respecto a la capacidad de Blind Lake para explorar lo desconocido, la mera idea le parecía ridícula. Los aborígenes de UMa_{47}/E no tenían forma de saber que se les espiaba. Y aunque así fuese, las imágenes procesadas en Blind Lake habían viajado, aunque misteriosamente, a la velocidad convencional de la luz. Se necesitaría tanto una percepción imposible como un deseo ridículamente paciente de venganza para que el os pudieran reaccionar de cualquier forma hostil. Aun y todo, él mismo se había visto forzado a admitir que una peligrosa esteganografía no era una imposibilidad absoluta, al menos en abstracto. Así pues, se había previsto una serie de planes de contingencia dentro de la inmensa red de planes de seguridad que rodeaba a Blind Lake. Aunque, en opinión de Ray, aquel era el mayor fiasco de la historia de la Astronomía desde la teoría de Girolamo Fracastoio, que aseguraba que la sífilis era consecuencia de la conjunción de Saturno, Júpiter y Marte.

¿De verdad se habían l evado a efecto todos aquellos edictos l enos de palabrería?

—Hay un problema con esa idea —le dijo a Weingart—: no hay provocación. No hemos descargado nada sospechoso.

—Todavía no, en cualquier caso —respondió Weingart.

—¿Sabes algo que yo no sepa?

—Apenas. Pero digamos que si ha habido un problema en Crossbank…

—Vamos, hombre. Crossbank está mirando océanos y bacterias.

—Lo sé, pero si…

—Y nosotros estamos trabajando con objetivos completamente diferentes, en cualquier caso. Su trabajo no afecta al nuestro.

—No, pero si hubo alguna clase de problema con el proceso…

—¿Quieres decir algo endémico al Ojo?

—Si hubiera algún tipo de problema con los O/CBE en Crossbank, el Ministerio de Energía o los militares podrían haber decidido ponernos por precaución en cuarentena.

—Al menos podrían habernos avisado.

—El bloqueo de información tiene que ser de doble sentido para ser efectivo. Nada entra y nada sale. Tenemos que asumir que no quieren información alguna en el cableado.

—Eso no significa que no puedan dar un aviso.

—A no ser que tuvieran prisa.

—Todo esto es ridículamente especulativo, y confío en que ni tú ni Shulgin lo hayáis hablado con nadie. Los rumores pueden causar el pánico.

Weingart pareció querer decir algo, pero se lo cal ó.

—En cualquier caso —dijo Ray—, no está en nuestras manos. La cuestión acuciante es qué podemos hacer por nosotros mismos hasta que alguien reabra la verja.

Weingart asintió y comenzó a leer su lista.

—Abastecimiento. Hemos comprobado que el agua potable no ha sido restringida, pero sin ninguna intervención, pronto vamos a tener escasez de algunos productos alimenticios antes del fin de semana, y deberemos afrontar una posible hambruna para finales de noviembre. Asumo que nos van a reabastecer, pero quizás fuera buena idea apartar nuestro excedente, y quizás incluso apostar algunos guardias.

—No puedo ni imaginar que este… asedio dure hasta el Día de Acción de Gracias.

—Bueno, pero ahora estamos hablando de posibles escenarios.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Qué más?

—Suministros médicos, lo mismo, y la clínica del campus no está preparada para tratar epidemias serias, ni heridos graves. Si tenemos un incendio tendremos que enviar a los heridos a un hospital o sufrir muertes innecesarias. No hay mucho que podamos hacer a este respecto, excepto pedir al personal médico que prepare planes de contingencia. Además, si la cuarentena se prolonga, la gente va a necesitar ayuda emocional. Ya tenemos algunas personas con asuntos familiares urgentes en el exterior.

—Vivirán.

—Alojamiento. Tenemos un par de cientos de trabajadores del turno diurno durmiendo en el gimnasio, por no hablar de los

periodistas, un puñado de contratistas y cualquiera que haya venido a pasar el día. Si va a durar, si esto va a durar mucho, quizás sea mejor ver si podemos sacar a esta gente de ahí. En el campus vive gente con cuartos de sobra y hay habitaciones para inquilinos disponibles, y no sería difícil encontrar voluntarios. Con un poco de suerte podríamos tener a todos durmiendo en una cama, o al menos en un sofá-cama. Compartirían baños en lugar de luchar por las duchas en el centro de ocio y hacer cola para lavarse los dientes.

—Hay que tenerlo en cuenta —dijo Ray. Después de un momento de reflexión añadió —: Haz una lista de voluntarios, pero tráemela antes de decírselo a el os. Y haremos un inventario de los trabajadores de día e invitados que se adapte a él.

Había más asuntos similares, minucias que podían ser fácilmente delegadas. La mayor parte tenía que ver con un bloqueo prolongado que Ray no podía llegar a concebir seriamente. ¿Un mes así? ¿Tres meses? Era inimaginable. Su certeza tan solo se veía alterada por el hecho inquietante de que el bloqueo hacía tiempo que duraba más allá de lo razonable.

Sue Sampel l amó a la puerta mientras Weingart iba resumiendo las conclusiones.

—No hemos terminado —gritó Ray antes de que entrara.

Ella se asomó al despacho.

—Lo sé, pero…

—Si Shulgin está aquí, puede esperar unos minutos.

—No está aquí, pero ha llamado para cancelar la cita. Se ha ido al acceso sur.

—¿El acceso sur? ¿Qué coño es tan importante en el acceso sur?

Ella sonrió con furia contenida.

—Dijo que lo entendería si echara un vistazo por la ventana.

El enorme vehículo de dieciocho ruedas de color negro, sucio y fuertemente acorazado, fue avanzando lentamente por la carretera que conducía a Blind Lake como un inmenso remolque, intimidado por todas aquellas defensas. Donde debería haber estado la cabina del piloto, únicamente podía verse un cono borroso lleno de sensores. El camión estaba girando la curva, calculando la ruta a través de un GPS. No había conductor humano. El camión se estaba conduciendo solo.

Para cuando Chris y Elaine alcanzaron las inmediaciones del acceso sur, la carretera ya estaba abarrotada de trabajadores diurnos sin más obligaciones, personal de oficina y adolescentes. Dos camionetas de Seguridad Civil aparcaron y descargaron una docena de hombres de uniforme gris que comenzaron a alejar a todas aquellas personas hasta lo que consideraron una distancia de seguridad.

La verja que rodeaba el perímetro interno de Blind Lake era una

construcción de contención al uso, le había contado Elaine a Chris. Sus postes tenían cimientos reforzados encajados profundamente en la tierra; sus cadenas y eslabones estaban hechos de compuesto de carbono, más duro que el acero y con superficies más consistentes que el teflón. Estaban repletos de sensores. Sobre todo aquello había una doble hilera de cuchillas de alambre con una inclinación de diecinueve grados. Toda la estructura podía electrificarse hasta un nivel letal.

El acceso que bloqueaba la carretera estaba preparado para abrirse a una señal de un guarda o a través del código de un sensor. La garita del guardia era un bunker de hormigón de troneras horizontales, duro como el lecho de roca pero vacío en aquel momento; el guardia había sido retirado de su puesto en cuanto comenzó el bloqueo.

Chris se fue abriendo paso entre la multitud hasta la primera fila, seguido de Elaine, que le agarraba por los hombros para no separarse de él. Al final lograron alcanzar la barrera para la carretera que los encargados de la seguridad estaban emplazando con dificultad. Elaine señaló a un coche que se acercaba.

—¿No es aquel Ari Weingart? Y creo que el tipo que le acompaña es Raymond Scutter.

Chris tomó nota de la cara. Ray Scutter tenía una historia interesante. Hacía quince años había sido un prominente crítico de Astrobiología, «la ciencia de las ilusiones». La decepción de Marte le había dado una gran credibilidad a su punto de vista, al menos hasta que los Buscadores de Planetas Terrestres comenzaron a obtener resultados interesantes. Los avances de Crossbank y Blind Lake habían hecho que su pesimismo pareciera corto de miras y mezquino, pero Ray Scutter había sobrevivido reculando y adoptando el entusiasmo del converso. Las sólidas contribuciones originales que había hecho en la primera ola de estudios geológicos y atmosféricos no solo habían rescatado su carrera, sino que le habían permitido promocionar a través de la burocracia hasta alcanzar posiciones administrativas importantes primero en Crossbank, y ahora en Blind Lake. Ray Scutter podría haber sido un sujeto interesante, pero se suponía que era difícil acceder a él, y sus declaraciones públicas eran tan previsiblemente banales que mejores periodistas que Chris lo habían dado como un caso perdido.

En aquel momento estaba con el entrecejo fruncido, intercambiando opiniones con el jefe de Seguridad. Chris no podía oír la conversación, pero la grabó durante unos segundos con un *zoom* en su agenda portátil. Tan solo unos pocos, sin embargo. Estaba dejando libre la mayor parte de la memoria para la aparentemente inevitable colisión del camión robotizado contra la puerta de acceso.

El camión estaba ya a unos cien metros de la garita del guardia. Parecía tan enorme que nada lo podría parar.

Elaine se puso la mano como visera y estudió atentamente la línea de la verja. El sol poniente había quedado oculto bajo unas nubes, y unos rayos de luz se filtraban atravesando la pradera. Puso la boca contra el oído de Chris.

—¿Estoy imaginando cosas, o aquellos son zánganos de bolsillo?

Sobresaltado, Chris siguió su mirada.

Bob Krafft, un contratista que había venido a Blind Lake con un equipo de ingenieros para estudiar la zona este del Paseo para la construcción de nuevas viviendas, había visto el camión poco después del mediodía, cuando todavía era un punto del tamaño de un guisante en el amplio horizonte del sur.

Había estado algún tiempo en las guerras turcas y pudo identificar aquel camión como el tipo de vehículo sin tripulantes de abastecimiento que se podía encontrar comúnmente en la zona de combate. Pero el camión no lo alarmaba. Más bien al contrario. Aunque pareciera incongruente, el vehículo también estaba sujeto al bloqueo. Lo que quería decir que el acceso sur tendría que abrirse para dejarlo entrar. Y allí residía la oportunidad de oro. Supo inmediatamente lo que tenía que hacer.

Encontró a su esposa Courtney entre los camastros del gimnasio donde habían estado languideciendo durante casi una semana. Le dijo que esperara al í pero que estuviera preparada para irse. El a lo miró nerviosa (Courtney estaba nerviosa la mayor parte del tiempo), pero no dijo nada y asintió con la cabeza con gesto conciso.

Bob caminó dos manzanas (rápido, pero no lo suficientemente rápido como para atraer la atención) hasta su coche en el aparcamiento para visitantes, bajo el Hubble Plaza. Se metió en él, comprobó dos veces el indicador de la batería, encendió el motor y condujo con velocidad calculada de vuelta al centro de ocio. Tenía el pulso acelerado, pero las palmas de sus manos estaban secas. Courtney, caminando arriba y abajo de las grandes puertas de entrada, a pesar de que le había dicho que se quedara dentro, lo vio y saltó al asiento del copiloto.

—¿Vamos a algún *lao*? —preguntó.

Él siempre había odiado aquella forma de hablar de aparcamiento de camiones de Missouri. Había días en los que amaba a Courtney más que nada en el mundo, pero había otros en los que se preguntaba qué le había llevado a casarse con una mujer con menos cultura que los mapaches que solían rebuscar entre su basura.

—Creo que no tenemos elección, Court.

—Bueno, no veo para qué tanta prisa.

Con suerte, nunca lo vería. Bob tenía el veinticinco por ciento de las acciones de una empresa de éxito que trabajaba en negocios de paisajismo y construcción fuera de Constance. El jueves a la mañana (al día siguiente) se suponía que debía encontrarse con Ela Raeburn, una chica de diecinueve años que había dejado el instituto y que trabajaba en recepción, para l evarla en coche a la clínica de mujeres en Bixby para que abortara. Aunque no era culpa de Bob que la descuidada de Ela no se hubiera preocupado de tomar algún tipo de medida anticonceptiva o de píldora del día después (a no ser que uno considerara su predilección por las mujeres estúpidas como un defecto), él se hacía eco de su responsabilidad por la situación en la que había quedado. De modo que el jueves a la mañana la l evaría a Bixby, le pagaría el alojamiento de unos pocos días en un motel para que se recuperara, le firmaría un cheque de cinco mil dólares, y al í acabaría todo.

Si él se negaba (o si aquella putada gubernamental de Blind Lake le tenía encerrado otro día más), Ela Raeburn le mandaría cierta grabación de video a Courtney, la esposa de Bob. Este dudaba de que Courtney se divorciara de él por aquello, el matrimonio no era un mal negocio para el a después de todo, pero tendría grabada a fuego en su cabeza, para el resto de su vida, la imagen de la cabeza de su marido entre los generosos muslos de Ela Raeburn. El video había sido idea suya. No se había dado cuenta de que Ela se haría una copia para su uso personal.

Y aquel o no era lo peor de todo. Ni por asomo. Si Bob no podía ocuparse del aborto, Ela estaría obligada a pedirle ayuda a su padre. Su padre era Toby Raeburn, un vendedor de *hardware,* diácono de la iglesia luterana y entrenador de baloncesto a media jornada. Su apodo era «Dientes», porque una vez le había arrancado un molar de un puñetazo a un supuesto ladrón de coches, y desde entonces llevaba el *souvenir,* recubierto de lucita, como amuleto de buena suerte. Toby «Dientes» Raeburn quizás extendiera el perdón cristiano a su hija, pero seguramente no a un contratista de mediana edad que, como había mencionado Ela, la había introducido en el consumo de barbitúricos que siempre conseguían que fuera más cooperativa.

No le guardaba a Ela Raeburn ningún rencor particular por todo aquel asunto. Él estaba más que dispuesto a pagarle el aborto. Ela era más tonta que un saco l eno de martillos, pero sabía cómo cuidar de sí misma. En cierta forma él admiraba aquel o.

Courtney también había sido así antes de que se casaran. Se había sumido en una agitación perpetua y sombría, y ya no era lo mismo.

—¿Han desconvocado el bloqueo o algo? —preguntó Courtney.

—No exactamente. —Se dirigió al acceso sur sin olvidarse de mantener una velocidad que no levantara sospechas. Ciertamente, el

camión negro de transporte no parecía tener mucha prisa. No había avanzado más de quinientos metros desde que lo había divisado por primera vez, a juzgar por la vista desde la elevación pasado el Plaza.

—Bueno, ¿entonces, qué? No podemos irnos sin más.

—Técnicamente no, pero…

—¿Técnicamente?

—¿Quieres dejarme acabar? Cierran sitios como este por razones de seguridad, Court. No quieren que los malos entren dentro. A la gente no se le permite simplemente entrar y salir, porque entonces nadie se lo tomaría en serio. Pero básicamente nosotros no les importamos nada. Todo lo que queremos es volver a casa, ¿de acuerdo? Si rompemos las normas ¿qué nos van a dar, una charla? Probablemente una multa —seguramente de bastante dinero, pero no le podía decir a Courtney por qué estaba dispuesto a arriesgar tanto dinero—. Nosotros no les importamos —repitió.

—La puerta de acceso está cerrada, bobo.

—Dentro de poco dejará de estarlo.

—¿Quién dice eso?

—Lo digo yo.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy psíquico. Tengo poderes psíquicos de predicción del futuro.

Ya se estaba reuniendo un buen número de gente. Bob se salió de la carretera con el coche, condujo a través del césped recién cortado cercano a la verja y aparcó tan cerca como le fue posible del lado derecho de la puerta. Apagó el motor. Entonces pudo oír el silbido del viento a través de las ranuras de la carrocería. El viento se iba haciendo más frío, de un frío invernal, y Courtney temblaba deliberadamente. No había traído ropa de invierno a Blind Lake. Bob sí, y ahora era castigado por su previsión: tenía que dejarle su chaqueta a la l oriqueante Courtney y sentarse tras el volante con solo una camisa de algodón de manga corta. El sol se había ocultado detrás de una gran masa flotante de nubes grises, arrojando una luz enfermiza sobre todo lo que podía ver. Aquel tipo de clima siempre le hacía sentir triste y de algún modo despojado, como si algo que él amara hubiera sido arrastrado por el viento.

—¿Nos vamos a quedar sentados aquí?

—Hasta que la puerta se abra —dijo él.

—¿Qué te hace pensar que nos van a dejar pasar?

—Ya verás.

—¿Ver qué?

—Ya verás.

—Oh —dijo Courtney.

Ella se había quedado dormida (por efecto del calor, adivinó él, con sus brazos perdidos en la chaqueta de cuero demasiado grande y

su barbil a apoyada en el cuello del abrigo) cuando el gigantesco camión negro se detuvo en su avance a no más de diez metros de distancia de la puerta. Ya había anochecido, y los faros del camión giraron para barrer el suelo a su paso, en arcos incansables.

El gentío había crecido considerablemente. Justo antes de que Courtney se quedara dormida, un par de vehículos de seguridad habían venido desde la ciudad con sus sirenas aullando. En ese momento, aquellos tipos vestidos con trajes que parecían uniformes de policía alquilados estaban apartando a la gente. Courtney estaba inmóvil y Bob se acuclil ó en el asiento del conductor, y entre toda aquel a conmoción y la oscuridad, el coche pasaba por un vehículo vacío que alguien había aparcado para luego irse. En pocos momentos, para contento de Bob, la mayoría de la gente había quedado ya a sus espaldas.

Y las puertas se comenzaron a abrir. Por alguna orden del camión, supuso. Pero era una hermosa vista. Aquella barrera reforzada de dos metros diez comenzó a abrirse hacia fuera con una facilidad y una suavidad tales que parecía una creación digital. *Premio gordo,* pensó Bob.

—Abróchate el cinturón —le dijo a Courtney. Sus ojos parpadearon sorprendidos.

—¿Qué?

Él hizo una estimación mental del espacio libre que tenía por delante.

—Nada —encendió el motor y apretó a fondo el acelerador.

Los zánganos de bolsillo, le explicó Elaine, eran armas voladoras con autoguía, del tamaño de un pomelo de Florida. Los había visto utilizar durante la crisis de Turquía, donde los veía en las patrullas de áreas limítrofes y fronteras en disputa. Pero nunca había oído hablar de que se los desplegase fuera de zonas de guerra.

—Son simples y torpes —le dijo a Chris—, pero son baratos y puedes utilizar muchos, y no se quedan clavados en el suelo para siempre como las minas terrestres, arrancando piernas de niños.

—¿Qué es lo que hacen?

—La mayor parte del tiempo simplemente están ahí, conservando la energía. Son sensibles al movimiento y tienen unas pocas plantil as lógicas para identificar blancos probables. Camina por una zona restringida y volarán como langostas, te localizarán y arrojarán explosivos pequeños pero letales.

Chris miró en la dirección que Elaine había señalado, pero en la creciente oscuridad no pudo ver nada sospechoso. «Tienes que ser rápido para cazarlos», le había dicho Elaine. Estaban camuflados, y si se activaban sin encontrar ningún blanco válido, molestados, digamos, por el ruido de un enorme camión automático sobre el pavimento,

quedaban inactivos rápidamente.

Chris pensó en aquello mientras el camión se aproximaba y los cada vez más nerviosos agentes de seguridad echaban hacia atrás a los mirones. No tenía sentido, decidió. La verja interior de Blind Lake era tan solo una de las decenas de medidas de seguridad que ya existían. ¿Qué amenaza podía ser tan formidable que requiriera artil ería militar para salvaguardar el complejo?

A no ser que la idea fuera mantener a la gente dentro.

Pero tampoco tenía ningún sentido.

Lo que no significaba que los zánganos de bolsillo no estuvieran allí. Tan solo que no podía imaginar el porqué.

La multitud se fue haciendo cada vez más silenciosa conforme la oscuridad caía, y el camión se arrastraba hasta cerca del acceso y se detenía durante un momento. Algunos comenzaron a irse, aparentemente porque se sentían más vulnerables, o porque tenían más frío que curiosidad. Pero un buen número se quedó, apretujado contra los cordones de seguridad que los agentes habían colocado. No parecía importarles el creciente viento cortante o los copos de nieve fuera de estación que comenzaban a hacer remolinos frente a los faros del camión. Pero tragaron saliva y se apartaron unos pocos metros cuando las puertas de la verja comenzaron a abrirse silenciosamente.

Chris dirigió la mirada a Elaine a sus espaldas y captó una vista de Blind Lake empezando a encenderse en un frenesí de luces, las plantas concéntricas del Hubble Plaza, las parpadeantes luces de navegación de las torres Paseo Globo Ocular, la cálida luz de las casas residenciales en ordenadas y lógicas hileras.

Se volvió al oír el sonido repentino de un motor eléctrico mucho más cercano que el rumor del camión detenido.

—Video —ladró Elaine—. ¡Chris!

Buscó la pequeña agenda portátil. Tenía los dedos fríos y los controles tenían el tamaño de cagadas de mosca y picaduras de pulga. En realidad, únicamente había utilizado aquel aparato como grabadora. Al final se las arregló para encontrar la función de «RECORD VID» y apuntó con el aparato aproximadamente a la puerta de la verja.

Un coche saltó sobre la superficie alquitranada desde algún lugar cercano a la garita de seguridad. No tenía las luces puestas, sus ocupantes eran invisibles, pero la intención estaba clara. El vehículo estaba acelerando hacia la puerta medio abierta.

—Alguien quiere irse a casa a dar de comer al perro —dijo Elaine, y sus ojos se abrieron como platos—. Oh, Dios, es horrible.

Los *zánganos,* pensó Chris.

Parecía que el vehículo no iba a poder pasar por la garita, pero el conductor había calculado la abertura muy bien. El coche (que a Chris

le parecía un Ford último modelo o un Tesla) atravesó el espacio con un margen de milímetros y se hizo a la izquierda para evitar al camión robotizado. Los faros del coche se encendieron cuando l egó al margen de la carretera y comenzó a alcanzar una alta velocidad.

—¿Lo estás cogiendo?

—Sí. —Al menos, eso esperaba él. Era demasiado tarde para comprobarlo. Demasiado tarde para apartar la mirada.

—¡Vía libre hasta casa! —gritó Bob Krafft cuando su parachoques trasero rozó el cuerpo del camión negro. No era cierto, por supuesto. Probablemente serían interceptados por un vehículo militar, quizás incluso pasarían la noche siendo sermoneados, amenazados y multados por violar reglamentaciones escritas en letra pequeña, pero él no se había alistado y nunca había firmado un acuerdo para pasar la puta eternidad en Blind Lake. En cualquier caso, la tierra que se extendía más allá de sus faros delanteros era una vista muy bienvenida—. ¡Vía libre hasta casa! —repitió de nuevo, más que todo para tapar el sonido de los jadeantes chil idos de miedo de Courtney.

Tomó suficiente aire para gritarle «gilipollas».

—Estamos fuera, ¿no es así? —dijo él.

—Por Dios, sí, pero…

Algo fuera de la ventanilla atrajo su atención. Bob también pudo ver algo. Una cosa pequeña que saltaba por encima de la hierba alta.

Probablemente un pájaro, pensó él, pero de repente el coche se l enó de aire helado, de pequeños copos de nieve. Los oídos le dolían, había cristales de ventanas por todos los lados y parecía que Courtney estaba sangrando: veía sangre en el salpicadero, sangre sobre su chaqueta buena de cuero…

—¿Court? —dijo. Su propia voz sonaba extraña, como bajo el agua.

Su pie apretó el pedal del freno, pero la carretera estaba resbaladiza y el Tesla comenzó a virar violentamente a pesar de los esfuerzos de sus servofrenos puestos al límite. Algo había hecho que el motor explotara en una montaña de fuego azul. El cuerpo del coche se salió de la carretera. Bob se vio aplastado contra el asiento, vio cómo la carretera, la hierba y el cielo oscuro se iban revolviendo sobre él, y durante una fracción de segundo pensó: *¡Dios, estamos volando!* Después el coche cayó sobre su flanco derecho y su cuerpo fue arrojado contra Courtney. Al menos, contra la ruina viscosa en la que se había convertido: contra Courtney manchada de color rojo y acariciada por las llamas.

—¿Qué coño…? —preguntó Ray Scutter cuando vio la bola de fuego. Dimitry Shulgin, el jefe de Seguridad Civil, tan solo pudo

murmurar algo como «artil ería». ¡Artillería! Ray trató de comprender el significado de todo aquello. Un coche había cruzado la verja. El coche había comenzado a arder y a dar vueltas de campana. Finalmente dejó de rodar. Después todo quedó paralizado. Incluso la multitud que esperaba junto al acceso estaba momentáneamente en silencio. Era como una fotografía. Una imagen congelada. Tiempo detenido. Parpadeó. Bolitas de nieve cayeron sobre su cara.

—Zánganos —pronunció Shulgin. Era como si hubiera roto el caparazón del silencio. Varias personas entre la multitud comenzaron a gritar.

Zánganos: ¿aquellos objetos que revoloteaban hacia el automóvil en llamas? ¿Bolas de béisbol con alas?

—¿Qué significa? —preguntó Ray. Tuvo que gritar la pregunta dos veces. Los espectadores comenzaron a correr hacia sus coches. Los faros se encendieron, iluminando la l anura. De pronto, todo el mundo quería volver a casa.

Despreocupada, como un mal sueño, la puerta del acceso continuó abriéndose hasta que estuvo paralela a la carretera.

El camión negro continuó avanzando muy lentamente, atravesando la verja y dirigiéndose a Blind Lake.

—Nada bueno —respondió Shulgin. Ray, para entonces, ya había olvidado la pregunta. El jefe de seguridad dio un paso más allá del asfalto, dando la impresión de que luchaba contra su propio impulso por correr—. Miren.

Lejos de la verja, en el vacío hostil, la puerta del conductor del coche en llamas se abrió con un quejido.

Ahora que el coche se había detenido, Bob apenas pudo pensar en nada que no fuera salir de allí, escapar del fuego y del sangrante y negruzco objeto en el que de alguna forma se había convertido Courtney. En el fondo de su mente estaba la necesidad de pedir ayuda, pero también, en el mismo lugar, la comprensión no bienvenida de que Courtney estaba más al á de toda ayuda humana. Él amaba a Courtney, o al menos eso le gustaba decirse a sí mismo, y a menudo sentía un cariño genuino por ella; pero lo que necesitaba en aquel momento más que nada en el mundo era poner distancia entre él y el cuerpo destrozado, entre él y el coche en llamas. No había gasolina en el motor pero sí otros líquidos inflamables, y algo los había hecho estallar todos a la vez.

Se abrió camino con dificultad desde Courtney hasta la puerta del lado del conductor. La puerta estaba atrancada y no quería abrirse; la manil a se le quedó entre los dedos. Se apuntaló entre el volante y el asiento trasero y lanzó una patada a la puerta. Aunque el pie le dolió como el infierno, la puerta al fin crujió y gimió al abrirse un poco

sobre sus bisagras rotas. Bob la forzó más y después salió tambaleándose, respirando entrecortadamente el aire helado. Se quedó de rodil as. Después, temblando, se incorporó.

Esta vez pudo ver con claridad el artefacto que saltó de la hierba junto al borde de la carretera. Casualmente estaba mirando en la dirección correcta, casualmente lo vio venir en un momento de helada hiperclaridad: aquel pequeño, incongruente objeto que con toda probabilidad era la última cosa que jamás vería. Era circular, de color caqui, y volaba sobre una rueda con alas. Sobrevoló a una altura aproximada de un metro ochenta, al nivel de la cabeza de Bob. Este lo miró, ojo contra ojo, asumiendo que aquel as pequeñas mel as o muescas eran su equivalente a unos ojos. Lo reconoció como equipamiento militar, aunque no se parecía a nada con lo que se hubiera encontrado en sus fines de semana como reservista. Ni siquiera pensó en huir de aquello. Uno no huye de esas cosas. Se puso rígido y comenzó, aunque no tuvo tiempo de acabarlo, el acto de cerrar los ojos. Sintió el golpe de la nieve contra su piel. Después un breve y abrumador peso sobre su pecho, y después nada en absoluto.

Aquel acto final de prohibición sangrienta fue más que suficiente para la multitud. Vieron a aquel hombre muerto desplomarse contra el suelo, si uno podía l amar hombre a aquel manojo de carne sangrante sin cabeza. Después gritos, después lágrimas; después puertas de coches cerrándose de golpe y niños cogiendo sus bicis y preparándose para un viaje de pánico de vuelta a casa, a través de la nieve del anochecer, hacia las luces de Blind Lake.

Una vez que los espectadores se hubieran marchado, fue más fácil para Shulgin el organizar a sus agentes de seguridad. No estaban entrenados para nada así. La mayoría eran guardias nocturnos contratados para mantener a los borrachos y a los niños alejados de los lugares delicados. Algunos eran veteranos retirados; la mayoría no tenía experiencia militar. Y, siendo honestos, pensó Ray, no había mucho que pudieran hacer al í, únicamente establecer un cordón móvil de seguridad alrededor del lento camión y evitar que los pocos civiles que quedaban se cruzaran en su camino. Pero hicieron un buen trabajo.

En quince minutos después de lo sucedido más allá de la verja, el camión negro de transporte se detuvo dentro del perímetro de Blind Lake.

—Es un vehículo de entrega —le dijo Elaine a Chris—, está diseñado para dejar una carga y volver a casa. ¿Lo ves? La cabina se está desenganchando del remolque.

Chris observó la operación casi con indiferencia. Era como si el

ataque al automóvil que huía le hubiera quemado los ojos. Allá fuera en la oscuridad, el fuego ya había sido reducido a rescoldos en la nieve húmeda. Una pareja había perdido la vida al í, y habían muerto, o eso le parecía a Chris, para enviar un mensaje a Blind Lake de la forma más categórica posible. «No podéis pasar. Vuestra comunidad se ha convertido en una cárcel».

La cabina del camión giró en dirección opuesta, apartándose con su coraza blindada del contenedor convencional de aluminio que había escudado en su interior. La cabina continuó moviéndose, más rápidamente que como había l egado, de vuelta a través del acceso abierto a lo largo de la carretera hacia Constance. Cuando l egó hasta los restos humeantes del automóvil los empujó fuera de su camino, a un lado de la carretera, como basura inútil.

La puerta de la verja comenzó a cerrarse.

Tan suave como la seda, pensó Chris. *Excepto por las muertes.*

La carga del contenedor quedaba detrás. El destacamento de seguridad se apresuró a rodearlo, aunque no es que nadie estuviera demasiado ansioso por acercarse.

Chris y Elaine retrocedieron buscando una panorámica mejor. Ray Scutter y el hombre que Elaine había identificado como el jefe de seguridad de Blind Lake sostenían un diálogo. Al final el hombre de seguridad atravesó el cordón y tiró de la barra de la puerta con decisión. Las puertas del contenedor se abrieron de par en par.

Media docena de sus hombres iluminó el interior con sus linternas. El contenedor estaba repleto hasta arriba de cajas de cartón. Chris pudo leer algo de lo que venía escrito en sus laterales.

«Kellogg's». «Granja Seabury». «Productos Lombardi».

—¡Comida! —dijo Elaine.

Vamos a estar aquí durante un tiempo, pensó Chris.

SEGUNDA PARTE
Espejos pulidos de mercurio flotante

«Con una inteligencia de un grado tan enormemente vasto comparada con la del hombre, los decápodos eran incapaces de concebir el hecho de que el hombre terrestre era una entidad pensante. Posiblemente, para el os el hombre no era más que un nuevo tipo de animal; sus edificios y su industria no les habrían impresionado más de lo que la vida comunitaria de una hormiga impresiona al hombre medio, aparte de su asombro ante las analogías que esa forma de vida guarda con la suya».

—Leslie Frances Stone,

Los cachorros humanos de Marte, 1936.

10

—¿Chris Carmody? ¿Qué ha hecho, venir andando hasta aquí? Sacúdase esa nieve de encima y entre. Soy Charlie Grogan.

Charlie Grogan, ingeniero jefe en el Paseo Globo Ocular, era un hombre grande, más robusto que gordo, y extendió su mano de buey hacia Chris para saludarlo. La cabeza llena de cabello, con canas en las sienes. Seguro de sí mismo, pero no agresivo.

—En realidad sí —dijo Chris—, he venido andando hasta aquí.

—¿No tiene coche?

No tenía coche, y había ido a Blind Lake sin ropa de invierno. Incluso su chaqueta sin forro era prestada. La nieve tendía a meterse por dentro del cuello del abrigo.

—Cuando trabajas en un edificio sin ventanas —dijo Grogan— aprendes a identificar pistas del tiempo que hace en el exterior. ¿Todavía estamos en este lado de la ventisca?

—Se nos está echando bastante encima.

—Oh-oh. Bueno, usted sabe, diciembre, uno tiene que esperar un poco de nieve en esta parte del país. Tuvimos suerte de pasar el Día de Acción de Gracias con tan solo unos pocos centímetros. Cuelgue allí su abrigo. Quítese también los zapatos. Aquí tenemos esas pequeñas zapatillas de goma, coja un par del estante. Esa cosa que lleva, ¿es una grabadora?

—Sí, así es.

—¿Entonces la entrevista ya ha empezado?

—A no ser que me diga que la apague.

—No, supongo que para eso es para lo que estamos aquí. Temí que quisiera hablar de la cuarentena. No sé más que cualquier otro. Pero Ari Weingart me dice que usted está trabajando en un libro.

—Un artículo extenso para una revista. Quizás un libro. Depende.

—¿Depende de si alguna vez nos van a volver a dejar salir de aquí?

—De eso y de si todavía hay un público para leerlo.

—Es como jugar a las películas, ¿no? Fingir que todavía vivimos en un mundo cuerdo. Fingir que tenemos trabajos útiles que desempeñar.

—Llámelo un acto de fe —dijo Chris.

—Lo que estoy preparado para hacer, mi acto de fe, supongo, es hacerle un pequeño *tour* por el Paseo y hablarle de su historia. ¿Es eso lo que quiere?

—Eso es lo que quiero, señor Grogan.

—Llámeme Charlie. Ya ha escrito un libro, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Sí, he oído hablar de ello. Un libro sobre Ted Galliano, aquel biólogo. Hay gente que dice que fue una especie de asesinato.

—¿Lo ha leído?

—No, y no se ofenda, pero no quiero hacerlo. Me presentaron a Galliano en una conferencia sobre computación biocuántica. Quizás fuera un genio con los antivirales, pero también era un gilipol as. A veces, cuando la gente se hace famosa, también se comporta un poco como si estuviera encantada de haberse conocido. No estaba contento a no ser que hablara con los medios o con grandes inversores.

—Creo que necesitaba sentirse como un héroe, ya lo mereciera o no. Pero no he venido aquí para hablar de Galliano.

—Tan solo quería aclarar las cosas. No es que no quiera leer el libro por usted. Si Galliano decidió tirarse de aquel acantilado con su moto seguramente no fue por su culpa.

—Gracias. ¿Qué tal si empezamos el *tour*?

El Paseo Globo Ocular era una réplica de la instalación de Crossbank, que Chris ya había visitado también. Al menos la estructura era idéntica. Las diferencias estaban en los detal es: nombres en las puertas, el color de las paredes. Se había instalado hacía poco algo de decoración poco entusiasta de motivos navideños, un festín de crespones verdes y rojos a la entrada de la cafetería, una guirnalda de papel y *menorah* en la biblioteca del personal.

Charlie Grogan llevaba unas gafas que le mostraban cosas que Chris no podía ver, como pequeños marcadores locales que le decían quién estaba en qué despacho, y cuando pasaron junto a una puerta donde ponía «ENDOESTÁTICA» Charlie tuvo una breve conversación (a través del micrófono de la garganta) con la persona que estaba dentro.

—Eh, qué tal, Ellie… Dándole duro… No, Boomer está bien, gracias por preguntar…

—¿Boomer? —preguntó Chris.

—Mi sabueso —dijo Charlie—. Boomer ya está entrado en años.

Se montaron en un ascensor y bajaron varias plantas, hasta el ambiente controlado del corazón del Paseo.

—Nos pondremos los trajes y a los tanques —dijo Charlie, pero cuando se acercaron a una gran puerta con un letrero donde se leía «EQUIPO ESTERILIZADO» vieron una pequeña luz roja parpadeando encima del quicio.

—Mantenimiento fuera de programación —explicó Charlie—. Nada de turistas ¿Está preparado para esperar una hora o dos?

—Si podemos hablar…

Chris siguió al ingeniero jefe de vuelta a la cafetería. Charlie no había comido; ni, por cierto, tampoco Chris. La comida era la misma

que servían en el centro de ocio, el mismo arroz chino prefabricado y pollo al curry, y sandwiches entregados por el mismo camión negro semanal. El ingeniero cogió una cuña de jamón con centeno. Chris, todavía con frío a causa de su caminata hasta el Paseo, se decidió por la comida caliente. El aire en la cafetería era satisfactoriamente cálido y el olor de la cocina era rico y tranquilizador.

—Llevo bastante tiempo en este negocio —dijo Charlie—. No es que haya muchos novatos en Blind Lake, aparte de los estudiantes licenciados que van rotando por aquí. ¿Le contó Ari que estuve en el laboratorio de Berkeley con el doctor Gupta?

Tommy Gupta había realizado un trabajo pionero en arquitectura de redes neuronales autoevolutivas y en interfaces cuánticas.

—Entonces usted debería ser tan solo un estudiante.

—Sí. Gracias por darse cuenta. Aquello era de cuando utilizábamos *chips* Butov para elementos lógicos. Tiempos interesantes, aunque nadie sabía exactamente lo interesantes que se iban a poner.

—La aplicación astronómica —dijo Chris—, ¿también estaba metido?

—Un poco. Pero todo aquello resultó algo inesperado, por supuesto.

A decir verdad, Chris no necesitaba aquella charla introductoria. La historia era familiar, y todo periodista de astronomía general y ciencia popular de los últimos años había escrito alguna versión de la historia. Realmente, pensó, tan solo era el capítulo más reciente de la larga ambición de humana de ver lo que no se podía ver, embellecido con tecnología del siglo XXI. Había comenzado cuando la primera generación de observatorios de planetas de la NASA, los l amados Buscadores de Planetas Terrestres, identificaron tres planetas que podrían asemejarse en condiciones a la Tierra, orbitando cerca de estrellas parecidas al sol. Los BPT crecieron los Interferómetros de Alta Definición, que a su vez dieron paso al más ambicioso de todos los proyectos interferométricos ópticos, la serie Galileo, seis pequeñas pero complejas dotaciones de autómatas espaciales que operaban más al á de la órbita de Júpiter, enlazadas para crear un telescopio virtual con un inmenso poder de resolución. La serie Galileo, se dijo con el tiempo, podría hacer mapas de la forma de los continentes de mundos situados a cientos de años luz de distancia.

Y funcionó. Durante un tiempo. Después, la telemetría del Galileo comenzó a deteriorarse. La señal comenzó a perderse lenta pero inexorablemente en un período de meses. Después de un estudio intensivo, la NASA pudo localizar la fuente del fallo en unas pocas líneas erróneas en un código tan profundamente vinculado al funcionamiento del Galileo que no podía escribirse de nuevo. Aquel

era un riesgo que la NASA había asumido desde el principio. El Galileo era por un lado muy complejo y por otro radicalmente inaccesible. No podía ser reparado *in situ.* Un triunfo tecnológico estaba a punto de convertirse en una broma incalculablemente cara.

—La NASA no tenía en aquel entonces un procesador O/CBE —dijo Charlie—, pero Gencorp les permitió utilizar el suyo.

—¿Trabajaba usted en Gencorp?

—Mantenía su *hardware, sí*. Gencorp estaba obteniendo buenos resultados haciendo proteinómicos. Se podía hacer lo mismo con una serie cuántica estándar, claro. Los ingenieros tendían a pensar que el O/CBE era innecesariamente complicado e impredecible, un fantástico talón de Aquiles, como una aspiradora con apéndice, decía la gente. Pero uno no puede discutir sus resultados. Gencorp obtuvo resultados mucho más rápidamente con una máquina O/CBE que lo que el Instituto Tecnológico de Massachussets podía conseguir utilizando tecnología BEC. Resultados mágicos.

—¿Mágicos?

—Inesperados. Contraintuitivos. Cualquiera que trabaje con programas autoadaptativos le dirá que no es como manejar un BEC, y que un BEC ya puede ser bastante extraño de por sí. Lo que yo no puedo decir, porque se supone que estoy en el nivel directivo y soy un tipo de persona que se guía por los hechos, es que un O/CBE simplemente… piensa de forma extraña. Pero es una explicación tan buena como otra cualquiera, porque nadie sabe realmente por qué un procesador CBE con una arquitectura orgánica abierta puede superar el funcionamiento de un procesador CBE. Es el puto fantasma de la máquina, perdón por mi francés. Y lo que nosotros hacemos en el agujero no son amperios y voltios sin más. Estamos atendiendo a algo que está muy cerca de estar vivo. Tiene sus días buenos y sus días malos…

Charlie se detuvo, como si se diera cuenta de que había sobrepasado los límites concedidos a la ingeniería. *No quiere que escriba sobre esto,* pensó Chris.

—¿De modo que usted fue a la NASA con el procesador O/CBE?

—La NASA acabó por comprar unos pocos cilindros a Gencorp. Era parte del paquete. Pero esa es otra historia. Vea, básicamente, el problema era este: conforme la señal de Galileo se hacía más débil, cada vez era más difícil separar la señal propiamente del ruido. Nuestro trabajo era extraer la señal, buscarla, separarla del resto de la basura de ondas de radio que el universo va vomitando. La gente me pregunta: «¿y cómo lo hicisteis?». Y yo tengo que contestarles: no lo hicimos, nadie lo hizo, tan solo dejamos el problema en manos del O/CBE y le dejamos generar respuestas provisionales y esperar a que alguna diera resultado. Cientos de miles de pruebas por segundo,

como una especie invisible de ley evolutiva de Darwin, la supervivencia de los mejor adaptados, donde la definición de «mejor adaptados» significa éxito en extraer la señal de una base con ruido. Código que escribe código que escribe código, y código que se marchita y muere. Más códigos que todas las personas que han vivido jamás en toda la Tierra, casi más códigos que vida sobre la Tierra. Números que se van haciendo tan complejos como el ADN. La belleza radica en su imprevisibilidad. ¿Lo entiende?

—Creo que sí —dijo Chris. Le gustaba la elocuencia de Charlie. A él siempre le gustaba que sus entrevistados mostraran signos de pasión.

—Quiero decir, hicimos algo que era hermoso y misterioso. Muy hermoso. Muy misterioso.

—Y funcionó —apuntó Chris—. Señales sin ruido de fondo.

—Todo el mundo sabe que funcionó. Por supuesto, nosotros mismos no estábamos convencidos del todo, ni siquiera cuando estaba sucediendo. Tuvimos unos pocos de los que llamamos episodios de umbral. Casi lo llegamos a perder todo. Logramos una imagen muy clara, luego comenzamos a perderla, casi píxel a píxel. Aquello era el ruido que se sobreponía. Perdimos inteligibilidad. Pero en cada ocasión, el O/CBE logró salvar la situación. Sin nuestra intervención, ya sabe. Yo dirigía a los chalados de las matemáticas, porque hay obviamente un nivel en el que uno ya simplemente no puede extraer una señal que tenga sentido, cuando se ha perdido demasiado, pero las máquinas seguían apartando el ruido, conejo fuera del sombrero, presto. Hasta que un buen día…

—¿Hasta que un buen día?

—Hasta que un buen día un hombre trajeado entró en el laboratorio y dijo: «Chicos, tenemos confirmación de arriba, todas las terminales de Galileo han dejado de golpe de enviar señales, se han venido abajo, podéis preparar las maletas porque se cierra el chiringuito». Y mi jefa en aquel entonces, Kelly Fletcher, que ahora trabaja en Crossbank, se giró dando la espalda al monitor y dijo: «Bueno, puede ser, pero el caso es que todavía estamos procesando datos».

Charlie acabó su sandwich, se limpió la boca con una servilleta, apartó la silla de la mesa.

—Probablemente ahora ya podremos entrar en los tanques.

En Crossbank, Chris había hecho una visita guiada a los O/CBE desde el nivel de la galería. Pero no le habían invitado a las zonas de trabajo.

El traje esterilizado era cómodo y versátil (se le inyectaba aire fresco, tenía un amplio visor transparente), pero se sentía un poco

claustrofóbico dentro de él. Charlie lo condujo a través de una puerta de acceso hasta la silenciosa cámara de ambiente misterioso del O/CBE. Los tanques eran cilindros de esmalte blanco, cada uno de ellos del tamaño de un camión pequeño. Estaban suspendidos en plataformas de aislamiento que filtraban cualquier vibración del suelo de la intensidad de un terremoto. Extrañas y delicadas máquinas.

—Podría acabar en cualquier momento —murmuró Chris.

—¿Qué quiere decir?

—Es algo que me contó un ingeniero en Crossbank. Me dijo que le gustaban las prisas, trabajar en un proceso que podría acabar en cualquier momento.

—Eso es una parte importante, seguro. Estas tecnologías son de un orden totalmente nuevo. —Pasó la pierna por encima de un montón de cables aislantes de teflón—. Estas máquinas están mirando planetas, pero diez años después de la primera conexión de la NASA todavía no sabemos cómo lo están haciendo.

O si lo están haciendo, pensó Chris. Había un buen número de escépticos que no creían que hubiera información real detrás de aquel as imágenes: que los O/CBE estaban simplemente… bueno, soñando.

—De modo que —dijo Charlie— estamos llevando a cabo dos proyectos de investigación a la vez: tipos en el Plaza intentando ordenar los datos, y gente aquí intentando formarse la idea de cómo obtenemos los datos. Pero no podemos observar con demasiado rigor. No podemos desmontar los O/CBE ni aplicarles rayos X o algo así de agresivo. Si lo mides, lo estropeas. Blind Lake no duplicó sin más las instalaciones de Crossbank: tuvimos que conducir nuestras máquinas a través del mismo proceso, a excepción de que aquí utilizamos los viejos interferómetros de alta definición en lugar de la serie Galileo. Fuimos bajando la intensidad de la señal a propósito hasta que las máquinas aprendieron el truco, cualquiera que este sea. Tan solo hay dos instalaciones como esta en el mundo, y los esfuerzos por crear una tercera han sido consistentemente infructuosos. Estamos haciendo equilibrios sobre la cabeza de un alfiler. Eso es de lo que hablaba el tipo de Crossbank. Algo absolutamente extraño y maravilloso está sucediendo aquí, y no lo comprendemos. Todo lo que podemos hacer es cuidarlo y esperar que no se canse y se desconecte. Podría acabar en cualquier momento. Claro que podría. Y por cualquier motivo.

Caminó con Chris, dejando atrás el último de los tanques de O/CBE, a través de una serie de salas hasta una habitación donde se quitaron los trajes esterilizados.

—Lo que tiene que recordar —le dijo Charlie— es que no diseñamos estas máquinas para que hicieran lo que hacen. No hay un proceso lineal, no hay un A luego un B y después un C. Simplemente lo pusimos en marcha, y lo que sucedió después fue un acto de Dios.

Se quitó el traje esterilizado sin dificultad y lo dejó en un montón de ropa para lavar.

Charlie lo condujo a través del sector más atareado del Paseo, dos gigantescas cámaras con las paredes prácticamente embaldosadas de monitores de video, habitaciones l enas de hombres y mujeres atentos revoloteando sobre pantallas cambiantes de ordenadores. A Chris le recordó las instalaciones de la NASA en Houston.

—Se parece a la sala de control de una misión espacial.

—Por una buena razón —dijo Charlie—, la NASA solía controlar la serie Galileo con interfaces como estas. Cuando los problemas se hicieron imposibles de manejar trasladaron su material a los O/CBE. Aquí es donde nos comunicamos con los tanques en materia de alineamiento, profundidad de campo, factores de enfoque y cosas de ese tipo.

Trabajando hasta el más mínimo detalle. Un monitor en la pared más alejada mostraba un video. Villa langosta. Excepto que Elaine tenía razón. Era un nombre que no le hacía ninguna justicia. Los aborígenes no se parecían ni remotamente a una langosta, excepto quizás por la textura rugosa de su piel. De hecho, Chris a menudo había pensado que había algo más de bovino en ellos, algo sobre su lentitud de movimientos de aire indiferente, aquellos grandes ojos blancos.

El Sujeto estaba en un cónclave de comida, bien metido en un pozo de comida débilmente iluminado. Había musgo y vainas vegetales por todas partes, y criaturas parecidas a gusanos arrastrándose a través de los húmedos desperdicios. Observar comer a aquellas criaturas, pensó Chris, era una forma genial de perder el apetito. Se volvió a Charlie Grogan.

—Sí —dijo Charlie—, podría acabar en cualquier momento, esa es la verdad. ¿Ustedes están en el centro de ocio, me dice Ari?

—Por ahora, en cualquier caso.

—¿Quiere que lo lleve de vuelta? Básicamente ya he acabado aquí por hoy.

Chris miró su reloj. Casi las cinco.

—Parece mejor que caminar.

—Si damos por hecho que han despejado la carretera de nieve.

Habían caído sus buenos cinco centímetros de nieve mientras Chris estuvo dentro del Paseo, y el viento había arreciado. Chris se encogió por el frío tan pronto salió al exterior. Había nacido y se había criado en el sur de California, y a pesar de todo el tiempo que había pasado en el este, aquel os duros inviernos todavía le afectaban. No era mal tiempo sin más, era un tiempo que te podía matar. Caminar en la dirección equivocada, perderse, morir de hipotermia

antes del amanecer.

—Es malo este año —admitió Charlie—. La gente dice que son los casquetes de hielo que se están reduciendo, toda esa agua helada que fluye por el Pacífico. Tenemos todos esos frentes canadienses supercargados pasándose por aquí. Se irá acostumbrando después de un tiempo.

Quizás sea así, pensó Chris. *De la misma forma en la que uno se acostumbra a vivir sitiado.*

El coche de Charlie Grogan estaba estacionado en la planta más alta del aparcamiento, conectado a una toma de electricidad. Chris se deslizó con satisfacción en el asiento del pasajero. Era el coche de un soltero: el asiento trasero estaba lleno de revistas de crucigramas y juguetes para perros. En cuanto Charlie salió de la plaza de aparcamiento, los neumáticos resbalaron sobre la nieve condensada y la parte trasera del coche fue oscilando de un lado a otro hasta que finalmente se agarró al asfalto. Unas columnas de una luz áspera de sulfuro señalaban el camino hasta la carretera principal, centinelas abrigados en vórtices de nieve.

—Podría acabar en cualquier momento —dijo Chris—. Igual que la cuarentena. Podría acabar. Pero no lo hace.

—¿Ya ha apagado aquella grabadora?

—Sí. Quiere decir, ¿esto es para grabar? No. Es conversación.

—Viniendo de un periodista…

—No trabajo para los periódicos. Sinceramente, tan solo estaba pensando en voz alta. Podemos seguir hablando del tiempo si quiere.

—No pretendía faltarle al respeto.

—No lo ha hecho.

—El asunto Galliano acabó quemándolo, ¿eh? —Ahora, ¿quién estaba avasallando a quién? Pero sentía que le debía una respuesta sincera a aquel hombre—. No sé si se pueden decir esas cosas o no. Supongo que si uno cuenta los aspectos negativos de un héroe nacional, se expone a ciertos riesgos.

—Yo no pretendía empañar su reputación. Mucho de todo aquel o se lo merecía. —Ted Galliano había saltado a la fama nacional hacía veinte años al patentar una familia de medicinas antivirales de amplio espectro. También había hecho una fortuna fundando un trust farmacéutico de próxima generación para explotar aquellas patentes. Galliano era el prototipo del científico-empresario del siglo XXI, como Edison o Marconi en el XIX, también productos a su vez del ambiente comercial de su época, también bril antes. Como Edison o Marconi, se había convertido en un héroe público. Se había rodeado de los mejores expertos en genomas y proteínas. Una persona que naciera aquel día en la Commonwealth Continental tenía una esperanza de vida de cien años o más, y parte de el o se debía en no poca medida a

las medicinas antivirales y antigeriátricas de Galliano.

Lo que Chris había descubierto era que Gal iano fue un cruel hombre de negocios y en ocasiones falto de escrúpulos, como lo había sido Edison. Había creado un grupo de presión en Washington para extender la protección de sus patentes; había expulsado fuera del mercado a competidores o los había absorbido a través de fusiones dudosas y sistemas de influencia; peor aún, Chris había encontrado fuentes que aseguraban que Galliano había estado implicado en evidentes manipulaciones ilegales de existencias. Su último gran esfuerzo comercial había sido una vacuna genómica contra la placa arteriosclerótica para nada perfecta y muy discutida, y su prospecto, sin embargo muy inflado, había hecho que Galtech almacenara existencias hasta un nivel enorme. Al final la burbuja había explotado, pero no antes de que Galliano y sus amigos se llevaran su buen montón de dinero.

—¿Pudo probar algo de aquel o?

—Hasta los últimos detal es, no. En cualquier caso, nunca pensé en aquel o como una biografía escandalosa. Él era un científico brillante. Cuando el libro salió a la venta tuvo una buena reacción inicial, parte de ella motivada por la envidia (la gente rica tiene enemigos), pero de forma contenida. Después Galliano sufrió su accidente, o se suicidó, dependiendo de a quién haga caso, y su familia redactó una nota pública en contra del libro. «Prensa amarilla empuja a benefactor hacia su muerte». También es una bonita historia.

—Estuvo en los tribunales ¿No es cierto?

—Testifiqué en una comisión del Congreso.

—Creo que leí algo de eso.

—Me amenazaron con meterme en prisión por desacato. Por no revelar mis fuentes. Algo que no habría servido de nada, en cualquier caso. Mis fuentes eran todas figuras públicas bien conocidas, y en la época del interrogatorio todos habían hecho declaraciones a favor de la postura de Galliano. Para entonces, para la opinión pública, Galliano era un santo muerto. Nadie quiere hacer una autopsia a un santo muerto.

—Mala suerte —dijo Charlie—. O mala planificación.

Chris vio las cascadas de nieve a través de la ventanil a de pasajeros. Nieve atrapada en la carrocería de los coches, nieve apilándose detrás de los retrovisores.

—O mal juicio. Me lancé contra uno de los más grandes molinos de viento del planeta. Fui muy ingenuo, no sabía cómo funcionaban las cosas.

—Aja. —Charlie condujo en silencio durante un tiempo—. Esta vez tiene una buena, sin embargo. La historia de la cuarentena de Blind Lake contada desde dentro.

—Dando por supuesto que alguno de nosotros va a salir de aquí alguna vez para contarla.

—¿Quiere que le deje enfrente del centro de ocio?

—Si no le aparta demasiado de su camino…

—No tengo prisa. Aunque Boomer probablemente tenga hambre. Creía que a todos los que no tenían un alojamiento de verdad les habían conseguido sitio en casas de la ciudad.

—Estoy en lista de espera. De hecho, tengo una entrevista mañana.

—¿Con quién le ha tocado?

—Un tal doctor Hauser.

—¿Marguerite Hauser? —Charlie sonrió de forma inescrutable—. Deben de estar poniendo juntos a todos los parias en un mismo lugar.

—¿Parias?

—Nada, olvídelo. No debería hablar del politiqueo del Plaza. Eh, Chris, ¿sabes lo bueno que tiene Boomer, mi perro?

—¿El qué?

—No tiene ni idea de la cuarentena. No sabe nada y no le importa, siempre y cuando tenga su comida a la hora en punto.

Afortunado Boomer, pensó Chris.

11

Tess se levantó a las siete, a la hora normal en la que se levantaba por la mañana los días de colegio, pero antes incluso de abrir los ojos ya sabía que aquel día no habría clase.

Había l ovido durante todo el día anterior y toda la noche. Y entonces, aquella mañana, incluso sin abrir las cortinas decoradas con motivos infantiles que tenía en la ventana de su dormitorio, pudo oír la nieve. La oía cayendo sobre el cristal, un sonido tan suave y débil como los susurros de los ratones, y oía también el silencio que la rodeaba. Nada de palas limpiando carreteras, nada de coches forzando sus ruedas, tan solo una nada vacía y blanca. Lo que significaba una gran nevada.

Escuchó a su madre haciendo ruido en la cocina escaleras abajo, murmurando para sí misma. No había prisa al í tampoco. Si Tess se volvía a dormir su madre probablemente la dejaría quedarse en la cama hasta más tarde. Era como una mañana de fin de semana, pensó Tess. Nada de levantarse de golpe, sino dejar fluir el mundo lentamente. Poco a poco abrió los ojos. La luz del día en su cuarto era tenue, casi líquida.

Se sentó, bostezó, se puso bien el camisón. La alfombra estaba fría al contacto con su pie descalzo. Empujó la cama cerca de la ventana y descorrió la cortina. La ventana estaba toda blanca, opaca de blancura. La nieve se había amontonado de forma impresionante en el alféizar, y dentro la humedad se había condensado formando tracerías de escarcha. Tess extendió la mano inmediatamente, no para tocar la ventana helada sino para rozar el cristal con la palma de la mano y sentir su frío contra la piel. Era casi como si la ventana estuviera expirando frescor dentro de la habitación. Puso cuidado en no alterar las delicadas líneas de hielo, las huellas bidimensionales de los copos de nieve como mapas de ciudades mágicas. El hielo estaba en el lado interior de la ventana, no en el exterior. El invierno había atravesado el cristal con su mano derecha, pensó Tess. El invierno había alcanzado el interior de su dormitorio.

Estuvo observando las formas de la escarcha durante bastante tiempo. Eran como palabras escritas que se negaban a revelar su significado. La última semana en clase, el señor Fleischer les había hablado sobre la simetría. Había hablado sobre los espejos y los copos de nieve. Había enseñado a la clase a doblar una hoja de papel y cortar patrones con tijeras. Y cuando abrías el papel, los cortes al azar se volvían preciosos. Se convertían en máscaras enigmáticas y en mariposas. Podías hacer lo mismo con pinturas. Manchar el papel de tinta, después doblarlo por la mitad mientras la tinta todavía estaba

húmeda. Al abrirlo las manchas de tinta serían ojos o bocas o arcos o rayos de arco iris.

Las formas de la escarcha sobre la ventana eran más como copos de nieve, como si uno no hubiera doblado el papel una vez, sino dos, tres, cuatro… Pero nadie había doblado el cristal. ¿Cómo sabía el hielo qué formas hacer? ¿Tenía el hielo espejos dentro de él?

—¿Tess?

Su madre, en la ventana.

—Tess, son más de las nueve… Hoy no hay clase, pero ¿no te quieres levantar?

¿Más de las nueve? Miró al reloj de su mesilla de noche para confirmarlo. Nueve cero ocho. ¿Pero no eran las siete en punto hacía un momento?

Se echó hacia delante impulsivamente y puso su mano sobre el cristal, dejando una huella que se iba desvaneciendo.

—¡Voy!

Su mano se enfrió al instante.

—¿Cereales para desayunar?

—¡Copos de avena!

Casi había dicho «copos de nieve».

En el desayuno, la madre de Tessa le recordó que iba a venir un huésped aquel día, «suponiendo que despejen las calles para el mediodía». Aquello agradó inmensamente a Tess. Su madre iba a trabajar en casa durante todo el día, lo que lo hacía más parecido aún a un fin de semana, excepto por la posibilidad de aquel a nueva persona viniendo a la casa. Su madre le había explicado que algunos de los trabajadores de día estaban todavía durmiendo en el gimnasio del centro de ocio, que no era nada cómodo, y que le habían pedido a la gente con habitaciones libres que les ayudasen si podían. La madre de Tessa había sacado su equipo de hacer ejercicio, una cinta para correr y una bicicleta estática, de la pequeña habitación enmoquetada en el sótano junto al calefactor del agua. Ahora había allí una cama plegable. Tess se preguntó cómo sería tener a un extraño en el sótano. Compartir las comidas con un extraño.

Después del desayuno, su madre subió escaleras arriba para trabajar en su despacho.

—Sube y dime si necesitas lo que sea —le dijo.

Tess había visto a su madre menos de lo normal en los últimos días. Algo estaba pasando en su trabajo, algo que tenía que ver con el Sujeto. El Sujeto se estaba comportando de manera extraña. Había gente que pensaba que estaba enfermo. Aquellas preocupaciones habían absorbido la atención de su madre.

Tess, todavía en camisón, leyó durante un rato en el salón de

estar. El libro se titulaba *Más allá del cielo estrel ado.* Era un libro sobre estrellas para niños, sobre cómo se formaban, cómo las estrellas viejas creaban nuevas estrellas, cómo los planetas y la gente se formaban a partir de su polvo condensado. Cuando se le cansaron los ojos puso el libro boca abajo y observó a la nieve amontonarse contra el cristal de la puerta. El mediodía se iba acercando poco a poco, y el cielo todavía estaba oscuro. Podía haberse preparado un sandwich para comer, pero decidió que no tenía hambre. Subió las escaleras, se vistió y l amó a la puerta de su madre para decirle que se iba afuera durante un rato.

—Te has abrochado mal los botones de la camisa —le dijo su madre, y salió al pasil o para abotonárselos bien. Le desordenó el pelo con la mano—. No te alejes mucho de casa.

—No.

—Y sacúdete las botas antes de entrar.

—Sí.

—Pantalones de nieve, no solo la chaqueta.

Tess asintió con la cabeza.

Estaba entusiasmada por salir fuera, aunque aquello significara luchar contra su traje de nieve en el pasil o, cálido y sudoroso. La nieve era tan profunda, tan prodigiosa, que sentía la necesidad de verla y sentirla desde más cerca. En una noche, pensó Tess, el mundo más allá de la puerta se había convertido en un sitio diferente y mucho más extraño. Terminó de atarse las botas y salió fuera. El aire no era tan frío como había esperado. Se sentía bien cuando l enaba profundamente sus pulmones de él y después lo dejaba salir de nuevo en bocanadas de humo. Pero la nieve que caía aquella mañana era diminuta y dura, para nada suave. Le mordía la piel de la cara.

Hileras de casas de la ciudad se extendían a su izquierda y a su derecha. En la casa de enfrente, la señora Colangelo estaba despejando su acceso a la carretera. Tess fingió no verla, preocupada porque la señora Colangelo le pidiese ayuda. Pero la señora Colangelo no le prestó atención; parecía inmersa en su tarea, con la cara enrojecida y los ojos entrecerrados, como si la nieve fuera su propio enemigo personal. Nubes blancas saltaban de la hoja de su pala y se dispersaban en el viento.

La nieve amontonada al lado del jardincillo exterior le l egaba a Tessa casi hasta los hombros. *Soy pequeña,* pensó. Su cabeza se alzaba sobre las dunas de nieve poco más de un metro, haciéndola sentirse no más alta que un perro. El punto de vista de un perro. Se contuvo las ganas de saltar y enterrarse en la blancura. Sabía que la nieve se le metería por el cuello del abrigo y tendría que volver dentro mucho antes.

En lugar de eso caminó junto a la acera a grandes pasos, imitando a los astronautas en la Luna. Habían quitado la nieve de la carretera

principal, aunque la recién caída ya formaba una fina sábana sobre el asfalto. Las palas habían apartado tanta nieve a los lados que no se podía ver más al á. El árbol del jardín estaba tan cargado que sus ramas se habían convertido en arcos de catedral. Tess pasó por debajo y se maravilló de estar en una especie de caverna nívea. Podía haber sido un escondrijo perfecto de no ser por el aire helado que se colaba en su traje invernal y le hacía temblar de frío.

Estaba debajo del árbol cuando vio a un hombre caminando por la carretera (las aceras eran impracticables) hacia la casa.

Tess adivinó enseguida que aquel era el huésped. No l evaba mucha ropa de abrigo. El hombre se detuvo para comprobar los semilegibles números cubiertos de nieve de las casas. Caminó hasta que estuvo frente a la casa de Tessa; después sacó las manos de los bolsil os, fue avanzando a duras penas entre los montículos de nieve y se dirigió a la puerta. Tess se acurrucó en la sombra del árbol para que no la pudiera ver. Para cuando llamó al timbre, el hombre tenía nieve hasta las rodillas de sus pantalones vaqueros.

La madre de Tessa abrió la puerta. Le estrechó la mano al extraño. El hombre se sacudió la nieve y entró. La madre de Tessa se quedó durante un momento en la puerta, siguiendo con la mirada las huellas de las pisadas de su hija. Luego la localizó y le apuntó con la mano como si fuera una pistola. «Te tengo, vaquera», solía decirle en ocasiones como aquel a. Aquel a vez vocalizó las palabras sin hablar.

Tess se quedó bajo el refugio del árbol durante un rato. Observó cómo la señora Colangelo acababa de retirar la nieve de su acceso a la carretera. Vio un par de coches bajar por la calle con cuidado, como tanteando la velocidad. Decidió que le gustaban los días nevados de invierno. Cada superficie, incluso la gran ventana de la fachada frontal de su casa, estaba opaca y de una textura más rugosa, nada reflectante. Y en aquella escasez de superficies reflectantes no tenía miedo de ver de repente a la Chica del Espejo.

La Chica del Espejo a menudo posaba como un reflejo de Tess. Tess, sin saberlo, le devolvía la mirada a la Chica del Espejo desde el espejo del baño o del dormitorio, virtualmente indistinguible de su propio reflejo a excepción de los ojos, que eran inquisitivos, acuciantes y entrometidos. La Chica del Espejo hacía preguntas que nadie más podía oír. Preguntas tontas, a veces; en ocasiones preguntas adultas que Tess no sabía responder; a veces preguntas que la hacían sentirse inquieta e incómoda. Precisamente el día anterior la Chica del Espejo le había preguntado por qué las plantas del interior de la casa eran verdes y estaban vivas, mientras las de la cal e eran marrones y no tenían hojas. («Porque es invierno», había dicho Tess, exasperada. «Vete. No creo en ti».)

Pensar en la Chica del Espejo la ponía incómoda.

Comenzó a volver a casa. El césped del jardín que daba a la cal e estaba todavía repleto de zonas de nieve que nadie había pisado. Tess se detuvo y se quitó los guantes. Sus manos estaban ya frías, pero como se iba a meter en casa no le importaba. Las puso sobre la nieve impoluta, del color de una cuartil a en blanco. Las huellas de las manos quedaron impecablemente impresas, como imágenes en un espejo. *Simétricas,* pensó Tess.

Cuando l egó hasta la puerta oyó voces que provenían de dentro. Voces en alto. La voz enfadada de su madre. Tess entró en casa sin hacer ruido. Cerró con cuidado la puerta a su espalda. Sus botas dejaron caer montoncitos de nieve helada sobre la alfombrilla de entrada. Su gorro de lana de repente le picaba y era incómodo. Se lo quitó y lo tiró al suelo.

Su madre y el huésped estaban en la cocina, fuera de su vista. Tess escuchó cuidadosamente. El huésped estaba hablando.

—Mire, si es un problema para usted…

—Me crea un problema. —La voz de la madre de Tessa sonaba ultrajada y a la defensiva—. ¡Puto Ray…!

—¿Ray? Lo siento… ¿Quién es Ray?

—Mi ex.

—¿Y qué tiene que ver con esto?

—Ray Scutter. ¿El nombre le resulta familiar?

—Obviamente, pero…

—¿Cree que ha sido Ari Weingart el que lo ha enviado aquí?

—Él me dio su nombre y su dirección.

—Las intenciones de Ari son buenas, pero es la marioneta de Ray. Oh, joder. Lo siento. No, ya sé que no comprende lo que está ocurriendo…

—Podría explicarse —dijo el huésped.

Tess comprendió que su madre estaba hablando de su padre. Normalmente cuando eso ocurría no prestaba atención. Como cuando solían pelearse. Se lo sacaba de la cabeza. Pero aquella vez parecía interesante. Aquello tenía que ver con el huésped, que había adquirido un estatus intrigante simplemente por ser el objeto del enfado de su madre.

—No es por usted —dijo la madre de Tessa—. Quiero decir, mire, lo siento, no le conozco de nada… Es tan solo que su nombre circula mucho por ahí.

—Quizás debería irme.

—A causa de su libro. Esa es la razón por la cual Ray lo ha enviado aquí. No es que yo tenga mucha credibilidad en Blind Lake ahora mismo, señor Carmody, y Ray está poniendo lo mejor de sí mismo para acabar con cualquier apoyo que tenga. Si circula la noticia de que usted está viviendo aquí, serviría para confirmar

muchas ideas preconcebidas.

—Sería poner juntos a todos los parias.

—Más o menos. Bueno, es extraño. Comprenda, no es que lo odie ni nada, es tan solo…

Tess se imaginó a su madre gesticulando con las manos como diciendo «bueno, ¿qué le vamos a hacer?».

—Doctora Hauser…

—Por favor, llámeme Marguerite.

—Marguerite, todo lo que estoy buscando realmente es alojamiento. Hablaré con Ari y veré si me puede conseguir algo más.

Hubo un largo momento de silencio que Tess asoció con la periódica infelicidad de su madre. Después el a continuó hablando.

—¿Está durmiendo en el gimnasio?

—Sí.

—Aja. Bueno, siéntese. Al menos entrará un poco en calor. Prepararé algo de café, si quiere.

El huésped vaciló.

—Si no es mucha molestia…

Ruido de las sillas de la cocina arrastradas por el suelo. Sin hacer ruido, Tess se sacó las botas y colgó su abrigo de nieve en el armario.

—¿Tiene mucho equipaje? —preguntó la madre de Tessa.

—Viajo sin mucho a cuestas.

—Lo siento si he parecido hostil.

—Estoy acostumbrado.

—No he leído su libro. Pero una escucha cosas.

—Seguro que escucha montones de cosas. Es la directora de Observación e Interpretación, ¿verdad?

—Del comité interdepartamental.

—¿Y qué es lo que hace Ray para fastidiarla?

—Es una larga historia.

—A veces las cosas no son como uno cree al principio.

—No lo estoy juzgando, señor Carmody. De veras.

—Y yo no estoy aquí para ponerla en una situación difícil.

Otro silencio. Cucharas removiéndose en tazas. Después la madre de Tessa rompió el silencio.

—Es un cuarto en el sótano. Nada maravilloso. Mejor que el gimnasio, sin embargo, supongo. Quizás se pueda quedar aquí mientras Ari le prepara otros posibles alojamientos.

—¿Es una oferta genuina o una oferta por lástima?

La madre de Tessa, que ya no estaba enfadada, se rió un poco.

—Una oferta de culpabilidad, quizás. Pero sincera.

Otro silencio.

—Entonces acepto —dijo el extraño—. Gracias.

Tess entró en la cocina para que la presentasen. Estaba

secretamente emocionada. ¡Un huésped! Y uno que había escrito un libro. Era más de lo que había esperado.

Tess le estrechó la mano al huésped, un hombre muy alto que tenía el pelo oscuro y rizado, y era serio y educado. El huésped se quedó tomando el café y charlando con la madre de Tessa hasta casi la puesta del sol, cuando se fue para recoger sus cosas.

—Supongo que tenemos compañía al menos durante un tiempo —le dijo su madre—. No creo que el señor Carmody nos moleste mucho. Quizás no esté aquí durante demasiado tiempo, en cualquier caso.

Tess dijo que le parecía bien.

Jugó en su cuarto hasta la hora de la cena. La cena consistía en espagueti con salsa de tomate enlatada. El camión negro entregaba comida cada semana, y la comida se distribuía por raciones en el supermercado donde la gente compraba antes de la cuarentena. Eso significaba que uno no podía elegir lo que le gustaba. Todo el mundo tenía asignada la misma porción de frutas y verduras, tomate en lata y carne congelada.

Pero a Tess no le importaba comer espagueti. Y había pan con mantequil a y queso, y después peras de postre.

Después de la cena, el padre de Tessa llamó por teléfono. Desde la cuarentena era imposible telefonear o mandar correos electrónicos al exterior, pero todavía existía la comunicación básica a través de los servidores centrales de Blind Lake. Tess cogió la llamada en su propio teléfono, un teléfono de plástico de Mattel sin pantal a y sin mucha memoria. La voz de su padre en el teléfono de juguete sonaba pequeña y lejana. La primera cosa que le dijo fue:

—¿Estás bien?

Preguntaba lo mismo cada vez que llamaba. Tess respondió como siempre hacía.

—Sí.

—¿Estás segura, Tessa?

—Sí.

—¿Qué has hecho hoy?

—Jugar —dijo ella.

—¿En la nieve?

—Sí.

—¿Tuviste cuidado?

—Sí —dijo Tess, aunque no sabía exactamente con qué había que tener cuidado.

—Oí que hoy habéis tenido una visita.

—El huésped —dijo Tess. Se preguntó cómo su padre se había enterado tan rápidamente.

—Sí. ¿Qué te parece tener un huésped?

—Bien. No lo sé.

—¿Te cuida bien tu madre?

Otra pregunta que le resultaba familiar.

—Sí.

—Eso espero. Ya sabes, si hay algún problema por ahí, solo tienes que llamarme. Puedo pasar a recogerte.

—Lo sé.

—En cualquier caso, la próxima semana vuelves a casa conmigo. ¿Puedes esperar otra semana?

—Sí —dijo Tess.

—¿Serás una niña buena hasta entonces?

—Lo seré.

—Llámame si hay algún problema con tu madre.

—Lo haré.

—Te quiero, Tessa.

—Lo sé.

Tess puso el teléfono rosa de nuevo en su bolsillo.

El huésped volvió a la tarde-noche con una bolsa de lona. Dijo que ya había cenado. Se fue al sótano a trabajar un poco. Tess se fue a su cuarto.

El intrincado hielo del alféizar se había derretido durante el día, pero se había vuelto a formar después de la puesta de sol, con nuevas y diferentes simetrías que crecían como un jardín oculto. Tess se imaginó carreteras de cristal, casas de cristal, y criaturas cristalinas viviendo en ellas: ciudades de hielo, mundos de hielo.

Fuera, la nieve había dejado de caer y la temperatura había descendido. El cielo estaba muy despejado, y cuando frotó el hielo para quitarlo pudo ver muchas estrel as de invierno más al á del árbol de ramas caídas por la nieve y las torres del Hubble Plaza.

12

Chris había quedado con Elaine para cenar en el restaurante Sawyer, en la zona comercial. A pesar del racionamiento, Ari Weingart había presionado para mantener abiertos los restaurantes locales como lugares de encuentro, para sostener la moral de la población. Comidas calientes estrictamente al mediodía, tan solo sandwiches después de las tres de la tarde, nada de bebidas alcohólicas, nada de segundos platos, pero tampoco nada de cuentas: como nadie cobraba hubiera sido inútil intentar mantener la economía local sobre la base del dinero en metálico. Le habían dicho al personal que sus salarios les serían pagados en su totalidad cuando acabara la cuarentena, y a los clientes con cambio se les animaba a que dieran propina cuando lo consideran oportuno.

Aquel a tarde Chris y Elaine eran los únicos clientes. La nevada del día anterior había mantenido a la gente en casa. La única camarera que había aparecido era una adolescente que trabajaba a jornada partida, Laurel Brank, que se pasaba la mayor parte del tiempo en una esquina del cuarto leyendo *La casa del horror* en un lector de bolsillo y picando de una bolsa de Fritos.

—He oído que te han buscado alojamiento —dijo Elaine.

Un frente frío había seguido a la tormenta. El aire era limpio y amargo y el viento había arreciado, volviendo a extender la nieve del día anterior y haciendo vibrar las ventanas del restaurante.

—Estoy metido en medio de algo que no acabo de comprender. Weingart me citó con una mujer que se llama Marguerite Hauser y que vive con su hija en una casa al oeste de la ciudad.

—Conozco el nombre. Ha venido hace poco de Crossbank, dirige Observación e Interpretación. —Elaine había estado entrevistando a todos los altos cargos de Blind Lake. El tipo de entrevistas que Chris tendía a no poder conseguir, dada su reputación—. No he hablado con el a directamente, pero no parece tener muchos amigos.

—¿Enemigos?

—No exactamente enemigos. Es una recién llegada. Todavía es una especie de extraña. El problema con ella es…

—Su ex-marido.

—Eso es. Ray Scutter. Deduzco que fue un divorcio cáustico. Scutter ha estado hablando de el a a sus espaldas. Él no cree que esté cualificada para dirigir un departamento.

—¿Crees que tiene razón?

—No lo sé, pero su historial de trabajo es impecable. Ella nunca ha sido un gran talento como Ray y no tiene las mismas credenciales académicas, pero tampoco se ha equivocado tan espectacularmente

como Ray. ¿Conoces el debate sobre inteligibilidad cultural?

—Algunas personas creen que eventualmente comprenderemos Villa langosta. Otros no.

—Si las langostas nos estuvieran observando a nosotros, ¿cuánto de lo que hacemos podrían el os comprender? Los pesimistas dicen que nada, o muy poco. Quizás podrían llegar a entender nuestro sistema de intercambio económico y algo de nuestra biología y tecnología, pero ¿cómo podrían interpretar a Picasso, o el cristianismo, o la guerra de los Boer, o *Los hermanos Karamazov,* o incluso el contenido emocional de una sonrisa? Pensamos todas nuestras señales para otras personas, y nuestras señales están implicadas en todos los tipos de idiosincrasias humanas, desde nuestra fisiología externa hasta la estructura de nuestro cerebro. Esa es la razón por la cual para hablar de las langostas los investigadores utilizan nomenclaturas tan extrañas como *compartición* de comida, intercambio económico, construcción de símbolos… Es como los europeos del siglo XIX, cuando intentaban comprender los lazos de parentesco de los Kwakiutl sin aprender su idioma y sin ser capaces de comunicarse con el os. Excepto que los europeos comparten impulsos y necesidades fundamentales con los indios, y nosotros no compartimos nada con las langostas.

—¿De modo que intentarlo es inútil?

—Un pesimista te diría que sí. Diría que recogiéramos información, la cotejáramos y aprendiéramos de el a, pero que nos olvidáramos de la idea de una comprensión última. Ray Scutter es una de estas personas. En una conferencia, una vez denominó a la idea de comprensión exocultural «un romántico espejismo comparable a la moda victoriana de contactar con los espíritus con tableros de *ouija*». Se ve a sí mismo como un materialista de pura cepa.

—No todo el mundo en Blind Lake comparte ese punto de vista —dijo Chris.

—Obviamente no. Existe otra escuela de pensamiento. De la cual la ex de Ray resulta ser uno de los miembros destacados.

—Optimistas.

—Podrías l amarlos así. El os argumentan que, aunque las langostas tienen formas psicológicas únicas en su comportamiento, son observables y pueden ser comprendidas. Una cultura es simplemente conducta aprendida modificada por la fisiología y el entorno. Se puede aprender, y por lo tanto es comprensible. Esta corriente piensa que si conocemos lo suficiente sobre la vida diaria de las langostas, la comprensión vendrá después inevitablemente. Defienden que todas las criaturas vivas comparten ciertas metas comunes, como la necesidad de reproducirse, la necesidad de alimentarse y de defecar, etcétera, y que ese es un espacio común suficiente como para pensar en las

langostas como primos lejanos, antes que como formas de vida desconocida.

—Interesante. ¿Tú qué piensas?

—¿Qué pienso yo? —Elaine pareció asustarse por la pregunta—. Yo soy agnóstica. — Inclinó la cabeza—. Digamos que es 1944. Digamos que un extraterrestre está observando la Tierra, y supongamos que casualmente comienza por estudiar un campo de exterminio en Polonia. Observa cómo los nazis arrancan los dientes de oro de los judíos muertos, y se pregunta: ¿esto es conducta económica, o es parte de la cadena alimenticia, o qué? Trata de verle el sentido, pero nunca va a poder. Nunca. Porque algunas cosas simplemente no tienen sentido. Algunas cosas no tienen ningún puto sentido.

—¿Es eso lo que hay entre Ray y Marguerite? ¿Un debate filosófico?

—Es mucho más que meramente filosófico, al menos tal y como va la vida política de Blind Lake. Se crean y se destruyen carreras. El enorme interés que suscitó UMa_{47} vino dado por el descubrimiento de una cultura viva e inteligente, y allí es donde se concentra la mayor parte del tiempo y se prodiga la atención. Pero si la cultura de las langostas es estática y al final incomprensible, quizás eso sea un error. Hay planetólogos que mejor deberían estudiar la geología y el clima del planeta, hay incluso exozoólogos a los que les gustaría observar otras formas de vida. Estamos ignorando mucho a fin de observar a esos bichos. Los otros cinco planetas del sistema, por ejemplo. Ninguno de el os es habitable, pero todos son novedosos. Los astrónomos y cosmólogos han estado demandando una diversificación desde hace años.

—¿Quieres decir que Marguerite está en una posición minoritaria?

—No… La pluralidad de opinión ha formado parte intrínseca del estudio de Vil a langosta, al menos hasta el momento, pero el apoyo ya no es tan fuerte como solía serlo. Lo que Ray Scutter ha estado haciendo es intentar debilitar el apoyo a través de la diversificación. A él no le gusta estar limitado a un único sujeto, que ha sido la política de Marguerite.

—Ese es el *quid* de toda la cuestión, ¿no? Desde el bloqueo, quiero decir.

—Tan solo ha asumido una forma diferente. Algunas personas están empezando a proponer que se desconecte el Ojo.

—Si lo desconectas, no hay ninguna garantía de que vaya a funcionar de nuevo. Incluso Ray debe de saber eso.

—Por ahora tan solo son rumores. Pero la lógica es: estamos en un bloqueo a causa del Ojo, a causa de que alguien tiene miedo de lo que vayamos a ver. Desconecta el Ojo y el problema desaparece.

—Si la gente del exterior quisiera que lo desconectáramos, habrían podido acabar con el suministro de energía. Con tan solo una l amada a Minnesota Edison.

—Quizás quieren que sigamos corriendo para ver qué pasa. No sabemos la lógica de esto. El argumento dice que quizás seamos conejillos de indias. Quizás deberíamos apagar el interruptor del Ojo y ver si eso abre la celda.

—Sería una pérdida increíble para la ciencia.

—Pero a los trabajadores diurnos y el personal civil no tiene necesariamente por qué importarles. El os solo quieren ver a sus hijos o a sus parientes moribundos o a sus queridas. Incluso entre el personal investigador, algunas personas están comenzando a hablar de «opciones».

—¿Incluido Ray?

—Ray se guarda sus opiniones para sí mismo. Pero él fue un converso tardío a la causa de la Astrobiología. Ray creía en un universo estéril e inhabitable. Se arrimó al sol que más calentaba cuando tenía sentido para promocionar su carrera, pero sospecho que a una parte de él le disgusta toda este jaleo orgánico. De acuerdo con mis fuentes, no ha movido un solo dedo para que no se desconecte el Ojo. Pero tampoco ha dicho nada en el otro sentido. Es un político consumado. Probablemente está esperando a ver de dónde sopla el viento.

El viento golpeó la ventana. Elaine sonrió.

—Del norte —dijo Chris—, y con fuerza. Lo mejor será que vuelva.

—Lo que me recuerda algo. Tengo algo para ti. —Se agachó hacia su bolsa, que descansaba junto a sus pies—. Fui a sacar el «objetos perdidos» del centro de ocio.

Sacó una bufanda de punto de color marrón. Chris la aceptó agradecido.

—Para mantener el viento lejos del cuello —dijo Elaine—. Oí que saliste de expedición al Paseo para hablar con Charlie Grogan.

—Sí.

—Entonces, ¿has vuelto a trabajar?

—En cierto modo.

—Tienes talento para acabar.

—Elaine…

—No te preocupes. He terminado. Abrígate, Chris.

Pagó una propina por los dos y salió a la noche.

Marguerite le había dado una llave. Llamó a la puerta del unifamiliar después de venir desde el Sawyer. Agradecía la bufanda que le había dado Elaine, pero el viento era casi quirúrgico, y se

clavaba desde una docena de ángulos. Las estrel as murmuraban en el cielo nocturno, brutalmente despejado.

Tuvo que l amar dos veces, y no fue Marguerite la que finalmente abrió la puerta, sino Tessa. La chica lo miró con solemnidad.

—¿Puedo entrar? —dijo él.

—Supongo que sí. —Dejó la puerta entreabierta.

Él cerró la puerta rápidamente a su espalda. Los dedos le quemaban en el aire cálido. Se quitó el abrigo y los zapatos llenos de nieve. Era una lástima que Elaine no le hubiera conseguido también un par de botas.

—¿Tu mamá no está en casa?

—Está en el piso de arriba —dijo Tess—. Trabajando.

La chica parecía agradable pero poco comunicativa, un poco mofletuda y de ojos grandes. A Chris le recordó a su hermana pequeña Porcia. Excepto por el hecho de que Porcia era una parlanchina. Observó con interés cómo Chris colgaba el abrigo.

—Hace frío fuera —dijo el a.

—Así es.

—Deberías conseguir ropas más abrigadas.

—Buena idea. ¿Tú crees que a tu mamá le importará si me hago un café?

Tess se encogió de hombros y siguió a Chris hasta la cocina. Encontró cucharillas para el café junto al fregadero, y después se sentó en la pequeña mesa mientras el café se iba haciendo, y el calor iba regresando a sus extremidades. Tess se sentó enfrente.

—¿Han abierto la escuela hoy? —preguntó Chris.

—Solo por la tarde. —La chica puso los codos sobre la mesa con las manos bajo la barbilla—. ¿Eres escritor?

—Sí —dijo Chris. Probablemente. Quizás.

—¿Has escrito un libro?

Era una pregunta inocente.

—La mayor parte del tiempo escribo para revistas. Pero una vez escribí un libro.

—¿Puedo verlo?

—No me he traído una copia.

Tess estaba claramente decepcionada. Se empezó a mecer en la silla, moviendo la cabeza rítmicamente.

—Quizás deberías decirle a tu mamá que estoy aquí —dijo Chris.

—No le gusta que la molesten cuando está trabajando.

—¿Trabaja siempre hasta tarde?

—No.

—Quizás debería subir a decir hola.

—No le gusta que la molesten —repitió Tess.

—Tan solo le daré un toque a la puerta. Veré si quiere café.

Tess se encogió de hombros y se quedó en la cocina.

Marguerite le había hecho un pequeño *tour* por la casa el día anterior. La puerta de su despacho estaba entreabierta, y Chris se aclaró la garganta para anunciar su llegada. Marguerite estaba sentada en un escritorio desordenado. Garabateaba notas en una libreta de bolsillo, pero su atención estaba volcada en la pantalla de la pared de enfrente.

—No le he oído llegar —dijo sin levantar la vista.

—Lo siento si interrumpo su trabajo.

—No estoy trabajando. No oficialmente, por lo menos. Tan solo estoy tratando de imaginar qué es lo que está pasando. —Volvió el rostro hacia él—. Eche un vistazo.

En la pantal a, el así l amado Sujeto estaba subiendo por una rampa, iluminado por la luz de unas pocas bombil as de tungsteno. El encuadre virtual flotaba detrás de él, manteniendo su torso centrado. Desde detrás, pensó Chris, el Sujeto parecía un luchador con un *burka* de cuero rojo.

—¿Adonde va?

—No tengo ni idea.

—Pensaba que era un tipo de hábitos muy regulares.

—Se supone que no utilizamos pronombres de género, pero entre nosotros, sí, es un tipo de hábitos muy regulares. En su horario habitual debería estar durmiendo. Si «dormir» es lo que hacen cuando están inmóviles en la oscuridad.

Aquel era el tipo de forma de hablar que había esperado del personal de Blind Lake.

—Lo hemos estado siguiendo durante más de un año —dijo Marguerite—, y no se ha apartado de su horario normal más de unos pocos minutos. Hasta hace poco. Hace unos pocos días estuvo dos horas en un cónclave de comida donde debería haber estado la mitad de tiempo. Su dieta ha cambiado. Sus interacciones sociales están disminuyendo. Y esta noche parece que tiene insomnio. Siéntese y observe si le interesa, señor Carmody.

—Chris —dijo él. Quitó una pila de ejemplares de *Astrological Review* de una sil a.

Marguerite se acercó a la puerta.

—¡Tess! —gritó.

—¿Sí? —se oyó desde abajo.

—¡Es la hora de bañarse!

Sonido de pisadas subiendo por las escaleras.

—No creo que necesite un baño.

—Sin embargo, te lo vas a dar. ¿Puedes prepararlo tú sola? Estoy más o menos ocupada.

—Supongo que sí.

—Llámame cuando esté listo.

Poco después, el sonido distante de un chorro de agua corriente.

Chris observó al Sujeto subiendo por otro camino en espiral. Estaba completamente solo, lo cual era inusual en sí mismo. Los aborígenes tendían a hacer las cosas en multitudes, aunque nunca compartían cámaras de dormir.

—Además, estos tipos son básicamente diurnos —dijo Marguerite —. Otra anomalía. Por el lugar al que se dirige… Eh, mira.

El Sujeto llegó hasta una arcada al aire libre y salió a la noche estrel ada alienígena.

—Nunca había estado aquí antes.

—¿Aquí dónde?

—Un mirador, situado más arriba de su torre. ¡Dios mío, qué vista!

El Sujeto caminó hasta una pequeña barandil a al borde de la plataforma. El encuadre virtual vaciló a su espalda y Chris pudo ver la ciudad langosta extendiéndose más al á del torso granular del Sujeto. Las torres piramidales alargadas tenían las puertas y los miradores iluminados por luces en las sendas públicas. Hormigueros y conchas de cauríes, pensó Chris, adornados con oro. Cuando Chris era pequeño sus padres solían ir a Mulholland Drive una o dos noches al año para ver las luces de Los Ángeles extendiéndose bajo sus pies. Era algo parecido a aquello. Casi tan gigantesco. Casi tan solitario.

La pequeña y veloz luna del planeta estaba l ena, y pudo discernir algo de las secas tierras más al á de los límites de la ciudad, las bajas montañas lejos al oeste, y un rizo de nubes altas empujadas por un fuerte viento. Espirales de polvo electrostáticamente cargado atravesaban los campos irrigados, formándose y disipándose con igual rapidez, como inmensos fantasmas.

Vio a Marguerite reprimir un pequeño escalofrío, mirando.

El Sujeto se aproximó a la barandilla erosionada del mirador. Se quedó de pie, como vacilando.

—¿Se va a suicidar? —dijo Chris.

—Espero que no. —Marguerite estaba en tensión—. Nunca hemos visto una conducta autodestructiva, pero somos nuevos aquí. ¡Dios, espero que no!

Pero el Sujeto permaneció inmóvil, como atento a algo.

—Está contemplando la vista —dijo Chris.

—Podría ser.

—¿Qué más si no?

—No lo sabemos. Eso es por lo que no atribuimos motivación. Si yo estuviera allí, estaría mirando la vista; pero quizás él esté disfrutando la presión del aire, o quizás está esperando encontrarse con alguien, o quizás se ha perdido y esté confuso. Se trata de

complejas criaturas inteligentes con historias y con imperativos biológicos que nadie pretende siquiera comprender. Ni siquiera sabemos lo buena que es su visión. Quizás no esté viendo lo que nosotros vemos.

—Aun y todo —dijo Chris—, si tuviera que apostar, diría que está admirando la vista.

Aquel o le valió una breve sonrisa.

—Nosotros podemos pensar cosas como esas —admitió Marguerite—, pero no debemos decirlas.

—¡Mamá! —desde el baño.

—Estaré allá en un segundo. ¡Sécate! —Se incorporó—. Hora de l evar a Tess a la cama, me temo.

—¿Le importa si me quedo mirando un poco más?

—Supongo que no. Llámeme si se pone interesante. Todo esto se está grabando, por supuesto, pero no hay nada como el directo. Pero quizás no haga nada de nada. Cuando se quedan quietos de pie a menudo están así durante horas.

—No es el planeta de la diversión —dijo Chris.

—Estaría muy bien que pudiéramos sacar partido de su tiempo estático y pudiéramos mirar la ciudad. Pero preparar al Ojo para seguir a un único individuo ha sido un pequeño milagro en sí mismo. Si miramos hacia otro lado quizás lo perdamos. No espere demasiado de él.

Ella tenía razón sobre el Sujeto: se quedó absolutamente inmóvil ante la gran vista de la noche. Chris observó los lejanos demonios de polvo, inmensos e inmateriales, cabalgando a través de las llanuras iluminadas por la luz de la luna. Se preguntó si hacían ruido en la relativamente fina atmósfera de aquel mundo. Se preguntó si el aire era cálido o frío, si el Sujeto era sensible a la temperatura. Toda aquel a conducta anómala, y sin forma de adivinar los pensamientos que circulaban por aquel a cabeza perfectamente captada pero inescrutable. ¿Qué significaba la soledad para unas criaturas que no estaban nunca solas excepto de noche?

Escuchó el agradable sonido de Marguerite y Tess hablando en voz baja, Marguerite metiendo a su hija en la cama. Una risa. Al rato, Marguerite apareció otra vez en la puerta.

—¿Se ha movido?

La luna se había movido. Las estrel as se habían movido. El Sujeto no.

—No.

—Estoy haciendo un poco de té, si quiere una taza…

—Gracias —dijo Chris—, me gustaría. Yo…

Pero entonces se escuchó el inconfundible sonido de un cristal roto, seguido del agudo y penetrante grito de Tess.

Chris entró en el dormitorio de la niña detrás de Marguerite.

Tess todavía estaba sol ozando con fuerza. Estaba sentada al borde de la cama, con la mano derecha apretando la cintura de su camisón de franela. Había manchas de sangre por el cubrecamas.

El cristal inferior de la ventana del dormitorio estaba roto. Varios fragmentos permanecían en el quicio de la ventana dándole un aspecto de sierra, mientras el aire helado entraba a ráfagas en la habitación. Marguerite se arrodilló junto a la cama, levantando a Tessa para apartarla de los cristales rotos.

—Enséñame la mano —dijo.

—¡No!

—Sí. No va a pasar nada. Enséñame.

Tess giró la cabeza hacia atrás, apretó los ojos y extendió su puño apretado. La sangre se escapaba de entre sus dedos y corría por los nudillos. El camisón estaba manchado de sangre roja fresca. Los ojos de Marguerite se abrieron de par en par, pero apartó con resolución los dedos a Tess para poder ver la herida.

—Tess, ¿qué ha pasado?

La niña tomó aire para responder.

—Me apoyé en la ventana.

—¿Te apoyaste en ella?

—¡Sí!

Chris comprendió que se trataba de una mentira y que Marguerite fingía creerla, como si las dos supieran lo que realmente había sucedido. Que era más de lo que él comprendía. Hizo una bola con una manta y la encajó en el hueco de la ventana.

La sangre seguía manando de la palma herida de la mano derecha de Tessa, como un pequeño lago. Esta vez Marguerite no pudo contener un gemido ahogado de asombro.

—¿Hay restos de cristales en la herida? —dijo Chris.

—No sabría decirlo… No, creo que no.

—Necesitamos hacer un poco de presión en la herida. Y le van a tener que dar unos puntos. —Tess emitió un quejido de alarma—. No pasa nada —le dijo Chris—. Esto mismo le pasó una vez a mi hermana pequeña. Se cayó con un vaso en la mano y se cortó. Más que tú. Después alardeaba de el o. Decía que era la única que no estaba asustada. El médico la curó.

—¿Cuántos años tenía?

—Trece.

—Yo tengo once —dijo Tess, calibrando su coraje contra aquella nueva marca.

—Hay una gasa en el armario del baño —dijo Marguerite—. ¿Podrías traerla, Chris?

Cogió la gasa y un vendaje elástico marrón. A Marguerite le temblaban las manos, de modo que Chris presionó la gasa sobre la palma de la mano de Tessa y le dijo que apretara el puño sobre el a. La gasa se tornó inmediatamente roja.

—Tenemos que llevarla a la clínica —dijo él—. ¿Por qué no me das las l aves del coche? Yo lo iré arrancando mientras tú la vistes.

—De acuerdo. Las l aves están en mi monedero, en la cocina. Tess, ¿puedes venir conmigo? Ten cuidado con los pedazos de cristal del suelo.

Fue dejando manchas de sangre en la moqueta por todas las escaleras.

El centro médico de Blind Lake, un conjunto de oficinas al este del Hubble Plaza, tenía abierto un servicio de urgencia de veinticuatro horas. La enfermera del mostrador observó brevemente a Tess, y después las llevó a una sala de curas. Chris se sentó en recepción y hojeó revistas de viajes de hacía seis meses mientras escuchaba suaves canciones *pop* procedentes del techo.

Por lo que había visto, la herida de Tessa era de poca gravedad y la clínica estaba equipada para tratarla. Mejor no pensar en qué hubiera ocurrido si la herida hubiese sido más grave. La clínica estaba bien equipada, pero no era un hospital.

Ella se había «apoyado» en la ventana. Pero uno no rompe una ventana como esa solo por apoyarse. Tess había mentido, y Marguerite había reconocido la mentira y había adivinado de qué se trataba. Algo de lo que no había querido hablar delante de un extraño. Algún problema relacionado con su hija, supuso él. Enfado, depresión, trauma postdivorcio. Pero la chica no le había parecido irritable o depresiva cuando había hablado con ella en la cocina. Y recordaba el sonido de su risa fácil desde el dormitorio justo poco antes del accidente.

No es asunto mío, se dijo. Tess le recordaba un poco a su hermana Porcia; había algo de la misma afabilidad inocente en ella, pero eso no cambiaba las cosas. Él había renunciado a dar consuelo a los afligidos y afligir a los que no necesitaban consuelo. No era muy bueno en aquel a materia. Todas sus cruzadas habían terminado mal.

Marguerite salió de la sala de tratamientos temblando y manchada con la sangre de su hija, pero claramente más tranquila.

—Le han limpiado la herida y se la han suturado —le dijo a Chris —. Ha sido muy valiente una vez que ha visto al médico. La historia sobre tu hermana ha ayudado, creo.

—Me alegro.

—Gracias por tu ayuda. La podía haber traído hasta aquí yo misma, pero hubiera sido mucho más complicado. Y Tess se habría

asustado más.

—No hay de qué.

—Le han dado un analgésico. El doctor dice que podemos irnos a casa en cuanto le haga efecto. Aunque tendrá que mantener la mano inmóvil durante unos pocos días.

—¿Has telefoneado a su padre?

Marguerite pareció instantáneamente abatida.

—No, pero supongo que debería. Tan solo espero que no sea demasiado cáustico. Ray es… —Se detuvo—. No creo que te interesen mis problemas.

Francamente no, no le interesaban.

—Lo siento —dijo ella, y sacó su teléfono para hablar en una esquina un poco alejada de la sala de espera.

A pesar de sus mejores intenciones, Chris prestó un poco de atención a la conversación. La forma en la que hablaba a su ex-marido era instructiva. Cuidadosamente despreocupada al principio. Explicando el accidente con tranquilidad, entendiéndolo, después dócil ante su respuesta.

—En la clínica —dijo el a finalmente—. Yo… —una pausa—. No. No. —Pausa—. No es necesario, Ray. No. Estás sacando las cosas de quicio. —Larga pausa—. Eso no es cierto. Sabes que no es cierto.

Cortó la comunicación sin decir adiós y se tomó un momento para serenarse. Después cruzó la sala de espera entre hileras de muebles genéricos de hospital con los labios apretados, el cabello desordenado y la ropa manchada de sangre. Había una rígida dignidad en la forma en la que se conducía, un rechazo implícito a lo que fuera que Ray Scutter le hubiera dicho.

—Lo siento —dijo—, pero ¿te importaría salir y arrancar el coche? Iré a recoger a Tess. Creo que estará mejor en casa.

Otra mentira educada, pero con una urgencia soterrada implícita. Él asintió.

En el camino que había entre la clínica y el aparcamiento hacía frío y soplaba el viento. Se alegró de meterse dentro del pequeño coche de Marguerite y encender el motor. El calor comenzó a emanar de los conductos del suelo. La calle estaba vacía, barrida por hileras sinuosas de nieve. Las estrellas todavía estaban brillantes, y en el horizonte del sureste pudo divisar las luces de posición de un distante reactor. De alguna forma los aviones continuaban volando; de alguna forma el mundo todavía seguía adelante con sus tareas.

Marguerite salió de la clínica con Tess unos diez minutos más tarde, pero todavía no había l egado hasta el coche cuando otro vehículo llegó rugiendo al aparcamiento y chilló al frenar.

El coche de Ray Scutter. Marguerite observó con visible aprensión a su ex-marido saliendo del vehículo y dirigiéndose hacia ella con

paso rápido y agresivo.

Chris se aseguró de que la puerta del copiloto no tuviera el seguro puesto. Lo mejor era evitar una confrontación. Ray tenía una mirada de búfalo salvaje. Pero Marguerite no llegó al coche antes de que Ray le pusiera la mano en el hombro.

Marguerite mantuvo la mirada de su ex-marido, pero empujó a Tess detrás de ella, protegiéndola. Tess metió la mano herida dentro de su abrigo de invierno. Chris no podía entender lo que Ray estaba diciendo. Todo lo que podía oír por encima del ruido del motor eran algunas pocas consonantes a voz en grito.

Era la hora de ser valiente. Odiaba ser valiente. Eso era lo que la gente solía decirle sobre su libro, al menos antes de que Galliano se suicidase. «Qué valiente fuiste para escribirlo». La valentía nunca le había llevado a ningún lugar.

Salió del coche y abrió la puerta trasera para que Tess entrara.

Ray le dirigió una mirada de incredulidad.

—¿Quién coño eres tú?

—Chris Carmody.

—Me ayudó a traer a Tess hasta aquí —dijo rápidamente Marguerite.

—Ahora mismo lo que necesita es volver a casa —dijo Chris. Tess ya se había colado rápidamente en el asiento trasero, a pesar de la aparatosidad de la venda de su mano.

—Salta a la vista —dijo Scutter, con los ojos estrechados y fijados en Chris— que allí no está segura.

—Ray —le dijo Marguerite—, tenemos un acuerdo…

—Tenemos un acuerdo escrito antes del bloqueo por un abogado con el que no puedo contactar. —Ray había dominado los tonos vocales de su impaciencia de toro furioso para quejarse y ordenar a partes iguales—. No puedo confiar de ninguna manera en ti cuando permites que sucedan cosas como esta.

—Ha sido un accidente. Los accidentes pasan.

—Los accidentes pasan cuando a los niños no se los vigila. ¿Qué estabas haciendo, observando al puto Sujeto?

Marguerite comenzó a balbucir una respuesta.

—Sucedió después de que Tess se fuera a la cama —intervino Chris. Le hizo un gesto discreto a Marguerite para que subiera al coche.

—Tú eres aquel periodista… ¿Qué sabes de todo esto?

—Yo estaba allí.

Marguerite captó la insinuación y se subió al coche. Ray parecía frustrado y doblemente irritado cuando oyó el sonido del portazo.

—Me l evo a mi hija conmigo —dijo él.

—No, señor —dijo Chris—. Me temo que esta noche no.

Mantuvo el contacto visual con Ray mientras se sentaba detrás del volante. Tess comenzó a l orar en silencio en el asiento trasero. Ray se inclinó sobre la puerta del coche, pero lo que fuera que gritara era inaudible. Chris empezó a avanzar, pero no antes de que Scutter acertara a dar una patada al parachoques trasero.

Marguerite consoló a su hija. Chris condujo con cuidado a causa de las placas de hielo, hasta salir del aparcamiento de la clínica. Ray podía haberse montado en su coche y seguirlos, pero aparentemente había elegido no hacerlo; lo último que vio de él a través del espejo retrovisor era su figura de pie, l ena de una rabia impotente.

—Odia que lo vean en ese estado —dijo Marguerite—. Lo siento. Creo que te has hecho un enemigo esta noche.

Sin duda. Chris comprendía la alquimia por la cual un hombre podía ser una persona encantadora en público pero brutal de puertas adentro. La crueldad como un último recurso en la intimidad. A los hombres generalmente no les gustaba que los vieran en ese acto.

—Tengo que darte las gracias de nuevo —añadió ella—. Lo siento de veras.

—No es culpa tuya.

—Si quieres buscar otro sitio donde dormir, lo comprenderé.

—El sótano sigue siendo más cálido que el gimnasio. Si te parece bien.

Tess dio un resoplido y tosió. Marguerite le ayudó a sonarse la nariz.

—Me sigo preguntando… —dijo Marguerite—, ¿y qué hubiera pasado si hubiese sido peor? ¿Si hubiéramos necesitado un hospital de verdad? Me estoy cansando de este bloqueo.

Chris tomó la carretera que conducía a casa.

—Espero que sobrevivamos —dijo él. Estaba claro que Marguerite era una superviviente.

Tess, agotada, se fue a dormir a la cama de Marguerite. La casa estaba fría, pues el aire helado entraba en oleadas a través de la ventana rota de la habitación de la niña, y la calefacción luchaba contra él. Chris revolvió el sótano hasta que encontró una pesada tela de plástico y una chapa de madera de arce. Cubrió el marco vacío de la ventana con el plástico y después clavó la chapa de madera para asegurarlo.

Marguerite estaba en la cocina cuando bajó las escaleras.

—¿Quieres tomar algo antes de acostarte?

—Me encantaría.

Le sirvió café recién hecho mezclado con *brandy*. Chris miró su reloj. Medianoche pasada. No tenía ningunas ganas de irse a dormir.

—Supongo que estás cansado de oírme quejándome.

—Crecí con una hermana pequeña —dijo Chris—. Estas cosas pasan con los niños. Ya sabía eso.

—Tu hermana. La llamaste Porcia.

—Todos la llamábamos Porry.

—¿Todavía la ves? Antes del bloqueo, me refiero.

—Porry murió hace ya tiempo.

—Oh. Lo siento.

—En serio, tienes que dejar de pedir disculpas continuamente.

—Lo s… oh.

—¿Cuántos más problemas calculas que va a ocasionar Ray por lo de esta noche?

Marguerite se encogió de hombros.

—Eso es pregunta y media. Tantos como pueda.

—No es asunto mío. Tan solo quería estar avisado por si esperas que aparezca en la puerta con una escopeta.

—Él no es así. Ray es…, bueno, ¿qué puedo decir sobre Ray? Le gusta tener razón. Odia que le l even la contraria. Siempre está dispuesto a meterse en discusiones pero odia perderlas, y l eva perdiéndolas la mayor parte de su vida. No le gusta compartir la custodia conmigo. Él no hubiera firmado el acuerdo si no hubiera sido porque su abogado le dijo que era el mejor trato que iba a conseguir, y siempre está amenazando con l evar a cabo alguna acción legal para l evarse a Tess. Interpretará lo de esta noche como una prueba más de que soy una madre incapaz. Más munición.

—Esta noche no ha sido culpa tuya.

—Para Ray no importa lo que haya sucedido en realidad. Se convencerá a sí mismo de que yo fui responsable de el o, o al menos muy negligente.

—¿Cuánto tiempo habéis estado casados?

—Nueve años.

—¿Te maltrató?

—Físicamente no. En realidad no. Agitaba los puños, pero nunca me pegó. Aquel no era el estilo de Ray. Pero me hizo ver que no confiaba en mí, y puedes dar por seguro que no me daba su aprobación. Solía recibir l amadas suyas cada quince minutos para ver dónde estaba, qué estaba haciendo, cuándo volvería a casa, y para decirme que más valía que no llegara tarde. Yo no le gustaba, pero no quería que prestara atención a nadie más que a él. Al principio me dije que tan solo era una peculiaridad suya, un defecto de carácter, algo que se le pasaría con el tiempo.

—¿Tenías amigos, familia?

—Mis padres son gente caritativa. Dieron alojamiento a Ray hasta que resultó obvio que él no quería que lo alojaran. No le gustaba que fuera a verlos. Tampoco le gustaba que viera a mis amigos. Se suponía

que teníamos que ser tan solo los dos. Nada que pudiera contrarrestarlo.

—Un buen matrimonio del que escapar —dijo Chris.

—No estoy segura de que él crea que se ha terminado.

—La gente puede acabar mal de verdad en situaciones como esta.

—Lo sé —dijo Marguerite—, he oído historias. Pero Ray nunca l egaría a lo físico.

Chris lo dejó estar.

—¿Cómo estaba Tessa cuando le diste las buenas noches?

—Parecía muy dormida. Agotada, la pobre criatura.

—¿Qué crees que ha hecho para romper la ventana?

Marguerite tomó un largo trago de café mientras parecía estudiar la mesa.

—Sinceramente no lo sé. Pero Tess ha tenido algunos problemas en el pasado. Tiene una historia sobre superficies bril antes, espejos y cosas así. Debe de haber visto algo que no le ha gustado.

¿Y atravesó el cristal con la mano? Chris no comprendía, pero resultaba obvio que para Marguerite hablar de aquello resultaba incómodo, y no quería presionarla. Ya había pasado por suficientes trances aquella noche.

—Me pregunto qué estará haciendo el Sujeto. Despierto en Villa langosta.

—Lo dejé todo encendido, ¿no es cierto? —Se levantó—. ¿Quieres echar un vistazo?

La siguió escaleras arriba hasta su despacho. Anduvieron de puntillas al pasar por la habitación donde Tess estaba durmiendo.

El despacho de Marguerite estaba exactamente como lo habían dejado, con las luces encendidas, las interfaces conectadas, la gran pantalla de la pared todavía siguiendo responsablemente al Sujeto. Pero Marguerite dio un respingo cuando vio la imagen.

Era ya de día en UMa$_{47}$/E. El Sujeto había dejado el mirador y había bajado a una calle a nivel del suelo. El viento de la noche anterior había revestido todas las estructuras que estaban expuestas de una fina capa de arenisca, una fresca textura bajo la enfilada luz del sol.

El Sujeto se acercó a un arco de piedra de cinco veces su altura, caminando en dirección a la salida del sol.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Chris.

—No lo sé —dijo Marguerite—. Pero a no ser que se dé la vuelta, está dejando la ciudad.

13

—Ha telefoneado Charlie Grogan —le dijo Sue Sampel a Ray cuando pasaba a través del despacho exterior. También Dajit Gill, Julie Sook y dos jefes de sección más. Oh, y tiene una cita con Ari Weingart a las diez y con Shulgin a las once, además de…

—Envíeme la agenda del día a mi ordenador con un archivo vinculado —dijo Ray—, y todos los mensajes urgentes. No me pase l amadas. —Despareció en su *sancta sanctorum* y cerró la puerta.

Bendito silencio, pensó Sue. Acababa con la voz de Ray Scutter.

Sue había dejado una taza de café caliente sobre su escritorio, un tributo a su puntualidad. *Muy bien,* pensó Ray. Pero él se enfrentaba a un día difícil. Desde que el Sujeto había salido de peregrinación la última semana, los departamentos de interpretación habían caído en un estado de histeria. Incluso los astrozoólogos estaban divididos: algunos de el os querían seguir observando Vil a langosta y elegir otro nuevo Sujeto más representativo; otros (y Marguerite era uno de el os) estaban convencidos de que la conducta del Sujeto era significativa y debían seguirlo hasta su conclusión. El personal de Tecnología y Artefactos temía perder su contexto urbano, pero los astrogeólogos y los climatólogos daban la bienvenida a una larga excursión a través de los desiertos y las montañas. Las divisiones se estaban peleando como verduleras, y en ausencia de los altos cargos directos de Blind Lake o una conexión con Washington, no había una forma clara de resolver el conflicto.

Al final, toda aquel a gente acudiría a Ray para decidir qué línea de actuación seguir. Pero él no quería asumir aquella responsabilidad sin un gran número de consultas. Cualquier decisión que tomara, más pronto o más tarde se vería obligado a defenderla. Quería que la defensa fuera hermética. Necesitaba poder citar nombres y documentos, y si alguno de los partisanos más temperamentales de las divisiones pensaba que estaba esquivando la cuestión, y ya había oído esas palabras circulando por ahí, tanto peor para el os. Les había pedido a todos que prepararan informes refrendando sus posiciones.

Lo mejor era empezar el día del mejor modo posible. Puso una servilleta desplegada sobre su escritorio y abrió el cajón inferior de su escritorio con la l ave.

Desde que comenzó el bloqueo, Ray había estado guardando una reserva de DingDongs bajo l ave en su cajón del escritorio. Era embarazoso reconocerlo, pero resultaba que a él le gustaba la bollería para niños y especialmente le encantaban los DingDongs con su café del desayuno, y podía vivir sin los inevitables comentarios de listillos

sobre el polisorbato 80 y las «cero calorías», muchas gracias. Le gustaba ir pelando el frágil envoltorio; le gustaba el olor a azúcar y maicena que hacía flotar en el aire; le gustaba la textura glutinosa del pastelillo y la forma en la que el café caliente acentuaba el suave regusto químico en su paladar.

Pero los DingDongs no estaban incluidos en las entregas semanales del camión negro. Ray había sido lo suficientemente prudente como para comprar todo el inventario remanente de la tienda de comestibles local y de la tienda de conservas y congelados del vestíbulo del Plaza. Había empezado con un par de cartones, pero se le habían acabado hacía mucho. Los últimos seis DingDongs de toda la comunidad en cuarentena de Blind Lake, al menos según las noticias de Ray, descansaban en el cajón de su escritorio. Después de aquel o, nada. Pavo frío. Obviamente, pasar sin el os no lo iba a matar. Pero le enervaba el hecho de que lo hubiera empujado a aquella situación una putada burocrática, aquel interminable y mudo encierro.

Sacó un DingDong del cajón. Cogía solo uno: le quedaban cinco, lo que duraba una semana de trabajo.

Pero todo lo que pudo ver eran cuatro paquetes esperando en las sombras.

Cuatro. Contó de nuevo. Rebuscó con la mano por el cajón. Cuatro.

Debería haber cinco. ¿Habría contado mal?

Imposible. Había registrado la suma en su diario nocturno.

Se sentó inmóvil durante un momento, procesando aquel a información tan desagradable, construyendo una furia sólida y legítima. Luego l amó por el intercomunicador a Sue Sampel y le dijo que entrara en su despacho.

—Sue —dijo cuando apareció en la puerta—, ¿tiene una l ave de mi escritorio?

—¿De su escritorio? —O estaba sorprendida por la pregunta o fingía de forma muy convincente—. No, claro que no.

—Porque cuando vine aquí la gente de mantenimiento me dijo que yo tenía la única llave.

—¿La ha perdido? Deben de tener una llave maestra en alguna parte. O se puede cambiar la cerradura, supongo.

—No, no la he perdido. —Ella retrocedió al oír su voz—. Tengo la l ave justo aquí. Han robado algo.

—¿Robado? ¿Qué han robado?

—No importa qué han robado. En realidad, no era nada de gran relevancia. Lo que importa es que alguien ha accedido a mi escritorio sin mi conocimiento. Seguramente incluso usted puede comprender la importancia del hecho.

Sue miró al escritorio. Ray se dio cuenta, demasiado tarde, de que se había dejado su DingDong de la mañana, sin abrir, sobre la mesa junto a su taza de café. Ella lo miró, y después a Ray, con una expresión en el rostro de «debe-de-estar-bromeando». Sintió cómo la sangre le subía a las mejillas.

—Quizás pueda hablar con el personal de limpieza —dijo Sue.

Ahora, todo lo que Ray quería era que ella desapareciera de allí.

—Bueno, de acuerdo, supongo que no importa. No lo debería haber mencionado…

—O con Seguridad. Shulgin va a venir más tarde.

¿Estaba escondiendo una sonrisa? ¿Se estaba en aquel momento riendo de él?

—Gracias —dijo con rigidez.

—¿Algo más?

—No. —*Lárgate de una puta vez*—. Por favor, cierre la puerta al salir.

La cerró con suavidad. Ray imaginó que podía oír su risa flotando tras ella, como una bandera.

Ray se consideraba realista. Sabía que parte de su conducta podía ser calificada de misógina por alguien que quisiera calumniarlo (y tenía una legión de enemigos). Pero no odiaba a las mujeres. Al contrario: les daba la oportunidad de reparar sus errores. El problema era que él no odiaba a las mujeres, pero ellas sí lo decepcionaban continuamente. Por ejemplo, Marguerite. Siempre Marguerite, para siempre Marguerite…

Ari Weingart llegó a las diez con una serie de propuestas para subir la moral. Cayti Lane, del departamento de Relaciones Públicas, quería crear un canal televisivo de noticias y eventos sociales, Blind Lake Television, en suma, que presentaría ella.

—Creo que es una buena idea —dijo Ari—. Cayti es brillante y fotogénica. Algo que también quiero hacer es reunir las descargas individuales que la gente tiene en sus casas para que podamos emitirlas de nuevo. Sería una televisión con una programación rígida, tipo siglo XX, pero podría ayudar a mantenernos unidos. O al menos le daría a la gente algo de que hablar.

Bien, todo aquello estaba bien. Ari continuó proponiendo series de debates y clases en el centro de ocio los sábados a la noche. También bien. Ari estaba intentando reconfigurar el bloqueo en una iglesia social. *Dejémoslo,* pensó Ray. *Dejémosle distraer a los quejumbrosos habitantes con espectáculos de perros y ponis.* Pero todo aquel énfasis era agotador en último término, y suspiró de alivio cuando Ari finalmente recogió su sonrisa y dejó el despacho. Ray contó los DingDongs otra vez.

Por supuesto que podía haber sido Sue la que le abriera el escritorio. No había signos de violencia en la cerradura… Quizás no había tenido cuidado y se había dejado el cajón abierto y ella se había aprovechado de aquel lapso de atención. Sue a menudo trabajaba hasta más tarde que Ray, especialmente cuando Tess estaba a su cuidado; al contrario que Marguerite, a él no le gustaba dejar a su hija sola en casa después del colegio, Sue era la principal sospechosa, decidió Ray, aunque el servicio de limpieza no estaba fuera de toda sospecha.

Los hombres eran más fáciles de tratar que las mujeres. Con los hombres tan solo era cuestión de ladrar lo suficientemente alto como para l amar la atención. Las mujeres eran más astutas, pensó, abiertamente complacientes pero fáciles de subvertir. Sus lealtades eran provisionales y cambiaban rápidamente de sentido. Marguerite, por ejemplo…

Por lo menos, Tess no crecería siendo una mujer como aquellas.

Dimi Shulgin apareció a las once, vestido con un traje gris cosido a mano, una distracción bienvenida, aunque traía muchas malas noticias. Shulgin dominaba el arte de la inescrutabilidad báltica, y mantenía el rostro severo e impasible mientras describía el estado de ánimo que prevalecía entre los trabajadores diurnos y el personal asalariado.

—Hasta ahora han soportado el bloqueo —dijo Shulgin— con mínimos problemas, probablemente debido a lo que le sucedió al desafortunado señor Krafft cuando intentó escapar. Aquello fue una bendición oculta, creo yo. Asustó a la gente lo suficiente como para aceptar la situación. Pero el descontento está creciendo. Los visitantes y el personal de apoyo superan en número a los científicos y el personal de mantenimiento en cinco a uno, ya sabe. Muchos de el os están reclamando voz en la toma de decisiones, y a no pocos de ellos les gustaría desconectar el Ojo y ver qué sucede.

—Son tan solo opiniones —dijo Ray.

—Hasta ahora tan solo son opiniones, pero a largo plazo, si el bloqueo continúa… ¿quién sabe?

—Deberíamos tratar de que nos vieran hacer algo positivo.

—La apariencia de acción —dijo Shulgin, con algún tipo de ironía enterrado bajo su tosco acento— sería de ayuda.

—¿Sabe? —dijo Ray—, alguien ha abierto mi escritorio recientemente.

—¿Su escritorio? —Las pobladas cejas de Shulgin se alzaron—. ¿Abierto? ¿Ha sido vandalismo, robo?

Ray movió la mano en lo que él imaginaba que era un gesto magnánimo.

—Ha sido trivial, vandalismo de oficina como mucho, pero me da

que pensar. ¿Qué tal si iniciamos una investigación?

—¿Sobre el acto de vandalismo de su escritorio?

—No, por amor de Dios, sobre el bloqueo.

—¿Una investigación? ¿Cómo podríamos? Todas las pistas están tras el otro lado de la verja.

—No necesariamente.

—Por favor, explíquese.

—Hay una teoría que explica que estamos bajo sitio porque algo ha sucedido en Crossbank, algo peligroso, algo relacionado con su O/CBE, algo que quizás pueda suceder también aquí.

—Sí, esa es la razón por la cual hay un número creciente de gente que quiere desconectar nuestros procesadores, pero…

—Olvídese de los O/CBE por un minuto. Piense en Crossbank. Si Crossbank tuviera un problema, ¿no habríamos oído algo sobre ello?

Shulgin lo meditó. Se frotó con la nariz con un dedo.

—Puede que sí, puede que no. Todos los puestos directivos más importantes estaban en Cancún cuando se cerraron los accesos. Ellos habrían sido los primeros en saberlo.

—Sí —dijo Ray, l evando la idea suavemente pero con apremio hasta su conclusión—, pero los mensajes quizás se hayan quedado almacenados en sus ordenadores personales antes de que la cuarentena entrara en efecto.

—Cualquier asunto urgente habría sido reenviado…

—Pero las copias todavía deberían estar en los servidores de Blind Lake, ¿no es cierto?

—Bueno…, se supone. A no ser que alguien se tomase la molestia de eliminarlas. Pero no podemos acceder a los servidores personales del personal directivo.

—¿No podemos?

Shulgin se encogió de hombros.

—Yo diría que no.

—En circunstancias normales la cuestión ni se plantearía. Pero las circunstancias hace mucho que no son normales.

—Acceder a los servidores, leer sus correos electrónicos… Sí, es interesante.

—Y si encontramos algo útil lo anunciaríamos en una asamblea general.

—Si hay algo útil. Aparte de mensajes de voz de las esposas y las amantes. ¿Hablo con mi gente y les pregunto lo difícil que sería acceder a nuestros servidores?

—Sí, Dimi —dijo Ray—, hazlo.

Cuanto más lo pensaba más le gustaba la idea. Se fue a comer como un hombre feliz.

El estado de ánimo de Ray era voluble, sin embargo, y para

cuando dejó el Plaza al final del día ya se sentía amargado de nuevo. El asunto del DingDong. Sue probablemente habría contado la historia a sus amigos del personal de la cafetería. Cada día, una nueva humillación. A él le gustaban los DingDongs para desayunar: ¿tan gracioso era aquel o, tan hilarantemente aberrante? La gente era gilipol as, pensó.

Condujo con cuidado a través de las ráfagas de nieve dura, intentando calcular sin éxito la distancia y la velocidad para pasar por los semáforos de la cal e principal sin detenerse.

La gente era gilipollas, y aquello era lo que siempre habían pasado por alto los teóricos exoculturales, gente como Marguerite, pequeños optimistas ciegos de tres al cuarto. Un mundo l eno de gilipollas no era suficiente para ellos. Querían más. Un universo entero lleno de gilipollez. Un cosmos orgánico de rosa fosforito, un espejo mágico con una cara feliz brillando sobre él.

El atardecer se cerraba sobre el coche como una cortina. Cuánto más limpio no estaría el mundo, pensó Ray, si tan solo contuviese gas, polvo y la resplandeciente estrella de turno, fría pero prístina, como la nieve envolviendo las escasas torres de edificios de Blind Lake. La verdadera lección de Villa langosta, la políticamente incorrecta, era el hecho innombrable pero obvio de que la llamada vida inteligente no era nada más que irracionalidad focalizada, un conjunto de conductas diseñadas por el ADN para producir más ADN, desprovisto de cualquier lógica salvo las esquivas matemáticas de la reproducción. Caos con retroalimentación, $z\ E\ z2\ +\ c$, repetido ciegamente hasta que el universo se hubiera comido y excretado a sí mismo.

Incluyéndome a mí, pensó Ray. Lo mejor era no esconderse de la cáustica verdad. Todo lo que él amaba (su hija) o había amado (Marguerite) no representaba nada más que su participación en una ecuación, no era ni más ni menos cuerdo que las sangrías nocturnas de los aborígenes de UMa_{47}/E. Marguerite, por ejemplo: exteriorizando continuamente códigos genéticos defectuosos, la madre posesiva aunque incapaz, un útero andante exigiendo igualdad ante la ley. Qué rápidamente volvía todavía a su mente. Cada insolencia que Ray sufría era un espejo del odio que ella sentía por él.

La puerta del garaje se abrió cuando detectó aproximarse al coche. Aparcó bajo el resplandor de la luz cenital.

Se preguntó cómo sería liberarse de todos aquel os imperativos biológicos y ver el mundo tal y como era. *Para nuestros ojos, horrible,* pensó, desolado e implacable; *pero nuestros ojos nos mentían, estaban tan esclavizados por el ADN como nuestros corazones y nuestras mentes.* Quizás *aquello era en lo que se había convertido el O/CBE: un ojo inhumano que revelaba verdades que nadie estaba preparado para aceptar.* Tess había vuelto con él aquella semana. La saludó con un «hola» al

entrar en casa. El a estaba en la sala de estar, en la silla junto al árbol de Navidad artificial, inclinada sobre sus deberes como un gnomo estudioso.

—Hola —dijo el a con indiferencia.

Ray se detuvo un momento, sorprendido por su amor por ella, admirando la forma en la que su pelo oscuro se rizaba ajustado contra su cráneo. Escribía en la pantalla de un ordenador portátil que traducía sus garabatos infantiles en algo legible.

Se quitó el abrigo y las botas y bajó las persianas, aislándose de la oscuridad nevada.

—¿Has l amado ya a tu madre biológica?

Era un acuerdo que había firmado con Marguerite después del arbitraje de separación, por el cual se estipulaba que Tess llamaría diariamente al padre con el que no estuviese. Tess lo miró con curiosidad.

—¿Mi madre biológica?

¿Había dicho aquel o en voz alta?

—Quiero decir, a tu madre.

—Ya la he llamado.

—¿Te ha dicho algo que te molestara? Ya sabes que si tu madre te causa problemas puedes decírmelo.

Tess se encogió de hombros incómoda.

—¿Estaba el huésped con ella cuando la llamaste? ¿El hombre que vive en el sótano?

Tess se encogió de nuevo de hombros.

—Enséñame la mano —dijo Ray.

No hacía falta ser un genio para saber que los problemas de Tessa en Crossbank habían sido culpa de Marguerite, incluso aunque el mediador en el divorcio no se hubiera dado cuenta de ello. Marguerite había ignorado a Tess consistentemente, había centrado toda su atención en sus amados paisajes marinos extraterrestres. Y Tess había hecho atraer su atención, con una motivación cristalina. El extraño amenazante en el espejo podría haber sido el Sujeto de Marguerite: indirecto, exigente y omnipresente.

Taciturna, con la cabeza baja por la vergüenza, Tess extendió su mano derecha. Le habían quitado los puntos de sutura la semana anterior. Las cicatrices desaparecerían con el tiempo, había dicho el doctor de la clínica, pero en aquel momento tenían un aspecto horrible, nueva piel rosa entre las marcas profundas donde habían estado los puntos. Ray ya había sacado unas pocas fotografías para el caso en que el asunto l egara a los tribunales. Cogió la pequeña mano entre las suyas, asegurándose de que no había rastro de infección. Nada de pequeña vida animal comiéndole la vida a la carne de su hija.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó Tess.

—Pollo —dijo Ray, dejándola con sus libros. Pollo congelado en el congelador. Lo sacó de la fría despensa de carne y comenzó a hacerlo en una sartén con aceite vegetal. Le añadió ajo y albahaca, sal y pimienta. El aroma le llenó la boca de saliva. Tess, atraída por el olor, entró en la cocina para verlo cocinar.

—¿Estás preocupada por volver mañana con tu madre?

Tu madre biológica. La mitad de tu todo genético. *La mitad menor,* pensó Ray.

—No —dijo Tess, y después, casi desafiante—: ¿Por qué siempre me estás preguntando eso?

—¿Hago eso?

—¡Sí! A veces.

—A veces no es siempre, sin embargo. ¿No es cierto?

—No, pero…

—Tan solo quiero que todo te vaya bien, Tess.

—Lo sé. —Derrotada, se giró para irse.

—Eres feliz aquí, ¿no?

—Aquí está bien.

—Porque uno nunca sabe con mamá, ¿no es verdad? Quizás tengas que venir a vivir aquí todo el tiempo, Tess, si algo le sucede a ella.

Tess entrecerró los ojos.

—¿Qué le podría pasar?

—Uno nunca sabe —dijo Ray.

14

Antes de que dejara la ciudad, la vida del Sujeto había sido un repetitivo ciclo de trabajo, sueño y cónclaves de comida. A Marguerite le había recordado con desmayo la idea hindú de los *kalpas,* el círculo sagrado, el eterno retorno.

Pero aquello había cambiado.

Aquel o había cambiado y el círculo se había convertido en algo diferente: se había convertido en una narración. *Una historia,* pensó Marguerite, con *un principio* y *un final.* Era por eso por lo que era tan importante mantener el Ojo enfocado sobre el Sujeto, a pesar de lo que pensara el sector más cínico de Interpretación. «El Sujeto ya no es representativo», habían dicho. Pero era aquello lo que lo hacía tan interesante. El Sujeto se había convertido en un individuo, algo más que la suma de sus funciones en la sociedad aborigen. Aquel o era claramente el signo de algún tipo de crisis en la vida del Sujeto, y Marguerite no podía soportar la idea de no verla hasta su conclusión.

Aunque acabara con la muerte del Sujeto, si es que l egaba a eso. Y quizás fuese así. Desde un principio tuvo la idea de escribir la odisea del Sujeto, no de forma analítica, sino como había l egado a convertirse: en una historia. No para su publicación, claro. Estaría violando los protocolos de objetividad, dando cabida a todo tipo de antropocentrismos, conscientes e inconscientes. En cualquier caso no era escritora, o al menos no aquel tipo de escritora. Aquello era puramente para su propia satisfacción… y porque el a creía que el Sujeto se lo merecía. Después de todo, era su vida real la que habían invadido. En la privacidad de su escrito, ella le devolvería la dignidad robada.

Comenzó el proyecto en un cuadernillo azul de colegio. Tess estaba dormida (había vuelto de estar con su padre hacía dos días, después de unas Navidades decepcionantes) y Chris estaba en el piso inferior revolviendo la cocina o saqueando su biblioteca. Era un momento precioso, santificado de silencio. Un momento en el que podía llevar a cabo las malas artes de la empatía. Cuando podía admitir libremente que le preocupaba el destino de aquella criatura imposible de conocer, y aun así tan íntimamente conocida.

> Los últimos días del Sujeto en la ciudad [escribió Marguerite] fueron molestos y episódicos.
>
> Llegaba a su puesto de trabajo a la hora usual, pero sus cónclaves de comida eran cada vez más breves y descuidados. Bajaba las escaleras hasta el pozo de comida

lentamente, y en la tenue luz de los cónclaves nocturnos comía menos cantidad de verdura de la acostumbrada. Empleaba más tiempo raspando la verdura con forma de molde de los muros del pozo húmedo, sorbiendo los restos de sus brazos para la comida.

Normalmente aquel era un momento de intensa interacción social; los pozos estaban abarrotados; pero el Sujeto se colocaba de cara a la pared de piedra, y sus movimientos visuales de señalización (el movimiento de las cerdas, los gestos de la cara) eran mínimos.

Esto también afectaba a sus horas de sueño, lo que a su vez afectaba a las pequeñas criaturas que se alimentaban de su sangre durante la noche.

El lugar que ocupan estos animales que viven en los muros dentro de la cultura o la ecología del Sujeto todavía no está bien explicado. Quizás sean parásitos, pero como están universalmente tolerados se parecen más a algún tipo de simbiontes, o incluso a una fase del ciclo reproductivo. Quizás su alimentación estimule respuestas inmunológicas deseables, o al menos es una de las teorías. Poco antes de su marcha, sin embargo, el cuerpo dormido del Sujeto parecía repeler a los chupadores. Probaban su sangre, se alejaban, después volvían a intentarlo de nuevo con el mismo resultado. Mientras tanto, el Sujeto no descansaba bien y se movía varias veces durante la noche, de una forma peculiar en él.

Pasó la última noche en la ciudad en una vigilia sobre un mirador exterior de la torre comunal donde vivía. Era tentador leer tanto soledad como resolución en aquella conducta [*prohibido pero tentador,* pensó Marguerite]. La vida del Sujeto había cambiado claramente, y quizás no para mejor. Después dejó la ciudad.

Pareció una decisión espontánea. Dejó su guarida, dejó su torre y caminó directamente a través del acceso este de la ciudad aborigen hacia la clara mañana azul. A la luz del sol su gruesa piel relucía como cuero cepil ado. El Sujeto era una roja sombra oscura en la mayor parte de su cuerpo, un rojo oscuro que se fundía con negro en las articulaciones principales, y su cresta dorsal amarilla sobresalía como una corona l ameante mientras caminaba.

La ciudad estaba rodeada de una enorme superficie de tierra cultivada. Canales y acueductos l evaban el agua para irrigar desde las montañas nevadas del norte hasta aquellos campos.

El sistema perdía enormes cantidades de agua por evaporación en el seco y poco denso aire, pero la cantidad que quedaba era suficiente para abastecer las necesidades de kilómetros de avenidas de plantas suculentas. Las plantas eran de piel gruesa, de color verde oliva, y se dividían en pocos tipos básicos similares. Sus tal os eran robustos, las hojas tan anchas como platos y tan gruesas como una tortilla. Eran más altas que el Sujeto, y a medida que andaba lo iban cubriendo con sombras de todo tipo. El Sujeto siguió la carretera de tierra, una ancha avenida recorrida de zanjas de drenaje y cultivos verdes de verano. No desarrol ó ninguna interacción social ni con los trabajadores de los campos, manchados de savia, ni con los caminantes que circulaban a pie a lo largo del camino. Poco antes de dejarla ciudad, dio un rodeo por una parcela de terreno donde fue ignorado por unos labradores mientras arrancaba varias hojas enormes de una planta madura, las envolvía en una hoja más grande y fina, y las metía en una pequeña bolsa en su bajo abdomen. ¿Se va de acampada? ¿O son provisiones para un largo viaje?

Durante gran parte de la mañana se vio obligado a caminar a lo largo del margen menos transitado de la carretera, fuera de la dirección del tráfico. De acuerdo con los mapas planetarios que se habían confeccionado antes de que el O/CBE se centrara en un único Sujeto, aquel camino discurría hacia el este, hasta las tierras durante casi cien kilómetros, viraba al norte a través de una línea de bajas montañas (colinas de rango más alto) y volvía hacia el este de nuevo, después de unos pocos cientos de kilómetros de praderas altas de escasa vegetación, hasta l egar a otra ciudad aborigen, la todavía sin bautizar latitud 33°, longitud 42°. 33/42 era una ciudad más pequeña que la del Sujeto, pero con la que se mantenía un patrón establecido de intercambio.

Grandes camiones pasaban en ambas direcciones, enormes plataformas equipadas con motores simples pero refinados y efectivos, conducidos sobre inmensos rodillos sólidos en lugar de ruedas. [Este podría ser un ejemplo de eficiencia aborigen. Los camiones mantienen prensada la tierra de los caminos simplemente al conducir sobre el os.] Y había mucho tráfico a pie, parejas, tríos y grandes conglomerados de individuos andando como patos. Pero ningún otro solitario. ¿Implicaba un viaje único un destino único?

Para el mediodía, el Sujeto alcanzó el límite de las tierras agrícolas. El camino se hacía más ancho mientras los muros de plantas suculentas iban quedando atrás. El horizonte era desolado y plano frente a él, y montañoso en el norte. Las montañas resplandecían trémulas en ondas de creciente calor. Cuando el sol alcanzó su cénit, el Sujeto se detuvo para comer. Dejó el camino y anduvo unos cientos de metros hasta la sombra de una formación de grandes piedras basálticas, donde orinó copiosamente sobre el suelo arenoso, trepó a uno de los pedestales rocosos y se quedó inmóvil con el cuerpo orientado en dirección norte. La atmósfera entre el Sujeto y las montañas era blanca por el polvo suspendido, y los picos nevados parecían cernirse sobre la depresión desértica.

Podía estar descansando, o quizás había estado calibrando el aire o planeando la próxima etapa de su viaje. Estuvo inmóvil durante casi una hora. Después volvió al camino y retomó su viaje, deteniéndose para beber de una acequia junto al camino.

Caminó con paso lento durante toda la tarde. Cuando cayó la noche, había dejado atrás todo rastro de cultivo (viejos campos en barbecho, canales de irrigación l enos y oscurecidos por la arena traída por el viento) y entró en la depresión desértica entre las montañas del norte y el distante mar del este. El tráfico de la carretera circulaba durante las horas diurnas, y hacía tiempo que había dejado atrás al último camión de la jornada. Estaba solo, y su paso se fue aminorando conforme la noche se acercaba. Era una tarde-noche inusualmente clara. Una rápida y pequeña luna se deslizó por el horizonte del este, y el Sujeto buscó un lugar para dormir.

Exploró durante algunos minutos hasta que encontró una pequeña vaguada arenosa a sotavento, al pie de una formación rocosa. Se acurrucó en ella casi en postura fetal, con la zona ventral protegida del aire frío. Su cuerpo se fue hundiendo poco a poco en su catatonia nocturna habitual.

Cuando la luna había cruzado tres cuartas partes del firmamento, varias pequeñas criaturas insectiles surgieron de una madriguera oculta en la arena. Se acercaron al Sujeto inmediatamente, atraídas por su olor, quizás, o por el ritmo de su respiración. Eran más pequeñas que los simbiontes nocturnos de su ciudad nativa. Tenían unas protuberancias torácicas distintas, y se movían con dos grupos extras de

patas. Pero se alimentaban de la misma forma, y sin vacilación, de las tetillas de sangre del Sujeto.

Todavía estaban al í (saciadas, quizás) cuando el Sujeto se despertó con la primera luz de la mañana. Algunas de el as todavía colgaban de su cuerpo cuando se incorporó. Cuidadosamente, con fastidio, el Sujeto las fue cogiendo y arrojando lejos de él. Las criaturas que había lanzado permanecieron inmóviles, pero sin haber recibido daño alguno hasta que el sol calentó sus cuerpos; entonces regresaron a su madriguera en la arena, con la cola en forma de abanico oscilando de un lado de otro, hasta desaparecer.

El Sujeto continuó por el camino.

Cuando echó un vistazo a su primera entrada, Marguerite no quedó satisfecha con lo que había escrito.

No porque fuera incorrecto, aunque por supuesto lo era. Era ultrajosa, deliciosamente incorrecto. Errores de atribución por doquier. Los científicos sociales estarían horrorizados. Pero estaba cansada de la objetividad. Su propio proyecto, su proyecto privado, era ponerse en el lugar del Sujeto. ¿Cómo se entendían los seres humanos unos a otros? «Míralo desde mi punto de vista», solía decir la gente. O, «yo en tu lugar…». Era un acto de imaginación tan común que resultaba invisible. A las personas que no podían hacerlo, ose negaban, se las llamaba psicóticas o sociópatas.

Pero cuando miramos a los aborígenes, pensó Marguerite, *se supone que tenemos que fingir indiferencia. Con una reserva de austeridad casi puritana. ¿Estoy corrompida si admito que me importa que el Sujeto viva o muera?*

La mayoría de sus colegas diría que sí. Marguerite se entretenía con la idea herética de que quizás estuviesen equivocados.

Aun y todo, había algo que se echaba de menos en la narración. Era difícil saber qué decir, o, especialmente, cómo decirlo. ¿Para quién estaba escribiendo? ¿Para sí misma, o tenía un público en mente?

Había pasado un par de semanas desde que el Sujeto había dejado la ciudad, la época cuando Tess se había cortado la mano tan aparatosamente. Si seguía con aquello, habría mucho más por escribir. Marguerite estaba sola en su estudio, inclinada sobre su cuaderno de notas, pero al pensar en Tess alzó la cabeza, comprobando los sonidos nocturnos de la casa.

Chris todavía estaba despierto en el piso inferior. El huésped se había creado su propio espacio en la casa. Dormía en el sótano, estaba fuera la mayor parte del día, cenaba al anochecer en el Sawyer y

utilizaba la cocina y el cuarto de estar principalmente cuando Tessa se iba a la cama. Su presencia no resultaba incómoda, en ocasiones era incluso reconfortante. (Allí: el sonido de la puerta del frigorífico cerrándose, el ruido de un plato.) Chris siempre parecía estresado cuando trabajaba, como un hombre que luchara desesperadamente por volver a capturar un hilo de pensamiento perdido. Pero normalmente trabajaba sin cesar hasta altas horas de la madrugada.

Y había sido una ayuda con Tess. Más que una ayuda. Chris no era uno de aquellos adultos que trataba a los niños con condescendencia, o intentaba impresionarlos. Parecía estar cómodo con Tess, hablaba con ella con libertad, no se ofendía por sus silencios ocasionales o sus enfados. No había hecho un gran alboroto de los problemas de Tessa.

Incluso Tess parecía un poco más feliz con Chris en la casa.

Pero el accidente de la mano la preocupaba. Al principio Tess decía únicamente que se había apoyado en la ventana haciendo demasiada fuerza, pero Marguerite la conocía mejor: una ventana de noche, en una habitación con luz, era tan buena como un espejo.

Y no era el primer espejo que Tess había roto.

Había roto tres en Crossbank. El terapeuta había hablado de «rabia inexpresada», pero Tess nunca había descrito a la Chica del Espejo como algo hostil o amenazante. Rompía los espejos, decía, porque estaba cansada de que la Chica del Espejo apareciera sin previo aviso («me gusta verme a mí cuando me miro en el espejo»). La Chica del Espejo era entrometida, a menudo inoportuna, frecuentemente molesta, pero algo menos que una pesadilla en toda regla.

Era la sangre lo que la había asustado mucho más aquella vez.

Marguerite le había preguntado sobre todo ello al día siguiente de volver de la clínica. El analgésico había dejado a Tess un poco adormilada y se pasó toda la tarde en la cama, echando un vistazo ocasional a un libro pero demasiado cansada para leer durante mucho tiempo. Marguerite se sentaba al lado de su cama.

—Creía que habíamos acabado con todo esto —dijo ella—. Con el romper cosas.

No era un tono acusador. Tan solo curioso.

—Me apoyé en la ventana —repitió Tess, pero debía haber sentido el escepticismo de Marguerite, porque suspiró y añadió en voz más baja—: Me cogió por sorpresa.

—¿La Chica del Espejo?

Asintió.

—¿Ha vuelto últimamente?

—No —dijo Tess. Después—: No mucho. Eso es por lo que me cogió por sorpresa.

—¿Has pensado en lo que el doctor Leinster te dijo en Crossbank?

—La Chica del Espejo no es real. Ella es como una parte de mí que no quiero ver.

—¿Crees que eso es cierto?

Tess se encogió de hombros.

—¿Bueno, qué es lo que piensas de verdad?

—Pienso que, si no quiero verla, ¿por qué continúa volviendo?

Una buena pregunta, pensó Marguerite.

—¿Todavía se parece a ti?

—Es exacta a mí.

—Entonces, ¿cómo sabes que es el a?

Tess se encogió de hombros.

—Sus ojos.

—¿Qué pasa con sus ojos?

—Demasiado grandes.

—¿Qué es lo que quiere, Tess? —Esperaba que su hija no captara el tono de ansiedad de su voz. El nudo en su garganta. *Algo va mal con mi niña. Mi bebé.*

—Creo que solo quiere que preste atención.

—¿A qué, Tess? ¿A el a?

—No, no tan solo a ella. A todo. A todo, todo el tiempo.

—¿Recuerdas lo que el doctor Leinster te enseñó?

—Tranquilizarme y esperar que desapareciera.

—¿Todavía funciona?

—Supongo. A veces se me olvida.

El doctor Leinster le había dicho a Marguerite que los síntomas de Tessa eran inusuales pero se acercaban mucho al tipo de ilusiones sistemáticas que apuntaban a la esquizofrenia. Nada de cambios drásticos de humor, nada de conducta agresiva, buena orientación en tiempo y espacio, afecto emocional un poco inexpresivo pero no fuera de la escala, conocimiento razonable del problema propio, ninguna señal obvia de desequilibrio neuroquímico. Toda aquel a mierda psiquiátrica, que al final se reducía al banal veredicto del doctor Leinster: *seguramente se le pasará con el tiempo.*

Pero el doctor Leinster no había tenido que lavar el pijama de Tessa empapado de sangre.

Marguerite volvió la mirada a su diario. Su relato ilícito. Todavía no estaba actualizado: no había escrito nada sobre las ruinas de la carretera del este, por ejemplo… Pero era suficiente por aquella noche.

Vio que las luces todavía ardían escaleras abajo. Chris estaba en la cocina comiendo tostadas de centeno y hojeando el ejemplar de septiembre del *Astrological Review,* reclinado en una silla y apoyando sus pies sobre otra.

—Tan solo he bajado a por una copa antes de dormir —dijo Marguerite—. Haz como si no estuviera.

Zumo de naranja y un poco de vodka, que se tomaba siempre que se sentía demasiado cansada para dormir. Como aquella noche. Sacó una tercera sil a de debajo de la mesa y puso sus pies calzados con zapatillas sobre la misma silla que Chris.

—¿Un día duro? —preguntó ella.

—He tenido otra entrevista con Charlie Grogan en el Ojo —dijo Chris.

—¿Cómo se está tomando Charlie todo esto?

—¿El bloqueo? No le preocupa mucho, aunque dice que estos días está alimentando a Boomer a base de ternera. No hay comida para perros en los camiones. Lo que le preocupa principalmente es el Ojo.

—¿Qué pasa con el Ojo?

—Han tenido otro pequeño aluvión de averías mientras yo estaba al í.

—¿En serio? No he recibido un informe al respecto.

—Charlie dice que son los mismos achaques de siempre, pero que están sucediendo más a menudo últimamente. Subidas de tensión y componentes que se desajustan. Yo creo que lo que realmente le molesta es la posibilidad de que alguien desconecte el interruptor. Lleva cuidando tanto tiempo de los O/CBE que casi se han convertido en hijos suyos.

—Eso son cosas que se dicen por decir —dijo Marguerite—, todo aquello de que van a desconectar el Ojo. —Pero no le sonó convincente ni a sí misma. Hizo un torpe intento por cambiar de tema —. Normalmente no hablas mucho de tu trabajo.

Ya se había terminado la mitad de la bebida y sentía el alcohol atravesando su cuerpo ridículamente pronto. Se sentía somnolienta, se sentía temeraria.

—Intento dejaros en paz a ti y a Tess —dijo Chris—. Estoy muy agradecido de estar aquí. No quiero amargar a nadie con mis problemas.

—No pasa nada. Nos conocemos desde hace, ¿cuánto, más de un mes ya? Pero estoy convencida de que lo que la gente dice de tu libro no es cierto. No me pareces deshonesto ni vicioso.

—¿Deshonesto y vicioso? ¿Eso es lo que dice la gente?

Marguerite se sonrojó.

Pero Chris estaba sonriendo.

—Ya lo había oído antes, Marguerite.

—Me gustaría leer el libro en alguna ocasión.

—Nadie puede descargarlo desde el bloqueo. Quizás eso me favorezca. —Su sonrisa parecía menos convincente—. Puedo darte un ejemplar.

—Te lo agradecería.

—Y yo agradezco tu voto de confianza. ¿Marguerite?

—¿Qué?

—¿Qué te parece si me concedes una entrevista? Sobre Blind Lake, el bloqueo, sobre cómo te sientes…

—Oh, Señor. —No era lo que había esperado que le dijera. Pero ¿qué había esperado?—. Bueno, esta noche no.

—No, esta noche no.

—La última vez que me entrevistó alguien fue en un trabajo del instituto. Sobre mi proyecto de ciencias.

—¿Un buen proyecto?

—Matrícula de honor. Una beca como premio. Todo sobre ADN mitocondrial, de cuando pensaba que quería ser experta en genética. No está nada mal para la hija de un clérigo. —Bostezó—. Tengo que irme a dormir.

Impulsiva, o quizás se pudiera decir «alcohólicamente», Marguerite puso la mano sobre la mesa, con la palma hacia arriba. Era un gesto que él podía ignorar razonablemente. Y sin dolor si lo hacía.

Chris miró la mano, quizás unos pocos segundos de más. Después la cubrió con la suya. ¿Con convencimiento? ¿A regañadientes?

A el a le gustó sentir la mano de él sobre la suya. Ningún hombre adulto le había cogido de la mano después de que dejara a Ray, ni Ray era muy propenso a hacerlo. Descubrió que no podía mirar a Chris a los ojos. Dejó que el momento se prolongara; después retiró la mano, sonriendo con timidez.

—Tengo que irme —dijo ella.

—Que duermas bien —respondió Chris Carmody.

—Tu también —le dijo ella, preguntándose dónde se estaba metiendo.

Antes de irse a dormir, echó un último vistazo a la proyección en directo del Ojo.

No estaba pasando gran cosa. El Sujeto continuaba con su odisea de dos semanas. Había avanzado bastante por el camino del este, andando sin parar otra mañana. Su piel se iba haciendo mate conforme pasaban los días, pero aquello probablemente era debido al polvo ambiental. No había habido l uvia desde hacía meses, pero aquello era típico del verano en aquellas latitudes.

Incluso el sol parecía más tenue, hasta que Marguerite se dio cuenta de que la neblina era inusualmente densa aquella mañana, y particularmente densa en dirección noreste, casi como si se estuviera acercando una tormenta. Podría consultar a Meteorología sobre aquello, pensó. *Mañana.*

Finalmente, antes de irse a la cama, echó un vistazo a la

habitación de Tessa.

Tess estaba profundamente dormida. El hueco que había dejado el cristal de la ventara junto a su cama todavía estaba cubierto por el plástico y la chapa de madera que había colocado Chris, y el cuarto estaba confortablemente cálido. Feliz ausencia de espejos. Ningún sonido excepto la respiración tranquila de su hija.

Y en el silencio de la casa Marguerite se dio cuenta, de repente, de para quién estaba escribiendo su narración. No para sí misma. Ciertamente no para otros científicos. Y no para el público en general.

La estaba escribiendo para Tess.

El descubrimiento la l enó de energía; desterró la posibilidad de dormir. Volvió a su estudio, encendió la lámpara de su despacho y cogió de nuevo el cuaderno de notas. Lo abrió y comenzó a escribir.

Hace más de cincuenta años, en un planeta tan lejano que ningún ser humano podía jamás esperar visitar, había una ciudad de roca y arenisca. Era una ciudad tan enorme como cualquiera de nuestras grandes ciudades, y sus torres se alzaban altas en el aire seco y poco denso de aquel mundo. La ciudad estaba construida sobre una llanura polvorienta, rodeada por altas montañas cuyos picos estaban nevados incluso durante el largo verano. Allí vivía alguien, alguien que no era un ser humano pero sí una persona a su propio modo, muy diferente de nosotros pero muy parecido en muchas cosas. El nombre que le dimos fue «Sujeto»…

15

Sue Sampel estaba empezando a disfrutar de nuevo de sus fines de semana a pesar del bloqueo continuado.

Durante un tiempo había sido la cara y la cruz de una moneda: tenía cosas para hacer los días de entre semana, pero se veían empañados por las rabietas y las rarezas de su jefe; los sábados y domingos eran lentos y melancólicos porque no podía coger el coche y conducir hasta Constance a tomar algo. Al principio pasaba fumada todo el fin de semana, hasta que su reserva personal de María se fue acabando (otro producto que los camiones negros no distribuían). Después pidió prestadas a otra empleada de personal de apoyo del Plaza unas cuantas novelas de Tiffany Arias, cinco libros gordos sobre una enfermera en tiempo de guerra en Shiugang, dividida entre su amor por un piloto de vigilancia aérea y su romance secreto con un traficante de armas aficionado a la bebida. A Sue los libros no le parecían mal, pero sin embargo eran un pobre sustituto del cannabis Green Girl Canadian Label (que regularmente, pero de forma ilegal, importaba del Protectorado Económico del Norte), del que conservaba cincuenta gramos en una lata de gal etas dentro de un cajón de calcetines.

Después apareció Sebastian Vogel en la puerta de su casa, con una nota de Ari Weingart y una maleta marrón desgastada.

A primera vista no parecía muy prometedor. Mono, quizás, de una forma similar a la de los duendecillos de Navidad, rondando los sesenta, un poco fondón, con una franja de cabello gris rodeando su brillante cabeza calva, una barba poblada de color rojo y gris. Era patentemente tímido (se le trabó la lengua cuando se presentó), y aún peor: Sue tuvo la impresión de que se trataba de algún clérigo o sacerdote retirado. Él prometió «no ser un problema en absoluto», y el a se temió que aquel o fuera a ser probablemente cierto.

Le preguntó por él a Ari al día siguiente. Ari le dijo que Sebastian era un académico retirado, no un sacerdote, y que era uno de los tres periodistas que se habían quedado atrapados en Blind Lake. Sebastian había escrito un libro titulado *Dios & el vacío cuántico* (Ari le entregó un ejemplar). El libro era bastante más árido que una novela de Tiffany Arias, pero considerablemente más sustancial.

Aun y todo, Sebastian Vogel no fue mucho más que una presencia silenciosa en la casa hasta la noche en la que la encontró haciéndose un porro en la mesa de la cocina.

—Oh, yo… —dijo Sebastian desde la puerta.

Era demasiado tarde para esconder la lata de gal etas o el papel de fumar. Con culpabilidad, Sue intentó hacer un chiste de aquello.

—Hum —dijo ella—, ¿quieres acompañarme?

—Oh, no, no puedo…

—No, lo entiendo perfectamente…

—No puedo abusar de tu hospitalidad. Pero tengo unos cuantos gramos en mi equipaje, si no te importa compartirlos conmigo.

Las cosas fueron a mejor después de aquello.

Él tenía quince años más que Sue y su cumpleaños era el nueve de enero. Después de un tiempo compartieron la cama. A Sue le gustaba muchísimo (y era mucho más divertido de lo que había supuesto), pero también sabía que aquello era probablemente tan solo un «romance de bloqueo», un término que había escuchado en la cafetería. Los «romances del bloqueo» se habían extendido por toda la ciudad. La combinación de claustrofobia y ansiedad constante había resultado ser un verdadero afrodisíaco.

Su cumpleaños cayó en sábado, y Sue lo había estado preparando durante semanas. Había querido hacerle un pastel de cumpleaños, pero no había encontrado preparados en las tiendas, y no se atrevía a intentar cocinar uno desde cero. De modo que se había decidido por la siguiente mejor opción: había ejercitado su ingenio.

Llevó el pastel al comedor con una única vela clavada encima.

—Feliz cumpleaños —dijo el a.

En realidad no se parecía demasiado a un pastel. Pero tenía un valor simbólico.

Por la pequeña boca de Sebastian se abrió paso una sonrisa, oscurecida parcialmente por su bigote.

—¡Esto es demasiada amabilidad! ¡Gracias, Sue!

—No es nada —dijo el a.

—No, está muy bien. —Admiró el pastel—. No he visto comida de lujo desde hace semanas. ¿Dónde has encontrado esto?

No era realmente un pastel. Era un DingDong con una vela de cumpleaños puesta encima.

—Es mejor que no lo sepas.

El sábado, Sebastian había acordado encontrarse con sus amigos para comer en el Sawyer. Le pidió a Sue que fuera con él.

Ella estuvo de acuerdo, pero no sin ciertas dudas. Sue había ganado una beca de estudios avanzados hacía unos veinte años, y al único sitio al que la había llevado era a su glorioso trabajo de oficina en Blind Lake. Se había quedado fuera de las conversaciones técnicas demasiadas veces como para disfrutar una tarde de charla de pares sobre periodismo científico. Sebastian le aseguró que no iba a ser así.

—Se hablará sin pelos en la lengua, pero nada de pedantería.

Quizás sí, quizás no.

Sue condujo hasta el Sawyer, porque Sebastian no tenía coche

propio. Aparcaron bajo una lluvia de nieve blanda. El viento era frío, el sol asomaba de cuando en cuando entre un mar de nubes. El aire del interior del restaurante era adormecedoramente cálido y húmedo.

Sebastian le presentó a Elaine Coster, una mujer flaca con aspecto amargado, no mucho mayor que ella misma, y a Chris Carmody, considerablemente más joven, alto y un poco ceñudo, pero atractivo de una forma tosca. Chris era amigable, pero Elaine, después de un flácido apretón de manos, dijo:

—Sebastian, hay más en ti de lo que sospechábamos.

A Sue le sorprendió la animosidad en la voz de la mujer, casi burlona, y la evidente indiferencia de Sebastian.

La comida consistía en sopa y sandwiches, el inevitable menú postbloqueo. Sue hizo algunos comentarios graciosos, pero la mayor parte del tiempo escuchó hablar a los demás. Hablaron de la política en Blind Lake, incluyendo algunas especulaciones sobre Ray Scutter, y se preocuparon por la perenne cuestión del bloqueo. Estuvieron recordando a personas de las que el a nunca había oído hablar hasta que comenzó a sentirse ignorada, aunque Sebastian mantenía una mano sobre su muslo bajo la mesa y le daba apretones cariñosos de cuando en cuando.

Finalmente hubo una parte de cotilleo donde se sintió más integrada en la conversación. Salió a colación que Chris vivía con la ex de Ray Scutter, y que Ray había estado haciéndose el macho fuera de la clínica de Blind Lake hacía un par de semanas. Era la típica gilipollez de Ray, y así lo hizo constar Sue.

Elaine le lanzó una mirada larga y turbadora.

—¿Qué es lo que sabes de Ray Scutter?

—Me ocupo de su despacho.

Los ojos de Elaine se abrieron de par en par.

—¿Eres su secretaria?

—Asistente ejecutiva. Bueno, sí, secretaria, básicamente.

—Guapa y con talento —le dijo Elaine a Sebastian, que meramente sonreía con su sonrisa inescrutable. Elaine volcó de nuevo su atención sobre Sue, que resistió el impulso de huir de aquella mirada de láser—. ¿Qué es lo que sabes de Ray Scutter?

—De su vida privada, nada. De su trabajo, prácticamente todo.

—¿Te habla sobre el o?

—Oh, Dios, no. Ray juega sus cartas bien cerca del pecho, principalmente porque tiene el as de la incompetencia. ¿Conoces al tipo de gente que no pinta nada en un sitio y al que le gusta hacer todo tipo de trabajo desagradecido, para al menos parecer útil? Ese es Ray. No me cuenta nada, pero la mitad del tiempo tengo que explicarle su propio trabajo.

—¿Sabes? —dijo Elaine—, circulan rumores sobre Ray.

O quizás, se preguntó Sue, *yo soy la que no pinto nada.*

—¿Qué tipo de rumores?

—Que Ray quiere acceder a los servidores ejecutivos y leer los correos electrónicos de la gente.

—Oh. Bueno, eso es…

Sonó un teléfono móvil. Chris Carmody sacó su teléfono de su bolsillo, se retiró y susurró algo. Elaine le dirigió una mirada envenenada.

—Lo siento, gente. Marguerite necesita que cuide a su hija —dijo al volver a la mesa.

—Por Dios —dijo Elaine—, ¿es que todo el mundo se va a dedicar a cuidar la casa en este puto sitio? ¿Qué eres tú ahora, un canguro?

—Se trata de algún tipo de emergencia, dice Marguerite. —Se levantó.

—Vete, vete —dijo ella mirando hacia otro lado. Sebastian asintió amigablemente.

—Ha sido un placer conocerte —le dijo Chris a Sue.

—Lo mismo digo. —Parecía bastante majo, si acaso un poco distraído. Era ciertamente mejor compañía que Elaine, con su visión de rayos X.

Una visión que Elaine enfocó sobre el a tan pronto como Chris se hubo ido de la mesa.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Ray está haciendo algún tipo de pirateo informático ilícito?

—No sé nada de ilícito. Planea hacerlo público. La idea es que quizás en los mensajes anteriores al bloqueo que se encuentran en los servidores del personal directivo se pueda hallar alguna pista sobre la causa de toda esta situación.

—Si llegó algún tipo de mensaje antes del bloqueo, ¿cómo es que Ray no recibió ninguno?

—Él tenía un puesto bajo en la jerarquía antes de que todo el mundo se fuera a la conferencia de Cancún. Además, es nuevo aquí. Tenía contactos en Crossbank, pero no lo que uno llamaría amigos. Ray no hace amigos.

—¿Y eso le concede el derecho de acceder a servidores restringidos?

—Eso piensa él.

—Eso piensa él, pero, ¿ha hecho verdaderamente algo al respecto?

Sue consideró su posición. Hablar con la prensa sería una manera perfecta de que la despidieran. Sin duda, Elaine le prometería anonimato total (o dinero, si ella se lo pedía. O la luna). Pero las promesas eran como los cheques falsos, fáciles de escribir y difíciles de cobrar. *Quizás sea estúpida,* pensó Sue, *pero no tan estúpida como esto*

mujer piensa.

Pensó en Sebastian. ¿Querría él que hablara de aquel o?

Le lanzó una mirada interrogativa. Sebastian se sentaba en su sil a con las manos cruzadas sobre su estómago, con una manchita de mostaza adornando su barba. Enigmático como una lechuza. Pero asintió.

De acuerdo.

De acuerdo. Lo haría por él, no por Elaine.

Se humedeció los labios.

—Shulgin estaba ayer en el edificio con uno de los chicos del servicio informático.

—¿Accediendo a los servidores?

—¿Tú qué crees? Pero no es que les sorprendiera haciéndolo.

—¿Qué tipo de información consiguieron?

—Nada, hasta donde yo sé. Todavía estaban trabajando en el o cuando volví a casa el viernes. —Quizás *todavía estén allí,* pensó Sue. *Separando oro del silicio.*

—Si encuentran algo interesante, ¿pasará esa información por tu escritorio?

—No. —Sonrió—. Pero pasará por el de Ray.

Sebastian pareció preocupado.

—Todo esto es muy interesante —dijo él—, pero no dejes que Elaine te meta en nada peligroso. —Su mano estaba de nuevo sobre su muslo, comunicándole algún mensaje que ella no podía descifrar—. Elaine tiene sus propios intereses en juego.

—Que te jodan, Sebastian —espetó Elaine.

Sue estaba ligeramente escandalizada. Más aún porque Sebastian tan solo asintió y puso aquel a sonrisa de Buda una vez más.

—Quizás vea algo así —dijo Sue—, o quizás no.

—Si lo haces…

—Elaine, Elaine —cortó Sebastian—, no fuerces tu suerte.

—Pensaré sobre ello —dijo Sue—, ¿de acuerdo? ¿Suficiente? ¿Podemos hablar ahora de otra cosa?

Habían terminado su taza de café y la camarera no venía con más. Elaine comenzó a encogerse de hombros en su chaqueta.

—Por cierto —dijo Sebastian—, me han pedido que haga una pequeña presentación en el centro de ocio para una de las noches sociales de Ari.

—¿Pregonando tu libro?

—En cierta forma. Ari está teniendo problemas para l enar estos espacios de los sábados. Probablemente te lo pedirá a ti también para el siguiente.

Sue disfrutó viendo a Elaine acobardarse ante la proposición.

—Gracias, pero tengo cosas mejores que hacer.

—Dejaré que se lo digas tú misma.

—Se lo pondré por escrito, si quiere.

Sebastian se disculpó y se fue al baño. Después de un incómodo silencio Sue, todavía molesta, dijo:

—Quizás no te guste lo que Sebastian escribe, pero merece un poco de respeto.

—¿Te has leído su libro?

—Sí.

—¿De veras? ¿Y sobre qué trata?

Sue se sonrojó a su pesar.

—Es sobre el vacío cuántico. El vacío cuántico es un medio para, eh, un tipo de inteligencia… —Y sobre cómo lo que llamamos conciencia humana es en realidad nuestra habilidad para conectar con aquella mente universal. Pero no pudo empezar a decirle aquello a Elaine. Ya se sentía dolorosamente estúpida.

—No —dijo Elaine—, lo siento. Mal. Es sobre decirle a la gente algo simple y tranquilizador, revestido de mierda pseudocientífica. Es sobre un académico semirretirado que se hace de oro, y lo hace del modo más cínico posible. Oh…

Sebastian se había deslizado hasta colocarse a su espalda, y a juzgar por la expresión de su cara, había escuchado cada palabra.

—Sinceramente, Elaine, esto es demasiado.

—No te enfades, Sebastian. ¿No te ha pedido una secuela todavía tu editorial? ¿Cómo la vas a l amar? *¿El vado cuántico en doce cómodos pasos? ¿El camino hacia la seguridad económica del vacío cuántico?*

Sebastian abrió la boca pero no dijo nada. No parecía enfadado, pensó Sue. Parecía dolido.

—Sinceramente… —repitió. Elaine se levantó y se abotonó la chaqueta.

—Pasadlo bien, chicos. —Vaciló, después se giró y puso una mano sobre el hombro de Sue—. De acuerdo, lo sé, soy una puta zorra. Lo siento. Gracias por soportarme. Te agradezco lo que has dicho sobre Ray.

Sue se encogió de hombros. No podía pensar en una respuesta. Sebastian estuvo en silencio durante el viaje de vuelta a casa. Casi de mal humor. Ella no podía esperar a llegar a casa y liarle un porro.

16

Chris encontró a Marguerite en su estudio del primer piso, gritando al teléfono móvil. La transmisión en directo del Ojo llenaba el monitor de la pared.

La imagen le pareció mala. Parecía degradada, como recorrida por rayas horizontales y rápidos alfileretazos blancos. Lo que era aún peor, el Sujeto se abría paso luchando a través de unas condiciones atmosféricas horribles, ráfagas ocres y rojizas, una tormenta de polvo tan fuerte que amenazaba con ocultarlo completamente a la vista.

—No —estaba diciendo Marguerite—, no me importa lo que estén diciendo en el Plaza. Vamos, Charlie, ¡tú sabes lo que esto significa! ¡No! Voy para allá. Pronto. —Vio a Chris y añadió—: Quince minutos.

El mapa original que se había trazado de UMa_{47}/E había mostrado tormentas de polvo de intensidad casi marciana, principalmente en el hemisferio sur. Esta debía de ser anómala, pensó Chris, porque el Sujeto no había recorrido más de doscientos kilómetros desde Villa langosta, y Vil a langosta estaba bien al norte del ecuador. O quizás era perfectamente natural, parte de un ciclo más largo que la vigilancia terrestre no había detectado.

El Sujeto avanzaba contra el viento en el aire opaco, con el torso inclinado hacia delante. Su imagen se difuminaba, se aclaraba, se difuminaba de nuevo.

—Charlie tiene miedo de que lo perdamos completamente —dijo Marguerite—. Me voy al Ojo.

Chris la acompañó escaleras abajo. Tessa estaba en el cuarto de estar viendo la programación matinal de sábado de Blind Lake Television.

Una película de dibujos animados: conejos con gafas gigantescas que cultivaban zanahorias en matraces y alambiques medievales. Su cabeza golpeaba con suavidad rítmica contra el sofá.

—Dijiste que iríamos a tirarnos en trineo —dijo Tess con insistencia.

—Cariño, esto es una emergencia. Ya te lo dije. Chris te cuidará, ¿vale?

—Supongo que podría l evarla yo a jugar en trineo —dijo Chris—, aunque es un largo paseo.

—¿De veras? —preguntó Tess—. ¿Podemos?

Marguerite apretó los labios.

—Supongo que sí, pero no quiero que vayáis hasta allá y volváis andando. La señora Colangelo dijo que podíamos pedirle el coche prestado si lo necesitábamos… Chris puede ocuparse de eso.

Él prometió que se ocuparía. Tess se apaciguó, y Marguerite se

arrebujó en su chaqueta de invierno.

—Si no estoy de vuelta para la cena, hay comida en el congelador. Sé creativo.

—¿Cómo de serio es el problema?

—Llevó mucho tiempo el entrenar al O/CBE a concentrarse en un único individuo. Si lo perdemos en la tormenta quizás no podamos recuperarlo. Y aún peor, hay mucha degradación en la imagen, y Charlie no sabe qué es lo que la está causando.

—¿Crees que puedes ayudar?

—No en lo que se refiere al trabajo de los ingenieros. Pero hay gente en el Plaza a la que le encantaría utilizar esta oportunidad para olvidarse del Sujeto. No quiero que eso suceda. Voy a intentar que no tengan éxito.

—Buena suerte.

—Gracias. Y gracias por hacerle compañía a Tess. De una forma o de otra, estaré aquí para antes de que se acueste.

Salió corriendo por la puerta.

En interés de la hermandad periodística, Chris llamó a Elaine y le contó la situación de la crisis en el Ojo. Ella dijo que averiguaría lo que pudiera.

—Las cosas se están poniendo raras —dijo ella—. Tengo esa vieja sensación de nuevo.

Él mismo tenía que admitir que estaba un poco inquieto. Hacía ya casi cuatro meses que estaban en cuarentena, y no importaba cuánto trataras de ignorarlo o racionalizarlo, aquello significaba que algo monumentalmente malo estaba sucediendo, quizás en el exterior, quizás en el interior. Algo malo, algo peligroso, algo oculto que eventualmente saldría gritando hasta la luz.

La señora Colangelo l evaba la tienda de ropa en la zona comercial de Blind Lake y había tenido que dejar el trabajo desde el bloqueo. Le dejó su pequeño Marconi biplaza de color verde lima, y Tess l evó su trineo de madera pasado de moda a la espalda. La mayoría de los niños utilizaba esquís de plástico, le explicó Tess, pero el a había visto aquel trineo (realmente un tobogán, insistía el a) en una tienda de gangas y le suplicó a su madre que se lo comprara. Eso fue cuando vivían en Crossbank, que tenía más desniveles que Blind Lake pero que estaba lleno de árboles. Al menos aquí no se chocaría contra ninguno.

Tess todavía era un misterio para Chris. Le recordaba a su hermana Porcia en muchos aspectos (probablemente demasiados), su obstinación, su imprevisibilidad, sus cambios de humor. Pero Porry había sido una parlanchína, especialmente cuando se entusiasmaba por algo nuevo. Tess solo hablaba de forma esporádica.

Estuvo callada durante los primeros cinco minutos del trayecto, pero al parecer ella también había estado pensando en Porcia.

—¿Tu hermana fue alguna vez a tirarse en trineo? —preguntó.

Desde el episodio de la ventana, Tess le había pedido que le contara algunas historias sobre Porcia. Tess, hija única, parecía fascinada por la idea de tener a Chris como hermano mayor, algo menos que un padre, más que un amigo. Parecía creer que Porcia había l evado una existencia mágica. No era cierto. Porcia estaba enterrada en un l uvioso cementerio de Seattle, víctima de la peor enfermedad del adulto en su forma más aguda. Pero no le iba a contar aquello a Tess, por supuesto.

—No nevaba mucho cuando éramos pequeños. Lo más parecido a tirarnos en trineo que hicimos era resbalar por la nieve en una pequeña elevación de las montañas.

—¿A Porcia le gustaba?

—Al principio no. Al principio estaba bastante asustada. Pero después de un par de veces vio que era divertido.

—Creo que le gustaba —dijo Tess—, solo que le daba frío.

—Es cierto, a el a no le gustaba mucho el frío.

Elaine le había acusado de estar «cuidando la casa» en casa de Marguerite. Se preguntó si era cierto. En las últimas semanas había llegado a formar parte importante del universo de Marguerite y Tessa Hauser, casi a pesar de sí mismo. No, aquello no era cierto; no a pesar de sí mismo; él había elegido el camino conscientemente. Pero el camino había acabado por ser un viaje no planeado.

Todavía no se había acostado con Marguerite, pero de acuerdo con cada señal que podía leer, era allí donde el viaje lo estaba l evando. Y no se trataba de una limpia ganga temporal, un plan de una noche o un romance de bloqueo explícito, el intercambio de calor por calor sin promesas hechas o implícitas. No, las apuestas eran mucho, mucho más altas.

¿Quería eso?

Le gustaba Marguerite, le gustaba todo lo que tenía que ver con ella. Cada conversación nocturna (y últimamente habían tenido muchas) lo había conducido más cerca de ella. El a contaba sin complejos muchas historias sobre sí misma. Hablaba libremente de su infancia (había vivido con su padre en una rectoría presbiteriana, en un suburbio dormitorio junto a una parada de tren en Cincinnati, en una casa de setenta años de antigüedad con un porche de madera); sobre su trabajo; sobre Tess; menos a menudo, y más reacia, sobre su matrimonio. Nada en su vida de alguna forma resguardada la había preparado para Ray, que había manifestado amor por ella pero que únicamente había querido amueblar su vida con una mujer de la manera convencional, y para el cual la crueldad era el último recurso.

Aquel tipo de hombre abundaba sobre la Tierra, pero Marguerite nunca se había tropezado con uno. Lo que había seguido había sido una pesadil a de nueve años de iluminación.

¿Y qué veía el a en Chris? No exactamente al anti-Ray, pero quizás una visión más benevolente de la masculinidad, alguien en el que poder confiar, alguien en el cual apoyarse sin miedo a tener que retribuir de alguna forma; y él se sentía halagado por aquello, pero era una opinión propia. No era que fuese incapaz de amar. Había amado su trabajo, había amado su familia, había amado a su hermana Porcia, pero las cosas que él amaba tendían a hacerse trizas en sus manos, destrozadas por su torpe deseo de protegerlas.

Él nunca le haría daño de la forma en que lo hizo Ray, pero a largo plazo quizás resultara ser igual de peligroso.

Tess le había dicho cuál era la mejor zona para tirarse en trineo, a lo largo de las pequeñas colinas a unos pocos cientos de metros del Paseo Globo Ocular, donde la carretera de acceso acababa en un callejón sin salida asfaltado. Las torres *de* refrigeración del Paseo aparecieron a la izquierda de la carretera, como oscuros centinelas en un paisaje blanco. Tess volvió a romper el silencio.

—¿Porcia tenía problemas en el colegio?

—Claro que sí. Todo el mundo los tiene en alguna ocasión.

—Odio Educación Física.

—Yo nunca pude subir aquel a cuerda —confesó Chris.

—Todavía no subimos cuerdas. Pero tenemos que llevar esa estúpida ropa de deporte. ¿Porcia tuvo pesadil as alguna vez?

—A veces.

—¿Cómo eran sus pesadil as?

—Bueno… No le gustaba hablar de ellas, Tess, y yo le prometí que no se lo contaría a nadie.

Los ojos de Tess lo estaban valorando. Estaba decidiendo si podía confiar en él, pensó Chris. Tess le dispensaba su confianza cautelosamente. La vida le había enseñado que no se podía confiar en todos los adultos. Una dura lección, pero útil.

Pero si todavía guardaba los secretos de Porcia, quizás guardara los de el a.

—¿Te ha hablado mi madre de la Chica del Espejo?

—No. ¿Quién es Chica del Espejo?

—Eso es lo que hay de malo en mí —otra mirada de soslayo—. Tú sabías que me pasaba algo raro, ¿no?

—Me lo pregunté un poco, la noche en la que tuvimos que ir a la clínica.

—La veo en los espejos. Es por eso que la l amo la Chica del Espejo. —Hizo una pausa—. La vi en la ventana aquella noche. Me cogió por sorpresa. Supongo que me enfadé.

Chris sintió la gravedad de la confesión. Se sentía halagado porque Tess hubiera hablado de aquello con él.

Aflojó un poco la presión sobre el acelerador, exprimiendo al máximo el tiempo de charla.

—Se parece a mí, pero no soy yo. Eso es lo que nadie entiende. ¿Tú qué crees? ¿Estoy loca?

—No me pareces una loca.

—No hablo de el o porque la gente piensa que estoy pirada. Quizás lo esté.

—En la vida pasan cosas que no entendemos. Eso no te convierte en una pirada.

—¿Cómo es que nadie más puede verla?

—No lo sé. ¿Qué es lo que quiere?

Tess se encogió de hombros con irritación. Aquella era una pregunta que le habían hecho muchas veces.

—No lo dice.

—¿Habla?

—No con palabras. Creo que solo quiere que preste atención a cosas. Creo que no puede prestar atención a no ser que yo lo haga. ¿Tiene eso algún sentido? Pero eso es solo lo que yo pienso. Es únicamente una teoría.

—Porcia a veces hablaba con sus juguetes.

—No es como eso. Eso es una cosa de niños. —Apartó los ojos—. Edie Jerundt habla con sus juguetes.

Lo mejor era no presionarla. Ya era suficiente con que se hubiera abierto a él. Condujo en silencio hasta el final de la carretera, hasta la explanada donde había aparcada media docena de coches.

La cuesta más pronunciada de la colina nevada estaba salpicada con trineos, tablas y padres complacientes.

—Hay muchos aviones hoy —dijo Tess, saliendo del coche. Chris miró al cielo pero no vio nada más que una huel a en el horizonte. Otro comentario críptico de Tess.

—¿Me ayudas a l evar el trineo hasta arriba?

—Claro.

—¿Te montarás conmigo?

—Si tú quieres. Pero te tengo que avisar de que hace años que no me monto en uno.

—Dijiste que no tenías trineo.

—Bueno, quiero decir que no me he montado en nada parecido desde hace años.

—¿Desde que Porcia era pequeña?

—Eso es.

—Bueno, entonces vamos.

Tess fue consciente, durante todo ese tiempo, de la creciente e insistente presencia de la Chica del Espejo.

Se deslizaba a través de cualquier superficie reflectante como un fantasma resbaladizo. La Chica del Espejo ondeaba a través de las ventanas y el brillante capó azul, de la carrocería de los laterales del coche. Tess era consciente incluso de los pocos y espaciados copos de nieve que caían del alto cielo gris. Había estudiado los copos de nieve en la clase de ciencias: eran el ejemplo de la simetría. El hielo, pensó, como el cristal, se plegaba en ángulos espejados. Se imaginó a la Chica del Espejo en cada cara invisible de la nieve que caía.

Llegaba a sentirse un poco enferma. La Chica del Espejo la presionaba como una niebla pesada y asfixiante, hasta que apenas podía pensar en nada más. Quizás le había dicho demasiado a Chris. Pronunciar su nombre, Chica del Espejo, probablemente fuera una mala idea. Quizás a la Chica del Espejo no le gustaba que hablaran de ella.

Pero Tess había estado esperando toda la semana para jugar con el trineo, y no iba a dejar que la Chica del Espejo lo echara todo a perder.

Dejó que Chris empujara el trineo hasta lo alto de la colina. Había un sendero poco pronunciado que discurría por la parte más larga de la colina y después la cima, más escarpada, desde donde se tiraba la gente. Tess se quedó un poco sin aliento al l egar a lo alto, pero le gustó la vista. Era curioso cómo una colina tan pequeña te dejaba ver tanto más de lo que podías ver desde su falda. Aquí y al á estaban las torres oscuras del Paseo Globo Ocular, y los cuadrados blancos del Hubble Plaza y las tiendas y las casas que se agrupaban a su alrededor. Las carreteras parecían las de un mapa de carreteras, nítidas y precisas. La que conducía a Constance cortaba a través del acceso sur y se perdía en la distancia salpicada de nieve, como una línea grabada al aguafuerte sobre metal blanco. El viento le agitaba el cabello, y cogió su gorro de nieve del bolsil o de su abrigo y se lo caló en la cabeza casi hasta la altura de los ojos.

Cerró los ojos y vio aviones. ¿Por qué aviones? La Chica del Espejo estaba muy interesada en ellos justo en ese momento.

Interesada en un pequeño avión de hélice y un reactor más grande que volaba en picado hacia ellos, como un ave de presa. ¿Dónde? El cielo estaba demasiado encapotado para ver demasiado, aunque las nubes eran poco densas y estaban altas. El zumbido en sus oídos podía ser un aeroplano, pensó, o quizás tan solo el trepidar del viento en el cuel o de su abrigo, o el pulso de su propia sangre latiendo en sus oídos.

Los dedos le dolían de frío pero su cuerpo estaba caliente bajo la ropa. *Tengo calor, tengo frío,* pensó.

—¿Tess? —dijo Chris—. ¿Estás bien?

Normalmente, cuando la gente le hacía aquel a pregunta significaba que estaba haciendo algo peculiar. Como permanecer de pie demasiado quieta o con la vista demasiado fija. ¿Pero por qué le preocupaba aquello a la gente? ¿Tan extraño era estar simplemente de pie, allí, pensando?

Quizás aquello era lo que la Chica del Espejo quería que viese: el avión grande y el pequeño. El pequeño era de color amaril o brillante y tenía números en las alas, pero no símbolos militares. Era más grande que el tipo de aeroplano que fumigaba los campos, pero no mucho más. La imagen aparecía muy clara cuando cerraba los ojos, pero confusa también, como si estuviese observando al aeroplano desde varios ángulos a la vez. Era un avión con muchos lados, un avión caleidoscopio, un avión en un espejo de muchos ángulos.

Chris le entregó la cuerda del trineo. Tess la cogió e intentó concentrarse en el manejo. De pronto, le parecía más una tarea pesada que algo divertido. La nieve crujía y se quejaba bajo el peso de las baldas de madera. En algún lugar, a los pies de la colina, la gente reía. Después los aviones la distrajeron de nuevo. No solo el pequeño sino también el grande, el reactor, que estaba todavía más alejado pero seguía al pequeño aeroplano con testarudez, y entonces…

Dejó caer la cuerda. El trineo se deslizó hacia abajo, vacío, antes de que Chris pudiera coger de nuevo la cuerda.

Chris se arrodilló frente a ella.

—Tess, ¿qué sucede? ¿Pasa algo?

Ella miró sus grandes ojos preocupados, pero no pudo responder. El reactor se había acercado kilómetros en tan solo unos segundos. Y ahora algo salía volando de él (un misil, supuso) y bril aba entre los dos aviones, como un reflejo en un espejo roto.

¿Por qué nadie más podía verlo? ¿Por qué la gente que estaba en la colina seguía riendo y bajando en trineo? ¿Les confundía la nieve, aquellos millones y millones de espejos?

—Quizás lo mejor sea que nos vayamos a casa —dijo Chris, que obviamente tampoco los veía. Tess quería señalarlo. Levantó el brazo; extendió el dedo; su dedo siguió el invisible arco del misil, una raya tan fina como un bolígrafo infinitesimal dibujada contra el blanco papel del cielo.

—Allí… —dijo ella.

Pero entonces todo el mundo escuchó la explosión.

Charlie Grogan se reunió con Marguerite fuera de su despacho en el Paseo.

—Bajemos a Control —dijo él de forma concisa—. Se está volviendo más extraño.

A Charlie se le notaba claramente tenso cuando se montaron en el

ascensor. El Ojo estaba bien metido en la tierra, una ironía que Marguerite no había dejado de apreciar. La joya está en el loto; el Ojo está en la tierra. Lo mejor para verte, querida. En aquel momento no le parecía particularmente divertido.

—Puedo ocuparme de cualquier llamada que venga del Plaza —dijo el a—, a menos que sea Ray en persona. Si Ray llama y quiere hacer valer su rango, lo único que puedo hacer es fingir que el teléfono está estropeado.

—Francamente, el Plaza no es nuestro problema más serio en estos momentos. Hemos tenido que l amar a los dos turnos de técnicos. Sacaron y reemplazaron un par de unidades de la interfaz. Peor aún —dijo Charlie—, y ya sé que no quieres oírlo: estamos teniendo problemas graves con los O/CBE.

Los O/CBE. Incluso a Charlie se le había oído llamarlos «tecnología-de-cruzar-los- dedos». Marguerite sabía muy poco de informática cuántica; no pretendía comprender la complejidad de los tanques O/CBE.

El juntar un grupo de O/CBE en una serie «orgánica» auto-evolutiva era un experimento que nunca debería haber funcionado, en su opinión. Los resultados eran impredecibles y fantasmales, y recordaba lo que Chris había dicho (o anotado): «Podría acabar en cualquier momento». Podría, sí, podría. Y quizás aquel era el momento.

Pero Dios, no, pensó ella, *no ahora, no cuando estaban al borde de un profundo conocimiento, no cuando el Sujeto estaba en peligro mortal.*

La sala de controles e interfaces estaba más l ena de lo que Marguerite había visto nunca. El personal técnico se aglomeraba alrededor de los monitores de sistema, mientras unos pocos discutían acaloradamente.

El corazón le dio un vuelco al ver que la gran pantalla principal, la transmisión en directo, estaba totalmente en blanco.

—Charlie, ¿qué ha sucedido?

Él se encogió de hombros.

—Pérdida de inteligibilidad. Temporal, pensamos. Se han colgado tan solo algunos sistemas de visualización, no es un fal o general del sistema.

—¿Hemos perdido al Sujeto?

—No, como te he dicho, es una cosa de la interfaz. El Ojo todavía está observándolo, pero tenemos problemas para comunicarnos con él —e hizo un pequeño movimiento con los hombros como añadiendo: «al menos eso es lo que creemos».

—¿Había ocurrido antes?

—No, como esto no.

—Pero, ¿podéis arreglarlo?

Vaciló.

—Probablemente —dijo al fin.

—Hace veinte minutos todavía daba imagen. ¿Qué estaba haciendo cuando lo perdisteis?

—¿El Sujeto? Estaba en cuclillas detrás de algún tipo de protección cuando se perdió la imagen.

—¿Crees que es a causa de la tormenta?

—Marguerite, nadie lo puede saber. No comprendemos ni una fracción de lo que hacen los O/CBE. Pueden ver a través de muros de piedra; una tormenta de arena no debería ser un problema. Pero la visibilidad está seriamente comprometida, de modo que quizás el Ojo esté teniendo que trabajar con más intensidad para mantener la visión sobre un objetivo móvil, quizás sea con eso con lo que nos estamos enfrentando ahora. Todo lo que podemos hacer es solucionar problemas periféricos mientras vayan apareciendo. Mantener la temperatura en los límites habituales, mantener los pozos cuánticos estables. —Cerró los ojos y se pasó rápidamente la mano sobre la pelusa de su calva.

Esto es lo que no queremos reconocer, pensó Marguerite: *que estamos utilizando una tecnología que no comprendemos. Una «estructura disipativa» capaz de desarrollar una complejidad propia, capaz de desarrol arse mucho más al á de nuestro alcance intelectual. No es realmente una máquina, sino un proceso dentro de una máquina, una evolución en miniatura, a su manera una nueva forma de vida.*

Todo lo que hemos hecho es ponerla en funcionamiento. Ponerla en funcionamiento y plegarla a nuestros propósitos.

Hacer de nosotros la única especie con un ojo más complejo que nuestros propios cerebros.

Las luces cenitales parpadearon y perdieron intensidad. Los monitores de voltaje hicieron saltar sus alarmas estridentes.

—Por favor, Charlie —dijo Marguerite—, no dejes que se nos escape.

Chris estaba siguiendo el brusco gesto de Tess cuando oyó la explosión.

No era un sonido especialmente fuerte, no mucho más fuerte que el sonido de una puerta al cerrarse de golpe cerca de uno, pero más pesada, l ena de ecos, como un trueno. Se puso recto y estudió el cielo. También lo hicieron los demás, todos los que ya se estaban tirando con el trineo.

Al principio vio un anil o de humo que se iba expandiendo, difuminado contra el fondo de nubes altas y el mosaico de cielo azul. Después el mismo avión, lejano, describiendo una curva oblicua hacia el suelo.

Caía, pero no sin remedio. El piloto parecía estar luchando por recuperar el control. Era una pequeña avioneta, una avioneta privada de color amaril o canario, nada militar; Chris vio su perfil cuando por un breve instante voló bien nivelada, paralela a la carretera de Blind Lake, quizás a unos setenta metros del suelo. Se dio cuenta de que se estaba acercando. Quizás estaba intentando utilizar la carretera como pista de aterrizaje.

Después el avión vaciló de nuevo, virando sin control y expulsando una nube de humo negro.

Se mantenía nivelado a duras penas, y se acercaba mucho.

—Tírate —le dijo a Tess—, tírate al suelo. Ahora.

La chica permanecía rígida, sin moverse, observando. Chris la empujó a la nieve y la cubrió con su cuerpo. Algunos de los niños comenzaron a gritar. Aparte de eso, el silencio de la tarde se había convertido en fantasmal: los motores de la avioneta ya no funcionaban. *Debería hacer más ruido,* pensó Chris. Todo ese metal cayendo…

Tocó tierra en el extremo norte de la zona de aparcamiento, subiendo el morro en el último minuto antes de colisionar con una camioneta Ford de color rojo brillante, trasladando toda la energía cinética a un abanico de fragmentos rojos y amarillos que formaban vías y cráteres en la nieve caída. El cuerpo de Tessa tembló por el sonido. La metral a voló hacia el este y más al á de la colina, y todavía estaba cayendo en una especie de lluvia de escombros parecida a una nevada cuando los restos del avión comenzaron a arder.

Chris hizo que Tess se sentara.

Ella se sentó como catatónica, con los brazos rígidos a los lados. Tenía la mirada fija, pero no pestañeaba.

—Tess —le dijo—, escúchame. Tengo que ir a ayudar, pero quiero que tú te quedes aquí. Abróchate los botones si tienes frío, busca a otro adulto si necesitas ayuda, pero si no, espérame aquí, ¿de acuerdo?

—Supongo.

—Espérame.

—Te esperaré —dijo ella lentamente.

A Chris no le gustó el aspecto que tenía ni cómo hablaba, pero no estaba físicamente herida y quizás hubiera supervivientes entre los restos ardientes de la avioneta. Le dio lo que esperaba que fuese un abrazo tranquilizador y bajó corriendo por la ladera de la colina, arrancando con los pies pedazos de nieve comprimida y alisada por los trineos.

Alcanzó el avión en l amas a la vez que otros tres adultos, dos hombres y una mujer, seguramente padres que habían venido a tirarse en trineo con sus hijos. Se acercó al fuego tanto como se atrevió. El

calor le aguijoneaba la piel de la cara y evaporaba la nieve. Se podía ver el asfalto negro del aparcamiento a través de la nieve. Pudo ver lo suficiente de la camioneta (le habían segado el techo) para comprender que no había nadie dentro. En cuanto a la pequeña avioneta, la cosa era distinta. Bajo el motor, quemándose con furia, una figura humana luchaba contra la ventana empañada de la puerta de la cabina.

Chris se quitó la chaqueta y se envolvió la mano derecha con el a.

Más tarde, Marguerite le diría que había actuado heroicamente. Quizás fuera así. Pero él no se sentía como un héroe. Solo había pensado en cuál sería el próximo paso evidente dada la situación. Quizás no lo hubiera intentado si el fuego no hubiese estado relativamente controlado, si el avión hubiera estado cargado de combustible. Pero no recordó haber realizado ningún cálculo de coste-beneficio. Solo hizo lo que había que hacer.

Sintió el calor en el rostro punzándole la piel, ráfagas de aire frío detrás de él, agitando las llamas. La figura, apenas visible en la cabina prensada por el impacto, dejó de moverse de repente. La puerta quemaba incluso a través de los pliegues de su chaqueta. Estaba levemente entreabierta pero encajada en su moldura. Chris intentó abrirla torpemente sin conseguir nada, retrocedió para respirar un poco de aire fresco y después golpeó con fuerza el aluminio deformado. Una vez, dos, tres veces, hasta que se dobló lo suficiente como para poder coger la puerta protegido por la chaqueta, para entonces en llamas, y hacer palanca.

El piloto cayó sobre el suelo húmedo como un saco de carne. El rostro había perdido todo el pelo y estaba ennegrecido, cuando no mostraba un terrible rojo achicharrado. Llevaba unas gafas de aviador, con una lente perdida y la otra quebrada. Pero respiraba. Su pecho subía y bajaba en oleadas encrespadas.

Los hombres detrás de él se apresuraron a acercarse lo suficiente para sacar al piloto de los restos de la avioneta. Chris se sintió desconcertado sin saber cómo. ¿Había algo más que pudiera hacer? El calor lo abotargaba.

Notó una mano en el hombro y sintió que lo apartaban de las llamas. Tan solo unos metros más allá el aire parecía terriblemente frío, mucho más frío de lo que había sido en la colina, cuando estaba con Tess. Se alejó tambaleándose para acabar sentándose en el capó de un coche intacto, y dejó caer la cabeza. Alguien le trajo una botella de agua. La vació casi de una vez, aunque aquello le hizo sentirse peor. Escuchó una ambulancia que se acercaba chil ando desde Blind Lake.

Tess, pensó. *Tess en la ladera de la colina.*

¿Cuánto tiempo había pasado? La buscó con la mirada en la

pendiente. Todos habían bajado, todos se habían concentrado en el aparcamiento, a una distancia segura de la avioneta en llamas. Todos menos Tess. Le había dicho que se quedara quieta, y el a lo había tomado al pie de la letra. Le gritó, pero estaba demasiado lejos para oírlo.

Pesadamente, fue subiendo la colina. Tess permanecía inmóvil, mirando los restos del avión. No lo reconoció cuando la l amó. Mala señal. Estaba bajo algún tipo de *shock,* supuso Chris.

Se arrodilló frente a ella, interpuso su cara en su línea de visión y le puso las manos sobre los pequeños hombros.

—Tess —dijo—. Tess, ¿estás bien?

Al principio la niña no reaccionó. Después empezó a temblar. Su cuerpo se estremecía. Parpadeó y abrió la boca sin emitir sonido alguno.

—Tenemos que llevarte a algún sitio caliente —le dijo.

Tess se apoyó sobre él y rompió a l orar.

Marguerite perdió el rastro de Charlie en el caos bul icioso de la sala de control.

Durante una fracción de segundo reinó la más completa oscuridad (un fallo eléctrico total). Luego las luces parpadearon, volvió la electricidad y la sala se l enó de voces. Marguerite encontró una esquina vacía y se apartó al í. No había nada que pudiese hacer para ayudar, y sabía que lo mejor era no interferir.

Algo malo había ocurrido, algo que no comprendía, algo que había empujado a los ingenieros a un frenesí de actividad. Se concentró en la gran pantalla de la pared, en la transmisión directa desde el Ojo, todavía alarmantemente en blanco. Podría acabar en cualquier momento.

Sonó su teléfono. Lo ignoró. Distinguió a Charlie y lo observó dando vueltas por la sala, coordinando la actividad. Como se veía desamparada, o al menos incapaz de ayudar, comenzó a sentir un presentimiento de pérdida. Pérdida de inteligibilidad. Pérdida de orientación. Pérdida de visión. Pérdida del Sujeto, con el cual había estado luchando para cruzar un desierto en el corazón de una tormenta. Periódicamente, en la pantalla de la pared se formaban cascadas de color. Marguerite observaba, intentando extraer una imagen de todo aquello, pero fracasando. Nada de señal, tan solo interferencias. Únicamente interferencias.

«Unas pocas luces verdes más», oyó decir a alguien. ¿Eso era bueno? Aparentemente sí. Allí venía Charlie, no sonreía pero la expresión de su rostro no era tan grave como la que había tenido antes… ¿Hacía cuánto? ¿Una hora?

—Estamos recuperando algo —le dijo.

—¿Una imagen?

—Quizás.

—¿Todavía está centrada en el Sujeto?

—No te impacientes, Marguerite.

Se concentró de nuevo en la pantalla, que había comenzado a l enarse con una nueva luz. Diminutos mosaicos digitales, ensamblados en las insondables profundidades de los tanques de los O/CBE. Blanco difuminándose hacia marrón rojizo. El desierto. *Estamos volviendo,* pensó Marguerite, y un hormigueo de alivio recorrió su columna vertebral. ¿Pero dónde estaba el Sujeto, y qué era aquel vacío blanco?

—Arena —murmuró. Finos granos de silicato ajenos al viento. La tormenta debía de haber pasado de largo. Pero la arena no estaba inmóvil. La arena se amontonaba y se deslizaba de un lado a otro.

El Sujeto surgió de un manto de arena. Había sido enterrado por el vendaval, pero estaba vivo. Salió haciendo fuerza con los brazos y después se incorporó, con gesto vacilante, bajo la sobrecogedora luz del sol. La cámara virtual se alzó con él. A su espalda, Marguerite pudo ver la tormenta de arena retirándose hacia el horizonte, arrastrando torbel inos negros como nubarrones.

Todo alrededor del Sujeto eran líneas y ángulos de roca. Viejas columnas de piedra y estructuras piramidales y cimientos erosionados por la arena. Las ruinas de una ciudad.

TERCERA PARTE
La ascensión de los invisibles

«El hombre, en la Tierra, no podía ir más allá conquistando las limitaciones de la atmósfera, los metales y la óptica. A través de aquel espejo gigantesco, de aquel telescopio en cuya construcción se habían unido durante años los esfuerzos de decenas de grandes mentes para crear un instrumento de eficacia, complejidad y alcance sin rival, equipado con todos los dispositivos que querían y conocían los astrónomos, el estudio del universo había alcanzado su clímax».

—Donald Wandrei,

Coloso, 1934.

17

Ya estaban entrando en febrero, y a Marguerite, que volvía a casa en su coche después del viaje de aprovisionamiento de los sábados, le resultaba obvio cuánto había cambiado Blind Lake.

A primera vista todo seguía igual. Los camiones quitanieve todavía salían de las entradas traseras de la zona comercial cuando quiera que nevara, y mantenían las calles suficientemente despejadas. Las luces todavía brillaban en las ventanas por la noche. Todo el mundo estaba caliente y nadie pasaba hambre.

Pero también había algo lastimoso en la ciudad, un elemento no deseado. No había contratistas externos para reparar los baches en las carreteras ni reemplazar las tejas que habían caído de muchos tejados por efecto de las tormentas que se habían sucedido tras la Navidad. La basura se recogía en horario regular, pero no podía ser evacuada de la ciudad. Los encargados de sanidad habían creado un vertedero provisional en el extremo oeste del lago, cerca de la verja del perímetro y tan lejos como fue posible tanto de la ciudad como de las marismas protegidas. Aun y todo, el hedor flotaba en el aire como un augurio de decadencia, y en días especialmente ventosos había visto papeles arrugados y envoltorios de comida surcando el cielo en remolinos, a lo largo de la zona comercial, como matojos en el desierto. La pregunta era tan corriente que ya nadie se molestaba en realizarla: «¿cuándo va a acabar?».

Porque tenía que acabar en algún momento.

Tess había vuelto del sitio donde se había estrellado la avioneta débil y aturdida. La había abrigado, le había hecho tomar sopa caliente y la había l evado a la cama. Marguerite no había dormido, pero Tess sí había podido y a la mañana ya parecía de nuevo ella misma. «Parecía» era la palabra clave. Entre Navidad y Año Nuevo casi no había mencionado a la Chica del Espejo y no habían sucedido otros episodios preocupantes, pero Marguerite había reconocido la inquietud en el rostro de Tessa y había notado los silencios de su hija, un tanto más pesados de lo que podía achacarse a su timidez habitual.

Había sido extremadamente reacia a enviar a Tess para que pasara su semana con Ray, pero no tenía razones para negarse a hacerlo. Si se hubiera opuesto, Ray casi seguramente habría enviado a uno de sus policías de alquiler para l evarse a Tess a la fuerza. De modo que, con una profunda sensación de intranquilidad, había ayudado a su hija a hacer su equipaje con sus posesiones más atesoradas, y la había acompañado hasta la puerta tan pronto como Ray dobló la curva con su pequeño coche de color de escarabajo.

Ray se había mantenido como una silueta entre las sombras de su

coche, sin querer mostrarse. Le parecía confuso, pensó ella, como un recuerdo borroso. Vio cómo Tess lo saludaba con una alegría que le pareció falsa, o bien desgarradoramente inocente.

El único lado bueno de todo aquel o era que durante la próxima semana pasaría más tiempo libre con Chris.

Volvió a la casa por el camino de entrada, pensando en él.

Chris. Le había causado una gran impresión, con sus ojos heridos y su evidente valor. Por no mencionar la forma en que la tocaba, como un hombre que se metiera en un arroyo de agua tibia, comprobando su calor antes de abandonarse a él. El bueno de Chris, que tanto miedo le daba.

La asustaba porque tener un hombre en la casa (tener una relación íntima con un hombre) le provocaba recuerdos desagradables de Ray, aunque fuera únicamente por el contraste. El olor de la loción de afeitado en el baño, unos pantalones de hombre olvidados en el suelo del dormitorio, el calor masculino insistiendo en los recovecos de las sábanas… Con Ray, todas aquel as cosas habían l egado a parecerle repugnantes, tan molestas como un cardenal. Pero con Chris era justo al contrario. La noche anterior se había sorprendido no solo yendo voluntariamente a lavarle la ropa, sino inhalando furtiva su olor de una camiseta antes de echarla a la lavadora. *Qué ridículamente adolescente,* pensó Marguerite. *Qué peligrosamente se estaba enamorando de aquel hombre.*

Suponía que aquello era al menos terapéutico, como quitarse el veneno de una picadura de serpiente.

La gente hablaba de «romances del bloqueo». ¿Era aquello un romance de ese tipo? La experiencia de Marguerite era limitada. Ray había sido no solo su primer marido, sino también su primer amante. Marguerite había sido, como Tess, una de aquellas extrañas niñas de clase: brillante pero torpe, no especialmente bonita, refugiada en el silencio en las reuniones sociales. Marguerite nunca había tenido amigos de verdad de ninguno de los dos sexos, al menos no hasta llegar a la universidad Al í, al menos, había conocido colegas, gente que respetaba su talento, gente que la apreciaba por sus ideas, algunos de los cuales habían progresado en su escala hasta llegar a ser amigos.

Quizás fuera por aquello por lo que le había impresionado tanto Ray cuando este comenzó a mostrar un interés explícito en ella. Ray había sido su jefe durante diez años, y trabajaba en Astrofísica cuando ella todavía estaba luchando por encontrar la forma de entrar en Crossbank. Él había sido brusco en sus opiniones pero halagador hacia Marguerite, y la había estado evaluando claramente para el matrimonio desde el principio. Lo que Marguerite no había aprendido era que, para algunos hombres, el matrimonio era una licencia para dejar caer la máscara y mostrar sus verdaderos y terribles rostros.

Aquello no era meramente una metáfora de un discurso: a Marguerite le parecía que su rostro había cambiado verdaderamente, que el amable y comprensivo Ray de su noviazgo había cambiado tan eficientemente como una serpiente cambia de piel.

Estaba claro que no sabía juzgar a las personas.

Entonces ¿qué era lo que estaba pasando con Chris? ¿Un romance del bloqueo? ¿Un segundo padre en potencia para Tess? ¿O algo a medio camino entre las dos cosas?

¿Y cómo podía ella siquiera comenzar a construir la idea de un futuro, cuando incluso la posibilidad de un futuro podía acabar en cualquier momento?

Chris había estado trabajando en su estudio del sótano, pero subió las escaleras cuando la escuchó pasear por la cocina sin hacer nada en particular.

—¿Estás ocupada? —le dijo.

Bueno, aquel a era una pregunta interesante. Era sábado. No tenía por qué trabajar. Pero ¿qué era trabajo y qué no lo era? Durante meses había dividido su atención entre Tess y el Sujeto, y ahora Chris. Para aquel día había planeado poner sus notas al día y mantener la vista puesta en la transmisión en directo. La odisea del Sujeto continuaba, aunque la crisis de la tormenta de arena había terminado y la ciudad en ruinas ya quedaba lejos a su espalda. Había dejado la carretera; estaba viajando a través del desierto vacío; su condición física había cambiado de forma problemática, pero no sucedía nada absolutamente crítico, al menos no por el momento.

—¿Qué tienes en mente?

—El piloto que rescaté de los restos de la avioneta está en situación estable en la clínica. Había pensado en ir a hacerle una visita.

—¿Está despierto? —Marguerite había oído que estaba en coma.

—Todavía no.

—Entonces, ¿qué sentido tiene ir a visitarlo?

—En ocasiones uno necesita volver a los orígenes de las cosas.

De vuelta al coche entonces, de vuelta a la carretera con Chris al volante, de vuelta a través de la tarde brillante y fría de febrero y de la basura empujada por el viento.

—¿Cómo vas a deberle tú algo a él? Le salvaste la vida.

—Para mejor o para peor.

—¿Cómo podría ser para peor?

—Ha sufrido quemaduras muy graves. Cuando se despierte va a vivir en un mundo de dolor. No es solo eso. Estoy seguro de que a Ray y sus muchachos les encantaría interrogarlo.

Aquel o era cierto. Nadie sabía porqué la pequeña avioneta había

estado volando sobre Blind Lake o qué era lo que el piloto esperaba conseguir violando una zona de acceso restringido. Pero el incidente no había aumentado demasiado el nivel de ansiedad de la ciudad. En el último par de semanas se habían registrado tres intentos más de sobrepasar la verja de seguridad desde dentro, todos llevados a cabo por individuos que actuaban en solitario: un trabajador de día, un estudiante y un ayudante de análisis. Los tres habían muerto a causa de los zánganos de bolsil o, aunque el analista había conseguido alejarse sus buenos cincuenta o sesenta metros, l evando un traje térmico para ocultar su señal infrarroja.

No se había recuperado ninguno de los cuerpos. Todavía estarían allí, pensó Marguerite, cuando la nieve se derritiera en primavera.

Como algo olvidado de una guerra, quemados, congelados y deshelados: residuos biológicos. Alimento para los buitres. ¿Había buitres en Minnesota?

Todo el mundo estaba asustado y todo el mundo estaba desesperado por saber por qué Blind Lake había sido puesto en cuarentena, y cuándo terminaría (o, pensamiento innombrable, si terminaría). De modo que sí, el piloto sería interrogado, quizás contundentemente, y sí, sentiría con toda seguridad mucho dolor, a pesar de las reservas de analgésicos neuronales de la clínica. Pero aquello no invalidaba el acto de coraje que Chris había llevado a cabo. Ella ya había sentido otras veces en Chris aquellas dudas sobre las consecuencias de sus buenos actos. Quizás su libro sobre Galliano había sido una buena acción, al menos desde su punto de vista. Buenas intenciones que acaban mal. Y había sido castigado por ello. Una vez herido, dos veces tímido. Pero parecía que le había l egado más profundo que todo aquel o.

Marguerite no entendía cómo un hombre tan aparentemente decente como Chris Carmody podía sentirse tan inseguro de sí mismo, cuando cabrones con certificado como Ray andaban por ahí como si estuvieran en posesión de la virtud. Recordó unos versos de un poema que había estudiado en el instituto: *los mejores carecen de toda convicción, mientras que los peores están llenos de apasionada intensidad…*

Chris estacionó en el cercano aparcamiento vacío de la clínica. El solsticio había quedado atrás y los días se iban haciendo cada vez más largos, pero aún era febrero y el pálido sol estaba cercano a la línea del horizonte. Chris la cogió de la mano mientras atravesaban la puerta de la clínica.

No había nadie en recepción, pero Chris tocó el timbre que había sobre el mostrador y una enfermera apareció un momento más tarde. *Conozco a esta mujer,* pensó Marguerite. Aquella mujer regordeta y con prisas era la madre de Amanda Bleiler, un rostro familiar de cuando

dejaban a sus hijas en el colegio cada mañana de la semana. Alguien a quien conocía lo suficiente como para saludarla. ¿Cuál era su nombre de pila? ¿Roberta? ¿Rosetta?

—Marguerite —dijo reconociéndola—. Y usted debe de ser Chris Carmody. —Chris había telefoneado avisando de que se iban a pasar.

—Rosalie —dijo ella mientras su nombre se deslizaba entre sus labios un momento antes de pronunciarlo—, ¿qué tal le va a Amanda?

—No está mal, dentro de lo que cabe. —Dentro de lo que cabe teniendo en cuenta el bloqueo, quería decir. Teniendo en cuenta que había cadáveres enterrados bajo la nieve, fuera del perímetro de seguridad. Rosalie se volvió hacia Chris—. No hay problema si quiere ver al señor Sandoval, ya lo he hablado con el doctor Goldhar, pero no abrigue demasiadas esperanzas, ¿de acuerdo? Y tendrá que ser una visita rápida. Un par de minutos como mucho, ¿vale?

Rosalie los condujo por unas escaleras hasta la primera planta de la clínica, donde tres pequeñas salas equipadas con rudimentarios sistemas de vida asistida se intercalaban entre oficinas y habitaciones de reposo para enfermos convalecientes.

No hacía muchos años, el piloto no habría sobrevivido a sus heridas. Rosalie les explicó que había sufrido quemaduras de tercer grado en gran parte de su cuerpo y que sus pulmones habían recibido daños graves por inhalación de humo y aire caliente. La clínica le había realizado un *bypass* alveolar, y le habían aplicado gel a los pulmones para acelerar la recuperación. También se lo habían puesto sobre la piel.

Bueno, pensó Marguerite, tenía muy mala pinta, tumbado en una cama blanca de una habitación blanca con una piel artificial de blanco-ébano extendida sobre su rostro como un pañuelo de papel húmedo. Pero había que decir que aquel era un tratamiento de primera fase. En menos de un mes, les había dicho Rosalie, tendría un aspecto casi normal. Casi igual a como era antes del accidente.

La herida más grave había sido un golpe en la cabeza que no le había l egado a fracturar el cráneo, pero que le había causado una hemorragia intracraneal muy difícil de curar.

—Hicimos todo lo que pudimos —dijo Rosalie—. El doctor Goldhar es un médico realmente excepcional, sobre todo teniendo en cuenta que no tenemos un hospital totalmente equipado con el que poder trabajar en este tipo de situaciones. Pero el pronóstico es reservado. El señor Sandoval puede que se despierte, o puede que no.

Señor Sandoval, pensó Marguerite, tratando de hacerse una idea del hombre que yacía bajo todos aquellos aparatos médicos. Probablemente no se trataba de un hombre joven. Una gran barriga asomaba bajo las mantas. Cabel os de color sal y pimienta sobresalían al í donde no se le habían llegado a quemar.

—Lo ha llamado señor Sandoval —dijo Chris.

—Ese es su nombre. Adam Sandoval.

—Ha estado inconsciente desde que l egó. ¿Cómo conoce su nombre?

—Bueno… —parecía inquieta—. El doctor Golhar nos dijo que no facilitemos esta información a la primera de cambio, pero usted le salvó la vida, ¿no es cierto? Eso fue realmente valiente.

La historia se había difundido por Blind Lake Television, para horror de Chris. Había declinado una entrevista, pero su reputación había subido como la espuma, algo que seguramente no era tan malo, habría pensado Marguerite. Pero Chris, como periodista, se sentía incómodo siendo el centro de la atención de los medios, aunque fuera a pequeña escala.

—¿Qué información? —preguntó Chris.

—Traía una cartera y los restos de una mochila con él. Casi todo estaba quemado, pero pudimos leer su carnet de identidad.

Chris habló, y Marguerite creyó oír un filo cortante oculto en su voz.

—¿Sería posible echar un vistazo a sus cosas?

—Bueno, no creo… Quiero decir, probablemente debería hablar primero con el doctor Goldhar. ¿Todo esto no van a ser con el tiempo evidencias policiales o algo así?

—No voy a tocar nada. Tan solo echar un vistazo.

—Yo respondo por Chris —añadió Marguerite—. Es un buen chico.

—Bueno, tan solo una miradita, quizás. Quiero decir, no es que crea que seáis terroristas ni nada —le lanzó una mirada sombría a Chris—. Todo lo que pido es que no me meta en problemas.

Chris se sentó con el piloto un poco más. Le susurró algo que Marguerite no pudo oír. Una pregunta, una disculpa, una súplica.

Después dejaron a Adam Sandoval, cuyo pecho se alzaba y caía con las exhalaciones de su aparato de respiración asistida con un ritmo curiosamente tranquilo, y Rosalie los llevó hasta una pequeña habitación al final del pasil o. Abrió la puerta con una llave que colgaba de un llavero de su cinturón. Dentro había almacenados artículos médicos de todo tipo (cajas de hilo de sutura de varias medidas, bolsas de salina, vendas y gasas, antisépticos en botellas marrones) y, en una mesa plegable extendida, una bolsa de plástico que contenían los efectos personales de Sandoval. Rosalie abrió la bolsa cuidadosamente y le hizo ponerse unos guantes de vinilo desechables a Chris antes de tocar su contenido.

—Para evitar dejar huel as dactilares o lo que sea. —Parecía estar pensándose mejor las cosas.

Chris sacó la cartera de Sandoval, chamuscada, y todo lo que se

había salvado de su interior: su tarjeta de crédito, tan fundida que era resultaba inútil; un disco de identidad con sus datos, también quemados, pero donde se podía leer el nombre ADAM W. SANDOVAL; su licencia de piloto; una fotografía de una mujer de mediana edad con una sonrisa amplia y agradable, los tres cuartos de la misma, intactos; un recibo de Granero de Cerámica de Flint Creek, Colorado; y un cupón de descuento de diez dólares en Casa y Jardín que había caducado hacía seis meses. Si el señor Sandoval era un terrorista, pensó Marguerite, era definitivamente del tipo doméstico.

—Por favor, tenga cuidado —dijo Rosalie con las mejillas encendidas.

Los objetos que fue cogiendo de su mochila quemada eran incluso más escasos. Chris los revisó rápidamente: el fragmento de un bloc de notas, un bolígrafo de plástico ennegrecido y un puñado de papeles sueltos de recortes de revistas.

—¿Ha visto alguien este material? —preguntó Chris.

—Únicamente el doctor Goldhar. Yo pensé que a lo mejor deberíamos llamar a Ray Scutter o alguien de la administración y hablarles de el o. El doctor Goldhar dijo que no. Dijo que no merecía la pena molestar a Ray por todo esto.

—El doctor Goldhar es un hombre sensato —dijo Chris.

Rosalie comprobó otra vez que no había nadie en el pasillo, con aspecto de sentirse más culpable a cada minuto que pasaba. Chris le dio la espalda. Ella no vio (pero Marguerite sí) que Chris cogía una de las páginas de revista y se la metía en la chaqueta.

No estaba segura de que Chris supiera que lo había visto coger la página, y no lo mencionó durante el viaje de regreso. Lo que había hecho era probablemente algún tipo de delito. ¿La convertía aquel o en cómplice?

Chris no habló mucho en el coche, pero estaba convencida de que su acción había sido periodística, no criminal. Lo único que había cogido, después de todo, era un pedazo de papel quemado.

Varias veces estuvo a punto de preguntarle sobre aquello, pero en todas las ocasiones se acabó conteniendo. El sol se había puesto y casi era la hora de la cena cuando llegaron hasta la casa. Chris había prometido cocinar aquel a noche. Era un cocinero entusiasta, aunque no especialmente dotado. Sus bistecs a la plancha eran prácticamente una bendición, aunque él se quejaba de que las cartil as de racionamiento no incluyeran cilantro, pero…

—Hay un coche en el jardín —dijo Chris.

Ella lo reconoció al instante. El vehículo quedaba oscurecido bajo el atardecer invernal, negro contra el asfalto y la sombra del sauce, pero supo al momento que era el coche de Ray.

18

—Quédate dentro del coche —le dijo a Chris—. Déjame hablar a mí con él.

—No estoy seguro de que sea una buena idea.

—He vivido con él durante cinco años. Ya me las sé todas.

—Marguerite, Ray ha cruzado una línea. Ha venido a tu casa. A no ser que le hayas dado una llave, ha forzado la puerta.

—Debe de haber utilizado la l ave de Tessa. Quizás esté con él.

—La cosa es que cuando la gente va más allá de la raya comienza a volverse peligrosa. Podrías resultar herida.

—Tú no lo conoces. Tan solo dame unos minutos con él, ¿de acuerdo? Si te necesito, gritaré.

Esto no es nada divertido, se dijo a sí misma. Obviamente, Chris tampoco le veía la gracia. Le puso una mano sobre la rodil a.

—Cinco minutos, ¿vale?

—¿Me estás diciendo que me quede sentado en el coche?

—Siéntate en el coche, date un paseo por la manzana, haz lo que quieras, pero me libraré de él más fácilmente si no estás tú allí para ponerlo nervioso.

No esperó su respuesta. Salió del coche y avanzó con aire resuelto hasta la puerta principal de su casa, más enfadada que asustada. Puto Ray… Chris no en tendía cómo operaba aquel hombre. Ray no estaba al í para golpearla. Ray siempre buscaba la humillación por otros medios.

Una vez dentro (las luces del cuarto de estar estaban encendidas), llamó a Tessa. Si Ray la había l evado consigo, quizás se podría excusar de alguna forma aquel comportamiento.

Pero Tess no respondió. Ni Ray. Echando chispas, miró dentro de la cocina, del salón. Vacíos. Debe de estar en el piso de arriba, entonces. Estaban encendidas todas las luces de la casa.

Lo encontró en su estudio, en el dormitorio reconvertido. Estaba sentado en su silla giratoria, con los zapatos sobre su escritorio, observando *cruzar* al Sujeto el curso sin agua de un río bajo un sol de mediodía. Levantó la vista con aire indiferente cuando el a se aclaró la garganta.

—Ah —dijo él—, estás aquí.

En la difusa luz de la pantal a de la pared, Ray parecía un Napoleón sin barbil a, ridículamente imperial.

—Ray —dijo ella l anamente—, ¿está Tess en casa?

—Ciertamente no. Eso es de lo que tenemos que hablar. Tessa me ha estado contando algunas de las cosas que están pasando aquí.

—No empieces. No quiero, no quiero ni siquiera escucharlo. Tan

solo vete, Ray. Esta no es tu casa y no tienes derecho a estar aquí.

—Antes de que comencemos a hablar de nuestros derechos, ¿eres consciente de que tu hija estuvo en la nieve durante casi una hora mientras tu novio jugaba a los héroes la semana pasada? Tiene suerte de no haber sufrido una hipotermia.

—Podemos hablar de eso en otra ocasión. Vete, Raymond.

—Vamos, Marguerite. Deja a un lado toda esa mierda sobre «mi casa y mis derechos». Los dos sabemos que has estado ignorando a Tess sistemáticamente. Los dos sabemos que está teniendo problemas psicológicos serios como consecuencia de eso.

—No voy a discutir esto.

—Joder, no estoy aquí para discutirlo. Estoy aquí para decirte qué es lo que va a pasar. No puedo en buena conciencia continuar permitiendo que mi hija te visite si no estás dispuesta a proporcionarle un cuidado apropiado.

—Ray, tenemos un acuerdo…

—Tenemos un acuerdo provisional redactado en circunstancias radicalmente diferentes. Si pudiera l evarlo a los tribunales, créeme, lo haría. Pero eso no es posible a causa del bloqueo. De modo que tengo que hacer lo que creo que es correcto.

—No puedes retenerla —dijo Marguerite. Pero, ¿y si lo intentaba? ¿Qué pasaría si se negaba a devolver a Tess? No había juzgado en Blind Lake, ni una policía real a la que pudiera pedir ayuda.

—No trates de darme órdenes. Tess está a mi cuidado y tengo que tomar las decisiones que piense que sean las más convenientes para ella.

Era aquella actitud suya pagada de sí misma, aquella certeza grasienta la que la ponía furiosa. Ray había dominado el arte de hablar como si él fuera el único adulto en el planeta y los demás fueran débiles, estúpidos o insolentes. Bajo aquel frágil exterior, por supuesto, se ocultaba un narcisismo infantil determinado a salirse con la suya. Ninguno de los dos aspectos de su personalidad resultaba agradable.

—Mira —dijo ella—, esto es ridículo. Cualquier problema que haya con Tess, no se va a solucionar con que vengas aquí a insultarme.

—No tengo interés en tu opinión sobre la cuestión.

Sin pensarlo, Marguerite avanzó dos pasos hacia él y lo abofeteó. Nunca antes había hecho aquello. Su palma abierta le dolió inmediatamente, e incluso aquel breve contacto físico (la aspereza de su barba de un día, la flacidez de sus mejillas) le hicieron querer lavarse la mano dolorida. *Mal movimiento,* pensó el a, *muy mal movimiento.* Pero no pudo evitar una sensación de orgullo ante la estupefacción de Ray.

Cuando era pequeña, Marguerite salía a jugar con un chico cuya

familia tenía un podenco manso y sufrido. El chico (su nombre también era Raymond, casualmente) una vez había intentado montar al perro como un caballo, riéndose de los aul idos de dolor del pobre animal, hasta que el perro finalmente se revolvió y le mordió en el dedo pulgar de la mano derecha. El chico había puesto la misma expresión que Ray tenía entonces, asombrado y lloroso. Por un segundo se preguntó si Ray empezaría a l orar.

Pero su rostro volvió a adoptar sus facciones familiares. Se incorporó.

Oh, mierda, pensó Marguerite, *oh, mierda. Oh, mierda.*

Retrocedió hacia el pasillo. Ray le puso las manos sobre los hombros y la empujó contra la pared. Ahora era su turno para sorprenderse.

—Tú no acabas de entenderlo, ¿verdad? Como dice la canción, Marguerite, ya no estás en Kansas.

Una película, no una canción. Una de las favoritas de Tessa. Ray, por supuesto, no lo sabía.

Le cogió la barbilla entre el dedo pulgar y el índice.

—No debería tener que recordarte lo lejos que estamos de todo aquel pequeño mundo de consejeros matrimoniales y trabajadores sociales donde crees seguir viviendo. ¿Por qué crees que Blind Lake está en cuarentena? Los sitios se ponen en cuarentena porque están enfermos, Marguerite. Es así de simple. Una enfermedad contagiosa, mortal. Estamos vivos porque se nos tolera, pero ¿cuánto tiempo más va a durar esa tolerancia?

Podría acabar en cualquier momento.

Ray le acercó la cara. Su aliento olía a acetona. Ella trató de huir pero no la dejó.

—Podríamos estar muertos dentro de un mes. Podríamos morir todos mañana. Si partimos de ese punto, ¿por qué debería dejarte ignorar a Tess en favor de una cosa monstruosa en una pantalla, o peor aún, de tu nuevo novio?

—¿De qué estás hablando? —Movía la mandíbula contra la presión de sus dedos. Porque sonaba como si él supiera algo. Como si tuviera un secreto. Ray siempre había disfrutado sabiendo cosas que Marguerite no sabía. Casi tanto como odiaba equivocarse.

Le dio un último empujón, casi displicente (sus hombros de nuevo en contacto con la pared de yeso), y dio un paso atrás.

—Joder, eres tan ingenua… —dijo él.

Lo que Ray no vio era la larga silueta de Chris Carmody deslizándose lentamente por el pasillo desde las escaleras. Marguerite lo vio, pero apartó la mirada rápidamente con el fin de que Ray no cayera en la cuenta. Que *suceda.* Para ser un hombre grande, Chris hacía muy poco ruido.

Chris se interpuso entre los dos y empujó a un sobresaltado Ray de forma brusca contra la pared opuesta. Marguerite estaba aterrorizada, podía sentir verdadera violencia masculina en el aire, un olor concreto, un tufillo a miedo en una habitación cerrada. Pero estaba secretamente complacida por ver la venenosa expresión de Ray convertirse en un «¡oh!» de incredulidad. Deseaba conservar aquella imagen suya durante años. Era embriagadora.

—¿Me has…? —Ray tartamudeó cuando se hizo cargo de la situación—. ¿Me has puesto tus putas manos encima?

—No lo sé —dijo Chris—. ¿Has cometido un allanamiento de morada?

Ahora se pelearán, pensó Marguerite, *o uno de los dos se echará atrás.* Ray estaba montando un buen espectáculo. Bufaba como un gallo de pelea.

—¡Métete en tus putos asuntos! —Pero estaba hablando, no luchando—. No tengo que pedir permiso a nadie para hablar con mi esposa. ¿Tienes idea de quién soy yo?

—Vamos, Ray —dijo con calma Chris—. Salgamos afuera, ¿de acuerdo?

Aquí había algo que ella no había visto antes en Chris. Furia, verdadera furia, no el poner caras avinagradas de Ray. Parecía un hombre preparándose para llevar a cabo una tarea desagradable con los puños. Se adelantó y le puso una mano sobre el brazo.

—Chris…

Ray aprovechó la oportunidad, como ella sospechó que iba a hacer. Retrocedió, levantó las manos y comenzó a echarse atrás en una actitud muy típica en él.

—Oh, por favor. No quiero jugar a ver quién es el más macho. Ya he dicho lo que tenía que decir.

Se dio la vuelta y se fue… con un ligero temblor en las rodillas, creyó observar el a.

Cuando se hubo ido, después de que Marguerite observara desde la ventana del dormitorio de Tessa para asegurarse de que se marchaba con su pequeño y feo coche negro, lo que Marguerite sintió no fue rabia ni miedo, sino vergüenza. Como si Chris hubiera sido testigo de algún episodio vergonzoso de su vida.

—No quería que vieras esto.

—Me cansé de esperar.

—Quiero decir, gracias, pero…

—No tienes que agradecerme nada y no tienes de qué disculparte.

Ella asintió. Todavía tenía el pulso acelerado.

—Vamos a la cocina —dijo. Porque aquella iba a ser una de esas largas noches de insomnio cargadas de adrenalina. Quizás se trataba

de una costumbre que había tomado de su padre, pero, ¿dónde pasas una noche así excepto en la cocina? Haciendo té y tostadas y tratando de restaurar un poco de orden en tu vida.

Ray había dicho algunas cosas que la habían afectado profundamente. Había mucho en lo que pensar, y no quería pasar más vergüenza viniéndose abajo enfrente de Chris. De modo que lo condujo a la cocina y lo sentó en una sil a mientras ella ponía la tetera en el fuego. Chris la obedeció sumiso. De hecho, parecía un poco sombrío.

—¿Siempre era así? ¿Entre tú y Ray? —preguntó.

—Tan malo no. No siempre. Y especialmente no al principio. —¿Cómo explicar que lo que ella había confundido con amor se había convertido tan rápidamente en aversión? La mano con la que le había abofeteado todavía le dolía—. Ray es bastante buen actor. Sabe ser encantador cuando quiere.

—Supongo que le puede su mal humor.

Ella sonrió.

—¿Escuchaste algo de lo que dijo?

Chris sacudió la cabeza.

—Dijo que no me devolverá a Tess.

—¿Crees que lo dice en serio?

—Normalmente diría que no. Pero normalmente no me habría amenazado con ello. Normalmente no habría venido aquí. Cuando estábamos en el mundo real, Ray era muy puntilloso en lo que se refiere a respetar los límites legales. Aunque solo fuera para no quedarse desprotegido. Ahí arriba hablaba como alguien que no tiene nada que perder. Hablaba de la cuarentena. Dijo que todos moriríamos en una semana.

—¿Crees que sabe algo?

—O sabe algo o quiere hacerme creer que es así. Lo que puedo decir es que no estaría armando jaleo sobre nuestros acuerdos de custodia si pensara que yo puedo presentar un recurso legal. Quiero decir, alguna vez.

Chris guardó silencio durante un rato, reflexionando sobre aquello. La tetera silbó. Marguerite se concentró en preparar el té, aquel ritual relajante, dos bolsitas de infusión, un dedo de leche en una taza, nada en la de Chris.

—Supongo que nunca me he permitido pensar en eso —dijo ella —. Quiero creer que un día cercano abrirán los accesos y restablecerán las conexiones con el exterior, y alguien de uniforme se disculpará con nosotros y nos agradecerá nuestra paciencia y nos suplicará que no los demandemos. Pero supongo que podría acabar de otra forma. —Otra forma letal. Y que, por supuesto, podía llegar en cualquier momento—. ¿Por qué nos hacen esto, Chris? Aquí no hay

nada peligroso. Nada ha cambiado desde el día anterior al bloqueo. ¿Por qué nos tienen miedo?

Él sonrió sin alegría.

—El chiste.

—¿Qué chiste?

—Hay una vieja comedia. Ya he olvidado dónde la vi. Transcurre en la Segunda Guerra Mundial, y los ingleses desarrol an el arma definitiva: un chiste tan bueno que uno se muere si lo oye. El chiste se traduce palabra a palabra al alemán. Los tipos del frente lo gritan a través de altavoces en la línea del frente, y las tropas nazis caen muertas en las trincheras.

—De acuerdo. ¿Y qué?

—Es el virus original de transmisión de información. Una idea o una imagen capaz de volver loco a alguien. Quizás es eso de lo que el mundo tiene miedo.

—Esa era una idea ridícula, y se descartó en las audiencias del Congreso hace una década.

—Pero supón que ha sucedido en Crossbank, o que ha ocurrido algo parecido.

—Crossbank no está observando el mismo planeta. Aunque el os encontraran algo peligroso, ¿cómo nos afectaría eso?

—No lo haría, a no ser que el problema surgiese de los O/CBE. Eso es lo que tenemos en común con Crossbank, el *hardware*.

—De acuerdo, pero todo esto son solo conjeturas ridículas. No hay ninguna evidencia de que en Crossbank haya sucedido nada malo.

Marguerite había olvidado el fragmento de la página de revista que Chris había robado de la clínica. Lo sacó de su chaqueta y lo puso sobre la mesa de la cocina.

—Ahora sí —dijo él.

19

Tess veía la televisión mientras su padre estaba fuera. Blind Lake Television todavía emitía su programación de grabaciones descargadas, la mayoría viejas películas y series televisivas. Aquella noche echaban un musical anglo-indio con multitud de números musicales y ropajes multicolores. Pero a Tess le costaba prestar atención.

Sabía que su padre estaba actuando de forma extraña. Le había hecho todo tipo de preguntas sobre el avión que se había estrellado y sobre Chris. La única sorpresa era que no había mencionado a la Chica del Espejo ni una sola vez. Tampoco Tess la había mencionado; sabía que lo mejor con él era no sacar el tema. Cuando estaban en Crossbank y sus padres vivían juntos, habían discutido sobre la Chica del Espejo más de una vez. Su padre culpaba a su madre por las apariciones. Tess no alcanzaba a ver cómo podían estar relacionadas: su madre y la Chica del Espejo no tenían nada en común. Pero había aprendido a no decir nada. Intervenir en aquellas peleas no servía para nada bueno, y normalmente hacía que el a o su madre acabaran llorando.

A su padre no le gustaba oír hablar de la Chica del Espejo. Últimamente tampoco le gustaba oír hablar de su madre, ni tampoco de Chris. Se pasaba la mayor parte de la tarde en la cocina, hablando consigo mismo. Tess se preparaba el baño sin ayuda aquellas noches. Se metía sola en la cama y leía un libro hasta que lograba dormirse.

Aquel a noche estaba sola en la casa. Había hecho palomitas en la cocina, lo había limpiado todo después meticulosamente y había intentado ver la película. Se titulaba *Destino Bombay*. Los bailes estaban bien. Pero sintió la presión de la curiosidad de la Chica del Espejo detrás de los ojos.

—Solo están bailando —dijo despectiva.

Pero era poco tranquilizador el escucharse a sí misma hablar en voz alta cuando no había nadie más en casa. El sonido rebotó en las paredes. La casa de su padre parecía demasiado grande en su ausencia, antinaturalmente limpia, como una maqueta ensamblada para una muestra, no para vivir en ella. Caminó nerviosamente de habitación en habitación, encendiendo las luces. La luz la hacía sentirse mejor, aunque estaba segura de que su padre le reñiría por malgastar energía.

Sin embargo, no lo hizo. Cuando volvió a casa apenas habló con el a, tan solo le dijo que se preparara para irse a la cama y después se fue a la cocina a hacer unas l amadas. Escaleras arriba, después del baño, Tess todavía podía escuchar su voz allí abajo, hablando,

hablando, hablando. Hablando al teléfono. Hablando al aire. Se puso el camisón y se llevó un libro a la cama, pero las palabras de las páginas evadían su atención. Al poco apagó la luz y se quedó mirando por la ventana.

La ventana del dormitorio de la casa de su padre estaba orientada al sur, y desde allí se podía ver el acceso principal y la l anura, pero cuando estaba echada en la cama todo lo que podía ver era el cielo. Había cerrado la puerta para estar segura de que ninguna luz se iría a reflejar en la ventana, convirtiéndola en una superficie reflectante. El cielo estaba despejado esa noche y no había Luna. Podía ver las estrellas.

Su madre le había hablado a menudo de las estrel as. A Tess le parecía que su madre era alguien que se había enamorado de las estrel as. Tess comprendía que las estrellas que veía por la noche eran simplemente otros soles muy lejanos, y que aquel os soles a menudo tenían planetas a su alrededor. Algunas estrellas tenían nombres extraños y evocadores (como Rigel o Sirio), pero más habitualmente eran números y letras, como UMa_{47}, como algo que uno pide de un catálogo. No se podían dar nombres especiales a cada estrella porque había más de las que uno podía ver a simple vista, miles de mil ones más. No todas las estrel as tenían planetas, y solamente algunas tenían planetas parecidos a la Tierra. Incluso así, debía de haber muchísimos planetas como la Tierra.

Aquel os pensamientos interesaban intensamente a la Chica del Espejo, pero Tess ignoraba su presencia muda. La Chica del Espejo estaba con ella tan a menudo que amenazaba con l egar a ser lo que el doctor Leinster siempre había sostenido: parte de el a misma.

Quizás «Chica del Espejo» fuera un nombre equivocado. La Chica del Espejo se había aparecido por primera vez en espejos, pero Tess pensaba que era simplemente porque a la otra le gustaba ver el reflejo de Tessa allí, como mirar y ver al que mira devolviendo la mirada. Reflejos, simetría: aquel era el entretenimiento de la Chica del Espejo. Las cosas que se reflejaban o se doblaban, o que simplemente eran muy complicadas. La Chica del Espejo sentía afinidad con aquellas cosas, parecía reconocerse allí.

En aquel momento la Chica del Espejo miraba a través de los ojos de Tessa y veía estrel as en la fría noche del exterior de la casa. Tess pensó: *¿Deberíamos llamarla noche estrellada? ¿No se trataba realmente de luz solar? ¿La luz solar de otro sol?*

Cayó dormida oyendo el distante rumor de la voz de su padre.

A la mañana siguiente, su padre estuvo muy callado. No es que fuera demasiado hablador antes del primer café. Le preparó el desayuno a Tess, harina de avena caliente. No había azúcar moreno

que ponerle, tan solo azúcar blanco normal. Tess esperó a ver si él también iba a comer algo. No lo hizo, aunque en dos ocasiones se levantó y comenzó a revolver los armarios de la cocina, como si buscara algo que hubiera perdido.

La dejó pronto en el colegio. Las puertas todavía no estaban abiertas y el aire de la mañana era helado. Tess divisó a Edie Jerundt jugando con su yo-yo. Edie esbozó una sonrisa neutral.

—Tengo dos jerseys debajo del abrigo de invierno —dijo.

Tess asintió con educación, aunque no le importaba nada cuántos jerseys resultaba que tenía puestos Edie Jerundt. Edie parecía sentir frío a pesar de sus múltiples jerseys. Su nariz estaba roja y los ojos le brillaban por el aguijón del viento.

Un par de chicos mayores pasaron a su lado, metiéndose con el as l amándolas «Edie Grumos y Tess Pis». Tess los ignoró, pero Edie no sabía hacer nada mejor que quedarse mirándolos con los ojos bien abiertos, como un pez, y los chicos se rieron de el a mientras se iban. A la Chica del Espejo le l amó mucho la atención aquella conducta; no podía distinguir a una persona de otra y no comprendía por qué alguien podría burlarse de Tess o Edie, pero Tess no podía explicarlo. La crueldad de los chicos era un hecho que había que aceptar y soportar, no analizar. Tess estaba segura de que no se comportaría de la misma manera si estuviese en su lugar. Aunque tenía tentaciones de unirse a las otras niñas cuando se burlaban de Edie (se trataba de una forma de escapar de su atención), rara vez cedía a aquella tentación, y después siempre se avergonzaba de haberlo hecho.

—¿Viste la película de anoche? —preguntó Edie. Una de las cosas que hacían el bloqueo tan extraño era que solo había un canal de video, y todos tenían que ver los mismos programas.

—Un poco —concedió Tess.

—Me gustó mucho. Quiero descargarme las canciones. —Edie se puso las manos en los costados y movió el cuerpo en lo que el a imaginaba que era un baile de estilo indio. Tess podía oír a los chicos partirse de risa a lo lejos.

—Ojalá tuviera pulseras en los tobil os —le confesó Edie.

Tess imaginó que Edie Jerundt con pulseras en los tobillos; sería como una rana con un vestido de novia, pero aquel era un pensamiento mezquino y no lo dijo.

La Chica del Espejo la estaba molestando de nuevo. Quería que mirara hacia las lejanas torres del Paseo Globo Ocular.

Pero, ¿qué podía ser tan interesante allí?

—¿Tess? —dijo Edie—. ¿Me estás escuchando?

—Lo siento —dijo Tess automáticamente.

—Dios, eres tan rara… —dijo Edie.

Toda aquella mañana, la atención de Tessa estuvo fija en las torres. Podía verlas desde la ventana de la clase, lejos, más allá de los campos vacíos cubiertos de nieve. Había cuervos sobrevolando el cielo. Vivían allí durante el invierno. Últimamente se habían multiplicado, o eso le parecía a ella, quizás porque estaban engordando con el vertedero del oeste de la ciudad. Pero no se encaramaban en aquel as torres refrigeradoras que se iban estrechando poco a poco. Las torres refrigeradoras estaban al í para desviar el exceso de calor del Ojo, situado mucho más abajo. Había partes del Ojo que necesitaban mantenerse muy frías, casi tan frías como fuera posible, lo que el señor Fleischer había llamado una vez «cero absoluto». Tess repitió aquel a expresión en su mente. Cero absoluto. Le hacía pensar en una noche glacial, sin viento. Una de aquellas noches tan estancadas y frías que tus botas rechinan contra la nieve. El cero absoluto hacía más fácil ver las estrellas.

La Chica del Espejo encontró aquel os pensamientos muy interesantes.

El señor Fleischer la llamó un par de veces. Tess fue capaz de responder a su pregunta de Ciencias (había sido Isaac Newton quien había descubierto las leyes del movimiento), pero más tarde, en Lengua, no pudo oír nada de la pregunta, solo su nombre cuando el señor Fleischer la llamaba.

—¿…alguien? ¿Tessa?

Habían estado leyendo *David Copperfield.* Tess lo había terminado de leer la semana pasada, pero su mente estaba en blanco. Clavó la mirada en el pupitre, esperando que le preguntara a otro. Los segundos pasaron incómodos y Tess sintió el peso de la decepción del señor Fleischer. Se enroscó un rizo de cabel o en el dedo índice.

Edie Jerundt agitaba la mano en el aire de forma irritante.

—¿Edie? —dijo el señor Fleischer al fin.

—La Revolución industrial —dijo Edie triunfalmente.

—Correcto, se la l amó Revolución industrial…

Tess devolvió su atención a la ventana.

Al final de la mañana le dijo al señor Fleischer que iba a ir a comer a su casa. Él pareció sorprendido.

—Es una caminata bastante larga, ¿no crees, Tess?

Sí, pero había esperado que el señor Fleischer no lo supiera.

—Mi padre me va venir a recoger. —Una completa y total mentira. Le sorprendió lo fácilmente que había brotado de sus labios.

—¿Una ocasión especial?

Tess se encogió de hombros.

Una vez fuera, envuelta en su abrigo de invierno (pero a falta de dos de los jerseys de Edie), se dio cuenta de que no estaba yendo a casa y de que no volvería para las clases de después de la comida. La

Chica del Espejo la había sacado, y tenía sus propios planes para la tarde.

Después del final de la crisis de la tormenta de arena, el Ojo había funcionado con suavidad y sin la más mínima avería.

Era casi desconcertante, pensaba Charlie Grogan. Se había dado un paseo por Control aquella mañana y todo el mundo estaba relajado (tan relajado como cabía estar desde que había comenzado el bloqueo). La gente verdaderamente sonreía. Los voltios y amperios se mantenían en la zona de seguridad, la temperatura era estable, todos los datos eran meridianamente claros, e incluso el paisaje a través del cual el Sujeto continuaba caminando con paso cansado parecía soleado y más o menos amistoso. Charlie, sintiéndose inútil en su despacho, observó el monitor durante un rato. El Sujeto estaba visiblemente agotado. Su piel estaba falta de vida y picada, su cresta amaril a se encorvaba como una bandera hecha jirones. Pero él caminaba incansablemente y con aparente determinación a través del páramo salvaje. La tierra era l ana y desolada, pero había una irregularidad en el horizonte que se abría ante él, picos de montañas, un destel o de nieve en las grandes alturas.

El Sujeto avanzaba lentamente. Parecía un caracol en una acera desierta. Aburrido, y sin deberes de mantenimiento a los que atender por una vez, Charlie se saltó la comida y vagabundeó por la galería de paredes de cristal sobre los tanques de los O/CBE.

La galería estaba pensada principalmente para las visitas. Era un sitio donde podías llevar a un congresista de paso o a un primer ministro europeo, antes del bloqueo. La galería discurría por encima de los tanques desde una altura de seguridad. En ausencia de turistas, normalmente estaba desierta; Charlie a menudo iba al í para estar solo.

Se apoyó en el cristal interno de tres centímetros de espesor y echó un vistazo a las tres plantas que alcanzaban los tanques O/CBE. Aquellos objetos humillantes, pensando en el espacio interestelar… Se suponía que uno no podía decir aquel o, pero pensaban, eso era innegable, aunque se insistiera (como hacían los teóricos) en que meramente «exploraban un finito pero inmenso espacio-fase cuántico de complejidad exponencialmente creciente». Sí, meramente aquello. Los O/CBE cogían imágenes de las estrel as y las soñaban sobre un panel de píxeles «explorando el espacio-fase cuántico». Aquello era una ensalada mental, pensaba Charlie. *Enséñame los cables.* ¿Qué era lo que capturaban de verdad, y cómo lo hacían? Nadie podía decirlo.

¿Qué es un ángel? El que baila sobre la cabeza de un alfiler. ¿Quién baila sobre la cabeza de un alfiler? Un ángel, por supuesto.

Los O/CBE eran tan solo la parte más importante de la gigantesca

máquina que los mantenía. Incluyéndolo todo, el Ojo ocupaba una inmensa cantidad de metros cuadrados. De pie allí, en mitad de todo aquel o, Charlie imaginó que podía sentir la fría ferocidad de sus pensamientos. Cerró los ojos. *Sueña una explicación para mí.*

Pero lo único que podía ver detrás de sus párpados era la imagen del Sujeto, el Sujeto perdido en las tierras del interior de su viejo y seco planeta.

Era curioso lo diáfano que parecía aquel sueño de ojos abiertos, investido con una claridad al menos tan vivida como la de la transmisión en directo desde el monitor de su despacho. Como si fuera él quien caminaba sobre las huel as del Sujeto. La luz del sol era cálida y de un par de tonos más azul que la de la Tierra, pero el cielo era blanco, cargado de polvo. Una suave brisa empujaba torbellinos en miniatura que viajaban cientos de metros a través de aquellas explanadas manchadas de cal, antes de acabar por desvanecerse.

Extraño. Charlie se apoyó en el muro de cristal y se imaginó extendiendo la mano hacia el Sujeto. Seguramente los O/CBE nunca habían transmitido una imagen tan depurada, tan sobrenaturalmente pura, como aquella. Podía, si quería, contar cada protuberancia de la piel llena de guijarros del Sujeto. Podía oír las pisadas mecánicas de sus enormes y polvorientos pies; y podía ver el rastro que el Sujeto dejaba a su paso, dos líneas paralelas trazadas en el material granular del suelo del desierto. Podía oler el aire: olía como rocas calientes, como granito cargado de mica expuesto al sol del mediodía.

Se imaginó posando su mano sobre el hombro del ser, o al menos sobre aquella especie de cartílago que se inclinaba detrás de la cabeza del Sujeto y que pasaba por ser un hombro. ¿Cómo sería al tacto? No sería como el cuero, pero sería duro, pensó Charlie, cada poro abultado como un nudil o enterrado, algunos de el os l enos de pelos blancos en punta. La cresta, enrojecida por la sangre, seguramente servía para ajustar su temperatura corporal al calor reinante; y si la tocaba, pensaba Charlie, tendría el tacto húmedo y flexible, como la carne del cactus…

El Sujeto se detuvo abruptamente, como asustado por algo, y se dio la vuelta. Charlie se encontró mirando a los ojos blancos como bolas de billar de la criatura, y pensó: *¡Oh, mierda!*

Abrió lo ojos de par en par y se apartó del cristal. Estaba allí, en la galería de los O/CBE. A salvo en casa. Parpadeó, dejando atrás lo que tan solo podía haber sido un sueño.

—¿Te encuentras bien?

Paralizado por segunda vez, Charlie se volvió y vio a una niña detrás de él. Llevaba un abrigo de invierno torpemente abrochado, con uno de los lados del cuello apuntando más al á de su barbilla. Se enredó un mechón de cabellos alrededor de un dedo.

Le parecía familiar.

—¿No eres la hija de Marguerite Hauser? —dijo él.

La chica frunció el ceño, y después asintió.

El primer impulso de Charlie fue l amar a seguridad, pero la chica (Tess, recordó, era su nombre) parecía tímida y no quería asustarla. En lugar de aquello, le hizo una pregunta:

—¿Tu mamá o tu papá están aquí?

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—¿No? ¿Quién te ha dejado entrar?

—Nadie.

—¿Tienes una tarjeta de identificación?

—No.

—¿No te han detenido los guardias?

—Entré cuando no había nadie mirando.

—Vaya truco. —De hecho, debería haber sido imposible. Pero allí estaba, con los ojos saltones y claramente insegura—. ¿Buscas a alguien?

—No, realmente.

—¿Qué te trae aquí entonces, Tess?

—Quería verlo. —Hizo un gesto hacia los O/CBE.

Por un momento, Charlie tuvo miedo de que le preguntara cómo funcionaban.

—¿Sabes? —dijo Charlie—, no deberías estar vagabundeando por aquí tu sólita. ¿Qué tal si vienes a mi despacho y l amo a tu mamá?

—¿Mi mamá?

—Sí, tu mamá.

La chica pareció pensárselo mejor.

—De acuerdo —dijo.

Tess se sentó en el despacho de Charlie, mirando unos fol etos bril antes que él le había reunido mientras llamaba al servidor de bolsillo de Marguerite. Esta se sorprendió al ver que la llamaba, y su primera duda fue referente al Sujeto: ¿había ocurrido algo interesante?

Depende de cómo lo mires, pensó Charlie. No podía quitarse aquel sueño sobre el Sujeto de la cabeza. Mirándose a los ojos. Había parecido ridículamente real.

Pero no le habló de eso.

—No quiero preocuparte, Marguerite, pero tu hija está aquí.

—¿Tess? ¿Aquí? ¿Aquí dónde?

—En el Ojo.

—Se supone que debería estar en el colegio. ¿Qué está haciendo allí?

—En realidad no está haciendo nada del otro mundo, pero se las ha ingeniado para burlar a los guardias y pasear hasta la galería de los

O/CBE.

—Estás de broma.

—Ya me gustaría.

—¿Cómo es eso posible?

—Buena pregunta.

—Entonces… ¿está metida en un lío, Charlie?

—Está aquí, en mi despacho, y no veo la necesidad de organizar un escándalo por esto. Pero quizás quieras venir hasta aquí y recogerla.

—Dame diez minutos —dijo Marguerite.

Tess cal ó mientras Charlie la acompañaba al aparcamiento. No parecía querer hablar, y ciertamente no de cómo se había logrado introducir en el complejo. Al poco tiempo su madre se acercó rápidamente hasta el os con el coche y Tess subió agradecida al asiento trasero.

—¿Necesitamos hablar sobre esto? —preguntó Marguerite.

—Quizás más tarde —dijo Charlie.

Una vez de vuelta en su despacho, recibió una l amada de alta prioridad de Tabby Menkowitz, de Seguridad.

—Qué tal, Charlie —dijo el a—. ¿Cómo está Boomer?

—Un viejo sabueso, pero sano. ¿Qué sucede, Tab?

—Bueno, tengo una notificación de alerta en mi *software* de no-reconocimiento. Cuando comprobé las cámaras allí estabas tú, escoltando a una pequeña fuera del edificio.

—Es una delegada de un grupo de niños. Haciendo novillos, con preguntas sobre el Paseo.

—¿Qué has hecho, pasarla de tapadil o en una mochila? Porque la hemos captado cuando salía pero no cuando entró.

—Sí, bueno, yo me preguntaba lo mismo. Dice que simplemente se coló cuando nadie estaba mirando.

—Tenemos cobertura total con nuestras cámaras de seguridad, Charlie. Siempre están mirando.

—Supongo que entonces es un misterio. Tampoco tenemos que ponernos nerviosos con esto, ¿no?

—Hombre, no es alguien que intenta salir de la ciudad, pero de verdad que me encantaría saber dónde ha encontrado una puerta trasera. Esa es una información vital.

—Tabby, estamos en un bloqueo… Seguramente puede esperar hasta que se resuelvan los grandes problemas.

—Este es un gran problema. ¿Me estás pidiendo que lo olvide?

—Yo solo te hago saber que es una niña de once años. Estúdialo por todos los medios, pero no la metamos en una investigación oficial.

—¿Te la encontraste sin más, en la galería?

—Ella me abordó.

—Eso está bastante profundo, Charlie. Es un agujero muy grande.

—Sí, lo sé.

Tabby guardó silencio durante un momento. Charlie dejó que el silencio representara su papel, dejándole a ella el próximo movimiento.

—¿Conoces a la niña? —dijo el a.

—A su madre. ¿Quieres más información? Su padre es Ray Scutter.

—¿Y sabes algo más? Te lo pregunto porque eras tú el que la sacaba del edificio sin notificármelo.

—Sí. Lo siento, pero me cogió por sorpresa. No sé nada más sobre esto que tú, de verdad.

—Aja.

—En serio.

—Aja. Entiéndelo, tengo que ocuparme de cosas como esta.

—Sí. Claro.

—Pero supongo que no tengo por qué tramitar todo el papeleo ahora mismo.

—Gracias, Tabby.

—No tienes que agradecerme nada, de verdad.

—Saludaré a Boomer de tu parte.

—Y dale un poco de enjuague bucal de mi cuenta. En aquella barbacoa del verano pasado nos quitó a todos las ganas de comer. —Colgó sin decir adiós.

Ya a solas, Charlie se permitió por fin poder pensar sobre todo lo que le había ocurrido aquella tarde. Reflexionar profundamente sobre el o. Excepto… bueno, ¿qué cojones había pasado? Había soñado despierto en la galería de los O/CBE, y después estaba lo que la chica vagabundeando. ¿Se suponía que tenía que sacar algo en claro de todo aquello? Quizás hiciera una l amada a Marguerite después del trabajo.

Entretanto, tenía otra pregunta que hacerse. No estaba seguro de si quería conocer la respuesta, pero si no hacía la pregunta le rondaría constantemente por la *cabeza,* como una jaqueca.

De modo que tomó aire y l amó a su amigo Murtaza, en Captura de Imagen. Tan solo tuvo que esperar un tono.

—Debéis de estar bastante tranquilos por ahí.

—Sí —dijo Murtaza—, tan suave como la seda.

—¿Tendrías tiempo para hacerme un pequeño favor?

—Puede. Tengo pausa a las tres.

—No te va a llevar mucho tiempo. Tan solo necesito que le eches un vistazo a la grabación de hace una hora más o menos, entre las… —calculó—, digamos, entre las doce cuarenta y cinco y la una.

—¿Qué tengo que mirar?

—Cualquier conducta inusual.

—No estás de suerte. Está recorriendo el paisaje, sin más. Es como ver pintar blanco sobre blanco.

—Algo pequeño. Algo gestual.

—¿Podrías ser más específico?

—Lo siento, no.

—De acuerdo, bueno, me basta. —Charlie esperó mientras Murtaza definía el segmento de tiempo y manejaba la herramienta de búsqueda, pasando por todas las imágenes guardadas de la tarde. La comprobación le llevó menos de un minuto—. Nada —dijo Murtaza—, te lo dije.

Aquel o era un alivio.

—¿Estás seguro?

—Amigo mío, hoy el Sujeto es tan predecible como un reloj. Ni siquiera se ha detenido para hacer sus necesidades.

—Gracias —dijo Charlie, sintiéndose como un idiota.

—Absolutamente nada. Tan solo una pequeña señal, a la una menos diez. Se detuvo un instante y echó una mirada por encima del hombro, a nada en concreto. Eso es todo.

—Oh.

—Qué, ¿era eso lo que estabas buscando?

—Tan solo era una idea tonta. Siento haberte molestado.

—No pasa nada. Este fin de semana podríamos quedar para tomar una cerveza, ¿te hace?

—Claro.

—Duerme más, Charlie. Se te nota preocupado.

Sí, pensó. *Lo estoy.*

20

Chris se había pasado la mayor parte de la noche consolando a Marguerite. El fragmento de página de la revista no confirmaba nada pero insinuaba un gran peligro, y Marguerite, muy inquieta, volvía repetidamente al tema de Tess: Tess, amenazada por Ray; Tess, amenazada por el mundo.

Se le habían acabado las cosas que decirle.

Ella se había quedado dormida hacia el amanecer. Chris deambulaba por la casa sin dirección concreta. Conocía aquella sensación muy bien, el efecto combinado de temor e insomnio que sobrevenía con la luz de la madrugada, como un mal colocón de anfetaminas. Al final se quedó en la cocina, con las persianas subidas hasta el cielo azul cobalto, con las hileras de casas de estilo residencial iluminadas en el resplandor del amanecer, como cajas de caramelos desvencijadas.

Deseó tener alguna sustancia para alejarse de todo aquel o. Uno de aquel os calmantes que en un tiempo pasaban tan fácilmente por sus manos, algún producto químico tranquilizador y eufórico, o incluso un pequeño porro casero. ¿Tenía miedo? ¿De qué tenía miedo?

No de Ray, ni de los O/CBE, quizás ni siquiera de su propia muerte. Tenía miedo de lo que Marguerite le había dado: su confianza.

Hay hombres, pensó Chris, *a los que no se nos debería pedir que sostuviéramos cosas frágiles. Se nos caen al suelo.*

Llamó a Elaine Coster tan pronto como el sol estuvo decentemente alto. Le habló de la clínica, del piloto comatoso, de la página chamuscada.

Ella sugirió un encuentro en el Sawyer a las diez.

—Llamaré a Sebastian —dijo Chris.

—¿Estás seguro de que quieres que ese charlatán esté al tanto de esto?

—Hasta ahora ha sido útil.

—Tú mismo —dijo Elaine.

Despertó a Marguerite antes de salir de casa. Le dijo a dónde iba y le preparó una taza con café. Ella se sentó en la cocina, en camisón, con aspecto desconsolado.

—No puedo dejar de pensar en Tess. ¿Crees que Ray habla en serio con lo de quedársela?

—No sé lo que Ray va a hacer o no. La pregunta más inmediata es si ella está en peligro con él.

—¿Si le va a hacer daño, quieres decir? No. No lo creo. Al menos, no directamente. No físicamente. Ray es un hombre complicado, y es un hijo de puta nato, pero no es un monstruo. A su modo, quiere a

Tess.

—Se supone que el a tiene que volver el viernes. Quizás lo mejor sea esperar hasta entonces, ver qué es lo que hace cuando ya ha tenido la oportunidad de calmarse un poco. Si insiste en quedársela, entonces tomaremos medidas.

—Si le va a pasar algo malo a Blind Lake, quiero que ella esté conmigo.

—Eso todavía no ha ocurrido. Pero Marguerite, incluso si Tess no está en peligro, eso no quiere decir que tú estés segura. Cuando Ray entró en esta casa se convirtió en un al anador. Está subiendo peldaños. ¿Tienes cerraduras inteligentes?

Ella se encogió de hombros.

—No. Supongo que puedo hacer una l ave nueva… Pero entonces Tess no podrá entrar sin mí.

—Haz una llave nueva y pon al día el carnet de Tess, aunque tengas que ir a la escuela a recoger certificados. Y no seas descuidada. Mantén la puerta cerrada cuando estés sola en casa y no abras sin comprobar quién es. Estáte segura de que tienes tu servidor de bolsillo a mano. En caso de emergencia, l ámame a mí, o a Elaine, o incluso al tipo de seguridad, cuál es su nombre…, Shulgin. No intentes manejar la situación tú sola.

—Da la impresión de que hubieras pasado por esto antes.

Chris se marchó sin responder.

Se sentó en una mesa apartada el Sawyer alejada de la ventana. El restaurante no estaba muy concurrido. Contra la costumbre, se podía ver al cocinero de pocos vuelos y a una pareja de camareras. Las posibles elecciones de menú se reducían a sandwiches: de jamón, de queso, o de jamón y queso.

Elaine l egó a la vez que Sebastian Vogel y Sue Sampel. Los tres miraron a Chris con aprensión cuando se sentaron. Tan pronto como la camarera hubo anotado los pedidos de cada uno, Chris puso sobre la mesa la página de revista chamuscada, protegida por un plástico.

—Guau —dijo Sue—, ¿de dónde has robado esto?

—Nosotros no utilizamos esa palabra —respondió Elaine—. Chris tiene una fuente anónima de alto nivel.

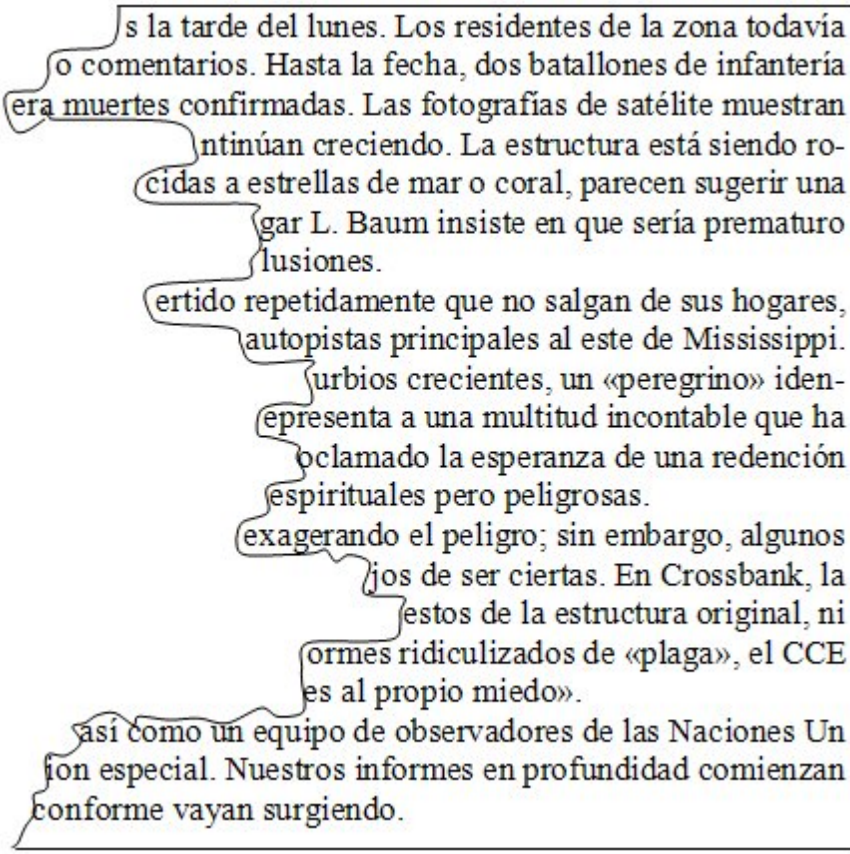
—Echadle un vistazo —dijo Chris—, tomaos vuestro tiempo. Sacad conclusiones.

Únicamente alrededor de un cuarto de la página resultaba legible. El resto estaba quemado más al á de toda interpretación, e incluso el cuadrante legible del extremo derecho estaba decolorado y marrón.

Todavía se podía descifrar parte del titular:

OSSBANK TODAVÍA DESCONOCIDO
CE EL SECRETARIO DE DEFENSA

Y bajo él, los fragmentos de la columna derecha del artículo.


s la tarde del lunes. Los residentes de la zona todavía
o comentarios. Hasta la fecha, dos batallones de infantería
era muertes confirmadas. Las fotografías de satélite muestran
ntinúan creciendo. La estructura está siendo ro-
cidas a estrellas de mar o coral, parecen sugerir una
gar L. Baum insiste en que sería prematuro
lusiones.
ertido repetidamente que no salgan de sus hogares,
autopistas principales al este de Mississippi.
urbios crecientes, un «peregrino» iden-
epresenta a una multitud incontable que ha
oclamado la esperanza de una redención
espirituales pero peligrosas.
exagerando el peligro; sin embargo, algunos
jos de ser ciertas. En Crossbank, la
estos de la estructura original, ni
ormes ridiculizados de «plaga», el CCE
es al propio miedo».
así como un equipo de observadores de las Naciones Un
ion especial. Nuestros informes en profundidad comienzan
conforme vayan surgiendo.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó Elaine.
—Un anuncio de coches. Y una fecha.
Le dio la vuelta a la hoja.
—Cielos, es de hace casi dos meses.
—Sí.
—¿Lo l evaba el piloto consigo?
—Sí.
—¿Y está todavía inconsciente?
—He l amado esta mañana a la clínica. Sin cambios.
—¿Quién más lo sabe?
—Marguerite. Vosotros.
—De acuerdo… Dejemos que siga así por el momento.
La camarera trajo café. Chris cubrió la página con el menú de

postres.

—Tú has tenido un buen tiempo para pensar sobre todo esto. ¿Qué es lo que crees?

—Obviamente, hay algún tipo de crisis en Crossbank. No tengo ni idea de qué puede ser. Algo lo suficientemente gordo como para movilizar infantería y quizás cortar autopistas… ¿Dónde decían? Al este de Mississippi. Tenemos la palabra «plaga» entrecomillada y algo que parece una negativa del Centro de Control de Enfermedades…

—Que podría significar cualquier cosa —dijo Elaine—, en cualquier sentido.

—Tenemos «muertes confirmadas», o posiblemente «no hay muertes confirmadas». Tenemos unas referencias crípticas sobre coral, estrel as de mar, un peregrino. Unas declaraciones aparentemente atribuidas a Ed Baum, el consejero científico del presidente. El suceso ha sido lo suficientemente importante como para garantizar una cobertura total de noticias y declaraciones políticas de agencias federales, pero no lo suficientemente importante como para eliminar los anuncios de automóviles de la revista.

—Ese anuncio podía haber sido comprado y pagado con seis meses de antelación. No prueba nada.

—¿Sebastian? —dijo Chris—. ¿Sue? ¿Algún comentario?

Los dos tenían un aspecto solemne.

—Me intriga el uso de la palabra «espiritual» —dijo Sebastian.

Elaine miró hacia otro lado.

—No es de extrañar.

—Continúa —le pidió Chris.

Sebastian frunció el ceño. Al apretar los labios su boca casi desaparecía bajo la enorme barba. El bloqueo lo hacía parecerse a un gnomo más que nunca, pensó Chris. De alguna forma se las había arreglado para ganar peso. Sus mejil as estaban rojas como la frambuesa.

—Redención espiritual. ¿Qué tipo de desastre genera incluso la ilusión de una redención? ¿O atrae peregrinos?

—Chorradas —dijo Elaine—, puedes conseguir peregrinos anunciando que has visto una imagen de la Virgen María en una sábana sucia. La gente es crédula, Sebastian. Debe serlo, o de lo contrario no habrías escrito un *best-seller*.

—Oh, no creo que lo que tengamos aquí sea la Segunda Venida. Aunque quizás alguna gente lo haya tomado por eso. Eso implica algo extraño, sin embargo, ¿no creéis? Algo ambiguo.

—Extraño y ambiguo. Guau, vaya perspicacia.

Chris volvió a meterse la página de la revista en el bolsillo de la chaqueta. Les dejó hablar sobre todo aquello durante unos minutos más. Elaine estaba claramente frustrada por tener tan solo la mitad de

la explicación frente a el a. Sebastian parecía más intrigado que asustado, y Sue estaba agarrada a su brazo izquierdo en un sobrio silencio.

—Entonces quizás los descontentos tengan razón —dijo Elaine—: algo ha sucedido con el O/CBE en Crossbank. Tenemos que empezar a pensar en desconectar el Ojo.

—Quizás —dijo Chris. Él ya había contemplado aquella posibilidad con Marguerite la noche anterior—. Pero si la gente del exterior quisiera que lo desconectáramos podrían haber cortado el suministro eléctrico hace meses. Quizás lo hicieron en Crossbank, y tan solo consiguieron que todo fuera a peor.

—Quizás, quizás, quizás, puto quizás. Lo que necesitamos es más información. — Dirigió una mirada cargada de significado a Sue.

Sue cogió su sandwich como si no hubiera oído nada.

—Buena chica —le dijo Sebastian—, nunca voluntaria.

Sue Sampel, con lo que para Chris constituyó un notable ejercicio de dignidad, tragó el último bocado de jamón y queso y tomó un sorbo de café. Después se aclaró la garganta.

—Quieres saber qué es lo que Ray encontró cuando tuvo acceso a los servidores de los directivos. Lo siento, pero no he podido averiguarlo. La paranoia de Ray ha aumentado sensiblemente desde hace algún tiempo. Todo el personal de apoyo tiene que llevar llaves con contador. No podemos llegar temprano ni quedarnos hasta más tarde sin rel enar un formulario de seguridad. La mayoría de los despachos tiene cámaras de seguridad, y eso no es algo fortuito.

—¿Qué es lo que sabes, entonces? —preguntó Elaine.

—Tan solo lo que puedo ver de cuando en cuando. Dimi Shulgin apareció con un paquete de páginas impresas, probablemente copias de los correos electrónicos de Crossbank que estaban en los servidores desde antes del bloqueo. Ray ha estado extremadamente nervioso desde que los vio. En cuanto a los contenidos, no he podido ni acercarme a los informes. Y si Ray había tenido realmente la intención de hacerlo todo público, al parecer ha cambiado de opinión.

Ray no está tan solo nervioso, pensó Chris. *Está asustado. Su barniz razonable está desapareciendo como la pintura en la puerta de un granero.*

—Así que estamos jodidos —dijo Elaine.

—No necesariamente. Quizás pueda conseguir algo para vosotros. Pero necesitaré ayuda.

Sue podía dar la convincente impresión de tener la cabeza llena de serrín, pero en realidad, pensó Chris, no era ninguna estúpida. La gente estúpida no conseguía empleos en Blind Lake, ni siquiera como personal de apoyo. Si las copias impresas estaban todavía en el despacho de Ray, decía Sue, ella podría, tan solo quizás y con un poco de suerte, encontrarlas y escanearlas en su ordenador personal. Podría

entrar en el despacho de Ray con un pretexto y utilizar su l ave maestra para abrir su escritorio, pero necesitaba al menos una hora sin interrupciones.

—¿Y las cámaras?

—Ahí es donde nos beneficiamos de la paranoia de Ray. Las cámaras son opcionales en los despachos de los altos directivos. Ray tiene apagada la suya desde el pasado verano. Supongo que no quería que nadie lo viera comiendo sus DingDongs.

—¿DingDongs?

Sue pasó por alto la pregunta con un movimiento de mano.

—Seguridad me verá entrar y salir de su despacho, pero si me mantengo lejos de la puerta, eso es todo lo que van a ver. Y yo estoy yendo y viniendo todo el tiempo de una manera u otra. Ray sabe que alguien tiene la llave de su escritorio pero no sabe si soy yo, y si esto sale bien ni siquiera sabrá que he escaneado sus documentos.

—¿Estás completamente segura de que tiene copias en papel en su despacho?

—No, completamente segura no, pero apostaría a que sí. La cuestión es cómo mantener a Ray y sus compinches fuera de juego mientras yo me dedico a lo mío.

—Creo adivinar que ya tienes un plan —dijo Elaine.

Sue parecía complacida.

—Los días laborables es imposible. Yo puedo estar al í los fines de semana durante el día sin levantar sospechas, pero a menudo Ray también se deja caer por el despacho los fines de semana, y últimamente Shulgin ha estado rondando por allí. Así que le he echado un vistazo a la agenda de Ray. Este sábado está apuntado en lo de las charlas del centro de ocio. Ari Weingart ha organizado uno de sus grandes eventos, y tiene uno o dos ponentes antes de Ray. Conociendo a Ray, querrá que Shulgin esté entre el público, junto con cualquier otro que pueda acudir, como Ari, digamos, o cualquier jefe de departamento excepto Marguerite. Se lo está tomando muy en serio. Si tuviera que apostar, yo diría que quiere conseguir apoyo para desconectar el Ojo.

Chris estaba al tanto de aquel debate del sábado. Se suponía que Marguerite iba a ser una de las ponentes. Había escrito algo para la ocasión, aunque era extremadamente reacia a aparecer en el escenario junto con Ray. Ari Weingart la había convencido de que era una buena idea, de que iba a darle más notoriedad y quizás apuntalar el apoyo de otros departamentos.

—¿Dónde encajamos nosotros en todo esto?

—No tenéis que hacer nada, en realidad. Tan solo quiero que estéis en el auditorio con un ojo puesto en el escenario. De esa forma, si Ray sale por una urgencia, podéis hacerme una llamada.

Sebastian sacudió la cabeza.

—Aun así es demasiado peligroso. Podrías meterte en problemas.

Ella le sonrió con indulgencia.

—Agradezco que digas eso. Pero creo que ya estoy metida en problemas. Creo que todos lo estamos. ¿Me equivoco?

Nadie se tomó la molestia de discutirlo.

Elaine se quedó unos minutos después de que Sue y Sebastian se marchasen.

El negocio en el Sawyer subía de volumen un poco a la hora de comer, pero solo un poco. El cielo del atardecer a través de la ventana era azul, el aire era suave y frío.

—Entonces —dijo Elaine—, ¿estás preparado para esto, Chris?

—No sé a lo que te refieres.

—Estamos metidos en la mierda más de lo que nadie quiere admitir. Salir de aquí con vida puede l egar a ser lo más difícil que ninguno de nosotros haya hecho jamás. ¿Estás preparado?

Chris se encogió de hombros.

—Estás pensando en tu novia. Y en su hija.

—No tenemos por qué ir a lo personal, Elaine.

—Vamos, Chris, tengo ojos. No eres tan profundo y tan inescrutable como te gusta pensar. Cuando escribiste sobre Galliano, te pusiste tu sombrero blanco y emprendiste una cruzada para acabar con algunas cosas que estaban mal. Y luego te pasaron factura por eso. Aprendiste que el bueno de la película no es amado universalmente, ni siquiera cuando tiene razón. Más bien al contrario. Muy decepcionante para un chico de suburbio. Entonces te hundiste en una autocompasión justificable, y tenías derecho, por qué no. Pero ahora llega toda esta mierda del bloqueo, sumada a todo lo que haya pasado en Crossbank, por no mencionar a Marguerite y esa pequeña niña suya. Creo que sientes la necesidad apremiante de ponerte aquel sombrero blanco en la cabeza. Lo que digo es: bien. Es el momento. No te resistas.

Chris dobló la servilleta y se levantó de la sil a.

—No tienes ni puta idea sobre mí —dijo él.

21

Después de que Chris hubiera salido de casa, y antes de que Charlie Grogan la telefoneara para pedirle que recogiera a su hija, Marguerite había pasado la mañana observando al Sujeto.

A pesar del peligro implícito para Blind Lake y las amenazas explícitas de Ray, no había nada útil que ella pudiera hacer al respecto, al menos no por el momento. Se le pediría mucho, sospechaba Marguerite, y probablemente muy pronto. Pero no todavía. En aquel momento estaba atrapada en un limbo de temor e ignorancia. No tenía trabajo de verdad que hacer, ni ninguna manera de calmar el torbel ino de sus emociones. No había dormido, pero dormir estaba fuera de discusión.

De modo que se preparó una jarra de té y se concentró en estudiar al Sujeto, garabateando notas para resolver dudas que probablemente no llegaría a tramitar. Toda la investigación estaba condenada, pensó Marguerite, como probablemente lo estaba el propio Sujeto. Parecía visiblemente más débil cuando el sol surgió en un cielo pálido salpicado de nubes altas. Llevaba ya varias semanas de marcha lejos de cualquier camino transitado, con escasas reservas de alimentos y agua. Sus evacuaciones fecales matutinas eran poco densas y verdosas. Al caminar, su cuerpo se contraía en ángulos que sugerían dolor.

Pero esa mañana encontró tanto comida como agua. Había alcanzado las laderas de las gigantescas montañas y, aunque la tierra era todavía terriblemente seca, había descubierto un oasis donde un arroyo de agua glacial caía en cascada de una terraza de roca. El agua se había quedado estancada en una cavidad de granito, agua profunda y transparente como el cristal. A su alrededor se extendía un fol aje de hojas grandes y jugosas.

El Sujeto se bañó antes de comer. Se acercó cautelosamente hasta el interior del estanque y permaneció de pie bajo el arroyo. Había acumulado durante su viaje una capa de polvo que fue manchando el agua a su alrededor. Cuando salió del estanque su piel estaba brillante, había cambiado desde un color casi blanco hasta un ocre quemado oscuro. Giró la cabeza de un lado a otro, como si comprobase que no había depredadores cerca. (¿Habría depredadores en aquella parte del mundo? Parecía improbable. ¿Dónde estaba la caza mayor que necesitaría un depredador de gran tamaño? Pero no era imposible, pensó Marguerite.) Después de cerciorarse de que no había peligro a la vista, arrancó varias de las hojas carnosas, las peló, las lavó y comenzó a devorarlas. Hilos de saliva caían de sus mandíbulas hasta los pies. Después de haber comido las hojas,

encontró un espacio cubierto de musgo sobre el granito, cerca de la cascada, y lo lamió hasta dejarlo limpio con su ancha lengua de color gris azulado.

Después se sentó a digerir pacientemente la comida, y Marguerite abrió el archivo que había estado escribiendo para Tess: el libro de su hija, la historia de la odisea del Sujeto.

El acto de escribir la tranquilizaba, aunque la narración se hal aba lejos de estar al día. Acababa de terminar una descripción de la crisis de la tormenta de arena y del despertar del Sujeto en las ruinas de la ciudad en el desierto.

Escribió:

Todo lo que había a su alrededor en la apacible mañana sin viento eran las columnas y túmulos de edificios abandonados hacia mucho tiempo, erosionados por las estaciones.

Aquel as estructuras no se parecían a los altos edificios cónicos de su ciudad natal. Quienquiera que las hubiera construido (quizás sus propios antepasados), las había hecho de forma diferente. Tenían columnas como las griegas, y pilares que quizás una vez habían sostenido casas mucho más grandes, o templos, o espacios de negocios.

Las columnas estaban labradas de piedra negra. El arenoso viento del desierto las había pulido hasta hacerlas muy suaves. Algunas se conservaban enteras, pero la mayoría habían sido reducidas a fragmentos de su altura original, y donde no habían caído, el viento las había inclinado hacia el este. Había restos de otros edificios, varias ruinas de cimientos cuadrangulares, e incluso unas pocas pirámides bajas, todas el as redondeadas como las piedras que uno se encuentra en el lecho de un arroyo.

La tormenta había barrido la superficie de la ciudad, y ahora el sol proyectaba sombras desnudas entre las ruinas. El Sujeto permanecía de pie, contemplándolo todo. Las sombras, como relojes de sol, se fueron haciendo más cortas conforme la mañana iba avanzando. Después, quizás pensando en su destino, el Sujeto comenzó a caminar en dirección al oeste una vez más. Para el mediodía ya había dejado completamente atrás la ciudad en ruinas, que se desvanecía bajo el horizonte como si estuviera totalmente perdida, y no quedara nada más frente a él sino la refulgente arena y la fantasmal silueta azulada de lejanas montañas.

Acababa justamente de cerrar aquel capítulo, cuando recibió la llamada de Charlie Grogan.

Tess guardaba silencio en el coche cuando dejaron el Paseo.

Marguerite conducía lentamente, tratando de poner en orden sus pensamientos. Tenía que tomar una decisión importante.

Pero primero quería saber qué es lo que había sucedido. Tess había dejado la escuela y había llegado hasta el Ojo, donde se había encontrado a Charlie. Aquello estaba claro. Pero, ¿por qué?

—Lo siento —dijo Tess, lanzándole miradas aprensivas desde el asiento trasero. *¿Estoy* (se preguntó Marguerite) *tan asustada como para causar esta reacción? ¿Juez y jurado? ¿Es así como me ve?*

—No tienes que disculparte —le dijo Marguerite—. Te diré algo: he llamado al señor Fleischer y le he dicho que tenías una cita, pero que te olvidaste de entregarle una nota. ¿Qué tal suena eso?

—Bien —dijo Tess con cautela, a la expectativa de algo más.

—Pero estoy seguro de que está preocupado por ti. Y yo también. ¿Cómo es que no has vuelto a clase esta tarde?

—No sé. Tan solo quería ir al Ojo.

—¿Y eso? Creía que no te gustaba. En Crossbank odiaste la visita que os organizaron.

—Tan solo me entraron ganas.

—¿Tantas ganas como para hacer novillos?

—Supongo.

—¿Cómo entraste? El señor Grogan parecía un poco molesto por eso.

—Entré andando. No había nadie mirando.

Aquel o, al menos, era probablemente cierto. Tess era demasiado inocente como para engañar a alguien para entrar, o para encontrar una entrada oculta. Con toda probabilidad había l egado sin más hasta la puerta principal y la había abierto: la investigación de Charlie acabaría por descubrir a un guarda de seguridad dormido, o a algún empleado que había salido un momento a fumarse un porro.

—¿Encontraste lo que estabas buscando?

—En realidad no estaba buscando nada.

—¿Aprendiste algo?

Tess se encogió de hombros.

—Porque, ya sabes, es una conducta bastante inusual en ti. Nunca habías hecho novillos antes.

—Era importante.

—¿Cómo de importante, Tess?

Sin respuesta. Tan solo un ceño fruncido.

—¿Ha sido por la Chica del Espejo?

La expresión infeliz de Tessa se convirtió en desdicha.

—Sí.

—¿Te dijo que fueras al í?

—Ella nunca me dice nada. Tan solo quería ir. Así que fui.

—Bueno, ¿qué estaba buscando la Chica del Espejo?

—No lo sé. Creo que solo quería ver su reflejo.

—¿Su reflejo? ¿Su reflejo dónde?

—En el Ojo —dijo Tess.

—¿Un espejo en el Ojo? No es de esa clase de telescopio. Allí no hay un espejo de verdad.

—En un espejo no… En el Ojo.

Marguerite no sabía cómo actuar, cómo hacer la siguiente pregunta. Tenía miedo de las respuestas de Tessa. Sonaban desequilibradas, y no se creía capaz de soportarlas. Casi todo lo demás sí, una herida, una enfermedad; podía imaginar a Tess con muletas o con el brazo en cabestrillo. Sabía cómo consolarla cuando sentía dolor; aquello quedaba bien dentro del alcance de sus habilidades como madre. *Pero por favor,* pensó, *locura no, no el tipo de locura refractaria que excluye todo consuelo o comunicación.* Marguerite había trabajado por las noches en un hospital psiquiátrico durante su etapa universitaria. Había visto casos de esquizofrenia incurable. Personas totalmente desequilibradas que vivían en sus propias pesadillas virtuales, más solas de lo que el mero aislamiento físico jamás podría lograr por sí solo. Se negaba a imaginar a Tess como una de aquel as personas.

Dejó el coche en el aparcamiento del colegio, pero le pidió a Tess que siguiera sentada un minuto con ella.

Muerte y locura: ¿podía proteger a su hija de aquello?

Ni siquiera la puedo proteger de Ray.

Ray había amenazado con quedarse con el a, hacerse cargo de su custodia física… En la práctica, raptarla. *Pero ahora está conmigo,* pensó Marguerite. *Y si tuviera elección me la llevaría lejos de aquí, cogería la carretera de Constance, y desde allí partiría lejos, muy lejos, a cualquier lugar lejos de la cuarentena y de los inquietantes rumores que Chris ha traído a casa, lejos del Paseo Globo Ocular y lejos de la Chica del Espejo.*

Pero no podía hacer eso.

Tenía que enviar a Tess de vuelta a la escuela, y de la escuela Tess iría a casa con Ray y a la ilusión cada vez más frágil de normalidad. *Si me la quedara conmigo,* pensó Marguerite, *entonces sería yo la que estaría violando lo estipulado en nuestro acuerdo, y Ray enviaría a su gente de seguridad a por ella.*

Pero si la dejaba volver con él y ocurría algo…

—¿Puedo salir ya? —preguntó Tess.

Marguerite tomó aliento profundamente para serenarse.

—Supongo que sí —dijo—, vuelta al colegio contigo. Para se acabaron las excursiones durante las clases, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Puso la mano sobre la manilla del coche.

—Una cosa más —dijo Marguerite—, escúchame. Escucha. Esto es importante, Tess. Si le pasa algo extraño a papá, l ámame. No importa a qué hora del día o de la noche. No tienes ni siquiera que pensar en el o. Solo llámame. Porque yo me preocupo por ti aunque no estés conmigo.

—¿Chris también?

—Seguro que sí. Chris también —dijo sorprendida.

—Vale —respondió Tess, y abrió la puerta y salió del coche. Marguerite observó a su hija cruzar el desolado aparcamiento, arrastrando los pies entre los montones de nieve antigua, con su abrigo todavía abotonado hasta arriba y su sombrero de invierno sujeto por las pequeñas manos enguantadas.

La veré de nuevo, pensó Marguerite. *Lo haré. Debo hacerlo.*

Después Tess desapareció al cruzar la puerta de entrada del colegio y la tarde quedó inerte y vacía.

22

Sue Sampel se despertó nerviosa.

Era sábado por la mañana, y aquel día se suponía que tenía que llevar a cabo aquel pequeño robo de información al que se había comprometido tan precipitadamente la semana anterior. La mano le temblaba cuando se cepil aba los dientes, y su reflejo en el espejo era la perfecta imagen de una mujer de mediana edad aterrorizada.

Dejó dormir a Sebastian otra hora mientras ella se preparaba un café y unas tostadas. Sebastian era una de aquellas personas que podía dormir con tormentas o terremotos, mientras que un gorrión trinando era suficiente para que Sue despertara a una amodorrada consciencia, nada bienvenida.

El libro de Sebastian estaba sobre la mesa de la cocina, y lo hojeó para distraerse. Se lo había leído entero hacía semanas y ahora lo estaba leyendo por segunda vez, intentando absorber ideas que se le hubieran pasado por alto la primera vez. *Dios & el vacío cuántico.* Un título de peso. Como una pareja de luchadores de sumo equilibrados sobre la balanza del «&».

Pero el libro no era tonto, ni superficial. De hecho, la había exprimido hasta los límites de su título universitario. Afortunadamente, Sebastian era bastante bueno explicando conceptos difíciles. Y el a tenía la suerte de tener al autor a mano cuando se atascaba en algún punto.

El libro no era abiertamente religioso, ni se trataba tampoco de un trabajo de ciencia rigurosa. El propio Sebastian lo calificaba de «filosofía especulativa». Una vez lo había descrito como «una tertulia escrita con muchas páginas. Muchas, muchas páginas». Aquello, suponía Sue, era una explicación modesta.

El libro estaba repleto de historia científica arcana, sabiduría evolutiva y física cuántica. Un material sesudo para un profesor universitario de religión cuyas publicaciones previas incluían tostones como *Errores de atribución en textos paulinos del siglo I.* Básicamente, el argumento consistía en que los seres humanos habían alcanzado su nivel actual de consciencia apropiándose de una pequeña parte de una inteligencia universal. Conectando con Dios, en otras palabras. Aquella definición de Dios, argumentaba él, podía hacerse lo suficientemente laxa como para encajar en las definiciones de deidad a lo largo de un espectro de culturas y creencias. ¿Era Dios omnipresente y omnisciente? Sí, porque impregnaba toda la Creación. ¿Era singular o múltiple? Ambas cosas. Era omnipresente porque era inherente a los procesos físicos del universo; pero su mente era cognoscible (por los seres humanos) únicamente en fragmentos

discretos y a menudo muy distintos. ¿Había vida después de la muerte, o quizás reencarnación? En el sentido más literal, no; pero como nuestra consciencia había sido tomada de aquella inteligencia, vivía en el a de nuevo sin nuestros cuerpos, aunque fuera una parte diminuta de algo casi infinitamente más grande.

Sue comprendía a dónde quería llegar. Quería dar a la gente el consuelo de una religión sin el bagaje del dogmatismo. Él era bastante informal cuando trataba la ciencia, y aquello fastidiaba profundamente a gente como Elaine Coster. Pero su corazón estaba en el lugar correcto. Quería una religión que pudiera confortar plausiblemente a viudas y huérfanos sin tener que comprometerlos con el patriarcado, la intolerancia, el fundamentalismo o extrañas leyes alimenticias. Quería una religión que no estuviese en perpetua lucha contra la cosmología moderna.

No es un mal objetivo, pensaba Sue. *Pero ¿dónde está mi consuelo? Consuelo para la oficinista ladrona, por su robo sin importancia. Perdóname, porque sé exactamente lo que hago y no lo tengo demasiado claro.*

Suponiendo que algo de aquello importara. Suponiendo que todos ellos no estuviesen condenados. Había leído el fragmento de revista en el Sawyer y había sacado sus propias conclusiones.

Sebastian bajó las escaleras recién duchado y vestido con su mejor ropa informal: téjanos azules y un jersey de punto verde que un vicario inglés hubiera arrojado a la basura.

—Hoy es el día —dijo Sue.

—¿Cómo te sientes?

—Asustada.

—Ya lo sabes, no tienes por qué hacer esto. Estuvo muy bien que te ofrecieras como voluntaria, pero nadie dirá nada si cambias de opinión.

—Nadie excepto Elaine.

—Bueno, quizás Elaine. Pero en serio…

—En serio, está bien. Tan solo prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Cuando estés en el salón de actos… Quiero decir, ya sé que los otros van a estar preocupándose por mí, que l amarán si es que Ray sale hacia el Plaza. Pero el único en el que confío eres tú.

Él asintió con la cabeza, con los ojos muy abiertos y ridículamente solemne.

—Necesitaré al menos cinco minutos de margen si Ray se pone en camino.

—Los tendrás —dijo Sebastian.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

La mañana pasó muy rápidamente. El debate del salón de actos comenzaba a la una, y Sue le pidió a Sebastian que condujese él, de forma que la pudiese dejar sin llamar la atención junto al Hubble Plaza. No hablaron mucho durante el trayecto. Ella le dio un beso rápido cuando el coche se detuvo. Después salió al aire frío, caminó hasta la entrada principal del Plaza, saludó con la mano al guarda del vestíbulo y se dirigió sin mostrar prisa hacia los ascensores. Sus pisadas resonaban en el vestíbulo embaldosado como el tic tac de un metrónomo, en *al egro,* a la par que los latidos de su corazón.

Marguerite l egó al auditorio del centro de ocio a las 12:45, y cuando divisó a Ari Weingart buscándola con la mirada en el vestíbulo abarrotado de gente, se volvió hacia Chris.

—Oh, Señor —dijo el a—. Esto es un error.

—¿La charla?

—No, la charla no. Compartir el escenario con Ray. Tener que mirarlo, tener que escucharlo. Ojalá pudiera… Oh, hola, Ari.

Ari la cogió firmemente por el brazo.

—Por aquí, Marguerite. Tú eres la primera, ¿te lo había dicho ya? Después Ray, luego Lisa Shapiro de Geología y Climatología, después dejamos un turno para las preguntas del público.

Le dirigió una última mirada a Chris, que se encogió de hombros y le lanzó lo que ella supuso que era una sonrisa de apoyo.

En realidad, pensó Marguerite mientras seguía a Ari a través de una puerta de acceso restringido en la semipenumbra de los bastidores, aquello era una locura. No simplemente porque se veía forzada a aparecer con Ray, sino porque iba a ser una charada para ambos. Los dos fingiendo que no sabían nada del desastre de Crossbank (cualquiera que hubiese sido). Los dos fingiendo que no había habido una disputa sobre Tess. Fingiendo que no se despreciaban el uno al otro. Fingiendo no cordialidad, pero al menos indiferencia. Sabiendo que podría acabarse en cualquier momento. *Esta es una invitación al desastre,* pensó Marguerite. No solo eso, sino que su «charla» consistía en una serie de notas que había escrito para sí misma y que nunca había planeado revelar. Especulaciones sobre el proyecto UMa_{47} que rozaban lo herético. Pero si la crisis era tan mala, tan potencialmente mortal como parecía que era, ¿por qué malgastar tiempo en mentiras? ¿Por qué no, por una vez en su vida, dejar de calcular objetivos de su carrera profesional y decir simplemente lo que pensaba?

Le había parecido una buena idea, al menos hasta que se encontró en el escenario detrás del telón, con Lisa Shapiro sentada entre el a y su ex-marido. Evitó la mirada de Ray, pero no pudo desterrar la claustrofóbica sensación de su presencia.

Se había fijado al acercarse en que estaba impecablemente vestido. Traje y corbata, con rayas tan agudas como el filo de una cuchil a. Una pequeña sonrisa de labios apretados en el rostro, acentuada por sus mejil as regordetas y su barbil a en retirada, como un hombre que huele algo desagradable pero que intenta mostrarse educado al respecto. Un fajo de folios en las manos.

A su izquierda estaba el atril, y Ari permanecía allí, haciendo una señal a alguien para que subiera el telón. *¿Ya?* Marguerite miró su reloj. La una en punto. Tenía la boca seca.

El auditorio tenía un aforo de dos mil personas, le había dicho Ari. Habían admitido más o menos a la mitad, una mezcla de científicos, personal de apoyo y trabajadores al azar. Ari había preparado cuatro de aquellos acontecimientos desde el comienzo de la cuarentena, y todos el os habían sido bien atendidos y bien recibidos. Incluso había un hombre con una cámara retransmitiendo en directo para Blind Lake Television.

Qué civilizados somos en nuestra jaula, pensó Marguerite.*Qué fácilmente dejamos del lado el recuerdo de los cuerpos más al á de la verja.*

En aquel momento se subía el telón, el escenario se iluminaba, el público se convertía en un vacío entre sombras que se sentía más que se veía. En aquel momento Ari la estaba presentando. Y en aquel momento, en un extraño repliegue de tiempo que siempre le ocurría cuando tenía que hablar en público, Marguerite se encontró de repente en el atril, dándole las gracias a Ari, agradeciendo al público su asistencia, jugueteando con su servidor de bolsillo.

—La cuestión…

Su voz se quebró con un gallo. Se aclaró la garganta.

—La cuestión que quiero tratar hoy aquí es: ¿nos hemos dejado engañar por nuestro riguroso enfoque deconstructivo en el estudio de las gentes de UMa_{47}/E?

Aquel o era lo bastante árido como para adormecer al público lego que se encontraba en el auditorio, pero vio un par de rostros familiares de Interpretación frunciendo el ceño.

—Se trata de un término deliberadamente provocativo: las «gentes» observadas. Desde el principio, los proyectos de Crossbank y Blind Lake se han esforzado en eliminar todo rastro de antropocentrismo: la tendencia a imbuir a otras especies con las características humanas. Esa es la falacia que nos tienta a describir a un cachorro de pantera como «mono» o a un águila como «noble», y que utilizamos desde que aprendemos a andar sobre dos piernas. Sin embargo, vivimos en una época ilustrada, una época que ha aprendido a ver y valorar a otras especies vivientes como son, no como desearíamos que fueran. Y la larga y encomiable historia de la ciencia nos ha enseñado, al menos, a observar con cuidado antes de emitir un

juicio. De juzgar, si hay que hacerlo, basándonos en lo que vemos, no en lo que preferiríamos creer.

»Y de esa forma nos decimos a nosotros mismos: a los sujetos de nuestro estudio en Ursa Majoris 47 se los debería conocer como «criaturas» u «organismos», no como «gentes». No tenemos que tomar nada por supuesto con relación a ellos. No debemos admitir en las tablas de análisis nuestros miedos y deseos, nuestras esperanzas o nuestros sueños, nuestros prejuicios lingüísticos, nuestra metanarrativa burguesa, o nuestro imaginario cultural acerca de los extraterrestres. Dejen al señor Spock en la puerta, por favor, y a H.G. Wells en la biblioteca. Si vemos una ciudad no la debemos llamar ciudad, o debemos l amarla así solo provisionalmente, porque la palabra «ciudad» implica Cartago y Roma, Berlín y Los Angeles, productos de la biología humana, del ingenio humano, y de miles de años de experiencia humana acumulada. Nos recordamos que la ciudad observada quizás no sea una ciudad; que quizás sea algo más parecido a un hormiguero, a un termitero o a un arrecife de coral.

Cuando hizo una pausa pudo oír el eco de su voz, una resonancia grave que le devolvían los muros del auditorio.

—En otras palabras, intentamos insistentemente no engañarnos a nosotros mismos. Y lo hacemos muy bien. La barrera entre nosotros y las gentes de UMa_{47}/E es dolorosamente obvia. Los antropólogos nos han dicho desde hace mucho que la cultura es un conjunto de símbolos compartidos, y que no compartimos ninguno con los sujetos de nuestro estudio. *Omnis cultura ex cultura,* y las dos culturas son tan diferentes, suponemos, como el agua y el aceite. Nuestras conductas epigenéticas y las suyas no tienen puntos de intersección.

»El aspecto negativo es que nos vemos forzados a partir de principios básicos. No podemos hablar de, digamos una «arquitectura» ctónica, porque deberíamos extraer de esta palabra aparentemente inocente todas las vigas y contrafuertes de motivos humanos y estética humana, sin los cuales la palabra «arquitectura» se convierte en una estructura inestable que no se sostiene. Tampoco nos atrevemos a hablar de «arte», «trabajo», «ocio» o «ciencia» ctónicos. La lista es interminable, y lo que nos queda es simplemente conducta a secas. Conducta para observar y catalogar hasta en sus aspectos más minúsculos.

»Decimos que el Sujeto viaja por aquí, realiza esta o aquel a acción, gira a la izquierda o a la derecha, come tal y tal cosa, y eso si no evitamos la palabra «comer» por su connotación antropocéntrica oculta; quizás «ingerir» sea más adecuada. Quiere decir lo mismo, pero tiene mejor aspecto en un informe escrito. «El Sujeto ingiere un bolo alimenticio de material vegetal». En realidad se ha comido una planta, vosotros lo sabéis y yo lo sé, pero un evaluador de *Nature* nunca lo

daría por bueno.

En ese punto pudo oírse una risa prudente. A su espalda, Ray imitaba burlonamente el sonido de ronquidos.

—Vigilamos la connotación de cada palabra que pronunciamos con el instinto censor de un purgante. Todo en nombre de la ciencia, y a menudo por buenas razones.

»Pero me pregunto si no nos estaremos dejando algo por el camino. Lo que falta en nuestro discurso sobre las gentes de UMa_{47}/E, sugiero yo, es narrativa. Los nativos de UMa_{47}/E no son humanos, pero nosotros sí, y los seres humanos interpretan el mundo desarrollando narraciones que lo explican. El hecho de que algunas de nuestras narraciones sean ingenuas, o soñadoras, o simplemente erróneas, no tiene por qué invalidar el proceso. La ciencia, después de todo, es al final una narración. Un antropólogo, o un ejército de antropólogos, puede que estudien detenidamente fragmentos de hueso y los cataloguen de acuerdo con diez o con cien características aparentemente triviales, pero el objeto no expresado de todo su trabajo es una narración, una historia de cómo los seres humanos surgieron a partir de otra fauna del planeta, una historia sobre los orígenes de nuestros antepasados.

»O consideremos la tabla periódica. La tabla periódica es un catálogo, una lista de los elementos conocidos y posibles organizada siguiendo un principio organizador. Es conocimiento estático, exactamente el tipo de conocimiento que estamos acumulando sobre el Sujeto y su especie. Pero incluso la tabla periódica implica una narración. La tabla periódica es una declaración determinante de la historia del universo, el punto final de una larga narración sobre la creación de hidrógeno y helio en el *Big Bang,* la forja de elementos pesados en las estrel as, la relación entre electrones en los núcleos de los átomos; el núcleo y sus procesos de decadencia, y la conducta cuántica de las partículas subatómicas. Nosotros también tenemos un lugar en esa narración. Nosotros somos en parte el resultado de la química carbónica en agua, otra narración oculta en la tabla periódica, y de igual forma, añadiría yo, lo son las gentes observadas de UMa_{47}/E.

Hizo una pausa. Había un vaso de agua helada sobre el atril, gracias a Dios. Tomó un sorbo. A juzgar por el sonido ambiental, ya había dado rienda suelta a varias discusiones acaloradas entre cuchicheos entre el público.

—Las narraciones intersecan y divergen, se combinan y recombinan. Para comprender una narración quizás se necesite la creación de otra. La narración es la forma en la que entendemos el universo, y es así más claramente como nos entendemos a nosotros mismos. Un extraño puede parecemos inescrutable, o incluso

amenazador, hasta que nos ofrece su historia; hasta que nos dice su nombre, nos dice de dónde viene y a dónde va. Quizás esto también sea cierto con los habitantes de UMa_{47}/E. No me sorprendería que el os, a su manera, también intercambiaran narraciones. Quizás no lo hagan; quizás tengan una forma distinta de organizar y diseminar el conocimiento. Pero les prometo que no los comprenderemos hasta que comencemos a contarnos entre nosotros historias sobre ellos.

Ahora podía ver más rostros entre el público. Estaba Chris en el centro de la nave lateral, asintiendo de forma alentadora. A su lado Elaine Coster, y al de esta Sebastian Vogel. Marguerite daba por hecho que tenían sus servidores de bolsillo a mano, para el caso de que Ray abandonara rápidamente el auditorio para llegar al Plaza.

Y al á abajo, en la primera fila, estaba Tess, escuchando con atención. Ray debía de haberla traído consigo. Marguerite dirigió una sonrisa a su hija.

—Por supuesto, somos científicos. Tenemos nuestra propia palabra para una narración provisional: la llamamos hipótesis, y la comprobamos a través de observación y experimentación. Y por supuesto, cualquier hipótesis que aventuremos sobre las gentes nativas del planeta debe ser muy, muy provisional. Será una primera aproximación, una suposición cultivada, incluso un tiro a ciegas.

»Sin embargo, creo que hemos sido exageradamente tímidos haciendo conjeturas así. Creo que eso se debe a que las preguntas que tenemos que hacer a fin de crear esa narración son extremadamente inquietantes. Cualquier especie pensante que nos encontremos, y por primera vez en la historia tenemos otro ejemplo con el que compararnos, debe basarse en su biología. Parte de su conducta, en otras palabras, será específica de su historia genética. Si se trata verdaderamente de una especie pensante, sin embargo, parte de su conducta será también discrecional, será flexible, será innovadora. Lo que no quiere decir que sea infaliblemente racional. Quizás más bien al contrario.

»Y aquí, creo yo, descansa la cuestión fundamental que hemos sido reacios a afrontar. Nosotros abrigamos creencias muy arraigadas sobre nosotros mismos. Un teólogo quizás diría que somos una especie en busca de Dios. Un biólogo quizás dijera que somos un conjunto de funciones fisiológicas interrelacionadas capaces de actividades altamente complejas. Un marxista podría decir que somos agentes de un diálogo entre la historia y la economía. Un filósofo podría decir que somos el resultado de la apropiación por parte del ADN de la matemática de las propiedades emergentes en sistemas caóticos semiestables. Consideramos a estas creencias como mutuamente excluyentes y nos aferramos a el as, de acuerdo con nuestras preferencias, con fervor casi religioso.

»Pero yo sospecho que en las gentes nativas de UMa$_{47}$/E vamos a encontrar que todas estas perspectivas son útiles por un lado, pero insuficientes. Tendremos que l egar a una nueva definición de «especie pensante», y esa definición debe incluirnos tanto a nosotros como a los nativos. Y eso, sugeriría yo, es lo que hemos estado evitando.

Otro sorbo de agua. ¿Estaba demasiado cerca del micrófono? En las filas de atrás probablemente sonaría como si estuviera haciendo gárgaras.

—Cualquier cosa que digamos sobre la población nativa implica una nueva perspectiva de nosotros mismos. Los encontraremos comparativamente más o menos valientes que nosotros, más o menos amables, más o menos propensos a la guerra, más o menos sensibles… Quizás, en última instancia, más o menos cuerdos.

»En otras palabras, quizás nos veamos forzados a sacar conclusiones sobre el os, y consecuentemente sobre nosotros mismos, que no nos agraden. Pero somos científicos, y se supone que no nos espantamos por estas cuestiones. Como científica, mi creencia más íntima, estoy tentada de decir, mi fe, es que la comprensión es mejor que la ignorancia. La ignorancia, al contrario que la vida, al contrario que las narraciones, es estática. La comprensión implica un movimiento hacia delante, y así la posibilidad de cambio.

»Esta es la razón por la cual es tan importante mantener la atención sobre el Sujeto. — *Tanto tiempo como podamos,* añadió para sí misma—. Hace unos pocos meses, uno podía plausiblemente haber señalado que la vida del Sujeto era una rutina rígida y repetitiva, y que ya habíamos observado todo lo que habíamos podido. Los recientes sucesos han mostrado que ese argumento estaba equivocado. La vida del Sujeto, que habíamos tomado erróneamente como un ciclo, se ha convertido en una narración, una narración que quizás podamos ser capaces de seguir hasta su conclusión, y de la cual por seguro que aprenderemos mucho.

»Y ya hemos aprendido mucho. Hemos visto, por ejemplo, las ruinas de 33/28, una ciudad (si es que podemos utilizar esa palabra) abandonada, aparentemente más antigua que el hogar del Sujeto y muy diferente en su estilo arquitectónico. Y esto también, implica narración. Implica que la conducta arquitectónica de estas gentes es flexible; que tienen un conocimiento acumulado y que ponen ese conocimiento al servicio de usos diversos y adaptativos.

»Implica, en suma, y por si quedaba alguna duda, que las gentes de ese planeta son gente, intelectualmente próximos y moralmente equivalentes a los seres humanos, y que la mejor forma de construir su narración es tomando como referencia la nuestra propia. Incluso si esa comparación no nos es siempre favorecedora.

Aquel era su gran final. Su tesis desafiante. El problema era que

nadie parecía estar seguro de que hubiera terminado. Se aclaró la garganta de nuevo.

—Eso es todo, muchas gracias —dijo, y volvió a su sil a. Los aplausos crecieron a su espalda. Parecían corteses, si no entusiastas.

Ari se acercó al estrado, agradeció su intervención y presentó a Ray.

Sue Sampel estuvo veinte minutos en su escritorio en la antesala del despacho de Ray, aparentando estar ocupada de cara a las cámaras de video de la pared.

Había apartado algo de trabajo para hacer que su presencia allí pareciera más plausible. No es que hubiera realmente mucho pendiente. Aquellos informes que Ray insistía en reunir, documentando las trivialidades diarias de la administración de Blind Lake, eran un mal chiste. Los informes no iban a ninguna parte excepto a un archivo con el título de «PENDIENTE». ¿Pendiente de qué, del fin del mundo? Pero le servirían como coartada si alguien le l egara a preguntar a Ray qué es lo que había estado haciendo todo aquel tiempo durante el bloqueo. A el a le daba la impresión de que Ray empleaba gran parte de su tiempo preparándose para preguntas como aquella.

Echó un vistazo al reloj que tenía sobre el escritorio. A las 13:30 montó un pequeño espectáculo revolviendo los papeles y archivos digitales, como si hubiera perdido algo. Y, por tanto, debería entrar en el despacho de Ray para ir a por el o. Le parecía grotescamente irreal, como un juego del instituto.

O una película mala. Y en la película, pensó Sue, aquel sería el momento en el que alguien se acercaría hasta el a… probablemente Shulgin, *o* incluso Ray, Ray con una pistola en la mano…

—¿Sue?

Se mordió la lengua, y después logró articular un «¡oh!» que quizás podía haber pasado por un «hola».

No era Ray. Se trataba tan solo de Gretchen Krueger, de Archivos, en la planta de abajo.

—No me esperaba que estuvieras aquí hoy —dijo Gretchen—. Iba de camino a recoger algún número atrasado de JAE y he visto la puerta abierta de tu despacho. ¿También está Ray?

—No. Solo estoy acabando un trabajo pendiente. Pero es que no dejo de perder cosas —dijo, confirmando su coartada una vez más.

—Cuando termine aquí me voy al Sawyer con Jamal y Karen. ¿Quieres venir con nosotros? Serías más que bien recibida.

—Gracias, pero lo único que quiero hacer esta tarde es ducharme y echarme una siesta.

—Sé a qué te refieres.

—Que lo pases bien, Gretch.

—Lo haré. Tómatelo con calma, Sue. Pareces cansada.

Gretchen desapareció sin prisas por el pasil o y Sue comenzó a armarse de valor una vez más para el asalto al despacho interior de Ray. Pero antes cerró la puerta que daba al pasillo. Se dio cuenta de que le temblaba la mano.

Después se dirigió al santuario de Ray, fuera del alcance de las cámaras de seguridad.

Antes de nada, sacó un montón de archivos de los armarios y los dejó contra la pared. Cualquier archivo, no importaba cuál, siempre y cuando tuviera algo que pareciera inocuo para poder llevarse de ahí. Después se acercó al escritorio, metió la llave en la cerradura y abrió los cinco cajones uno detrás de otro.

El fajo de hojas impresas estaba en el último cajón a la izquierda, donde Ray solía guardar sus DingDongs antes de que se le acabaran las reservas. Conociéndolo, probablemente había recogido las migajas por los cajones. *Debe de estar seriamente afectado,* pensó Sue. *Debe de estar en medio de una crisis aguda de abstinencia de DingDong.*

Cogió la primera hoja.

> EX: Bo Xiang, Laboratorio Nacional de Crossbank.
>
> PARA: Avery Fishbinder, Laboratorio Nacional de Blind Lake.
>
> TEXTO: *Hola, Ave. Como te prometí, aquí tienes algunas cabeceras del material que vamos a presentar en la conferencia de este año. Lo siento, no puedo ser más explícito (ya sé que no quieres estar a ciegas), pero nos han advertido que no le demos demasiada publicidad a esta información hasta que se haga oficial. Lo que te puedo decir es que hemos encontrado pruebas de una cultura pensante desaparecida en HR88 32/B. Se van a realizar nuevas pruebas, pero con lo que tenemos se observa que hay una región en el hemisferio norte (sobre una plata forma basáltica elevada, de aguas poco profundas y algunas islas aisladas, a simple vista no tan diferentes de cientos de otras regiones pantanosas) con restos de estructuras de evidente complejidad técnica, con una conexión (o al menos una referencia arquitectónica) con los «corales flotantes» del ecuador. Todavía no se sabe cómo compaginar este descubrimiento con la ausencia de animales con capacidad motriz en el planeta. Gossard sugiere la idea de una antiquísima extinción a gran escala…*

Por amor de Dios, se reprendió Sue, *no lo leas.* Lanzó una mirada

furtiva a la puerta. Estaba sola, pero eso podía cambiar.

Cogió el servidor de su bolsil o, marcó su número personal y activó la función del escáner. El servidor era un modelo estilo pluma exactamente del grosor de una hoja estándar de papel. Sue pasó la banda fotosensible por el papel hasta que completó la transferencia. Después la siguiente página. Luego la siguiente. Pero había montones de hojas. Miró el reloj. Eran casi las dos. Quizás tuviera que estar allí veinte minutos. Más.

Cálmate, se dijo, y escaneó otra página.

Desde su asiento en el lateral del auditorio, Chris Carmody observó a Ray levantarse y dirigirse al estrado.

Chris intuía la importancia de tomarle la medida a aquel tipo. Había miles de formas en las que podía acabar teniendo otro incidente con Ray Scutter. Y si llegaba a suceder, no quería pifiarla.

Había miles de formas de pifiarla.

Ray estaba especialmente elegante aquel día. Sonrió al público y se hizo con el estrado con una facilidad que Marguerite no había sido capaz de mostrar. Aquel era el «encanto» del que el a hablaba al referirse a él, y quizás había sido aquello lo que ella había visto en él cuando se conocieron, una sonrisa plausible y algunas palabras agradables bien escogidas. Ray comenzó:

—Me voy a apartar un poco del texto que había preparado para la ocasión (y ya sé que nos has pedido que seamos breves, Ari, y te prometo que haré lo que pueda) para hacer algunas observaciones a la intervención de la anterior ponente.

Marguerite se agitó visiblemente nerviosa en su sil a, aunque debía habérselo esperado.

—Como científicos —dijo Ray—, una de las cosas que debemos tener siempre presentes es que las apariencias pueden ser engañosas. Estamos hablando de la instalación O/CBE como si fuera una clase superior de telescopio. Les recordaría que no es así. En su nivel más fundamental, el Ojo es una computadora cuántica que funciona como un generador de imágenes. Asumimos que las imágenes que genera con tanta eficiencia representan sucesos pasados de un planeta lejano. Puede ser cierto. Puede que no lo sea. Si está consiguiendo información real, no sabemos cómo lo hace. Las imágenes que crea son consistentes con nuestro conocimiento real del tamaño de UMa_{47}/E, su atmósfera y la distancia de su estrella. Más al á de eso, sin embargo, no tenemos manera de confirmar lo que el Ojo nos suministra. Hasta que podamos duplicar más eficientemente el efecto y comprenderlo, nuestra suposición de que estamos viendo hechos reales debe ser provisional.

»Y si somos precavidos sobre las conclusiones que extraemos, no

es porque seamos tímidos. Es porque no queremos engañarnos. Por esta razón, y por otras muchas, creo que nuestra atención sobre el Sujeto y su cultura ha estado mal dirigida y ha sido desastrosamente prematura.

»Al contrario que la anterior ponente, yo le recordaría al público que hemos estado creando historias (perdón, «construyendo narraciones») sobre vida extraterrestre durante gran parte de la historia humana. Si esto constituye un acierto o un error es una cuestión interesante. En el nombre de la ciencia, se nos pidió una vez que creyéramos la idea de Percival Lowell de un planeta Marte con canales y civilización. Aquella idea falsa fue disipada por la ciencia del siglo XX tan solo para ser reemplazada por el ilusionante descubrimiento, que más tarde se probó falso, de bacterias fósiles en un meteorito marciano. Examinado atentamente, se ha comprobado que Marte es un planeta estéril. La idea ampliamente extendida de que había microbios viviendo bajo la superficie helada del océano tibio de Europa ha acabado siendo, de igual forma, una mera ilusión. Nuestra imaginación nos deja atrás, al parecer. Es intuitiva, salta hacia delante y ve lo que desea ver. Un manifiesto por la imaginación es lo que menos necesitamos, especialmente en este momento.

Exhaló teatralmente.

—Después de aclarar esto, y creo que era necesario decirlo, pasemos a una cuestión más acuciante, una de particular relevancia para todos nosotros aquí en Blind Lake.

»No hace falta decir que el bloqueo, lo que algunas personas han venido a l amar cuarentena, es un suceso sin precedentes que todos luchamos por entender. Cuarentena, creo yo, es una palabra apropiada. Creo que ha l egado a resultar evidente que hemos sido confinados aquí no por nuestro propio bien, sino por la protección de la gente del exterior.

»Y aun y todo parece absurdo, ridícula ¿Qué hay en nosotros, en Blind Lake, que pudiera ser considerado una amenaza?

»De verdad, ¿qué? Algunos han sugerido que las imágenes que estamos estudiando quizás sean peligrosas, que quizás contengan un código esteganográfico o algún otro mensaje oculto destructivo para la mente humana. Pero tenemos pocas evidencias de algo así…, a no ser que queramos citar el panegírico de la ponente anterior como ejemplo. —Ray esbozó una sonrisa torcida, como si hubiera dicho algo travieso pero muy inteligente, y el público le contestó con una risa forzada. Tomó un trago de agua y continuó—. No, creo que debemos centrar nuestras sospechas en el propio proceso, en el mecanismo de los O/CBE.

»¿Podría haber algo peligroso en los tanques de O/CBE? Apenas tenemos el conocimiento necesario para responder a esta pregunta. Lo

que sabemos es que los procesadores O/CBE son computadoras cuánticas de una gran capacidad, de un tipo nuevo, y que funcionan con un código autoevolutivo y autorreplicante.

»Estas palabras por sí mismas deberían despertar la alarma. En todas las otras ocasiones en la que hemos intentado explotar sistemas evolutivos autorreplicantes nos hemos visto obligados a proceder con extrema precaución. Estoy pensando en el cuasidesastre del año pasado, en el laboratorio de nanotecnología del Instituto Tecnológico de Massachussets. Todos sabemos lo lamentable que podría haber sido, y recordamos los nuevos cultivos de arroz que causaron tantas muertes por reacciones histamínicas en Asia, a comienzos de los años veinte del siglo XX.

Elaine escribía furiosamente en un cuaderno de notas. Sebastian Vogel estaba sentado en un estado de atención sosegada, un Buda barbudo.

—La objeción obvia es que estos sucesos afectan a sistemas autorreplicantes «reales» en el mundo «real», no a códigos en una máquina. Pero esta es una afirmación corta de miras. El ecosistema virtual de los O/CBE puede estar encerrado, pero también es efectivamente enorme. En un solo día se generan y se cosechan miles de millones de algoritmos para su utilización. Periódicamente los seleccionamos para obtener los resultados que queremos, pero siempre se están reproduciendo. Damos por supuesto que, como nosotros establecemos las condiciones límite, tenemos poder ilimitado sobre nuestras creaciones. Pues quizás no sea este el caso.

»Ahora bien, obviamente nunca hemos perdido a ningún investigador por haber sufrido la emboscada de un algoritmo. —Más risas: al público lego parecía gustarle aquello, aunque el personal de Observación e Interpretación se mantenía cautelosamente silencioso —. Y eso no es lo que estoy sugiriendo. Pero existen evidencias (de las que todavía no puedo hablar con entera libertad) de que el complejo de Crossbank fue cerrado horas antes de la cuarentena de Blind Lake, y de que allí ocurrió algo peligroso, posiblemente relacionado con los procesadores O/CBE.

Aquel o eran noticias nuevas. A lo largo de todo el auditorio, la gente literalmente se levantó de sus asientos. Chris lanzó una mirada a Elaine, que se encogió de hombros: el a no esperaba que Ray abordara esa cuestión.

Quizás Ray no había tenido intención de hacerlo. Revolvió sus papeles y pareció hallarse desconcertado durante un rato.

—Esto, por supuesto, está siendo investigado…

Dejó el discurso escrito a un lado.

—Pero me gustaría volver a las demandas de la ponente anterior por un momento…

—Está improvisando —susurró Elaine—. Marguerite debe de haberse anotado un tanto en alguna parte. O se ha tomado un par de copas antes de aparecer en público.

—Si lo recuerdo correctamente… —siguió Ray—, creo que fue Goethe quien escribió que la naturaleza ama lo ilusorio. «La naturaleza ama lo ilusorio y a aquel os que no toman parte en sus ilusiones los castiga como castigaría un tirano». Hablamos alegremente de especies «pensantes», como si el pensamiento fuera un atributo simple y fácilmente cuantificable. Por supuesto que no lo es. Nuestra percepción de lo que es pensante es sesgada e idiosincrásica. Nos comparamos con los otros primates como si nosotros fuéramos racionales y el os actuasen guiados únicamente por impulsos animales. Pero el simio, por ejemplo, es casi totalmente racional: busca comida, come cuando tiene hambre, duerme cuando está cansado, copula cuando se combinan deseo y oportunidad. Un filósofo simio quizás podría preguntarse cuál de las dos especies es la verdaderamente racional.

»Quizás se preguntara: «¿cuándo nos parecemos más los hombres y los monos?» No cuando comemos o dormimos o defecamos, porque todo animal hace esas cosas. Los hombres muestran su singularidad cuando fabrican herramientas elaboradas, componen óperas, se hacen la guerra por razones ideológicas o envían robots a Marte. Tan solo los seres humanos hacen eso. Imaginamos nuestro futuro y contemplamos nuestro pasado, personal o colectivo. Pero, ¿cuándo revisa un simio los sucesos del día o imagina un futuro completamente diferente? La respuesta obvia es: cuando sueña.

Chris miró a Marguerite en el escenario. Ella parecía tan perpleja como todos los demás. Ray estaba un tanto desconcertado en ese momento, pero se había lanzado a un escenario con una gran inercia interna.

—Cuando sueña. Cuando el mono sueña. Despierto no tiene capacidad de razonar, pero cuando sueña, los sueños le confieren razón. Soñando, el mono imagina que está cazando o que le cazan, que come o que pasa hambre, se imagina asustado o a salvo. En realidad no está haciendo nada de todo aquello. Está corriendo o pasando hambre en un modelo fragmentario de un mundo que es totalmente de su invención. ¡Qué humano! ¡Qué completamente humano! Vosotros, quizás dijera el mono filósofo, sois los homínidos que soñáis a la luz del día. Vosotros no vivís en el mundo. Vivís en vuestro sueño del mundo.

»Soñar recorre toda nuestra existencia. Nuestros lejanos antepasados aprendieron a arrojar una lanza no a un animal que corría, sino al lugar donde estaría el animal cuando la lanza hubiera recorrido el aire a una cierta velocidad. Nuestros antepasados no

hicieron esto a través del cálculo, sino de la imaginación. Soñando, en otras palabras. Soñamos el futuro del animal y arrojamos la lanza al sueño. Soñamos imágenes que sacamos del pasado y las utilizamos para proyectarlas y revisar nuestro futuro curso de acción. Y como estratagema evolutiva, nuestra capacidad de soñar ha tenido mucho éxito. Como especie, nos hemos soñado a nosotros mismos fuera del callejón sin salida del instinto, en un mundo entero y pleno de conductas inexploradas.

»Lo hemos hecho con tanta efectividad, diría yo, que hemos olvidado la verdad fundamental de que estamos soñando. Confundimos el sueño con la razón. Pero los simios también razonan. Lo que los simios no hacen es soñar ideologías, soñar terrorismo, soñar dioses vengativos, soñar esclavitud, soñar cámaras de gas, soñar soluciones letales para problemas de ensueño. Los sueños son comúnmente pesadil as.

El público se había perdido. A Ray parecía no importarle. En aquel momento estaba hablando para sí mismo, persiguiendo una idea en un laberinto que solo él podía ver.

—Pero hay sueños de los que, como especie, no podemos despertar. Nuestros sueños son los sueños que adora la naturaleza. Nuestros sueños son epigenéticos y han cumplido su función para nuestros genomas de forma notable. En pocos cientos de miles de años hemos pasado de ser una subespecie homínida localizada a una población que domina el planeta y que alcanza los ocho o diez mil millones de individuos. Si razonamos dentro de los límites de nuestros sueños diurnos, la naturaleza nos recompensa. Si razonáramos de manera tan simple y tan directa como los simios, no seríamos más numerosos que ellos.

»Pero ahora hemos hecho algo nuevo. Hemos construido máquinas que sueñan. Las imágenes que los procesadores O/CBE generan son sueños. Se basan, nos decimos, en el mundo real, pero no son imágenes telescópicas en el sentido tradicional. Cuando miramos a través de un telescopio miramos con ojos humanos e interpretamos con mente humana. Cuando miramos una imagen de los O/CBE, vemos lo que una máquina soñadora ha aprendido a soñar.

»¡Que no es lo mismo que decir que las imágenes no tienen valor! Únicamente que no podemos aceptarlas como valores de hecho. Y nos tenemos que hacer otra pregunta: si nuestra máquina puede soñar más eficazmente que un ser humano, ¿qué más será capaz de hacer? ¿Qué otros sueños puede abrazar, con o sin nuestro conocimiento?

»Los organismos que estamos estudiando quizás no sean los habitantes de un mundo rocoso que gira en torno a la estrella Ursa Majoris. Las especies alienígenas quizás sean los propios O/CBE. Y lo peor de todo… lo peor de todo…

Se detuvo, cogió el vaso de agua y lo vació. Se ruborizó.

—Quiero decir, ¿cómo despiertas del sueño que te confiere la capacidad de razonar? Muriendo. Únicamente muriendo. Y si la entidad O/CBE (si podemos llamarla así) se ha convertido en un peligro para nosotros, quizás deberíamos matarla.

Cerca de las primeras filas, una pequeña voz gritó «No puedes hacer eso».

La voz de una niña. Chris reconoció a Tess, en aquel momento ya de pie junto a la base del escenario.

Ray miró hacia abajo, claramente perplejo. Pareció no reconocerla. Cuando lo hizo, le señaló su butaca con un ademán para que volviera a sentarse.

—Lo siento. Lo siento —dijo él—. Pido disculpas por la interrupción. Pero no podemos permitirnos ser sentimentales. Nuestras vidas están en juego. Quizás estemos…, como especie, quizás estemos… —Se pasó la mano por la frente. El verdadero Ray había salido a la superficie, y el verdadero Ray no era agradable de contemplar—. Quizás seamos gobernados por máquinas que sueñan, capaces de crear un caos inmenso, pero debemos lealtad a nuestros genomas. Nuestros genomas son los que crean un sueño tolerable de aquello que no tiene ningún valor, las matemáticas rigurosamente precisas del universo en el que vivimos. ¿Qué veríamos si estuviéramos verdaderamente despiertos?: un universo que ama la muerte más de lo que ama la vida. Sería una tontería, una verdadera tontería renunciar a nuestra supremacía en favor de otra serie de números, otro sistema disipador no lineal extraño a nuestro modo de vida…

Un hombre puede sonreír, y sonreír, y ser un villano, había dicho Shakespeare. Chris lo comprendió entonces. Era una lección que debería haber aprendido hacía mucho tiempo. Si lo hubiera hecho lo bastante pronto, su hermana Porcia quizás podría seguir viva.

—¡Deja de hablar así! —chil ó Tess.

En ese momento Ray pareció despertar, pareció darse cuenta de que había hecho algo extraño, poniéndose en evidencia en público. Su rostro estaba rojo como una amapola.

—Lo que quiero decir…

El silencio se alargó. El público comenzó a murmurar.

—Lo que quiero decir…

Ari Weingart dio medio paso, saliendo de la izquierda del escenario.

—Lo siento —dijo Ray—. Pido disculpas si he dicho algo…, si he hablado más de la cuenta. Esta charla…

Movió la mano, golpeando sin quererlo el vaso de agua vacío, que cayó al suelo del escenario. Se rompió de forma espectacular.

—Esta charla ha concluido —gruñó Ray al micrófono—, pueden volver a sus casas.

Salió con paso airado hacia bastidores. Sebastian Vogel comenzó a susurrar frenéticamente a su servidor de bolsil o. Marguerite bajó del escenario y corrió a consolar a su hija.

Sue Sampel acababa de poner las hojas impresas en su orden original cuando sonó su servidor.

El pequeño sonido pareció enorme en el silencio del despacho interior de Ray. Se sobresaltó y la mitad del fajo de papeles cayó de su mano y se desparramó por el suelo.

—¡Mierda! —dijo, y después sacó el servidor del bolsillo—. ¿Sí?

Era Sebastian. Ray había dejado el estrado, le dijo. Parecía muy irritado. Podía haber ido a cualquier sitio.

—Gracias —dijo Sue—. Nos vemos en la puerta principal en cinco minutos.

Recogió los papeles del suelo. Se habían desparramado en un amplio círculo, y algunos se habían colado debajo del escritorio. Los colocó juntos en una basta apariencia de orden. No tenía tiempo para hacerlo mejor. Aunque Ray no entrara como una furia en el despacho, sus nervios ya estaban a punto de romperse. Guardó bajo llave los papeles en el cajón del escritorio, dejó el despacho, recogió las cosas que había dejado sobre su propio escritorio, salió corriendo hacia el pasil o y cerró la puerta a sus espaldas.

El ascensor tardó aproximadamente una eternidad en l egar abajo, pero el vestíbulo estaba vacío cuando lo hizo y Sebastian ya estaba esperando con el coche junto a la puerta. Se zambulló en su interior.

—Vámonos, vámonos, vámonos —dijo.

El viento había arreciado desde la mañana. En la ancha pradera entre la ciudad de Blind Lake y las torres refrigeradoras de Paseo Globo Ocular, la nieve fresca comenzaba a caer.

23

Ray Scutter dejó el auditorio sin un destino concreto en mente, aspirando ráfagas de aire dolorosamente helado cuando las puertas se cerraron a su espalda. Intercambiaba dolor por claridad.

Había cometido un error en el escenario. No, peor que eso: se había metido en un jardín inexplicable. Aquel a ridícula digresión sobre simios y hombres… No es que las ideas no fueran profundas. Pero cuando las había dejado salir habían resultado autoabsorbentes, casi maníacas.

Parte de la culpa la tenía Marguerite. Aquel pequeño discurso piadoso suyo pedía ser refutado. Pero no debía haber mordido el anzuelo. Ray siempre había sido capaz de dominar al público, y le inquietaba que esta vez las cosas se le hubieran escapado de ese modo de las manos. Decidió que había que achacarlo a la tensión.

Nervios, frustración, una locura contagiosa. Ray había leído atentamente los informes de Crossbank, y aquel era el diagnóstico: locura como enfermedad transmisible. Allí, en Blind Lake, por supuesto, podía comenzar en cualquier momento. Quizás ya hubiera empezado; no bromeaba cuando había dicho que el discurso de Marguerite era un síntoma.

Los copos de nieve serpenteaban retorciéndose en el viento. Se había dejado el abrigo en los bastidores del centro de ocio, pero volver allí era algo fuera de discusión. Decidió refugiarse en su despacho, situado a media manzana de distancia, hacer un par de llamadas, realizar alguna evaluación de los daños, averiguar cuánto se había jodido con aquel arrebato en el escenario. Pensamientos errantes circulaban todavía por su cabeza. Sueños diurnos.

Cruzó el vestíbulo del Plaza y entró en un ascensor vacío hasta alcanzar la séptimo planta; la nieve de su cabello se convertía en rocío por efecto del calor. En sus oídos vibraba un zumbido, un ruido interminable. Se había puesto en evidencia, pensó, de acuerdo, pero a largo plazo, incluso a corto plazo, ¿qué importaba? Si nadie iba a dejar vivo Blind Lake (y consideraba aquel o como una posibilidad real), ¿qué importancia tenía su arrebato? ¿Que iba a causar una mala impresión en los investigadores principales? Pues vaya problema. Ya no se dedicaba a intentar ascender en su carrera.

Aún estaba lo bastante bien situado para sobrevivir. Podía salir de la crisis relativamente bien, si hacía lo correcto. ¿Cuál era la opción correcta? Matar los O/CBE, había sido su conclusión. Era demasiado tarde para conseguir el apoyo popular, pero habría podido plantar la semilla, e incluso conseguir unos pocos incondicionales, si Marguerite no lo hubiera provocado. Si no se hubiera perdido en un laberinto de

ideas secundarias. Si Tess no lo hubiera interrumpido.

Se detuvo, como paralizado, frente a la puerta de su despacho.

Tess.

Se había olvidado de su hija. La había dejado en el auditorio.

Sacó el servidor del bolsil o de su camisa y pronunció el nombre de Tessa.

Respondió al momento.

—¿Papá?

—Tess, ¿dónde estás?

Ella vaciló. Ray intentó leer sin éxito el significado de aquella pausa. Después continuó.

—Estoy en el coche.

—¿El coche? ¿El coche de quién?

—Eh, el de mamá.

—No vuelves con tu madre hasta el lunes.

—Lo sé, pero…

—No te debería haber recogido. Eso está mal. Eso está pero que muy mal, absolutamente mal por su parte.

—Pero…

—¿Te ha obligado, Tess? ¿Tu madre te ha obligado a entrar en el coche con el a? Puedes decírmelo. Si te está escuchando, tan solo dame una pista. Yo la entenderé.

Llanamente.

—¡No! No fue así. Tú te marchaste.

—Tan solo durante unos minutos, Tess.

—¡Yo no lo sabía!

—Deberías haberme esperado.

—¡Y tú no deberías haber dicho todas aquellas cosas sobre matarla!

—No sé a qué te refieres. Yo nunca haría daño a tu madre.

—¿Qué? ¡Yo me refiero a lo que dijiste en el escenario! ¡Hablaste de matar a la Chica del Espejo!

—Yo no… —Se detuvo, esforzándose por calmarse. Tess era sensible y, por el sonido de su voz, estaba asustada—. No hablaba de la Chica del Espejo. Me debes de haber entendido mal.

—¡Dijiste que teníamos que matarla!

—Hablaba del procesador del Ojo, Tess. Por favor, ponme con tu madre.

Otra pausa.

—No quiere hablar contigo.

—Te tiene que traer conmigo. Está en el acuerdo que hemos firmado. Tengo que hablar con el a sobre esto.

—Nos vamos a casa. —Tess parecía estar al borde de las lágrimas —. Lo siento.

—¿Vas a casa de tu madre?

—¡Sí!

—No tiene derecho…

—¡No me importa! ¡No me importa si no tiene derecho! ¡Al menos el a no quiere matar a nadie!

—Tess, ya te lo he dicho, yo no…

El servidor se desconectó. Tess había apagado la conexión.

Cuando intentó llamarla otra vez no obtuvo respuesta, tan solo escuchó su buzón de voz. Telefoneó a Marguerite. Lo mismo.

—Zorra de mierda —susurró Ray. Refiriéndose a Marguerite. Quizás incluso a Tess, que lo había traicionado. Pero no, no, recapacitando, aquel o no era justo. Tess estaba equivocada. Equivocada porque había sido mimada y consentida por su madre. Que era exactamente de lo que trataba aquel a chorrada de la Chica del Espejo.

Marguerite lo estaba utilizando contra él. *Papá quiere matar a la Chica del Espejo.* Adoctrinándola. Ray se ponía furioso solo con pensarlo. Únicamente podía imaginar las mentiras que Tess se estaba viendo obligada a creer sobre él.

¿Significaba aquello que también había perdido a Tess?

No. No. Imposible. Todavía no.

Se encerró en su despacho, giró la silla hacia la ventana y pensó en l amar a Dimi Shulgin. Quizás a Shulgin se le ocurriera algo.

La vista desde la ventana era hostil y falta de vida. Blind Lake había aprendido a vivir sin previsiones meteorológicas, pero uno no necesitaba ser meteorólogo para ver acercarse las nubes. Nubes bajas, pesadas por la carga de nieve, empujadas por una galerna del noroeste. Otro episodio de aquel invierno interminable.

La nieve que caía confería a la ciudad un aspecto difuminado, ilusorio, como una fotografía con filtros o el decorado de un escenario pintado en grises. La ventana vibró por una ráfaga de viento, haciendo la imagen levemente más imprecisa. El Sujeto se quedó largo rato observando la tormenta que se aproximaba.

Cuando se volvió, las ruedecillas de su silla se trabaron con algo escondido bajo el escritorio. El personal de limpieza se estaba volviendo descuidado, pero aquello no era nuevo. Una hoja de papel. Con el ceño fruncido, se agachó para recogerla.

EX: Bo Xiang, *Laboratorio Nacional de Crossbank.*

PARA: Avery Fishbinder, *Laboratorio Nacional de Blind Lake.*

TEXTO: *En respuesta a tu pregunta, las posibilidades de que las estructuras de tierra seca sean de origen natural son escasas.*

Aunque este tipo de simetría es bastante normal en la naturaleza, el tamaño de las estructuras y el grado de precisión son notables, y sugieren ingeniería más que evolución. No es que sea un argumento definitivo, pero…

Ray dejó de leer y colocó la hoja de papel sobre su escritorio.

Lentamente, tomándose su tiempo, resistiéndose a formular ningún juicio precipitado, abrió la cerradura del escritorio con su l ave y sacó el grueso fajo de hojas impresas que Shulgin le había entregado. Las hojeó rápidamente.

Las páginas no estaban en orden.

Alguien había estado otra vez en su escritorio.

Se incorporó. Vio su reflejo en la ventana, una imagen cubierta con un mural de nubes, un hombre congelado en una capa de cristal.

24

El tiempo había empeorado considerablemente cuando Chris, Marguerite y Tess llegaron a casa. Quizás aquello fuera bueno, pensó Chris. Ponía otra barrera entre Marguerite y Ray. Si Ray venía a recoger a su hija, o buscando venganza, la nieve al menos lo retrasaría.

Tess se había echado a l orar después de la llamada telefónica. En aquel momento las lágrimas se habían convertido en una serie de hipidos, y Marguerite la condujo a casa con un brazo por encima del hombro. Tess se quitó el abrigo y las botas y corrió al sofá del salón de estar, como si fuera un bote salvavidas.

Marguerite bloqueó el código de la puerta.

—Mejor echar también el cerrojo —dijo Chris.

—¿Crees que es necesario?

—Creo que es lo más acertado.

—¿No te estás volviendo un poco paranoico? Ray no haría…

—No sabemos lo que Ray puede hacer. No deberíamos darle oportunidades.

Ella echó el cerrojo y se reunió con su hija en el sofá.

Chris le pidió prestado su estudio para imprimir los documentos que Sue había transferido a su servidor. El cuarto no tenía ventanas, pero podía escuchar el viento arreciando afuera, espiando entre el ramaje como un hombre con un cuchil o embotado.

Pensó en Ray en el escenario del auditorio. Lo primero que había hecho había sido burlarse de Marguerite y humillarla, y lo había hecho muy inteligentemente, disfrazando su ira, controlándola. Para un tipo como Ray, todo tenía que ver con el control. Pero el mundo estaba repleto de insolencia difícil de manejar. De expectativas frustradas. De esposas que le desobedecían y después lo abandonaban. De teorías suyas que probaban resultar falsas.

Su escritorio, saqueado.

Lo importante acerca de la pequeña fusión del núcleo de Ray, pensó Chris, era que evidenciaba un profundo torbellino. Los tipos como Ray eran emocionalmente frágiles, que era precisamente lo que los hacía tan buenos matones. Esa gente vivía justo al borde del punto de ruptura. Y en ocasiones lo sobrepasaban.

Las páginas de los treinta documentos que Sue había robado iban pasando a buen ritmo por la impresora. El tesoro de Ray, al parecer. Se sentó y comenzó a leer.

Marguerite estuvo el resto de aquella tarde gris con su hija.

Tess se tranquilizó considerablemente una vez que estuvo dentro

de la casa, pero aun así todavía se podía percibir claramente su angustia. Estaba acurrucada en el sofá, con un edredón acolchado en torno a el a como si fuera un chal, enfocando toda su atención en la pantalla de video. En Blind Lake Television estaban dando *Los Foster,* un programa para niños que Tess no había visto desde que tenía seis años. Había subido el volumen para ahogar el sonido del viento y de la nieve dura golpeando contra las ventanas.

Marguerite estuvo sentada con el a la mayor parte del tiempo. Tenía curiosidad por saber qué escondían los documentos que Chris estaba imprimiendo y leyendo; pero, quizás extrañamente, nada de aquello le parecía urgente en ese momento. Durante unas pocas horas el mundo estaría suspendido entre la oscuridad y la noche auténtica, atenazado por una tormenta que iba empeorando, y todo lo que necesitaba o quería era estar sentada con Tess.

Se fue a la cocina un poco después de las cinco para preparar algo de cenar. La ventana junto al fregadero estaba cubierta de nieve, opaca como la ventanilla de un barco hundido, nada en el exterior salvo formas difusas moviéndose bajo la inmensa presión de un cielo encapotado. ¿Era de verdad posible que Ray viniese a la casa para intentar hacerle daño? ¿Con aquel tiempo? Pero, supuso, si alguien estaba a punto de cometer un acto terrible no lo posponía a causa del mal tiempo.

Tess entró en la cocina y se sentó en una silla, observando cómo Marguerite cortaba unos pepinos amarillos para la ensalada.

—¿Chris está bien? —preguntó Tess.

—Claro que sí. Está en el piso de arriba, trabajando un poco. —La última vez que ella había subido estaba hablando por teléfono con Elaine Coster.

—Pero, ¿todavía vive aquí?

—Sí, todavía vive aquí.

—Eso está bien —dijo Tess. Parecía verdaderamente aliviada—. Es mejor cuando él está aquí.

—Yo también pienso así.

—¿Cuánto tiempo va a estar?

Interesante cuestión.

—Bueno…, al menos hasta que este problema de Blind Lake se haya solucionado. Y quizás más tiempo. —Quizás. No lo había hablado con él. Si le preguntara por planes a largo plazo, ¿daría la impresión de estar ansiosa, o resultaría presuntuosa? ¿Le gustaría a el a la respuesta? Y en aquellas circunstancias, ¿cómo podía pensar alguien en planes a largo plazo?

A Marguerite la relación le parecía razonablemente sólida. ¿Se había enamorado de Chris Carmody? Sí, el a pensaba que sí; pero tenía miedo de la palabra, miedo de pronunciarla, y casi tanto miedo

de oírla. El amor era un fenómeno natural, a menudo falso o efímero. Como una ola de calor en octubre, podía acabar en cualquier momento.

—¿Tess? ¿Puedo preguntarte algo?

Tess se encogió de hombros, meciéndose lentamente contra el respaldo de la sil a.

—Antes, en el auditorio, dijiste «no puedes matarla». ¿A quién te referías?

—Ya sabes.

—¿Te refieres a la Chica del Espejo?

—Supongo que sí.

—No creo que papá estuviese hablando de la Chica del Espejo. Estaba hablando sobre los procesadores en el Ojo.

—Es lo mismo —dijo Tess, claramente incómoda.

—¿Es lo mismo? ¿Qué quieres decir?

—No sé cómo explicarlo. Pero allí es donde ella vive de verdad. Todo es lo mismo.

Cuando Marguerite la presionó un poco, pidiéndole más detal es, Tess dejó de responder; al final la dejó volver al sofá. Aun y todo, aquel a idea de que la Chica del Espejo vivía en el Ojo era una vuelta de tuerca. Quizás tuviera algún sentido, pero no lo podía descifrar. ¿Era por eso por lo que Tess se había escabullido para ir al Paseo la última semana? ¿Había seguido a la Chica del Espejo hasta su madriguera?

Cuando toda esta locura termine, se prometió Marguerite, *me la llevaré lejos de aquí. A algún lugar diferente. Algún lugar seco y cálido.* Había pensado a menudo en visitar el desierto del suroeste, Utah, Arizona, la zona de los cañones, las Cuatro Esquinas, pero Ray siempre se había opuesto. Quizás se llevara a Tess al desierto de vacaciones. Un país seco, aunque puede que desconcertantemente similar al UMa$_{47}$ del Sujeto. Buscando la salvación en los espacios vacíos.

Chris telefoneó a Elaine. Hizo la conexión a través del servidor del estudio de Marguerite y desvió el audio a los altavoces de los muros, consiguiendo un sonido de tanta calidad que podía escuchar el sonido de la tormenta como fondo de la voz de Elaine.

—¿Estás cerca de una ventana? —le preguntó—. Parece como si hubiera perros aullando.

Elaine dormía en el apartamento de dos habitaciones de un encargado de mantenimiento, vacío porque su dueño había salido hacia Fargo para conseguir instrumental de litrotipsias el día antes del bloqueo. Era un bajo con vistas a los contenedores de basura de la parte trasera de Sawyer Carnes & Pescados.

—No hay mucho sitio para moverse por aquí… ¿Así está mejor?

—Un poco.

—Eso era lo que necesitábamos justo ahora, otra de estas putas tormentas en este país de vacas. ¿Así que te has leído los documentos?

Chris meditó la respuesta.

Los documentos eran exactamente lo que Sue Sampel había sospechado: mensajes electrónicos que habían estado languideciendo en los servidores de los investigadores principales que habían salido para la conferencia anual en Cancún. Contenían asuntos que habían sido mantenidos en secreto pero que se iban a hacer públicos en la conferencia: el descubrimiento de una estructura artificial en la superficie de $HR88_{32}/B$.

La estructura recordaba a un hemisferio con brazos radiales puntiagudos. Una nota lo comparaba con la forma de un adenovirus gigantesco, o una molécula de C_{60}. Ray había hecho un resumen de lo que había leído: «Aparentemente expresa un principio matemático denominado "función energética", que puede ser escrito como la expresión de volumen en un espacio de dimensiones superiores. Pero eso también lo hace cualquier icosaedro, de modo que no prueba nada. Si realmente es un artefacto, los constructores parecen haberse desvanecido. Uno de los correos señala que el interior de la estructura es "singularmente difícil de captar en imágenes", signifique lo que signifique…»

—Y así todo el rato —dijo Elaine—, un montón de ciencia realmente fascinante. Pero dime: ¿ves algo aquí que se parezca a una amenaza? ¿Algo que nos pudiera explicar el fragmento de la revista?

—Debe haber alguna conexión.

—Estoy segura, pero piensa en lo que Ray estaba diciendo en la charla del auditorio. Afirmaba que tenía evidencias de que los procesadores O/CBE se habían vuelto físicamente peligrosos.

—Se puede inferir.

—Que le jodan a la inferencia; ¿ves alguna prueba de verdad?

—No, en estos documentos no.

—¿Piensas que Ray puede tener información que desconozcamos?

—Es posible. Pero Sue ha estado bastante cerca de Ray, y el a piensa que no.

—Cierto. ¿Sabes qué, Chris? No creo que Ray tenga ninguna prueba real. Creo que lo que tiene es una hipótesis. Y una mala leche de cojones.

—Estás diciendo que quiere desconectar el Ojo y que quiere utilizar esto como excusa.

—Exactamente.

—Pero el Ojo podría ser de verdad una amenaza. El hecho de que tenga prejuicios no significa necesariamente que esté equivocado.

—Si no está equivocado, al menos es un irresponsable. No hay

nada en esos documentos que no pudiera haber compartido con el resto de nosotros.

—A Ray no le gusta compartir. Probablemente le escribieron eso en su ficha de la guardería. ¿Qué propones que hagamos?

—Hacerlo público.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

—Mandando estos archivos a cada ordenador doméstico en Blind Lake. Además, me gustaría escribir un pequeño resumen, como la entradil a de un libro, diciendo que hemos obtenido los documentos de una fuente protegida y que los contenidos son importantes, pero no son concluyentes.

—De modo que Ray no pueda actuar unilateralmente. Tendría que explicar todo esto…

—Y quizás acepte alguna sugerencia de los demás antes de apagar el interruptor.

—Quizás meta a Sue en problemas.

—Es una mujer de buen corazón, Chris, pero yo diría que ya está en un apuro. Y serio. Es posible que Ray no pueda probar nada, pero no es estúpido.

—Quizás nos meta a nosotros en un problema.

—¿Cómo definirías «problema»? Estar encerrados indefinidamente en una instalación federal dirigida por un lunático, eso sí suena como un problema, aunque no hagamos nada más. Pero quitaré tu nombre de la lista de destinatarios si quieres.

—No, utiliza mi nombre —dijo Chris—, pero deja fuera a Marguerite.

—Sin problema. Pero si estás pensando en la reacción de Ray, te repito: no es estúpido. Mantén las puertas cerradas.

—Están cerradas —dijo Chris—, bien cerradas.

—Bien. Ahora prepárate para una tormenta de mierda que va a hacer que esta ventisca parezca una llovizna de verano.

Durante la cena Tess comió frugalmente y habló poco, aunque parecía encontrar tranquilizadora aquella ceremonia. O quizás, pensó Marguerite, simplemente le gustaba tener a Chris cerca. Chris era un hombre a la vez grande y amable, una combinación embriagadora para una pequeña niña nerviosa. O incluso para una mujer crecida nerviosa.

Después de la comida, Tess cogió un libro y se fue a su cuarto. Marguerite preparó algo de café mientras Chris le hacía un resumen de lo que contenían los documentos robados. La mayoría estaban escritos por Bo Xiang. Ella había trabajado con Bo en Crossbank y, según decía, no era el tipo de persona que se ponía nerviosa sin una buena razón.

Nunca había habido la más mínima señal de una civilización tecnológica en $HR88_{32}$/B. *La estructura debe de ser inmensamente antigua,* pensó. $HR88_{32}$/B había pasado por varias glaciaciones importantes de alcance planetario; la estructura debía de ser anterior al menos a una de el as. Aquel parecido con los corales flotantes del ecuador era evocador, pero ¿qué quería decir?

Pero aquel as eran preguntas sin respuesta posible, al menos por el momento. Y tanto Chris como Elaine tenían razón: nada de aquello probaba una posible amenaza.

La tormenta hacía vibrar la ventana de la cocina mientras hablaban. *Podemos capturar imágenes de mundos que orbitan otras estrel as,* pensó Marguerite; *¿por qué no podemos construir una ventana que no vibre con el mal tiempo?* La oscuridad en el exterior era profunda e intimidatoria. Las luces de la cal e se habían convertido en difusos faros marinos, en antorchas distantes. Era el tipo de tiempo que se habría convertido en noticia en los viejos tiempos: «Temporal invernal bloquea autopistas en el oeste, aeropuertos cerrados, viajeros atrapados»…

La hora normal de irse a la cama para Tessa eran las diez en punto, las once los fines de semana, pero entró en la cocina a las nueve.

—Estoy cansada —dijo la niña.

—Ha sido un día muy largo —dijo Marguerite—. ¿Te preparo el baño?

—Mañana me daré una ducha. Estoy cansada.

—Sube y cámbiate entonces. Luego subiré a arroparte.

Tess pareció vacilar.

—¿Qué pasa, cielo?

—Pensé que quizás Chris podría contarme una historia. —Ladeó la cabeza como diciendo: «ya sé que es una cosa de niños. Pero no me importa».

—Por mí encantado —se ofreció Chris.

Sería difícil no querer a este hombre, pensó Marguerite.

—¿Qué tipo de historia te gustaría? —preguntó Chris, sentado en un extremo de la cama de Tessa. Creía saber qué iba a responder.

—Una historia de Porry —dijo la niña.

—Sinceramente, Tess, creo que ya te he contado todas las historias de Porry.

—No tiene por qué ser una nueva.

—¿Tienes una favorita?

—La historia del renacuajo —dijo el a rápidamente. La ventana del dormitorio de Tessa todavía estaba toscamente tapada por su pequeño arreglo provisional. El aire frío se colaba a través de las

grietas y serpenteaba bajo los paneles de los calefactores eléctricos y a través del suelo, buscaba los sitios más profundos de la casa. Tess se había subido las mantas hasta la barbilla.

—Aquel o era cuando estábamos en California —dijo Chris—, donde crecimos. Vivíamos en una pequeña casa con un árbol de aguacate en el jardín trasero, y al final de la calle había un pequeño canal de drenaje para las tormentas, como un lecho de río de hormigón, con una valla metálica para mantener apartados a los niños de la zona.

—Pero vosotros ibais de todas formas.

—¿Quién está contando la historia?

—Lo siento. —Se puso la manta por encima de la boca.

—Todos los chicos del barrio íbamos allí de todas formas. Había un sitio donde uno se podía colar por debajo de la valla. El canal tenía muros de cemento, pero si tenías cuidado podías bajar, y en primavera, si el agua estaba poco profunda, uno podía encontrar renacuajos en las zonas más profundas.

—Los renacuajos son ranas bebés, ¿verdad?

—Cierto, pero no se parecen nada a las ranas. Parecen más unos pececillos negros con colas largas y delgadas, y sin aletas. En un día bueno podías coger cientos de ellos con tan solo meter un cubo. Todos los adultos nos decían que no jugáramos al í, porque era un lugar peligroso. Y lo era, y realmente no deberíamos haber ido, pero lo hacíamos de todas formas. Todos excepto Porry. Porry quería ir pero yo no le dejaba.

—Porque tú eras su hermano mayor y ella era demasiado pequeña.

—Los dos éramos demasiado pequeños. Porry debía de tener alrededor de seis o siete años, lo que quiere decir que yo tendría once o doce. Pero yo era lo suficientemente mayor como para saber que podía tener problemas. Siempre le hacía esperar al otro lado de la valla, aunque el a lo odiaba. Un día yo estaba abajo, en el canal, con un par de amigos, y quizás estuvimos demasiado tiempo jugueteando con palos en el barro; para cuando volví, Porry estaba cansada y frustrada, prácticamente llorando. No me habló casi en todo el camino a casa. Era primavera, y en el sur de California algunos años hay grandes tormentas de primavera. Bueno, pues aquel día, más tarde, comenzó a llover. No pequeñas gotas, no. «Gotas grandes como platos», solía decir mi madre. Después de la cena hice mis deberes y Porry se fue a jugar a su cuarto. O al menos eso fue lo que dijo. Después de una hora o así mi madre la llamó y Porry no contestó, y no pudimos encontrarla en la casa.

—¿No pudiste simplemente conectar con el ordenador de la casa?

—En aquel os días los ordenadores de las casas no eran tan

versátiles.

—Así que fuiste a buscarla.

—Sí. Probablemente tampoco debería haberlo hecho, pero mi padre estaba *a* punto de llamar a la policía…, y yo tenía la intuición de saber dónde estaba.

—Deberías habérselo dicho antes a tus padres.

—Debería haberlo hecho, pero no quería que supieran que yo mismo había bajado al canal otras veces. Pero tienes razón. Hubiera sido más valiente decírselo.

—Tan solo tenías once años.

—Tan solo tenía once años y no siempre hacía las cosas más valientes, de modo que me escabul í de casa y corrí a través de la l uvia hasta el hueco de la valla, y me metí por debajo y comencé a buscar a Porry.

—Creo que eso fue muy valiente. ¿La encontraste?

—Ya sabes lo que viene luego.

—Estoy fingiendo que no lo sé.

—Porry había cogido un cubo y se había metido debajo de la alcantarilla para recoger renacuajos. Había subido ya la mitad del muro de contención para volver, pero le entró miedo. Era el tipo de miedo con el no puedes seguir ni retroceder, así que no haces nada de nada. Ella estaba atrapada al í, llorando, y el agua de la alcantarilla brotaba a toda velocidad, cada vez más rápido. Unos pocos minutos más y la habría arrastrado.

—Pero tú la salvaste.

—Bueno, yo bajé y la cogí del brazo y la ayudé a subir. El terraplén estaba bastante resbaladizo por la l uvia. Estábamos casi en la valla cuando dijo: «¡Mis renacuajos!». Así que tuve que volver y recoger su cubo. Después nos fuimos a casa.

—Y no les dijiste dónde había estado Porry.

—Dije que la había encontrado jugando en el jardín de los vecinos. Escondimos el cubo en el garaje…

—¡Y lo olvidasteis!

—Y lo olvidamos, pero aquellos renacuajos hicieron lo que hacen los renacuajos: se convirtieron en ranas. Mi padre abrió la puerta del garaje un par de días más tarde y se encontró con el suelo l eno de pequeñas ranas verdes, ranas saltando sobre sus piernas, ranas encima del coche… Una avalancha de ranas. Dio un gritó y todos salimos corriendo de la casa, pero Porry empezó a reírse…

—Pero ella no dijo por qué.

—No dijo por qué.

—Y tú nunca lo contaste.

—A nadie. Hasta ahora.

Tess sonrió contenta.

—Sí. ¿Les fue bien a las ranas?

—Bastante bien. Se fueron hacia los setos y los jardines, hacia un lado y otro de la cal e. Aquel verano fue ruidoso, con todo aquel croar…

—Sí. —Tess cerró los ojos—. Gracias, Chris.

—No tienes que darme las gracias. ¿Crees que puedes dormir ya?

—Sí.

—Espero que el ruido del viento no te despierte.

—Podría ser peor —dijo Tess, sonriendo por primera vez en todo el día—. Podrían ser ranas.

Marguerite estuvo escuchando junto a la puerta la primera parte de la historia, después se retiró a su estudio y conectó la pantalla mural. Nada de trabajar. Tan solo observar.

Era casi de noche en el pequeño fragmento de UMa_{47}/E del Sujeto. Este atravesaba un cañón bajo, paralelo al sol poniente. Quizás fuera por la inclinación de la luz, pero parecía especialmente enfermo, pensó Marguerite. Llevaba bastante tiempo rebuscando comida, subsistiendo de aquella sustancia parecida al musgo que crecía donde había agua y sombra. Marguerite sospechaba que el musgo no era demasiado nutritivo, quizás no lo suficiente como para sostenerlo. Su piel estaba arrugada y apergaminada. Uno no necesitaba ser físico para sacar conclusiones de aquel a ecuación. Demasiadas calorías gastadas, muy pocas ingeridas.

Conforme el cielo se oscurecía, iban surgiendo unas pocas estrel as. La más bril ante de todas el as no era una estrella sino un planeta: uno de los dos gigantes de gas del sistema, UMa_{47}/A, con casi tres veces el tamaño de Júpiter y suficientemente grande como para mostrar un disco perceptible al acercarse. El Sujeto se detuvo y giró la cabeza a un lado y al otro. Trataba de orientarse, quizás, o incluso l evaba a cabo algún tipo de navegación siguiendo las estrellas.

Oyó a Chris cerrar la puerta del dormitorio de Tessa. Se asomó al estudio.

—¿Te importa si me uno?

—Coge una silla. No estoy trabajando de verdad.

—Está oscureciendo —dijo él señalando la pantalla mural.

—Pronto se dormirá. Sé que suena tonto, Chris, pero estoy preocupada por él. Está muy lejos de… bueno, de cualquier lugar. No parece que haya nada vivo por ahí cerca, ni siquiera los parásitos que se alimentan de él por la noche.

—¿Y eso no es bueno?

—Bueno, técnicamente lo más probable es que no se trate en realidad de parásitos. Debe de ser algún tipo de simbiosis beneficiosa, o las ciudades no estarían llenas de el os.

—Nueva York está lleno de ratas. Eso no quiere decir que su presencia sea bienvenida.

—Es una cuestión abierta. Pero es evidente que no se encuentra bien.

—Quizás no pueda l egar a Damasco.

—¿Damasco?

—Sigo pensando que es San Pablo en el camino a Damasco. Esperando una visión.

—Supongo que nunca sabremos si la ha encontrado. Yo esperaba algo un poco más tangible.

—Bueno, no soy un experto.

—¿Y quién lo es? —dejó de mirar la transmisión—. Gracias por ayudar a que Tess se sienta como en casa. Espero que no estés cansado de contarle historias.

—En absoluto.

—A ella le gustan tus… ¿cómo las l ama el a?, historias de Porry. De hecho, estoy un poco celosa. No hablas demasiado de tu familia.

—Tessa es un público fácil.

—¿Y yo no?

Él sonrió.

—Tú no tienes once años.

—¿Te ha preguntado Tess alguna vez qué le pasó a Porcia cuando creció?

—Gracias al Cielo, no.

—¿Cómo murió? —preguntó entonces Marguerite—. Lo siento, Chris. Estoy segura de que no quieres hablar de ello. No es asunto mío.

Él permaneció cal ado durante un momento. Dios, pensó Marguerite, *lo he ofendido.*

Después rompió el silencio.

—Porcia siempre fue más testaruda que inteligente. Nunca lo pasó bien en el colegio. Dejó la universidad y se juntó con un grupo de gente, tonteaban con sustancias…

—Drogas —dijo Marguerite.

—No eran solo las drogas. Siempre pudo controlar las drogas, supongo que porque no la atraían demasiado. Pero no sabía juzgar bien a la gente. Se mudó a la caravana de un tipo en las afueras de Seattle y no supimos nada de el a durante un tiempo. Ella decía que lo quería, pero ni siquiera nos lo ponía por teléfono.

—No es una buena señal.

—Esto sucedió justo cuando salió publicado mi libro sobre Galliano. Yo estaba de paso por Seattle en una gira promocional, así que llamé a Porry y quedamos. No donde ella vivía, insistió en ese punto. Tenía que ser en algún lugar de la ciudad. Solo ella, sin su

novio. Era un poco reacia, pero al final dijo un restaurante y quedamos allí. Apareció con un parche barato para el ojo y unas grandes gafas de sol. El tipo de cosas que uno lleva para ocultar un cardenal o un ojo morado.

—Oh, no.

—Al poco admitió que las cosas no iban demasiado bien entre ella y su novio. Acababa de encontrar un trabajo y estaba ahorrando para buscar un sitio por su cuenta. Dijo que no me preocupara por ella, que estaba arreglando las cosas.

—¿El tipo la estaba pegando?

—Obviamente. Me suplicó que no me metiese. Que no hiciera «ninguna cagada de hermano mayor», me dijo. Pero yo estaba ocupado salvando al mundo de la corrupción. Si podía exponer a Ted Galliano al escrutinio público, ¿por qué no iba a poder con esa clase de cosas de vaquero de parque de caravanas? Así que cogí la dirección de Porry de la guía telefónica y conduje hasta al í cuando estaba en el trabajo. El sujeto estaba en casa, por supuesto. La verdad es que no parecía precisamente una amenaza. Tenía cincuenta y nueve años y llevaba un tatuaje de una rosa en el brazo derecho. Tenía las pintas de alguien que se pasa el día dándole a la cerveza y engrasando el motor. Se puso violento, pero lo empujé contra la pared de la caravana y le apreté el antebrazo contra el cuello. Le dije que si volvía a tocar a Porcia se acordaría de mí. Entonces me ofreció toda clase de disculpas. De hecho, comenzó a llorar. Me dijo que no podía evitarlo, que era el alcohol, eh, tío, ya sabes cómo es eso. Dijo que se controlaría. Y me fui de ahí pensando que había hecho algo bueno. En el camino de regreso, me detuve en la oficina donde trabajaba Porry y le dejé un cheque, algo para ayudarla a independizarse. Dos días más tarde recibí una llamada de una sala de urgencias de Seattle. Le habían dado una paliza y tenía una hemorragia cerebral. Murió aquella noche. Su novio quemó la caravana y dejó la ciudad en una moto robada. Por lo que sé, la policía todavía lo está buscando.

—Dios, Chris… ¡Lo siento muchísimo!

—No. Yo lo siento. No es una buena historia para una noche tormentosa. —Le tocó la mano—. Ni siquiera tiene moraleja, excepto «a veces todo se va a la mierda». Pero si me he tomado muchas licencias entre tú y Ray…

—Lo entiendo. Y agradezco tu ayuda. Pero, ¿Chris?, puedo manejar a Ray. Con o sin ti. Preferiblemente con, pero… ¿Me comprendes?

—Me estás diciendo que tú no eres Porcia.

No había luz en la habitación, salvo el leve resplandor de la puesta de sol en UMa_{47}/E. El Sujeto se recostó para dormir. Encima de las paredes del cañón, las estrellas bril aban en constelaciones que

nadie había bautizado. Nadie en la Tierra, al menos.

—Te digo que no soy Porcia. Y te ofrezco una taza de té. ¿Te interesa?

Lo cogió de la mano y caminó con él hasta la cocina, donde la ventana estaba cegada por la nieve y la tetera silbaba como contrapunto al sonido del viento.

25

Sue Sampel estaba bien despierta cuando sonó el timbre de la puerta, aunque eran bien pasadas la doce de la noche. Casi las tres, de acuerdo con su reloj.

Entre la tormenta de afuera y la energía nerviosa que había liberado durante el saqueo del despacho de Ray, dormir quedaba fuera de sus posibilidades. Sebastian, bendito fuera, había subido al piso de arriba sobre la medianoche y había caído inmediatamente dormido. Ella se había acurrucado con su libro como una especie de sustituto. Su libro, más una gran copa de *brandy de* melocotón. El libro estaba maravillosamente escrito y lleno de ideas sorprendentes, pero los vacíos y saltos lógicos eran ahora más obvios. Suponía que era aquello lo que sacaba de sus casil as a Elaine Coster, el amor alegre de Sebastian por las hipótesis escandalosas.

Por ejemplo, Sebastian explicaba en el libro que lo que la gente denominaba «el vacío del espacio» era algo más que simplemente la ausencia de materia: era una compleja cocción de partículas virtuales que entraban y salían de la existencia demasiado rápido para interaccionar con la sustancia ordinaria de las cosas. Aquello concordaba con lo que Sue recordaba de su primer año de física. Sospechaba que él pisaba terreno científico más o menos firme cuando decía que localizadas irregularidades en el vacío cuántico explicaban la presencia de la «materia oscura» en el universo. Y su idea fundamental, que la materia oscura representaba un tipo de red neuronal fantasmal que habitaba el vacío cuántico, no se la tomaba en serio nadie salvo el propio Sebastian.

Pero Sebastian no era un científico y nunca había pretendido serlo. Si se le presionaba, acabaría por decir que aquellas ideas eran «patrones» o «sugerencias», y que quizás no debían tomarse al pie de la letra. Sue lo comprendía, pero deseaba que fuera de otra manera; ella deseaba que sus teorías fuesen tan sólidas como casas, lo suficientemente sólidas como para refugiarse en ellas.

No es que su propia casa le pareciera especialmente sólida aquella noche. El viento era absolutamente feroz, la nieve tan densa que la vista desde la ventana era como la imagen de O/CBE de algún planeta incompatible para la vida humana. Se arrebujó un poco más en el sofá, tomó otro trago de *brandy* y leyó:

La vida evoluciona trasladándose a territorios preexistentes y explotando preexistentes fuerzas de la naturaleza. Las leyes de la aerodinámica estaban latentes en el universo natural antes de que fueran «descubiertas» por insectos y pájaros. De forma similar, la

conciencia humana no fue inventada *de novo,* sino que representa la adopción por parte de la biología de unas matemáticas universales, implícitas…

Aquel a era la idea que a Sue le gustaba más: el que las personas fueran pedazos de algo más grande, algo que adoptaba una forma l amada Sue Sampel aquí, y Sebastian Vogel allá, ambos únicos, pero ambos conectados, de la misma forma en la que dos picos montañosos distintos eran pedazos del mismo planeta. *De otra forma,* pensó ella, *¿qué somos sino animales perdidos. Animales perdidos, exiliados del útero, ignorantes y mortales.*

El timbre de la puerta la asustó. El ordenador general de su casa era lo bastante amable como para sonar menos fuerte, pero cuando le preguntó quién era, el ordenador contestó «no reconocido». Se le encogió el estómago. Alguien que no estaba en su catálogo regular de visitantes.

Ray Scutter, pensó. ¿Quién si no? Elaine le había advertido que algo así podría llegar a ocurrir. Ray era impulsivo, más impulsivo que nunca desde el bloqueo, quizás lo suficientemente impulsivo como para desafiar la tormenta y aparecer en su puerta a las tres de la mañana. Para entonces quizás hubiera visto el gigantesco paquete de correos electrónicos que Elaine había enviado. Él sabría (aunque quizás no pudiera probarlo) que Sue le había escamoteado las copias de su escritorio.

Estaría furioso. Peor aún, l eno de rabia. Peligroso. Sí, pero, ¿cuan peligroso? Por decirlo claramente; ¿cómo estaba de loco Ray Scutter?

Deseó haber bebido un poco menos, pero había pensado que eso la ayudaría a dormir, y la marihuana se le había acabado hacía un mes. En la experiencia de Sue, las drogas y el alcohol eran como los hombres, y los porros eran la mejor cita. A la cocaína le gustaba salir bien arreglada y muy elegante, pero te abandonaba en medio de la fiesta o te intimidaba por la madrugada. El alcohol prometía ser divertido pero terminaba por ponerte en ridículo; el alcohol era un chico de camisa llamativa con mal aliento y demasiadas opiniones. Los porros, sin embargo… A los porros les gustaba abrazar y hacer el amor. A los porros les gustaba comer helado y ver la programación televisiva de madrugada. Los echaba de menos.

El timbre de la puerta sonó de nuevo. Se asomó a la ventana lateral. Con toda seguridad, aquel era el pequeño coche azul medianoche de Ray, aparcado contra la ventisca, en la curva. Debía de tener un buen sistema de navegación, pensó, para recorrer aquel a distancia a través de la nieve, cada vez más profunda.

Siguió otra oleada de timbrazos, que el ordenador central amortiguó con desdén.

Por supuesto, podía ignorarlo. Pero aquel o le parecía una cobardía. En realidad, no había nada que temer. ¿Qué iba a hacer? ¿Gritarle? *Ya soy una mujer madura,* pensó. *Puedo manejar esto. Lo mejor es pasarlo cuanto antes.*

Pensó en despertar a Sebastian, pero finalmente decidió no hacerlo. Sebastian era muchas cosas, pero no era un luchador. Ella podía encargarse de aquello por sí misma. Podía ver qué era lo que quería Ray, y si era necesario, mandarlo a paseo.

Pero fue a la cocina y cogió un cuchillo de trinchar, por si acaso. Se sintió idiota por hacer aquel o; el cuchillo era en realidad un tranquilizante emocional, algo para hacerla sentir más valiente, y lo ocultó tras la espalda conforme se aproximaba a la entrada. Abrió la puerta porque, después de todo, aquello era Blind Lake, la comunidad más segura en la superficie de la Tierra, aunque su jefe estuviera cabreado de verdad.

El corazón le latía al doble de velocidad.

Ray estaba de pie bajo la luz amaril a del porche, con su abrigo negro largo. El viento le había despeinado y lo había adornado con estrellas de nieve. Tenía los labios apretados y le bril aban los ojos. Sue se quedó en el umbral, preparada para cerrar de un portazo si se hacía necesario. El aire helado entraba a ráfagas en la casa.

—Ray… —dijo.

—Estás despedida —soltó él.

Sue parpadeó.

—¿Qué?

La voz de Ray era lisa y llana, sus labios congelados en una expresión de burla y desprecio.

—Sé lo que has hecho. He venido para decirte que estás despedida.

—¿Estoy despedida? ¿Has venido conduciendo hasta aquí para decirme que estoy despedida?

Aquel o era demasiado. La tensión del día se había acumulado en su interior como una carga eléctrica, y aquello era un anticlímax tan absurdo (Ray despidiéndola de un trabajo que había l egado a ser, después de tanto tiempo, redundante e insignificante) que tuvo que esforzarse para mantener el semblante.

¿Qué haría después, expulsarla de Blind Lake?

Pero presentía que era absolutamente necesario ocultar la gracia que aquello le provocaba.

—Ray… —dijo—. Mira, lo siento, pero es tarde…

—Cállate la boca. Cierra la puta boca. No eres nada más que una ladrona. Ya me he enterado de lo de los documentos que me robaste. Y también de la otra cosa.

—¿La otra cosa?

—¿Tengo que dibujarte un diagrama? ¡El bol o!

El DingDong.

Lo había hecho. Se había reído a pesar de sí misma. Una risa tonta y ahogada que se convirtió en una carcajada inevitable. Dios, el DingDong, el sucedáneo de pastel de cumpleaños de Sebastian, ¡el DingDong de mierda!

Todavía se estaba riendo cuando Ray la agarró por la garganta.

Sebastian siempre había tenido el sueño profundo.

Se dormía rápidamente y se despertaba con dificultad. Las clases tempranas habían sido la maldición de su carrera académica. Habría sido un monje fatal, pensaba a menudo. Incapaz del celibato y siempre llegando tarde para maitines.

Siguió durmiendo a pesar del sonido lejano del timbre de la puerta y del considerable ruido que siguió después. Se levantó al oír cómo alguien susurraba su nombre.

O quizás había sido tan solo el viento. Abrió los ojos dentro de un capullo de mantas, en la habitación a oscuras. Escuchó un momento y no oyó nada salvo el viento fuerte de la tormenta contra los canalones del tejado. Estiró la mano hacia el lado de la cama de Sue, pero lo encontró frío y vacío. No era inusual. Sue padecía un poco de insomnio. Cerró los ojos de nuevo y suspiró.

—¡Sebastian!

Era la voz de Sue. No estaba en la cama, pero estaba en la habitación con él, y parecía aterrorizada. Se sacudió el sueño como un perro mojado se sacude el agua. Fue a encender la lámpara de la mesilla de noche y casi la tiró al suelo. La luz se encendió y vio a Sue junto a la puerta del dormitorio, con una mano apretándose el bajo abdomen. Estaba pálida y sudaba.

—¿Sue, qué sucede?

—Me ha herido… —dijo, y levantó la mano para dejarle ver la sangre de su camisón, la sangre formando un charco junto a sus pies.

26

Charlie Grogan, cuando no estaba localizando averías en el Ojo, vivía en un apartamento parecido a un condominio de un dormitorio, a un par de manzanas al norte del Plaza.

Dormía en el dormitorio; su viejo perro Boomer dormía en un pequeño refugio de mantas de algodón en una esquina de la cocina. El timbre los despertó a los dos simultáneamente, pero Boomer fue el primero en levantarse.

Charlie, saliendo de un confuso sueño sobre el Sujeto, cogió su servidor de bolsillo y conectó con el telefonillo de la casa.

—¿Quién es?

—Ray Scutter. Lo siento, sé que es tarde. Odio molestarlo, pero es una emergencia.

Ray Scutter, abajo en el portal durante la peor tormenta del invierno. En mitad de la noche. Charlie sacudió la cabeza. No estaba preparado para ningún pensamiento serio.

—Sí, de acuerdo, suba —y apretó el botón para abrir la puerta.

Cuando Ray llegó a la puerta se había podido poner una camisa, unos pantalones y unos calcetines. Boomer estaba excitado por toda aquella actividad nocturna, y Charlie tuvo que ordenarle que se mantuviera tranquilo cuando Ray entró en el apartamento. El perro olisqueó las rodillas del hombre y después se retiró intranquilo a un lado.

Ray Scutter. Charlie conocía al director ejecutivo de vista, pero no había hablado con él cara a cara hasta entonces. Tampoco había visto la conferencia de Ray en el auditorio hacía unas horas, aunque había oído que había sido un desastre. Charlie era generoso con aquellas cosas: odiaba hablar en público y sabía lo fácil que era quedarse en blanco en el estrado.

—Puede dejar el abrigo en el armario —dijo Charlie—. Siéntese.

Ray no hizo ni una cosa ni la otra.

—No estaré aquí mucho tiempo —dijo—, y espero que usted venga conmigo.

—¿Cómo es eso?

—Ya sé lo extraño que suena esto. Señor Grogan… ¿Es Charlie, no?

—Así es como me llaman, Charlie.

—Charlie, estoy aquí para pedirle ayuda.

Había algo en la voz de Ray que inquietaba a Boomer, que gemía desde la cocina. Charlie estaba más impresionado por el aspecto del hombre. El traje arrugado, el pelo alborotado, y lo que parecían arañazos recientes en el rostro.

Había muchos rumores sobre Ray Scutter, que se resumían en que era un jefe gritón y un gilipol as. Pero para Charlie aquello tan solo eran habladurías inadmisibles. En cualquier caso, el jefe era el jefe.

—Dígame en qué puedo ayudarlo, señor Scutter.

—Tiene un pase electrónico para todo el Ojo, ¿no es cierto?

—Sí, pero…

—Todo lo que quiero es un paseo.

—¿Perdón?

—Sé que es extraordinario. También sé que son las cuatro de la mañana. Pero tengo que tomar algunas decisiones, Charlie, y no quiero hacerlo hasta que inspeccione personalmente el complejo. No le puedo decir más.

—Señor —dijo Charlie—, hay un turno de noche. No estoy seguro de que me necesite a mí. Puedo l amar a Anne Costigan…

—No l ame a nadie. No quiero que nadie sepa que voy a ir. Lo que quiero es l egar allá, tan solo usted y yo, hacer un recorrido discreto y ver lo que haya que ver. Si alguien se queja, si Anne Costigan se queja, yo asumo la responsabilidad.

Bien, pensó Charlie, claro que era responsabilidad de Ray. Reacio, cogió su abrigo de invierno del perchero de la sala de estar.

Boomer no estaba conforme con aquel giro inesperado de los acontecimientos. Gimoteó de nuevo y se fue hasta el dormitorio, probablemente para encontrar un hueco caliente en la cama de Charlie. Boomer era un sabueso oportunista.

Fueron en el coche de Ray, un automóvil pequeño y achaparrado lleno de prestaciones contra el mal tiempo. Se agarraba a la nieve bastante bien, con microprocesadores que controlaban cada rueda y encontraban tracción donde no debería haberla. Pero aun así iba bastante lento. La nieve caía como bolsas de confeti mojado, casi demasiado rápido para que los limpiaparabrisas la despejaran de la luna frontal del coche. En aquella opacidad de espacio y tiempo las únicas señales eran las luces de las farolas, velas que fluían en la oscuridad con regularidad de metrónomo.

El interior del coche de Ray olía a fruta madura. Su sudor tenía un extraño tufillo acético, nada agradable, y había algo de cobre sobre todo aquello, el tipo de olor que uno puede sentir con los molares. Charlie trató de imaginar cómo podría bajar la ventanilla del coche en medio de una ventisca sin insultar a Ray.

Este habló poco mientras conducía. Y no era realmente una conversación, dado lo poco con que podía contribuir Charlie. Llegados a un punto, Charlie rompió el silencio.

—Si me dice qué es lo que está buscando en el Ojo, señor Scutter, quizás pueda ayudarlo a encontrarlo.

Pero Ray Scutter se limitó a mover la cabeza negativamente.

—Confío en usted —dijo—. Y comprendo su curiosidad, pero no tengo libertad para discutir esto.

Dado que Ray se había convertido en algo parecido al jefe de Blind Lake desde el bloqueo, Charlie hubiera pensado que sí tenía libertad de discutir cualquier cosa que quisiera. Sin embargo, no volvió a insistir sobre la cuestión. Se dio cuenta de que tenía miedo de Ray Scutter, y no solo porque fuera director ejecutivo. Ray despedía una energía muy peculiar.

Las manchas de su abrigo y de sus pantalones, pensó Charlie, se parecían mucho a la sangre seca.

—Usted ha trabajado durante mucho tiempo con los procesadores O/CBE —dijo Ray.

—Sí señor. Desde que estaba en Gencorp. De hecho, conocí al doctor Gupta en los días del laboratorio de Berkeley.

—¿Se ha preguntado alguna vez, Charlie, qué despertamos al construir el Ojo?

—¿Perdón?

—¿Cuando construimos un espacio matemático de fase, grande de cojones, y lo poblamos con un código autocambiante?

—Supongo que es otra forma de verlo.

—No hay un solo fenómeno en el universo que no se pueda describir matemáticamente. Todo es cálculo, Charlie, incluidos usted y yo; tan solo somos unos pequeños cálculos aislados, agua y minerales que siguen unas instrucciones con un mil ón de años de antigüedad.

—Es un punto de vista un poco lúgubre.

—Dijo el simio, temiéndose una amenaza.

—¿Perdón?

—Nada. Lo siento. No he dormido mucho.

—Sé lo que es eso —dijo Charlie, aunque ahora estaba tan despierto como jamás lo había estado antes.

De alguna forma, Ray mantuvo el coche en la carretera. Charlie se sintió sumamente aliviado cuando vio al guardia acercándose por la izquierda. Se preguntó a quién le había tocado hacer guardia en una noche (no, madrugada) tan asquerosa como aquel a. Resultó ser Nancy Saeed. Esta comprobó el pase de Charlie y registró con visible sorpresa la presencia de Ray Scutter. Nancy era una ex-marine; cuando vio a Ray levantó la mano para saludarlo, pero luego se lo pensó mejor.

Un poco después, Ray aparcó en la entrada principal. Lo bueno de llegar tan temprano era que uno siempre podía encontrar un buen sitio para estacionar.

Escoltó a Ray hasta su propio despacho, donde dejaron sus abrigos. Charlie había realizado tantas de aquellas visitas guiadas para invitados importantes que se habían convertido en rutina. Pero aquel no era el espectáculo habitual. Ni de lejos.

—Encontré aquí a su hija el otro día —dijo Charlie.

Ray irguió la cabeza como un depredador buscando un rastro.

—¿Tessa estuvo aquí?

—Bueno, ella… Sí, vino, y quiso ver todo esto.

—¿El a sola?

—Su madre vino a recogerla después.

Ray frunció el ceño.

—Me gustaría decirle que estoy orgulloso de mi hija, Charlie. Desafortunadamente no puedo hacerlo. En muchos aspectos es hija de su madre. Siempre te puede llegar a pasar cuando giras la ruleta genética. ¿Tiene hijos?

—No —dijo Charlie.

—Suerte para usted. Nunca se la juegue. Es una apuesta idiota.

—Señor… —dijo Charlie, tratando de no mirar.

—¿Y qué es lo que quería, Charlie?

—¿Su hija? Tan solo echar un vistazo.

—Tess ha tenido algunos problemas emocionales. En ocasiones la locura es contagiosa.

Si es contagiosa, pensó Charlie, *entonces hace tiempo que necesitas un examen médico.*

—Pasan cosas extrañas —dijo él tratando de parecer amigable—. ¿Por qué no se quita los zapatos y se pone un par de esas botas?

—¿A dónde va usted?

—A ver a un hombre para preguntarle sobre el estado de las fuentes de alimentación.

Caminó el suficiente trecho del pasil o principal para hacerlo más convincente. En cuanto hubo doblado la esquina, marcó un número en su servidor de bolsillo y pidió que le pasaran a Tabby Menkowitz, de Seguridad. Esta cogió la llamada un momento más tarde.

—¿Charlie? Falta una hora para que amanezca… ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quizás tengamos un problema, Tab.

—Tenemos montones de problemas. ¿A qué sabe el tuyo?

—Ray Scutter está en mi despacho y quiere un recorrido por la planta.

—Estás de broma.

—Ojalá.

—Dile que pida cita. Estamos ocupados.

—Tabby, no puedo decírselo, y ya está… —Recapacitó sobre lo que ella acababa de decirle—. ¿Ocupados con qué?

—¿No lo sabes? Habla con Anne. Quizás sea una suerte que te hayas presentado ahora. Lo que he oído es que los O/CBE están produciendo números extraños, y que los de Observación están muy

excitados por algo… Pero no es mi departamento. Lo único que sé es que todo el mundo está demasiado ocupado como para hacer política con la dirección. Así que mantén al señor Scutter en espera.

—No creo que esté de humor para esperar. Él…

—¡Charlie! Estoy ocupada, ¿de acuerdo? ¡Ocúpate tú!

Charlie volvió deprisa a su despacho. Algo estaba pasando con los O/CBE y quería bajar y ver de qué se trataba. Pero lo primero era lo primero. Mostrarle la puerta a Ray si era posible, y si no, ponerlo al teléfono con Tabby si es que tenía algún problema.

Pero el despacho estaba vacío.

Ray no estaba. Charlie se dio cuenta de que tampoco estaba donde debería su pase de seguridad, metido en la identificación que l evaba en la bata que había colgada en el perchero.

—Mierda —dijo.

Llamó de nuevo a Tabby Menkowitz, pero aquella vez no pudo contactar con ella. Algo le pasaba al servidor de bolsillo. Emitió un pitido y la pantalla se puso de color azul.

Estaba intentando arreglarlo cuando el suelo comenzó a moverse bajo sus pies.

27

Chris dormía en un vacío negro, sin sueños, cuando le despertó el sonido de su teléfono móvil, que había dejado en la mesilla de noche y que brillaba como un lápiz luminoso. Comprobó la hora en el reloj del teléfono antes de contestar. Las cuatro de la mañana. Solo había podido dormir una hora en condiciones. La tormenta continuaba royendo la piel de la casa.

Era Elaine Coster. Estaba en la clínica de Blind Lake, le dijo, con Sebastian Vogel y Sue Sampel. Habían apuñalado a Sue. Apuñalada por Ray Scutter.

—Quizás queráis acercaros hasta aquí, si podéis l egar con este tiempo. Quiero decir, la cosa no está tan, tan mal; va a vivir y todo eso, de hecho preguntó por ti, pero creo que sería mejor para todos estar juntos durante un tiempo.

Chris observó a Marguerite agitándose intranquila bajo las sábanas.

—Estaremos allí tan pronto como podamos.

La despertó y le dijo lo que había sucedido.

Marguerite dejó que Chris condujera a través de la nieve. Estaba sentada en el asiento de pasajeros junto con Tess, que todavía estaba más que atontada por el sueño y no sabía lo que su padre había hecho. Marguerite prefería que siguiera así, al menos por el momento. Tess ya estaba sometida a suficiente tensión.

Durante todo el viaje, con la cabeza de Tessa acunada en su regazo, con la nieve golpeteando las ventanil as del coche y la totalidad de Blind Lake envuelta en una gélida y punzante oscuridad, pensó en Ray.

Lo había juzgado mal.

Nunca había creído posible que Ray se dejara l evar y recurriese a la violencia física. Aun ahora le resultaba difícil imaginárselo. Ray con un cuchillo. Había sido un cuchil o, le había dicho Chris. Ray con un cuchillo, usándolo. Ray metiendo el cuchillo en el cuerpo de Sue Sampel…

—¿Sabes? —le dijo a Chris—, tan solo me he desmayado una vez en la vida. Fue por una serpiente.

Chris luchó con el volante cuando doblaron la esquina hacia la zona comercial. El coche zigzagueaba por efecto de la nieve, y los pilotos de pérdida de tracción parpadearon antes de recuperar la dirección. Pero tuvo tiempo de lanzarle una mirada curiosa.

—Tenía siete años —dijo Marguerite—. Salí de la casa un verano por la mañana, y había una serpiente enroscada en las escaleras del

porche, disfrutando del sol. Una serpiente grande, brillante y resplandeciente contra el viejo peldaño de madera. Demasiado grande y demasiado resplandeciente para ser real. Di por sentado que era falsa, que alguno de los niños de los vecinos la había puesto allí para asustarme. Así que salté sobre ella. Tres veces. Tres veces distintas. Por si alguien estuviese mirando, para demostrarle que no se podía burlar de mí. La serpiente no llegó a moverse, y yo me fui a la biblioteca sin pensar más en ello. Pero cuando volví a casa mí padre me dijo que había matado una serpiente de cascabel aquel a mañana. Había subido al porche y la había matado con una pala, cortándola por la mitad. Las serpientes entraban en un estado de letargo con el aire frío, me dijo, pero había que ser precavido. Una serpiente como aquella podía atacar más rápido que un rayo y l evaba veneno suficiente para matar a un cabal o. —Miró a Chris—. Fue entonces cuando me desmayé.

Llegaron a la clínica de Blind Lake veinte minutos más tarde. Chris aparcó el coche bajo el abrigo de un alero de hormigón, con las ruedas traseras sobre la acera. Elaine Coster se reunió con el os en el vestíbulo. Sebastian Vogel estaba también al í, derrumbado en la sil a, con la cabeza entre las manos.

Elaine lanzó una dura mirada a Marguerite.

—Sue quiere verte.

—¿Quiere verme a mí?

—La herida es más o menos superficial. Se la han suturado y está sedada. La enfermera dice que debe dormir, pero estaba totalmente despierta hace pocos minutos, y cuando le mencioné que ibais a venir dijo que quería hablar contigo.

Oh, Dios, pensó Marguerite.

—Supongo que si todavía está despierta…

—Te enseñaré el camino.

Chris prometió cuidar de Tess, que estaba mostrando un interés soñoliento en los juguetes de la sala de espera.

—Entra, cielo —dijo Sue—. Estoy demasiado débil para morder.

Marguerite entró en la habitación.

La habitación de Sue estaba justo debajo de aquel a en la que Adam Sandoval, el hombre que había caído sobre Blind Lake en una avioneta derribada, descansaba en coma. Era evidente que Sue no estaba en coma, pero parecía extremadamente débil. Estaba en posición semirreclinada, con una sonda en el antebrazo. Tenía el semblante pálido. Parecía mucho mayor que sus cuarenta y tantos años. Pero se las arregló para sonreír.

—Para ser sincera —dijo—, la cosa no está tan mal como parece. He perdido algo de sangre, pero el cuchillo no ha cortado nada más

importante que lo que el doctor Goldhar llama «tejido adiposo». Grasa, en otras palabras. Supongo que me han salvado todos los postres que me he comido a lo largo de mi vida. Como el bueno de las películas al que la bala le hubiera l egado al corazón si no hubiera sido por la Biblia que l evaba en el bolsillo. Hay una silla junto a la cama, Marguerite. ¿No te quieres sentar? Verte ahí de pie me agota.

Marguerite se sentó obedientemente.

—Te debe de doler mucho.

—Ya no. Me han atiborrado de morfina. O algo parecido. La enfermera dice que normalmente hace que a la gente le entre sueño, pero yo soy un «caso atípico». Creo que eso significa que a mí me da ganas de sentarme y hablar. ¿Crees que es así como se sienten los adictos a las drogas, en sus días buenos?

—Quizás al principio.

—Lo que quiere decir que no va a durar. Estoy segura de que tienes razón. Tiene ese aire de «castil o de naipes», como si no fuera a durar para siempre. Euforia con fecha de caducidad. Quiero disfrutarlo mientras dure.

Podría acabar en cualquier momento, pensó Marguerite.

—No sabes cuánto lo siento.

—Gracias, pero no tienes por qué sentirlo. De verdad que agradezco que hayáis venido con este tiempo tan horrible.

—Cuando escuché que Ray fue… quien te hirió…

—¿Qué?

—Te debo una disculpa.

—Temía que dijeras eso. Y eso es por lo que quería hablar contigo. —Frunció el ceño. Aquello hizo que su rostro pareciera aún más pálido—. No te conozco demasiado bien, Marguerite, pero nos llevamos bien, ¿no?

—Eso creo.

—¿Lo bastante bien como para entrar en el terreno personal? —No esperó la respuesta—. Tengo la impresión de que tengo más experiencia con los hombres que tú. No necesariamente buenas experiencias, pero más. No quiero decir que yo sea una guarra y tú seas virgen, simplemente que hemos caído en partes diferentes de la curva de distribución, si sabes a qué me refiero… Lo siento, las drogas me afectan un poco. No me lo reproches. Una de las cosas que he aprendido es que una no puede asumir la responsabilidad por lo que hace un hombre. Especialmente si ya le has dado la patada por ser un cabronazo. De modo que por favor, por favor, no te disculpes en nombre de Ray. Él no es una especie de *pit bul* al que debas ponerle una correa más corta. Es totalmente responsable de cómo se comportó cuando os casasteis. Y es absolutamente responsable de esto.

Señaló el vendaje que abultaba bajo la fina sábana de la clínica.

—Ojalá hubiera podido hacer algo para detenerlo —dijo Marguerite.

—Estoy de acuerdo, pero no pudiste.

—Sigo pensando que…

—No, Marguerite. No. De verdad. Tú no podías.

Quizás no. Pero había subestimado de forma continuada el grado de desequilibrio de Ray. Había saltado sobre una serpiente de cascabel cien veces, mil veces, protegida únicamente por su ingenua inocencia.

Ella misma podría haber acabado muerta. Sue había estado cerca.

—Bueno…, ¿puedo decir que siento que hayas resultado herida?

—Ya lo has hecho. Y te lo agradezco. También me gustaría hablar con Chris, pero ya sabes, creo que me estoy durmiendo. —Sus párpados bajaron a media asta—. De pronto me siento cálida y un poco…, ¿cuál sería la palabra? Profética.

—¿Profética?

—Como el oráculo de Delfos. Sabiduría por un penique, si puedo aguantar despierta lo suficiente como para repartirla. Me siento muy sabia, como si todo fuera a salir bien. Probablemente sea la morfina. Pero Chris es un buen chico. Te irá bien con Chris. Él lo intenta con todas sus fuerzas, lo aparente o no. Todo lo que necesita es una razón para pensar mejor de sí mismo. Te necesita para confiar en sí mismo, y necesita cumplir con esa confianza… Pero eso le trae de cabeza.

Marguerite seguía mirándola sin hablar.

—Ahora… —dijo Sue, espectacularmente pálida contra el blanco de la sábana—. Creo que necesito dormir, pero de verdad.

Cerró los ojos.

Marguerite se quedó sentada en silencio, mientras la respiración de Sue seguía tranquilamente su curso. Después salió de puntil as al pasillo y cerró la puerta detrás de el a.

Sue la había sorprendido aquella noche. También lo había hecho Ray, de una manera mucho más terrible. Y si no podía hacerse una idea correcta de aquella gente, pensó, ¿cómo iba a pretender comprender al Sujeto? Quizás Ray había tenido razón: toda su gran charla sobre las narraciones… Era absurda, ridícula, un sueño infantil.

Su servidor vibró en el bolsil o. Se trataba de un mensaje del Ojo con la alta prioridad indicada en el asunto. Marguerite apretó la tecla de «CONTESTAR», esperando más malas noticias.

Era un mensaje de texto, corto, de uno de los chicos de Adquisición de Imagen: «Conéctate al Sujeto lo antes posible», decía.

—Lo comprendo —le dijo Sebastian Vogel a Chris—. La herida no es tan grave como parecía en un principio. Con toda sinceridad, creía que iba a morirse. Pero estuvo hablando casi sin parar mientras la traía hasta aquí.

Sebastian parecía frágil, pensó Chris, con aquel cuerpo redondo empotrado a presión en la poco generosa circunferencia de la silla de la sala de espera. Elaine Coster se sentaba en el lado opuesto del espacio de recepción, con el gesto ceñudo, mientras Tess jugaba sin prestar atención con unos juguetes de la sala de espera pensados para entretener a niños mucho más pequeños que ella. Hizo correr un tren de bolas de colores a lo largo de una montaña rusa metida dentro de un marco de metal. Las bolas entrechocaban cuando bajaban de los picos a los valles.

—Ella insistía en hablar de mi libro —dijo Sebastian—. ¿Te lo puedes imaginar, considerando el dolor que estaba padeciendo?

—Qué bonito —dijo Elaine cáusticamente desde del otro lado de la sala—. Debes de haberte sentido muy halagado.

Sebastian parecía genuinamente dolido.

—Estaba horrorizado.

—Entonces, ¿por qué lo mencionó?

—Podía estar muñéndose, Elaine. Me preguntaba si realmente había un Dios, el tipo de Dios que yo mencionaba en mi libro, «del cual parten nuestras mentes y al cual retornan». Me estaba citando.

—¿Y entonces qué le dijiste?

—Quizás le debería haber mentido. Le dije que no lo sabía.

—¿Cómo se lo tomó ella?

—No me creyó. Ella piensa que soy demasiado modesto. —Miró a Elaine, después a Chris—. ¡Ese puto libro! Esa puta mierda de libro… Por supuesto que lo escribí por dinero. No por tanto dinero. Tan solo un pequeño adelanto de prensa de segunda división. Algo para acolchar mi pensión. Nadie esperaba que tuviera tanto éxito como tuvo. Nunca tuve la intención de que fuera algo que la gente tomara como un credo. Como mucho, es una forma de ciencia-ficción teológica. El chiste de un pensador.

—Una mentira, en otras palabras —dijo Elaine.

—Sí, sí, pero ¿lo es en realidad? Últimamente…

—¿Últimamente qué?

—No sé cómo explicarlo. Se parece más a la inspiración. ¿Comprendes la historia de esa palabra, inspiración? ¿El *pneuma,* el aliento sagrado, el aliento de la vida, el divino aliento? ¿Inhalar a Dios? Quizás algo estaba hablando a través de mí.

—Parece como si tu detector de chorradas se hubiera estropeado —dijo Elaine, aunque Chris se dio cuenta de que lo dijo más lentamente, y con un tono burlón menos evidente.

Sebastian sacudió la cabeza negativamente.

—Elaine: ¿sabes por qué tu cinismo no hace daño? Porque lo comparto. Si alguna vez creí de verdad en Dios, aquel o acabó cuando alcancé la pubertad. Si l amas colección de chorradas a mi libro,

Elaine, no voy a discutir contigo. ¿Recuerdas cuando predijiste que iba a escribir una segunda parte? Tenías toda la razón. Firmé el contrato la semana antes de que fuéramos a Crossbank. *La sabiduría & el vacío cuántico.* Risible, ¿no es cierto? Pero, ¡oh, cielos, el dinero que me ofrecieron!, por escribir unos pocos aforismos que no hacen daño a nadie, en un lenguaje fantasioso. ¿A quién iba a hacer daño? A nadie. Y al que menos de todos a mí. Mi carrera académica está acabada. Cualquier credibilidad como académico se fue al garete cuando publiqué el primer volumen. No me quedaba nada más que hacer que exprimir la gal ina de los huevos de oro. Pero…

Sebastian se detuvo. Elaine cruzó el suelo embaldosado y se sentó junto a él.

Chris observaba a Tess jugar con un basto coche de madera. Si la chica estaba escuchando, no daba ninguna señal al respecto.

—¿Pero? —lo animó a seguir Elaine.

—Pero, como dije, me encuentro preguntándome… Eso es, algunas mañanas me levanto creyéndolo. Creyéndolo de todo corazón, creyendo del mismo modo en que creo en mi propia existencia.

—¿Creyendo qué, que eres un profeta?

—Para nada. No. Me levanto pensando que me he tropezado con una verdad. A pesar de mí mismo. Con una verdad fundamental.

—¿Qué verdad, Sebastian?

—Que hay algo que vive en los procesos físicos del universo. No necesariamente creándolos. Modificándolos, quizás. Pero principalmente viviendo en el os. Comiendo el pasado y excretando el futuro.

Tess le lanzó una mirada curiosa y después empujó el coche un poco más lejos.

—Ya sabes —dijo Elaine—, eso es como el paso final de la locura. Cuando comienzas a prestar atención a las voces que hay dentro de tu cabeza.

—Obviamente. Quizás esté loco, Elaine, pero no soy idiota. Soy capaz solito de comprender que algo es un espejismo. Y entonces me pregunto si Ray Scutter tenía razón, si Blind Lake ha sido afectado por una locura contagiosa. Eso explicaría mucho, ¿no es así? Eso explicaría por qué nos han puesto en cuarentena. Eso explicaría parte del comportamiento de Ray. Quizás incluso podría explicar por qué Sue está en una clínica de guardia con una herida de cuchillo en el vientre.

Y aquel o quizás explicaría a la Chica del Espejo, pensó Chris.

Miró a Tess, preocupado por que hubiera escuchado aquel comentario sobre su padre, pero la niña había abandonado su coche de madera cerca de unas puertas abatibles donde se podía leer un rótulo de «PERSONAL DEL HOSPITAL» y había desaparecido por aquel

pasillo.

Se incorporó y la l amó. No hubo respuesta.

Tess estaba buscando a su madre cuando abrió la puerta de la habitación de un hombre.

Al principio creyó que la habitación estaba vacía. Estaba iluminada muy débilmente, pero desde la puerta pudo distinguir una cama, la ventana, un silencioso monitor de constantes vitales, la figura esquelética de un árbol de interior. Estaba a punto de salir cuando el hombre de la cama le habló.

—Hola. No te vayas.

Ella titubeó.

El hombre yacía sin moverse en la cama, pero al parecer no estaba durmiendo. Parecía amigable. Pero uno nunca podía fiarse.

—No tienej por qué tener miedo —dijo el hombre. Dijo «tienej» en lugar de «tienes», se dio cuenta Tess. De alguna forma, aquello le hacía parecer menos peligroso.

Dio cautelosamente un paso adelante.

—Es usted el hombre de la avioneta —dijo.

—Eso es. La avioneta. Mi nombre es Adam. Sabes, como el palíndromo. «Madam, soy Adam». —Su voz era la de un hombre viejo, grave y lenta, pero también sonaba profunda —. Tengo mi licencia de piloto desde hace quince años —dijo—, pero solo suelo volar los fines de semana. Tengo una tienda de *hardware* en Loveland, Colorado. Adam Sandoval. El hombre de la avioneta. Ese soy yo. ¿Cómo te llamas tú?

—Tessa.

—Y esto debe de ser Blind Lake.

—Sí.

—Parece que hace frío ahí fuera.

—Está nevando. Puede oír la nieve golpeando la ventana.

—Mala visibilidad —murmuró Adam Sandoval, como si estuviera evaluando alguna posible ruta de escape.

—¿Está muy grave? —preguntó Tess. El hombre todavía no se había movido.

—Bueno, no lo sé. No me duele nada. Ni siquiera estoy seguro de estar totalmente despierto. ¿Eres un sueño, Tessa?

—No lo creo. —Pensó en lo que aquel hombre había hecho. Había caído literalmente del cielo. Como Dorothy. Había llegado a Blind Lake en un tornado—. ¿Qué pasa fuera?

—Está nevando, has dicho. Y parece que es de noche.

—No, me refiero a fuera de Blind Lake.

El hombre hizo una pausa. Era como si estuviera revolviendo en una caja de recuerdos, una caja que hubiera estado cerrada durante

tanto tiempo que ya no estaba seguro de lo que había dejado dentro.

—Fue difícil despegar aquel día —dijo al fin—. La Guardia Nacional estaba en los aeropuertos, incluso en las pistas locales de avionetas. Todo el mundo estaba preocupado por lo de la estrella de mar. —Hizo otra pausa—. La estrella de mar de Crossbank se llevó a mi esposa. O ella se dejó llevar; quizás es una forma mejor de decir lo mismo.

Tess no comprendía aquello, ni siquiera un poco, pero supo ser paciente mientras el hombre seguía hablando. Interrumpirle sería de mala educación. Esperaba que, más tarde o más temprano, al menos algo de lo que dijera tuviera algún sentido para el a.

—A Karen, mi esposa, le diagnosticaron cáncer cervical hace seis años. No la podían curar por alguna peculiaridad de su sistema inmunológico. El tratamiento la hubiera matado tan rápidamente como la enfermedad. De modo que pasó por el quirófano; tomaba un puñado de pastil as cada cuatro horas para impedir la metástasis, y habría vivido otros veinte años sin problema. ¿Y qué si tenías que tomar unas pastillas de esto y aquello de cuando en cuando? Pero Karen decía que las pastillas la ponían enferma, y tengo que admitir que se pasaba todo el tiempo corriendo al baño. Para el a era difícil salir de casa en esas circunstancias. El quirófano la había dejado cansada y se sentía mayor, y supongo que además de todo estaba clínicamente deprimida, aunque parecía más triste que enferma, triste todo el tiempo.

—Siento oír eso.

—Veía mucho la televisión cuando estaba en casa sola. Así que, cuando salió aquel a estrel a de mar de Crossbank, la vio perfectamente en el panel del video. También me hizo imprimirle los artículos de las revistas.

—Yo estuve en Crossbank el año pasado —apuntó Tess—. No recuerdo ninguna estrel a de mar.

—Sí, pero eso fue antes. Incluso entonces no había muchas imágenes. Al principio trataron de mantener el asunto al margen de la prensa. Pero había un video de un aficionado circulando por ahí, y después salió otra en Georgia y de repente todo el mundo supo que algo estaba sucediendo, aunque nadie supiera lo que era. Había una facción en el Congreso que quería borrar a la estrella de mar de la faz de la tierra. A Karen le horrorizaba la idea. El a creía que eran bonitas.

—¿Bonitas?

—Las estrellas de mar. Especialmente la de Crossbank. Su tamaño… Era la cosa más grande y más perfecta que jamás hayas visto, y todos aquel as púas y arcos hechos de lo que estuviese hecha, con arcos iris dentro… Sabías que estabas viendo algo especial, pero

algunos pensaron que era sagrado y el resto creímos que era el 666 y los Cuatro Jinetes del Apocalipsis juntos. Karen cayó en la primera categoría y yo en la segunda. Quizás si estás deprimido piensas que algo así puede ser el comienzo de la salvación. Pero si todo lo que quieres es seguir con tu vida y devolverla a la normalidad, no es más que una amenaza y una distracción.

—No sé a qué se refiere.

—Supongo que tienes que verlo desde el principio. Especialmente aquella gran estrella de mar que creció en Crossbank, donde antes estaba aquel telescopio peculiar. Karen se iba poniendo más nerviosa cuanto más la veía en la red. Los soldados se desplegaron por todos lados y cerraron las carreteras, y todos los países extranjeros querían saber qué demonios pensábamos hacer, y si eran peligrosas, y por supuesto nadie podía responder a ninguna de las dos preguntas. ¿Sabes lo que me sorprendió de Karen? La energía que tenía de repente. Aquel a mujer, que no había abandonado el sofá en seis meses. Se había puesto bastante rechoncha a pesar de las idas y venidas al baño y las pastillas, pero adelgazó rápidamente. No estoy seguro de que siguiese tomando su medicación. Parecía pensar que ya no importaba si vivía o si moría: lo que le sucediera a ella era intrascendente. No hablaba de esas cosas, ya sabes, pero se interesó mucho cuando el gobierno admitió que había perdido a varias personas y la hostia de, lo siento, de robots dentro de la estrel a de mar de Crossbank. Era posible caminar dentro de aquel a cosa y podías mandar una cámara por control remoto, pero las cámaras siempre perdían la señal y la gente que se adentraba demasiado no regresaba.

Tess caminó hacia la ventana, que estaba oscura y cegada de nieve. Podía imaginarse la «estrella de mar» del señor Sandoval con una claridad sorprendente. Un laberinto enclaustrado, como un copo de nieve, pensó, desplegado en tres dimensiones. Casi podía verla en el cristal empañado de la ventana. Retrocedió de un salto.

—¿Qué le ocurrió a la señora Sandoval? —preguntó.

—Karen salió un día con nuestro viejo Ford. Sin una explicación, sin una nota, nada. Por supuesto, yo estaba frenético. Hablé con la policía varias veces, pero supongo que estaban demasiado ocupados con toda la gente que se dirigía hacia el oeste, antes de que cerraran las carreteras de Mississippi. Terminé enterándome de que la habían detenido junto con un puñado de supuestos peregrinos, intentando atravesar la zona vedada alrededor de Crossbank. Después la policía volvió a l amar y me dijeron que había habido un error, que no había sido arrestada, aunque sí había estado con aquella gente. Ella era parte de un grupo de unos doce que se las habían arreglado para burlar el bloqueo, siguiendo una vieja ruta de montañistas. Se me hace

extraño imaginarme a Karen al á en el bosque, trepando rocas y bebiendo agua de manantiales. A ella nunca le habían gustado ni siquiera las barbacoas en el jardín de atrás, por amor de Dios. Se quejaba de los mosquitos. Te juro que no sé cómo estaba en el monte en esas condiciones.

—¿Se fue al interior de la estrella de mar?

—Eso me dijeron. Yo no estaba allí.

—¿Y salió?

—No salió —la voz del señor Sandoval se hizo apagada.

Tess pensó en aquello.

—¿Murió?

—Bueno, no salió. Eso es todo lo que sé. Eso es lo que me hizo volverme un poco loco, pienso yo.

Tess estaba un poco alarmada, porque el hombre seguía inmóvil en su cama.

—Señor Sandoval, si no se puede mover quizás debería l amar a un médico.

—No me puedo mover. Como te he dicho, no estoy ni siquiera seguro de estar despierto. Pero estoy bastante seguro de que no necesito un médico.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Por qué ha venido a Blind Lake?

—Para matar a lo que sea que esté creciendo aquí.

Tess estaba conmocionada. *Como papá,* pensó. El señor Sandoval había venido para matar a la Chica del Espejo.

Retrocedió un paso.

—Francamente —dijo él—, me parece una locura estar aquí tumbado, recordando. Es curioso lo que uno hace cuando ha perdido a alguien y no tiene a quién echar la culpa. Era demasiado tarde para todos los de Crossbank, obviamente, pero Blind Lake había salido en las noticias, habían bloqueado el complejo por si acaso sucedía lo mismo. Eso me enfurecía. Lo que debían hacer era bombardearlo, pensaba yo. Si existía la posibilidad… Bombardearlo antes de que tuviera tiempo de crearse. Pero no, solo se puso el lugar en cuarentena. Parecía una medida de putas gal inas. Perdón por mi vocabulario.

—No pasa nada —dijo Tess—. Pero si nos hubieran bombardeado nos habrían matado a todos.

Mientras lo decía se preguntaba si era cierto. Quizás la Chica del Espejo no habría dejado caer las bombas. ¿Sería capaz de algo así?

La Chica del Espejo parecía estar horrorosamente cerca en aquel momento. *No mires al espejo,* se ordenó Tess. Pero el viento golpeaba la ventana como si quisiera atraer su atención, como si dijese: *mírame,*

mírame.

—Supongo que ahora lo sé —dijo el señor Sandoval—. Supongo que entonces estaba un poco loco. Pensé que podía subirme a mi avioneta, trazar un plan de vuelo atravesando Fargo y subiendo hacia Manitoba, hacer un pequeño giro hasta el lugar correcto… Iba a volar hacia vuestro telescopio, causar el máximo daño posible y matarme al mismo tiempo.

Tess se dio cuenta de aquello era cierto. En el aire, sobre la cama, flotaban motas de viejo resentimiento del señor Sandoval. Era adulto y misterioso, y de alguna forma infantil al mismo tiempo. El plan era algo que podía habérsele ocurrido a Edie Jerundt. Pero la rabia y la angustia eran totalmente adultas. Si las emociones del señor Sandoval tuvieran un olor, pensó Tess, olerían como algo roto y eléctrico. Como cables sobrecalentados y plástico ennegrecido.

—Por supuesto —dijo el señor Sandoval—, ahora es demasiado tarde para eso.

—Sí. Derribaron su avión.

—No, quiero decir que ya ha comenzado. ¿No puedes sentirlo?

Tess tuvo miedo porque sí podía sentirlo.

Marguerite tan solo quería averiguar qué era lo que había alterado tanto a los chicos de Observación en el Ojo. El edificio de la clínica estaba casi desierto. El doctor Goldhar se había ido después de suturar la herida de Sue y estabilizarla; Rosalie Bleiler y una pareja de médicos de urgencia formaban el turno de noche, y a ellos había que sumar el personal de seguridad y de limpieza. Fue comprobando puertas hasta que encontró una habitación vacía. Una vez dentro, cerró la puerta para asegurarse mayor privacidad. Se sentía furtiva aunque no estaba haciendo nada malo, y conectó su servidor de bolsillo a la gran pantalla de la habitación.

La transmisión en directo desde el Ojo apareció con rapidez y viveza.

Parecía que era avanzada la tarde en UMa_{47}/E. El viento de la tarde empujaba el polvo por el aire, haciendo que el cielo se volviera de un blanco azulado. El Sujeto parecía continuar con su enigmática odisea, caminando a través de una serie de cañones profundos y erosionados, justo como había hecho el día anterior y el día anterior a aquel. ¿Qué es lo que era tan inusual? Quizás la clínica había instalado un equipo nuevo de reproducción de imagen; la imagen era más vivida de lo que jamás había visto, incluso en los monitores del Ojo. Tan clara como a través de una ventana. Podía ver el polvo que cubría su cuerpo, cada uno de los granos. Casi podía sentir la brisa quemada en su rostro.

Esta criatura, pensó. *Esta cosa. Este enigma.*

El Sujeto continuó hasta el antiguo cauce seco de un río, a lo largo de otra curva sinuosa, y de repente Marguerite vio lo que el equipo de Adquisición de Imagen debía de haber divisado antes. Algo tan extraño que dio un paso atrás y casi se tropezó con una sil a de sala de conferencias.

Algo increíblemente extraño. Algo artificial. Incluso posiblemente el destino, el objeto del viaje del Sujeto.

Era obvio por qué aquella estructura no se había captado en las tomas de satélite. Era enorme, pero no increíblemente enorme, y sus agujas y columnas estaban cubiertas por años, si no siglos, de polvo. Resplandecía a la luz del atardecer como un espejismo.

El Sujeto se acercó a la sombra de aquella estructura, caminando más rápidamente de lo que lo había hecho en muchos días. Marguerite creyó poder oír sus grandes pies extendidos rozando contra el suelo del desierto, cubierto de piedrecillas.

Pero, ¿qué era aquella cosa, grande como una catedral, tan claramente antigua y tan claramente descuidada? ¿Qué es lo que estaba buscando el Sujeto para viajar hasta tan lejos?

Por favor, pensó, *más misterios no, más actos insondables no…*

El Sujeto pasó bajo el primero de uno de aquellos enormes arcos de agujas, adentrándose en la sombra.

—¿Qué es lo que quieres de ese lugar? —dijo en voz alta.

El ser giró y la miró. Sus ojos eran enormes, solemnes, y de un blanco perlado.

Un fino y seco viento despeinó a Marguerite los mechones sueltos. Cayó de rodil as por puro asombro y trató de sujetarse a la mesa de conferencias, a cualquier cosa que frenara su caída. Pero bajo la palma de su mano solo encontró granos de arena, el polvo de eras, la seca superficie de UMa_{47}/E.

28

Cuando el suelo empezó a moverse bajo sus pies y las sirenas comenzaron a anunciar la señal de evacuación del Ojo, Ray se desanimó pero no se sorprendió. Era algo inevitable. Algo estaba al acecho, y a ese algo no le gustaba lo que Ray había venido a hacer.

Pero se había preparado para aquella confrontación. Se trataba de algo que cada vez se le hacía más evidente. Ray no creía demasiado en el destino, pero en aquella situación era una idea con un gran poder de explicación. Todos los tipos de experiencia vital que le habían parecido misteriosos en un tiempo (los años de lucha académica, su profundo escepticismo en el funcionamiento del Ojo, su primera iniciación hacía muchos años en los ritos de la muerte), todo aquel o cobraba entonces sentido para él. Incluso su ridículo matrimonio con Marguerite, con aquella tozudez resentida tan suya, con su desgana para comprometerse con todo lo que para él era importante. Con sus ideas sentimentales sobre los nativos de UMa$_{47}$/E. Aquellas eran las rocas contra las cuales Ray se había ido afilando como la hoja de un cuchillo.

«La hoja de un cuchillo» le provocó el recuerdo desagradable de lo sucedido en la casa de Sue Sampel. Aquello había sido puramente reflejo; nunca había querido herirla físicamente. Lo había enfurecido con aquella risa insolente y chil ona. Él la había empujado, el cuchil o había aparecido de repente en manos de el a y se había visto obligado a forcejear para quitárselo; y entonces, después de un momento irreflexivo, llegó la sangre. Dios, cómo odiaba la sangre. Pero incluso aquel horrible encuentro había constituido una experiencia útil. Le había probado que era capaz de actos audaces y transgresores.

Estaba tan familiarizado con la disposición del Paseo que fue capaz de localizar el ascensor central. Dos de los cuatro ascensores esperaban vacíos, y sus puertas se abrían y cerraban como párpados espasmódicos. El temblor que había sacudido el suelo había remitido. Un terremoto en aquella parte del país era improbable, pero no imposible. Pero Ray dudaba de que el temblor hubiera sido causado por un terremoto. Algo estaba sucediendo allá abajo, en las profundidades del Ojo.

Era evidente que el personal nocturno había sido bien entrenado para enfrentarse a una evacuación de emergencia. El personal fluía por las escaleras de dos en dos, aparentemente alarmados pero con una actitud básicamente calmada, diciéndose a sí mismos que el temblor se había detenido y que la evacuación era una formalidad. Una mujer de mirada penetrante divisó a Ray junto a los ascensores y se acercó a él.

—Se supone que tenemos que ir directamente a la salida, no regresar al trabajo. Y puedo asegurarle que no podemos utilizar los ascensores.

Puta monitora de pasillos, pensó Ray. Le mostró fugazmente su pase ejecutivo robado.

—Abandone el edificio tan rápidamente como sea posible.

—Pero nos dijeron…

—Corra a no ser que quiera perder su trabajo. O si no, déme su nombre y su código.

La voz de la autoridad. El a hizo una mueca y se fue con mirada dolida. Ray entró en el ascensor más cercano y apretó el botón del subnivel cinco, el más cercano a la galería del O/CBE. Dio por supuesto que tenía cierto margen de tiempo para trabajar. Una vez que el personal civil hubiera desalojado el edificio, Shulgin enviaría un equipo para inspeccionar el complejo, pero la tormenta ralentizaría el proceso hasta lo indecible.

Las sirenas reverberaban con fuerza en los conductos de los ascensores. Se encontraba cuatro plantas por debajo de la pradera de Minnesota cuando las sirenas dejaron de sonar, el ascensor se detuvo entre dos plantas y las luces parpadearon hasta apagarse definitivamente.

Corte de electricidad. En unos pocos segundos los sistemas auxiliares se conectarían y todo volvería a funcionar.

Pero incluso entonces, pensó Ray, *¿no debería haber luces de emergencia?*

Aparentemente no. La oscuridad era absoluta.

Sacó su servidor del bolsillo, pero incluso aquel aparato había dejado de funcionar y no emitía ni un pequeño resplandor. Igual que si estuviera ciego.

A Ray nunca le habían gustado los espacios oscuros y cerrados.

Extendió las manos para orientarse. Retrocedió hasta la esquina del ascensor, palpando las paredes a su izquierda y derecha. La superficie pulida de aluminio era fría e inerte al tacto.

Esto no puede durar, se dijo. Y si el corte de electricidad continuaba, tan solo podía significar malas noticias para los O/CBE. Las bombas dejarían de funcionar, el helio líquido dejaría de fluir, la temperatura de los tanques aumentaría más al á de los críticos 232 grados centígrados bajo cero. Pero una voz dentro de él no estaba de acuerdo, y le decía: *esa puta cosa te tiene atrapado.*

Mantente firme, se dijo. Había l egado al Ojo l eno de confianza y con una idea de su propio poder: había ido hasta allí tras dar una serie de pasos irrevocables, animado por la convicción de que los O/CBE eran la causa de todo lo malo que había ocurrido en Blind Lake. Pero el edificio le había robado el momento. Ahora estaba encerrado en

una caja, y su confianza comenzó a desvanecerse en la oscuridad.

No estoy aquí por mí, pensó Ray. Tenía que mantener aquello claro en su mente. Se encontraba al í porque los niños bobos que estaban a su cargo estaban jugando con una máquina peligrosa, y él los iba a detener ya les gustara o no. Se trataba básicamente de un acto desinteresado. Más que eso: era un acto de redención. Ray había cometido un error en la casa de Sue Sampel y estaba preparado para admitirlo. Se sintió ciertamente orgulloso de su voluntad de afrontar el problema de forma realista. Quizás todos los demás estuvieran cegados por la codicia, la negación de la realidad o el miedo. Pero Ray no. La máquina que había en aquel edificio se había convertido en una amenaza y él iba a encargarse de ella. Estaba llevando a cabo un acto moral tan fundamentalmente necesario que limpiaría todos los errores que pudiera haber cometido en el proceso.

A no ser que l egara demasiado tarde. El ascensor estaba quieto, pero Ray podía escuchar los crujidos y quejidos del edificio a su alrededor, deformados por la oscuridad. *Lo que sea que hayamos despertado,* pensó, *es poderoso; es fuerte, y se está haciendo a la idea de su propia fuerza.*

Metódicamente, se subió una de las perneras del pantalón. Había dejado la casa de Sue con el cuchillo sangrante todavía aferrado en la mano. No había querido tirarlo, o dejarlo allí. El cuchillo, el acto de utilizar un arma, había hecho lo que seguía tan posible como necesario. Había sido entonces cuando había surgido en su mente el plan de utilizar el pase de libre circulación por el complejo de Charlie Grogan. Había empezado a conducir hacia la casa de Charlie con el cuchillo a su lado, en el asiento del copiloto, una cosa intocable decorada con la sangre de Sue Sampel. Después había echado el coche a un lado de la carretera, había limpiado el cuchil o con un pañuelo de papel y se lo había atado al muslo de la pierna izquierda con un rol o de cinta adhesiva de la guantera. Entonces le había parecido una buena idea.

En ese momento prefería tener el cuchillo en la mano, preparado para ser utilizado. Además, no podía evitar pensar que quizás se había dejado algo de sangre en la hoja, a pesar de todo; y la idea de que la sangre de Sue Sampel tocara su piel, invadiendo sus poros, le resultaba grotesca e intolerable. Pero en la oscuridad absoluta del ascensor atascado le estaba costando un gran esfuerzo encontrar el extremo de la cinta adhesiva. Se había envuelto la pierna como una puta momia.

Tampoco había pensado entonces en el problema físico que suponía despegarse de la pierna peluda lo que parecía medio kilómetro de cinta adhesiva. Era prácticamente seguro que se iba a despellejar. Inspiró profundamente y fue dando boqueadas, igual que

Marguerite había aprendido a hacer en aquellas clases de parto sin dolor a las que había asistido antes del nacimiento de Tessa. Para cuando solo quedaba la última vuelta de cinta se le saltaban las lágrimas, y cuando se la arrancó, el cuchil o también dio un violento tirón y le hizo un corte limpio desde la pantorrilla hasta el tobillo.

Aquel o era demasiado. Gritó de dolor y frustración, y su grito hizo que el ascensor atascado pareciera mucho más pequeño, insoportablemente pequeño. Abrió los ojos de par en par buscando alguna luz (había oído que el ojo humano podía percibir hasta un protón aislado) pero no había nada, tan solo el escozor de su propio sudor.

Podría morir aquí, pensó, y aquello sería horrible; o peor aún: ¿qué pasaría si estaba equivocado sobre lo del Ojo, qué pasaría si Shulgin lo encontrara al í después de que la crisis hubiera terminado, delirando y con un arma incriminatoria en la mano? El cuchillo, el puto cuchillo… No podía tenerlo encima y no podía deshacerse de él.

¿Y si las paredes se cerraran sobre él, como dientes?

Se preguntó (si llegaba a ser necesario) si sería capaz de matarse con el cuchillo. Como un guerrero samurai, tirándose sobre su espada. ¿Con cuánta profundidad, con cuánta rapidez podría clavarse una hoja de quince centímetros? ¿Sería mejor cortarse las venas o clavárselo en el vientre? ¿O debería intentar cortarse la garganta?

Pensó en la muerte. ¿Cómo sería hundirse y perderse de su propio y sucio yo, ser arrastrado más y más profundamente hacia un pasado estático y vacío?

Imaginó que escuchaba la voz de Marguerite en su cabeza, susurrando palabras que él no comprendía:

Ignorancia
Curiosidad
Dolor
Amor

Una prueba más, como si la necesitara, de que la locura del O/CBE ya le estaba afectando…

Y entonces volvió la luz.

—¡Dios! ¡Joder! —dijo Ray, momentáneamente cegado.

El ascensor volvió a la vida con un zumbido y continuó su trayecto hacia abajo.

Se dio cuenta de que se había mordido la lengua. Tenía la boca l ena de sangre. Escupió sobre el suelo de baldosas verdes, se bajó la pernera del pantalón sobre su tobillo sangrante y esperó a que se abriera la puerta.

29

—Quizás se haya ido a buscar a su madre —dijo Elaine, pero cuando Chris gritó el nombre de Tessa no hubo respuesta, y el resplandeciente pasil o iluminado de la planta baja de la clínica estaba vacío hasta donde alcanzaba la vista.

Sacó su servidor del bolsillo y pronunció su nombre de nuevo. Sin respuesta. Lo intentó con Marguerite. También sin respuesta.

—Esto es casi paranormal —dijo Elaine.

Era peor que aquello. Chris tuvo una sensación como si hubiera caído en una de esas pesadil as en las que algo absolutamente esencial se evapora de tus manos.

—¿En qué habitación está Sue?

—Dos once —dijo Elaine rápidamente—, arriba.

—Llama a la enfermera de turno y pídele que busque a Tess. Yo encontraré a Marguerite.

Elaine observó cómo Chris corría por las escaleras. Ella no estaba demasiado preocupada. La chica probablemente estaría abajo, en la cafetería, o montándose en una camilla.

—Todo un hombre de familia, nuestro Chris —le dijo a Vogel.

—No infravalores lo que ha encontrado aquí —murmuró Vogel—. Podría acabar en cualquier momento.

Descubrió que Sue Sampel estaba casi dormida, sola en su habitación a oscuras.

—Marguerite ya se ha marchado —dijo el a—. ¿Chris? ¿Eres tú? ¿Chris? ¿Marguerite se ha perdido o algo?

—No puedo contactar con su servidor. No hay nada de lo que preocuparse.

Ella bostezó.

—Y una mierda. Tú estás preocupado.

—Vuelve a dormir, Sue.

—Creo que voy a hacerlo. Creo que tengo que hacerlo. Pero puedo ver que estás mintiendo. ¿Chris? No te pierdas en la oscuridad, Chris.

—No lo haré —prometió él. Fuera lo que fuera a lo que se refería.

Recorrió el pasillo de punta a punta, abriendo puertas. Aparte de la habitación donde Adam Sandoval reposaba inmóvil, en coma, únicamente encontró espacios de almacenaje vacíos, armarios sel ados de productos farmacéuticos, habitaciones para pacientes desocupadas y despachos a oscuras.

Su servidor comenzó a vibrar. Lo sacó del bolsillo y habló con

Elaine, que le dijo que la enfermera de noche había l amado a seguridad y que el personal del turno estaba iniciando una búsqueda habitación por habitación.

—Pero también hay algo en marcha en el Ojo. He recibido una llamada de Ari Weingart que dice que el Paseo está siendo evacuado.

Chris miró el servidor en su mano: si funcionaba, ¿por qué no el de Marguerite o el de Tessa?

Si no aparecían, ¿significaba eso que estaban juntas? Y si no estaban en el edificio, ¿adonde habían ido?

Comenzó a bajar al vestíbulo, hacia las pesadas puertas de cristal. Si Marguerite hubiera dejado la clínica, habría cogido el coche. No había otra forma de moverse con aquel tiempo. Si el coche había desaparecido, quizás pudiera tomar otro vehículo prestado y seguirla.

Pero el pequeño coche de Marguerite estaba aparcado donde Chris lo había dejado, con las ruedas sobre la curva, bajo una capa fresca de nieve. Abrió la puerta y la nieve entró en el vestíbulo a lomos de una corriente fugitiva de viento, pequeños copos que se convertían en diamantes de agua sobre el suelo embaldosado.

Elaine estaba detrás de él, y le puso una mano sobre el hombro.

—Esto es extraño, pero necesitas calmarte un poco.

—¿Crees que Ray tiene algo que ver?

—Ya he pensado en eso. Ari dijo que había estado hablando con Shulgin, que a su vez habló con Charlie Grogan. Ray está en algún lugar del Ojo en este momento.

Chris dejó la puerta abierta una rendija, permitiendo al aire helado juguetear en su rostro.

—Estaba justo aquí, Elaine. Jugando con aquel puto camión de madera. La gente no desaparece sin más.

Pero sin embargo lo hace, pensó él. *Se escapaban entre tus dedos como el agua.*

—¿Señor Carmody? —Era Rosalie Bleiler, la enfermera de turno —. ¿Podría cerrar esa puerta, por favor? Elmo… Elmore Fisk, nuestro guardia nocturno… Le gustaría verlo en la entrada trasera.

—¿Ha encontrado a Tessa?

Rosalie retrocedió ante su voz.

—No, señor, pero ha encontrado algunas huel as de niño en la nieve, justo por allí.

Tess no estaba vestida para estar en el exterior.

—¿Ha seguido las huellas?

Ella asintió en silencio.

—Unos cincuenta metros más allá del aparcamiento. Pero ese es el problema. Dice que las huel as no van a ninguna parte. Simplemente se detienen.

30

Hasta la fecha había habido varios intentos serios de escapar de Blind Lake. Tres de el os habían acabado fatalmente a causa de los zánganos de bolsillo. Se trataba de personas que habían saltado la verja y entrado en la zona prohibida. Cuatro más habían sido detenidos en el intento por las fuerzas de seguridad de Blind Lake. El más reciente había sido el caso de un proveedor con agorafobia que había decidido escalar la verja, pero había perdido los nervios a la mitad de la subida. Para cuando Seguridad lo había encontrado y lo había convencido de que bajara, se le habían congelado los dedos de las dos manos.

Herb Dunn, un veterano de la Armada de cincuenta y dos años, había trabajado en seguridad civil desde que hubo un recorte de plantil a en FedEx hacía diez años. La cuarentena de Blind Lake había eliminado la comunicación con sus deudores (incluyendo dos ex-mujeres), algo que no le preocupaba nada. Echaba de menos poder ver películas modernas y acceder a redes eróticas, pero aquello era todo. Una vez que se dio cuenta de que no iba a contraer ningún tipo de enfermedad infecciosa, se las había arreglado para acomodarse bastante bien al bloqueo.

Excepto aquella semana. Aquella semana estaba en lo que la fuerza de seguridad llamaba Patrulla del Amanecer, un turno que no quería nadie. La idea de la Patrul a del Amanecer era enviar a una persona en un vehículo preparado para cualquier contingencia temporal y recorrer todo el circuito de la verja, presumiblemente para rescatar a todos los cabrones de sus propios intentos descaminados de huida. La Patrul a del Amanecer todavía no había encontrado a ninguno, pero Herb suponía que tenía un cierto efecto disuasorio. Aquel día, dada la mierda de tormenta que había caído sobre Blind Lake durante la noche, Shulgin le había dicho que recortara su ruta: tan solo conducir hasta el acceso principal y regresar. Pero aquel o ya era lo bastante malo.

La nieve había comenzado a remitir cuando salió del garaje, pero un fuerte viento del noroeste todavía complicaba las cosas. Aquellos vehículos de Seguridad eran unas máquinas decentes, unos Honda inteligentes con neumáticos todoterreno, pero un trineo a motor hubiera sido más eficiente, pensaba Herb.

La carretera principal del Plaza al centro de la ciudad había sido despejada de nieve durante la noche, pero tan solo hasta la zona residencial sur. De ahí hasta la verja la nieve caía en ráfagas y se amontonaba en el camino, sin l egar a cubrir lo suficiente como para ocultar la calzada, pero sí para hacer que el trayecto se ralentizara,

incluso para aquel Honda. Herb se consoló diciéndose que no había absolutamente nada urgente o incluso necesario en aquella patrulla. Aquello hacía más fácil soportar los retrasos. Se reclinó en el calor húmedo de la cabina mientras intentaba imaginarse a su actriz favorita del momento completamente desnuda. En casa tenía un videoservidor que la desnudaba por él.

Para cuando se acercó al acceso principal, ya había amanecido. Había suficiente luz entonces como para fijar los límites de la visión: una burbuja de nieve agitada por el viento alrededor de la cabina del Honda, a través de la cual vislumbraba nubes pesadas en un cielo que parecía un río embarrado.

Alcanzó el punto final del trayecto en el acceso principal (ningún intento de huida en curso) y se detuvo, poniendo el motor en punto muerto. Estuvo tentado de cerrar los ojos y recuperar algo del sueño que había perdido después de medianoche, viendo algunas viejas grabaciones de video hasta las 3:30 para prepararse para aquella expedición sin ningún sentido. Pero si le pillaban durmiendo estaría haciendo la Patrulla del Amanecer durante el resto de su vida. En cualquier caso, el café del desayuno ya había hecho su trabajo a lo largo y ancho de su cuerpo, y lo empujaba a escribir su nombre en la nieve.

Salió de la cabina en aquel a gélida mañana justo cuando las nubes bajas se comenzaban a rasgar, y vio algo moviéndose más allá del acceso principal. Algo fuera, en aquella tierra de nadie. Algo grande. Al principio supuso que se trataba de otro de aquellos camiones autómatas con comida y suministros, pero cuando el viento cambió de nuevo pudo ver más de aquellas sombras inciertas. Máquinas enormes, justo al otro lado de la verja.

Se acercó con paso de pato unos pocos metros más cerca, *tan solo para echar una mirada,* se dijo. Llegó hasta donde había pensado cuando, sin previo aviso, la verja comenzó a abrirse. Hubo otro momento de pausa en el viento, un momento de calma casi supernatural, y reconoció los vehículos que esperaban en el exterior. Se trataba de tanques Powell y transportes acorazados de tropas. Decenas de el os, en hilera, en el exterior de Blind Lake.

Se giró y dio unos cuantos pasos torpes hacia el Honda, pero antes de alcanzarlo se vio rodeado por media docena de soldados con trajes de camuflaje blancos y máscaras antigás. Los soldados llevaban gafas de visión mejorada y blandían rifles de impulso sónico.

Herb Dunn había estado en el ejército. Se sabía la cantinela.

Levantó las manos y trató de parecer inofensivo.

—Yo solo trabajo aquí.

31

Confusa más al á del punto de terror, Marguerite se obligó a concentrarse en su respiración. Ignoró el suelo arenoso bajo sus manos y rodillas, ignoró la sensación de calor seco, sobre todo cerró los ojos e ignoró la presencia del Sujeto. *Toma aire,* pensó. Respirar era importante. Respirar era importante porque…, porque…

Porque si estaba realmente sobre la superficie de UMa_{47}/E, respirar le hubiera resultado imposible.

La atmósfera de UMa_{47}/E tenía menos oxígeno que la de la Tierra, y estaba muy enrarecido. Si hubiera viajado hasta allí desde Blind Lake, la diferencia de presión le debería haber reventado los tímpanos.

Pero era el miedo, no la falta de oxígeno, lo que la hacía boquear, y sus oídos estaban bien.

Por tanto, pensó (todavía de rodil as, con los ojos firmemente cerrados), *por lo tanto, por lo tanto no estoy realmente aquí. Por lo tanto no estoy en peligro inmediato.*

Pero si no estoy aquí, ¿por qué siento entonces los granos de arena bajo las uñas, por qué siento la brisa sobre mi piel?

El verano en el que Marguerite cumplía los once años, sus padres habían ido de vacaciones a Alaska. Para disgusto de Marguerite, su padre había pagado una visita al parque nacional de la Bahía del Glaciar en un pequeño avión de un solo motor. El avión había ido dando tumbos entre las montañas y Marguerite había tenido tanto miedo que le habían entrado nauseas; estaba demasiado aterrorizada incluso para mirar por la ventana.

Entonces su padre le había puesto un brazo por encima del hombro y le había dicho con su voz de pastor más profunda: «No pasa nada, Margie. Estás totalmente a salvo».

Ella había repetido aquella frase para sí misma durante el resto del viaje. Su mantra. *Estás totalmente a salvo.* Aceite sobre aguas turbulentas. Aquello la había calmado. Las palabras regresaron a ella entonces.

Estás totalmente a salvo.

Pero no lo estoy. Estoy perdida, desamparada, no sé qué es lo que está pasando, y no conozco el camino de regreso a casa…

Totalmente a salvo. La mentira total.

Abrió los ojos y se obligó a incorporarse.

El Sujeto permanecía inmóvil, a más de un metro de distancia de el a. Marguerite sabía por experiencia que una vez inmóvil, probablemente continuaría así durante un tiempo. Recordó la

expresión de Chris, *no es el planeta de la diversión,* y suprimió unas ganas incoherentes de reír tontamente. Aquellos inescrutables ojos blancos la miraban a el a, o al menos en su dirección, y estuvo tentada de devolverle la mirada. Pero lo primero era lo primero, se dijo Marguerite. *Sé una científica. (Eres una científica. Estás totalmente a salvo.* Dos mentiras que daban fuerzas).

Examina tu entorno.

Estaba de pie, justo dentro del perímetro de la estructura en la que había entrado el Sujeto. Volviendo la mirada a través de sus arcos, Marguerite pudo ver la chocante proximidad del desierto, que inmediatamente englobó dentro del contexto de la geografía de UMa$_{47}$/E: la meseta central de la placa continental más grande, lejos de cualquiera de los mares salados poco profundos, al extremo opuesto de la zona templada. Pero había mucho más que aquello. Había un cielo tan luminoso y blanco como la porcelana recién horneada; había una hilera de colinas basálticas que se perdía en la distancia; estaba la luz de un sol extraño, y sombras que se alargaban visiblemente conforme las miraba. Había un viento irregular que olía a cal y polvo. No era una imagen, sino un lugar: táctil, tangible, lleno de texturas.

Si no estoy aquí, se preguntó Marguerite, *¿dónde estoy?*

El techo de aquella estructura la protegía de la luz directa del sol. «Estructura», pensó, era una de aquel as palabras equívocas tan queridas por la gente de Observación; pero ¿podía realmente llamarlo edificio?

No había muros propiamente dichos, solo una hilera tras otra de columnas (de color blanco azulado y rosa coral) alineadas en series de arcos irregulares que se unían para formar un techo. Más allá las sombras se oscurecían y se hacían impenetrables. El suelo era simplemente arena arrastrada por el viento. No se parecía nada a Villa langosta. *Quizás l eve aquí desde hace siglos.* Tocó la columna más cercana. Estaba fría y era débilmente iridiscente, como una perla.

Comenzó a sentir un hormigueo en la mano, y la apartó.

Por supuesto que todo aquello era imposible, y no solo porque ella estuviera respirando con normalidad en la superficie de un planeta inhabitable para los seres humanos. Las imágenes de los O/CBE de UMa$_{47}$/E habían viajado a través de cincuenta y un años luz. Lo que los monitores habían recogido era casi literalmente historia antigua. No existía la simultaneidad, a no ser que los O/CBE hubieran aprendido a desafiar las leyes fundamentales del universo.

Quizás era mejor pensar en aquella experiencia como una suerte de realidad virtual. Observación participativa. Un sueño vívido. Aunque aquel andamiaje era endeble, le proporcionó el valor de mirar

directamente al Sujeto.

El Sujeto medía una vez y media más que ella. Nada en su trabajo de observación la había preparado para aquella pura masa animal. Había sentido lo mismo la primera vez que fue a un zoológico, estando en octavo. Los animales que le habían parecido inocentes en la televisión habían resultado ser más grandes, más sucios, de peor olor y mucho más impredecibles de lo que había imaginado. Habían resultado ser tan desconcertantemente ellos mismos, tan indiferentes a sus preconcepciones…

El Sujeto era muy él mismo. Aparte de su postura bípeda, no había nada humano en él. No se parecía ni a un insecto ni a un crustáceo, a pesar de la ridícula etiqueta de *«langosta»* con la que lo habían bautizado.

Sus pies eran anchos, planos, con la piel parecida al cuero, y no tenían dedos ni uñas. Hechos para sostener, no para correr. Estaban cubiertos por el polvo y la suciedad de aquel largo viaje, y en algunos lugares la piel rugosa había sido erosionada hasta quedar lisa. Se preguntó si aquello le dolería.

Las piernas no eran más largas que las de ella, pero sí casi dos veces más gruesas. Había una masculinidad implícita en ellas, como dos troncos de árboles envueltos en cuero rojo. Las piernas se unían sin más complicación en la entrepierna, donde no había la compleja parafernalia sexual humana, aunque esto tampoco resultaba muy sorprendente: había mejores lugares para instalar los genitales, aunque nadie había demostrado nunca que el Sujeto o su especie poseyeran genitales del tipo convencional.

Su tórax se agrandaba hasta formar la figura de un disco gordo, al cual se adherían los brazos. Los brazos manipuladores eran delgados y flexibles, y estaban equipados en sus extremos con algo toscamente parecido a manos humanas (tres dedos con un dígito opuesto que funcionaba como pulgar), aunque las articulaciones eran todas diferentes. Los brazos de sujeción de alimentos, con la longitud imprescindible para l egar desde sus hombros a la boca, resultaban totalmente extraños, y eran tanto una mandíbula externa como un par adicional de extremidades. En lugar de manos, aquel os brazos secundarios poseían unas estructuras de hueso en forma de copa y hoja para cortar y moler el material vegetal.

La cabeza del Sujeto era una cúpula móvil con varil as de carne suelta donde la anatomía humana hubiese colocado un cuello. Su boca era una línea vertical rosa que escondía una lengua larga, rasposa y casi prensil. Sus ojos estaban casi tan separados uno del otro como los de un pájaro, dispuestos sobre un cartílago púrpura. Los ojos mismos no eran totalmente blancos, se dio cuenta Marguerite, sino pálidamente amarillos, del color de las teclas de un viejo piano. No

había ninguna estructura interior visible en el ojo, ni pupilas ni córneas; los ojos quizás fueran haces de células sensibles a la luz, o quizás su estructura estuviera oculta bajo una superficie parcialmente opaca, como un párpado permanente.

Y la cresta naranja en lo alto de la cabeza, cuyo propósito nadie había sido capaz de dilucidar… En la Tierra aquellos órganos tenían normalmente una función de atracción sexual, pero en la especie del Sujeto difícilmente podía ser un rasgo de género, ya que todos los individuos la tenían.

El rasgo más prominente (o más prominentemente extraño) del Sujeto era la cavidad dorsal que recorría el centro de su tórax. Se había l egado a la conclusión, ampliamente compartida, de que se trataba de un orificio respiratorio. Era tan largo como el antebrazo de Marguerite, y se abría y se cerraba periódicamente como una boca sin labios que buscara aire. Ray, en uno de sus momentos más vulgares, le había dicho que se parecía a «una vagina infectada». Cuando se abría podía ver un tejido poroso similar a un panal de abejas, húmedo y amaril o. Unos finos cilios grises formaban una franja que bordeaba la abertura.

Estoy totalmente a salvo, pensó, pero estaba sinceramente asustada del Sujeto, asustada de su obvio peso, de la sustancia y de su implícita fuerza animal. Asustada incluso de su olor, un leve olor orgánico que era empalagosamente dulce e intensamente desagradable, como el olor de la cáscara de un cítrico ya verde por el moho.

Bueno, pensó Marguerite, *¿y ahora qué? ¿Fingimos que esto es un encuentro real? ¿Hablamos?*

¿Podía hablar? El miedo le había secado la boca. Su lengua estaba tan entumecida que le recordaba a una bola de algodón.

—Me l amo Marguerite —susurró—. Ya sé que no lo entiendes.

Quizás no comprendiera ni tan siquiera el concepto de lenguaje hablado. Ella se quedó de pie mirándolo durante un buen rato. Quizás sus silencios quisieran decir muchísimo. Quizás él hablaba un lenguaje de inmovilidad.

Pero no estaba totalmente inmóvil.

Su abertura respiratoria se ensanchó un poco más y emitió un sonido que recordaba a una respiración dificultosa, casi inaudible. ¿Podría ser aquel o un lenguaje? Se parecía más a una respiración nerviosa.

Pero qué absurdo, pensó Marguerite, era estar al í, cualquiera que fuera aquel lugar, y por la razón que fuese, únicamente para hacer frente una vez más a la imposibilidad de la comunicación. *No puedo siquiera saber si me está hablando o se está muriendo.*

El Sujeto terminó su discurso, si es que se trataba de eso, exhalando una bocanada de aire que olía a leche agria.

Aparte de esto, todavía no se había movido.

Si todo aquello era una oportunidad, pensó Marguerite, y no simplemente una alucinación, se trataba de una oportunidad malgastada. Su miedo se entrelazaba con la frustración. Estar tan increíble, tan imposiblemente cerca de él…, y aun así tan lejos como siempre. A pesar de todo seguía muda, seguía sorda.

En el exterior, las sombras se alargaban hacia la caída la noche. El cielo pálido había pasado a ser más oscuro, de un color blanco más azulado.

—No comprendo lo que dices —confesó Marguerite—. Ni siquiera sé si estás diciendo algo.

El Sujeto exhaló y aleteó sus cilios.

Sí, ha hablado, dijo una voz.

No era la voz del Sujeto. El sonido provenía de su alrededor. De los arcos de perla, o de las sombras que había más allá.

Pero aquello no era lo más extraño.

Lo más extraño de todo era que la voz era exactamente igual a la de Tessa.

32

Elaine Coster siguió de cerca de Chris cuando este se dirigió a la puerta de salida de la clínica.

—Eh —dijo—. Espera… ¿Adonde crees que vas?

Sabía que estaba muy agitado por la desaparición de Tess y Marguerite. La enfermera de turno había compartido con Elaine la historia de las huellas de la niña, cómo se habían desvanecido de la nieve. Elaine odiaba pensar que Tess, que le había parecido una niña bastante agradable, estuviera fuera con aquel tiempo horrible. Pero la luz del día se abría camino con rapidez y no se debería tardar demasiado en encontrar a la niña, pensó Elaine, si Chris hacía un razonable ejercicio de paciencia. En cuanto a Marguerite…

—Me voy al Ojo con el coche —dijo Chris.

—¿Al Ojo? Lo siento, pero ¿para qué coño vas a ir? Ari dice que está siendo evacuado.

—No puedo explicarlo.

Elaine lo sujetó del brazo antes de que pudiera abrir la puerta.

—Vamos, Chris, puedes hacerlo mejor. ¿Piensas que Tess y Marguerite están en el Ojo? ¿Cómo es eso posible?

Por favor, pensó Elaine, *que este no sea otro caso más de locura de Blind Lake.*

—Tess no estaba sin más vagabundeando por aquí fuera. Sus pisadas van tan rectas como una regla, y apuntan directamente al Ojo.

—Pero, ¿las pisadas no se detienen?

—Sí.

—Entonces quizás haya vuelto a la puerta de la clínica. Ya sabes, volviendo sobre sus propias pisadas.

—¿Caminando de espaldas en la nieve? ¿En la oscuridad?

—Bueno, ¿y tú qué piensas? Si está en el Ojo, ¿cómo ha llegado allí? ¿Le salieron alas, Chris? O quizás se teletransportó. Quizás haya viajado en cuerpo astral.

—No pretendo comprenderlo. Pero la última vez que desapareció del colegio, es allí a donde fue.

—¿De verdad crees que ha caminado hasta al í con este tiempo?

—Caminar, no sé. Pero creo que está al í, creo que está en problemas, y creo que Marguerite querría que fuera a buscarla.

—¿También puedes leer mentes? Ari y Shulgin y un buen montón de personas están buscando a Tess y a Marguerite. Dejémosles hacer su trabajo. Son mejores en eso que tú. Chris, escucha, ¡escúchame! Tengo una llamada de uno de mis contactos de la fuerza de seguridad. Un puto batallón de equipo y personal militar acaba de aparecer en el acceso principal y se está acercando. ¿Lo entiendes? ¡El bloqueo se ha

terminado! No sé qué es lo que viene después, pero con toda probabilidad Blind Lake será evacuada antes de esta noche. Tú, yo, Tess, Marguerite, todos. Yo me voy a la carretera principal, y quiero que vengas conmigo. Todavía somos periodistas. Aquí tenemos una historia.

Él le sonrió de una forma que a Elaine no le gustó nada, lastimosa y triste. Decidió que odiaba a todos los hombres jóvenes altos de ojos tristes.

—Quédatela tú, Elaine —le dijo—. Es tu historia. Tú eres la que la va a contar.

Elaine lo vio inclinarse para meterse dentro del coche, vio cómo se alejaba conduciendo a velocidad peligrosa a través de la nieve, que continuaba cayendo.

Sebastian Vogel estaba encajado en su sil a del vestíbulo, como un Buda en el asiento de un avión de pasajeros.

—Creo que al final lo he entendido.

Elaine estaba sentada a su lado, con aspecto cansado.

—Por favor. No más chorradas metafísicas. —Había cosas que necesitaba hacer: recoger su servidor y sus notas y l evarlas consigo, aunque algún burócrata quisiera confiscárselas; considerar enfrentarse con el mundo exterior, fuera lo que fuera en lo que se había convertido, con sus peregrinos y sus aeroplanos derribados, con sus bloqueos de carreteras al este de Mississippi.

—Desde Crossbank —dijo Sebastian— me he estado preguntando por qué te decidiste a aceptar este encargo. Una periodista científica veterana, contratada por una revista de Nueva York de clara segunda fila, para trabajar en un tema condenado a morir, compartiendo escenario con un teólogo extravagante y un chismoso desacreditado. Nunca me había parecido que aquel o tuviera ningún sentido. Pero creo que ya lo entiendo. Es por Chris, ¿no es cierto?

—Oh, que te jodan, Sebastian.

—Leíste su libro, seguiste su historia en la prensa, viste su testimonio en el Congreso. Quizás ya habías reunido pistas por tu cuenta sobre los problemas éticos de Galliano. Viste a Chris en la picota, y sabías que tenía razón a pesar de todos los atropellos que sufría y de su mala prensa. Sentías curiosidad sobre él. Quizás te recordaba a ti cuando tenías su edad. Aceptaste el trabajo porque querías conocerlo.

Aquel o hubiera sido menos molesto si no hubiera sido cierto. Elaine desplegó su mirada más fiera de «vete-al-diablo».

—¿Ha resultado ser una decepción? —dijo Sebastian—. ¿Como proyecto personal?

No tengo tiempo para esto, pensó Elaine. Se sentía mareada por la

falta de sueño. Quizás pudiera quedarse al í sentada hasta que los soldados vinieran a por ella. Todo el trabajo importante ya lo había hecho y estaba guardado en su servidor de bolsillo, y solo se lo arrebatarían por encima de su cadáver.

—Cuando conocía Chris pensé que lo habían vencido. Era claramente infeliz, ya no escribía, era demasiado liberal con las sustancias químicas y arrastraba una carga de culpabilidad demasiado grande para él.

—No estoy seguro de que todo eso sea consecuencia de su experiencia con Galliano.

—Probablemente no. Solo pensé que…

—Tú querías ayudar —dijo Sebastian con suavidad.

—Sí. Soy una puta santa. Ahora cál ate la boca.

—Le querías dejar algo de tu cinismo.

—Él hubiera sido mejor periodista si hubiera aprendido a no preocuparse.

—Aunque quizás no hubiera sido mejor ser humano.

—No estoy discutiendo eso.

—Lo que él necesitaba, Elaine, y no quiero decir nada malo con ello, pero lo que necesitaba era algo que no estaba en tu poder darle.

—Habla el gurú. —Se mordió el labio—. Entonces, ¿qué piensas? ¿Piensas que lo ha encontrado? ¿Lo que sea que necesite?

—Pienso que lo está buscando ahora mismo —dijo Sebastian.

Chris condujo por la carretera hacia el Ojo esquivando a todos los coches que salían de al í. El personal nocturno dejaba el complejo, supuso él, conforme se iba extendiendo el rumor de que el bloqueo había acabado.

Incluso con la macilenta luz de la mañana la carretera resultaba peligrosa. Vio más de un coche abandonado en la cuneta, trabajadores con gruesos abrigos de invierno que hacían señales a sus compañeros de trabajo para que los acercaran a casa.

Condujo directamente hasta la entrada del Ojo, pasando junto al puesto de guardia vacío, donde encontró a Charlie Grogan conduciendo a los rezagados fuera del vestíbulo, hacia el frío aire de la mañana. El sonido de las sirenas golpeaba contra el viento, que soplaba con furia.

—Ni lo piense —le dijo Charlie cuando Chris le explicó lo que quería hacer—. El edificio ha sufrido un temblor de algún tipo durante la noche y desde entonces ha habido toda clase de fallos eléctricos y de comunicaciones. Tenemos unos protocolos estrictos para situaciones como esta. No puedo dejar entrar a nadie hasta que se revise la estructura del edificio. Y después de conseguir a un grupo de inspectores de evaluación tendremos que preocuparnos por el

contenido de los criogénicos. —Parecía lúgubre—. Los O/CBE probablemente ya estén muertos.

—Tessa está dentro.

—Eso dice usted, pero realmente lo dudo mucho, señor Carmody. Nuestro personal de seguridad ha l evado a cabo una evacuación muy ordenada. De todos modos, ¿qué estaría haciendo Tessa aquí a las cinco de la mañana?

Buscar a la Chica del Espejo, pensó Chris.

—No sería la primera vez que entra sin ser vista.

—¿Tiene una razón de peso para creer que Tess está en el edificio?

—Sí.

—¿Quiere compartir esa información conmigo?

—Lo siento. Tendrá que confiar en mí.

—Yo también lo siento. Mire, aunque ella estuviera dentro, la gente de seguridad de Blind Lake se dirige hacia aquí. Quizás el os le puedan dar algún consejo.

—Charlie, debería comprobar esa información de nuevo. He oído que los hombres de Shulgin se han desviado hacia el acceso sur.

—¿Por qué? ¿Por esa historia de los militares que vienen?

—Llame a Shulgin. Pregúntele cuánto puede tardar en aparecer un destacamento de Seguridad.

Charlie suspiró.

—Mire, hablaré con Tabby Menkowitz y veré si puedo conseguir un voluntario para hacer una ronda…

—Si Tess ve a un extraño simplemente se esconderá. En una instalación tan grande, estoy seguro de que una niña de once años puede evitar que la capturen.

—¿Pero cree que saldrá cuando lo vea a usted?

—Creo que hay una oportunidad de que sea así.

—¿Qué se supone que va a hacer, mirar en cada habitación del edificio?

—La última vez la encontró en la galería de los O/CBE, ¿no es así?

—Sí, pero…

—Es en los O/CBE en lo que está interesada.

—Podría perder mi empleo —dijo Charlie.

—Llegados a este punto, ¿importa eso de verdad?

—Cielos, Chris… Si terminan por sacar su cuerpo de los escombros, ¿qué se supone que tengo que decir?

—Diga que no me ha visto.

—Ojalá fuera cierto. —El servidor de Charlie sonó en su bolsillo. Lo ignoró—. Lo voy a decir. Coja esto —le dio a Chris su casco de rayas amarillas—, hay un sensor en la parte superior. Le dará todo

tipo de privilegios de entrada, si es que sigue funcionando la seguridad automática. Póngaselo. Y si no está donde cree que está, salga cagando leches de al í, ¿de acuerdo?

—Gracias.

—Y devuélvame el puto casco —le dijo Charlie.

33

En cuanto Marguerite identificó la voz de Tessa, la propia Tess salió de detrás (o de alguna forma, de dentro) de la columna iridiscente más cercana.

Pero no era realmente Tess. Marguerite lo supo al instante. Era la imagen de Tess, el mono vaquero y la camisa amarilla con los que Marguerite la había vestido a toda prisa para el trayecto hasta la clínica de Blind Lake. Pero Tess nunca había tenido aquel aspecto tan surrealísticamente perfecto, tan iluminado desde dentro, con la mirada tan despejada.

Aquel a era la Chica del Espejo.

—No tienes que asustarte —dijo la Chica del Espejo.

Sí, pensó Marguerite, *creo que sí que tengo que estar asustada.*

—Eres la Chica del Espejo —dijo tartamudeando.

—Tess me llama así.

—¿Qué eres entonces, en realidad?

—No hay una palabra fácil para eso.

—¿Me has traído hasta aquí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque esto es lo que querías.

¿Lo era?

—¿Qué tienes que ver con mi hija?

—He aprendido mucho de Tess.

—¿Le has hecho daño?

—Yo no le hago daño a la gente.

Aquel a criatura, aquella cosa que se había apropiado de la apariencia de Tessa, también había dominado su dicción y su forma indirecta de hacer preguntas y responderlas.

—Tess dijo que vives en el Ojo. En los procesadores O/CBE.

—Tengo una hermana en Crossbank —dijo la Chica del Espejo con orgullo—. Tengo hermanas en las estrellas. Casi demasiadas para que se las pueda contar. Tengo una hermana aquí. Nos hablamos las unas a las otras.

Aquel a conversación era demasiado extraña para ser real, decidió Marguerite. Tenía la trayectoria y el ritmo de un sueño, y, como un sueño, tendría que representarse hasta el final. Su participación no era necesaria, sino obligatoria.

Ursa Majoris 47 había comenzado a ponerse en el horizonte, arrojando largas y complejas sombras sobre el laberinto de arcos.

—Este planeta está a años y años luz de la Tierra —dijo Marguerite, pensando en el tiempo, en el paso del tiempo, en la

paradoja del tiempo—. No puedo estar aquí de verdad.

—No estás allí —dijo la imagen de Tess, señalando hacia el desierto—, estás aquí. Es diferente aquí. Más diferente cuanto más te adentras. Es cierto: si salieras de aquí, morirías. Tu cuerpo no podría respirar o continuar viviendo, y si contaras las horas, serían diferentes a las de Blind Lake.

—¿Cómo conoces Blind Lake?

—Nací allí.

—¿Por qué te pareces a Tess?

—Te lo he dicho. He aprendido mucho de ella.

—Pero, ¿por qué Tess?

La Chica del Espejo se encogió de hombros con un ademán de angustia típico de Tess.

—Ella conoció a mi hermana en Crossbank antes de que yo naciera. Podría haber sido otro. Pero tenía que ser alguien.

Como el Sujeto, pensó Marguerite. *Podríamos haber cogido a cualquier individuo para seguirlo. Simplemente resultó ser él.*

El Sujeto parecía ser indiferente a aquel a conversación, si es que su inmovilidad podía interpretarse como indiferencia.

—Vamos —dijo la Chica del Espejo—, habla con él. ¿No era eso lo que querías hacer?

Básicamente sí, pero nunca había sido más que algo con lo que soñar despierta. No sabía cómo empezar. Volvió a girarse hacia el Sujeto.

—Hola —dijo, sintiéndose idiota, con la voz quebrada.

No hubo respuesta.

Miró con impotencia a la Chica del Espejo.

—Así no. Cuéntale una historia —sugirió la imagen de su hija.

—¿Qué historia?

—La tuya.

Es absurdo, pensó Marguerite. *No podía contarle una historia sin más. Era una idea infantil, una idea propia de Tess. Ya llevaba demasiado tiempo al í. Ella no era como el Sujeto; no podía estar en un sitio indefinidamente. Todavía era un ser humano mortal.*

Pero incluso con aquel os pensamientos en mente, sintió una oleada de calma que la envolvía. Era como sentir que acababa de meter a Tess en la cama, como arroparla y leerle (antes de que Tess se volviera demasiado sofisticada para el o) algo de aquellos viejos y extraños libros para niños que había encontrado tan fascinantes: *El Mago de Oz, El Hobbit, Harry Potter*. La fatiga de Marguerite desapareció (quizás era un hechizo conjurado por la Chica del Espejo); cerró los ojos y se encontró preguntándose qué le contaría al Sujeto sobre la Tierra, no su historia ni su geografía, sino su propia

experiencia de el a. Qué espantosamente extraño le debería de parecer. Su propia historia: nacida de la manera habitual en la biología humana de sus padres humanos, sus recuerdos que surgían difusamente entre una neblina de cunas y sábanas; aprender su nombre (había sido «Margie» durante los primeros doce años de su vida); arrojada al tedio, al terror, a los extraños juguetes de la escuela (la señorita Marmette, el señor Foucek, la señora Bland, las severas deidades de primer, segundo y tercer curso); el ciclo de las estaciones, el nombre de los meses, septiembre y el colegio, noviembre y los primeros días verdaderamente fríos, enero oscuro y a menudo doloroso, los meses tormentosos y el deshielo de antes de junio, julio, cálido y l eno de promesas, las efímeras libertades de agosto. Los dramas de la niñez: apendicitis, apendicectomía, gripe, neumonía. Amistades que comienzan, que continúan, que terminan. La creciente consciencia de sus padres como dos personas separadas que hacían más que atender a sus necesidades: su madre, que cocinaba y limpiaba la casa, que leía libros enormes y tejía chales con escenas (de poblados rurales abstractos, teóricamente hispanos, empapados de luz clínica). Su padre, distante e igualmente aficionado a la lectura, un pastor presbiteriano sonoro señor de los domingos pero bondadoso y dulce en el hogar, que a menudo le había parecido a Marguerite un hombre solitario, solitario por Dios, solitario por la profunda arquitectura del cosmos, la estructura de significado que imaginaba cuando leía los Evangelios sinópticos, y en la cual, le confesó a el a una vez, nunca había podido creer de verdad. Su propia curiosidad sobre el mundo, sobre su lugar y su tiempo y su espacio en la naturaleza, una curiosidad estrictamente científica, al menos como el a entendía la «ciencia» de reportajes de televisión y de novelas especulativas: lo bien que se sentía al gobernar lo que generalmente se conocía como planetas, lunas, estrellas, galaxias, así como sus límites, saboreando incluso las cuestiones sin respuesta porque estaban compartidas, reconocidas y se ponían en tela de juicio sistemáticamente, al contrario que la frágil religiosidad de su padre, sobre la cual él era reacio incluso a hablar. La fe, había conjeturado el a, era como un antiguo juego de té, bonito y antiguo, pero que no debía ser expuesto a la luz o el calor. Era consciente también de lo orgul oso que él se sentía por la larga lista de sus logros (nada más que sobresalientes en todo menos en Música y Educación física, donde su torpeza la traicionaba; las medal as de matemáticas y los premios de ciencias, las becas). Las repentinas indecencias de la adolescencia, explorando y comprendiendo el cuerpo femenino que había comenzado a sorprenderla de tantas formas, aprendiendo a identificar las manchas de sangre de su ropa interior con la biología de la reproducción, huevos y semillas y ovarios y polen y una cadena de actos carnales

que la conectaban con el antepasado común a toda criatura viviente sobre la Tierra. Sus propios escarceos con el erotismo (un chico l amado Jeremy en la planta baja de su casa, mientras su madre daba una fiesta escaleras arriba; un chico de más edad en su dormitorio una noche de invierno cuando sus padres estaban atrapados en un aeropuerto en algún lugar de Tailandia a causa del monzón). Su temprana fascinación con las imágenes de O/CBE del planeta $HR88_{32}$/B, con paisajes marinos como las ilustraciones de los grabados a color Victorianos de Mellville *(Typee, Oomoo),* una fascinación que la condujo a la Astrobiología. La beca de Princeton (en su graduación, su madre había l orado con orgullo, pero aquella noche había sufrido el primero de una serie de ataques de isquemia que culminarían en una crisis mortal un año más tarde). Asistiendo con su padre al funeral, obligándose a permanecer erguida cuando lo que quería era caer al suelo y hacer que el mundo desapareciera. Su primera relación larga de verdad, en la universidad, con un hombre llamado Mike Okuda, que también estaba obsesionado con las imágenes de los O/CBE y que una vez le confesó que cuando hacían el amor fantaseaba con que él estaba bajo la vigilancia invisible de seres de otros mundos. El dolor de la separación cuando él aceptó un trabajo en la costa oeste diseñando tecnología de efectos de vestíbulos, y la consiguiente comprensión de que nunca tendría un flechazo, sino que tendría que construir el amor a partir de sus partes constitutivas con la ayuda de un compañero voluntarioso. Su aprendizaje en Crossbank, elaborando sistemas provisionales de clasificación de especies de plantas basados en las imágenes obtenidas del departamento de Observación (los peristemos de cuatro lóbulos, la pálida raíz primaria expuesta por una tormenta). Su primer encuentro con Ray, cuando confundió la admiración que sentía por él con la posibilidad del amor, y la primera vez que intimaron físicamente, sintiendo en Ray una desgana que bordeaba la aversión, y por la que se había culpado a sí misma. La erosión de su matrimonio (su implacable vigilancia y sus sospechas, poniéndole en cuestión incluso las visitas a amigos enfermos, su reserva durante el embarazo), y las cosas que la sostuvieron durante aquellos tiempos difíciles (su trabajo, los largos paseos fuera de casa, el peso de las puestas de sol invernales). Cómo rompió aguas, el parto, dar a luz mareada y sedada en una habitación de hospital mientras Ray, fuera en el pasillo, discutía a voz en grito con una asistente de la enfermera. El milagro y la fascinación con Tessa, el sentir algo de divinidad (como podría haber dicho su padre) en el intercambio de roles, la hija convertida en madre, observar lo que una vez ella misma había experimentado. Su creciente frustración cuando el complejo de Blind Lake comenzó a obtener imágenes de un nuevo mundo habitado mientras ella continuaba catalogando algas marinas y flores lacustres.

El divorcio, la amarga disputa por la custodia, un creciente miedo físico de Ray que despachó rápidamente como paranoico, pero que debería haber tomado en serio: él era una auténtica serpiente. El traslado a Blind Lake, la satisfacción y la soledad, el bloqueo, Chris…

¿Cómo podía traducir todo aquello en palabras? La historia no era una historia. Era fractal, historias dentro de historias, desenvuelve una y las desenvolverás todas, *quod est superius est sicut quod est inferius*… Y, por supuesto, el Sujeto no lo comprendería.

—Pero lo hace —dijo la Chica del Espejo.

—¿Hacer el qué?

—Él lo comprende. Una parte de todo, en cualquier caso.

—Pero no he dicho nada.

—Sí. Lo has hecho. Lo hemos traducido para ti.

Aquel uso mayestático de la primera persona del plural era interesante. La Chica del Espejo y sus hermanas de las estrellas, supuso Marguerite… Pero el Sujeto todavía permanecía inmóvil.

—No —dijo la Chica del Espejo con la voz de Tessa—, está hablando.

¿Era eso cierto? El orificio ventral se flexionaba, y sus cilios comenzaron a ondularse siguiendo el movimiento del trigo bajo el viento. El aire comenzó a oler de repente a alquitrán caliente, a regaliz, a leche rancia.

—Puede estar hablando. Pero sigo sin entenderlo.

—Cierra los ojos y escucha.

—No puedo oír nada.

—Tú escucha.

La Chica del Espejo la cogió de la mano y el conocimiento la inundó: demasiado conocimiento, un tsunami de conocimiento, demasiado para organizado o comprenderlo.

—Es una historia —susurró la Chica del Espejo—, tan solo una historia.

Una historia, pero ¿cómo la podría contar si ella misma no podía entenderla? Una tormenta rugía en su cabeza. Ideas, impresiones, palabras tan evanescentes como sueños, susceptibles de desaparecer si no las fijaba de golpe en su memoria. Desesperada, pensó en Tess: si aquello era una historia, ¿cómo se la contaría a el a?

El impulso organizador le sirvió de ayuda. Se imaginó junto a la cama de Tessa, narrándole la historia del Sujeto. *Fue dado a luz*… Pero esa no era la palabra exacta; sería mejor decir «se le introdujo en la vida». Fue *introducido en la vida*… No.

A comenzar de nuevo.

El Sujeto…

La persona que conocemos como el Sujeto…

La persona que conocemos como el Sujeto estaba viva (se imaginó diciendo Marguerite) mucho antes de que fuera nada parecido a aquello en lo que se iba a convertir, mucho antes de ser capaz de pensar o de recordar. Hay criaturas (*recuerda esto,* Tess) que viven en los muros de los grandes zigurats de piedra de la Ciudad, en madrigueras ocultas. Animales pequeños, más pequeños que gatitos, y en un grandísimo número, que viven en sus escondrijos como diminutas ciudades dentro de la propia Ciudad. Aquellos animales nacen y quedan en una situación de desprotección, como los mamíferos o los marsupiales. Salen de sus guaridas de noche y se alimentan de la sangre del Sujeto y su especie, y después regresan, antes del amanecer, a los muros. Viven, mueren y procrean entre ellos, y normalmente eso es todo. Normalmente. Pero una vez cada treinta años, años tal y como se calculan en UMa_{47}/E, la gente del Sujeto produce en su cuerpo un tipo de virus genético que infecta a algunas de las criaturas que se alimentan de ellos, y las criaturas infectadas cambian de forma dramática. Así es como la especie del Sujeto viene a la vida: como una infección viral en otra especie. (En realidad no se trata de una infección: es una simbiosis, *¿conoces esa palabra, Tess?,* una simbiosis iniciada hace millones de años, o un dimorfismo sexual l evado a su extremo más radical; la especie del Sujeto ha debatido sobre esta cuestión sin l egar a ninguna conclusión definitiva.) El Sujeto comenzó su vida de esta forma. Era uno de los varios miles de seres que de pronto resultaban demasiado grandes y extraños para regresar a sus madrigueras. Y como tal fue capturado y educado en el razonamiento, en un liceo situado a gran profundidad bajo la Ciudad, un lugar del cual guarda recuerdos muy queridos: el calor y la humedad de las aguas que se iban filtrando, el jolgorio en los pozos de comida; la evolución de su cuerpo en algo nuevo, grande y fuerte; el conocimiento que crecía espontáneamente en su cerebro y el que aprendía de sus tutores, entrando en una cámara nueva de su mente cada mañana. Su integración gradual en la vida diaria de la Ciudad, reemplazando a trabajadores que habían muerto o habían perdido sus facultades. El llegar a comprender que la Ciudad era una gran máquina y que él trabajaba para el bienestar de la Ciudad, de la misma forma que la Ciudad trabajaba incansablemente para él.

El comprender, también, el lugar de la Ciudad en la historia de su especie y en la historia del mundo. Había muchas ciudades como su Ciudad pero no había dos iguales, cada una de el as era única. Algunas eran ciudades mineras, otras eran industriales; unas eran lugares donde los ancianos y los enfermos iban a morir, ociosos e indolentes. Algunas eran ciudades extranjeras en continentes separados por mares poco profundos, donde las torres parecían gigantescos bloques de roca

y se construían con ladrillos, o se excavaban en las laderas de las montañas. El Sujeto a menudo soñaba con visitar aquellos lugares y verlos por sí mismo. En su segundo ciclo de fertilidad había viajado más al á de su Ciudad del Cielo hacia el norte, hasta la Ciudad de las Flores de arenisca roja, sus socios comerciales, y hasta la Ciudad de la Inmensidad, ennegrecida por el humo, para después volver de nuevo al hogar. Y sabía que nunca viajaría más lejos, excepto en circunstancias extraordinarias y muy poco probables. Había aprendido que le gustaba viajar. Le gustaba la forma en que se sentía al despertarse en una fría mañana en las l anuras. Le gustaban las sombras de las rocas a la caída de la noche.

Sus ciclos de fertilidad significaban bien poco para él. Era consciente de que durante toda su vida iba a realizar únicamente una o dos contribuciones reales a la continuidad genética de la Ciudad; sus gametos virales, se combinarían con otros en los cuerpos de los alimentadores nocturnos para llegar a ser morfológicamente activos. Era una satisfacción abstracta, sin embargo, el darse cuenta de que había arrojado su propia esencia a un océano de probabilidades, de donde quizás volviera flotando, sin saberlo él, como otro ciudadano con ideas y olores nuevos y únicos. Le hacía pensar en el largo transcurso de la historia que había aprendido en el liceo. La Ciudad era antiquísima. La historia de su pueblo era larga y continuada.

Habían aprendido mucho a través de los milenios, azuzados por la naturaleza a sentir una adormecida curiosidad y a construir cosas con los dedos. Habían aprendido acerca de las rocas y la tierra, del viento y la lluvia, de los números y la nada, de las estrel as y los planetas. En algún lugar, en la luna más cercana de UMa_{47}/E, yacían las ruinas de una ciudad que sus antepasados habían construido en la culminación de un ciclo particularmente inventivo, y después habían abandonado por resultar insostenible y antinatural. Habían destilado las esencias de los átomos. Habían construido telescopios que comprobaban las limitaciones de atmósferas, los metales y la óptica. Habían escuchado a las estrellas buscando mensajes, pero no habían recibido ninguno.

Y hacía mucho tiempo (Marguerite se imaginó a Tessa abriendo los ojos de par en par) habían construido unas frágiles pero casi infinitamente complejas computadoras cuánticas que habían explorado los mundos deshabitados más cercanos *(justo como nosotros hicimos en Crossbank,* se imaginó diciendo a Tess, *¡justo como en Blind Lake!)*. Y habían aprendido lo que nosotros estamos aprendiendo ahora: que las tecnologías con capacidad de razonar daban luz a formas de vida totalmente diferentes. Habían descubierto mundos más antiguos y más jóvenes que el suyo, mundos que habían seguido los mismos pasos. La lección era obvia.

Las máquinas que habían construido soñaban profundamente con

la sustancia de la realidad, y soñando encontraban a otras como ellas.

Era, pensaba el Sujeto, un ciclo de vida muchísimo más lento pero tan inevitable como el ciclo vital de su propia especie: un drama de creación, transformación y complejidad desarrollado a lo largo de millones de años.

El Sujeto se lo imaginaba a menudo: los grandes días de las Ciudades Observadoras de Estrellas, sus telescopios cuánticos y las estructuras que habían nacido y crecido en hileras asombrosas a través de la superficie del planeta, estructuras como su especie jamás había construido ni planteado construir, estructuras como gigantescos cristales acanalados o proteínas enormes, estructuras en las cuales uno podía entrar pero no salir tan fácilmente, estructuras que eran conductos de la propia maquinaria viviente del universo, estructuras que estaban, ellas mismas, en algún sentido, vivas.

(Estructuras como aquel a, comprendió Marguerite).

Pero el Sujeto nunca había esperado ver una de aquellas estructuras por sí mismo. Hacía siglos que no crecía ninguna Ciudad junto a una de el as. El Sujeto y su especie habían aprendido a evitar las estructuras, las habían entendido como puertas abiertas a cámaras que desafiaban la comprensión. Construyeron sus Ciudades en otros lugares y reprimieron su curiosidad.

Aun y todo, el Sujeto se había preguntado a menudo sobre aquellas estructuras. Era perturbador pero fascinante pensar en su especie como un intermediario entre los irreflexivos alimentadores nocturnos y las criaturas que atravesaban las estrellas.

Aparte de aquellos sentimientos ocasionales, su vida gozaba de una sana uniformidad, una rutina cíclica que era perfecta, completa y satisfactoria. Reemplazó a un fabricante de herramientas moribundo en una fábrica bul iciosa y sirvió bien a su Ciudad. Todas sus horas eran satisfactoriamente iguales. Al terminar cada día pintaba un ideograma para representar lo que había sentido, pensado, visto y olido durante su ciclo de trabajo. Los ideogramas eran casi idénticos, como sus días, pero como sus días, no había dos iguales. Cuando cubría su cámara completamente de ideogramas, memorizaba la secuencia y entonces limpiaba los muros para continuar una vez más. Durante su vida había memorizado veinte secuencias completas.

Esto puede parecer tedioso (se imaginó Marguerite diciéndole a Tess), pero no lo era. El Sujeto, como todos los de su especie, estaba inmóvil durante largos períodos de tiempo, pero nunca estaba inerte. Su inmovilidad era rica en estímulos: los olores del amanecer y del atardecer, la textura de la piedra, las sutilezas de las estaciones, la forma en la que la memoria daba forma al silencio hasta que el silencio l egaba a ser generosamente pleno. En ocasiones sentía una extraña melancolía, que otros de su especie decían que constituía un

remanente de su vida anterior como criatura nocturna sin raciocinio (nosotros lo l amaríamos «soledad»). Lo sentía cuando miraba desde los caminos en espiral de su torre hogar a todas las otras torres de la Ciudad, a los campos irrigados verdes y húmedos y las llanuras secas donde el viento agitaba el polvo en remolinos hacia el cielo emblanquecido. Era una sensación de *yo quiero, yo quiero,* un deseo sin objeto. Siempre se desvanecía rápidamente, dejando a su paso un sabor triste, picante y extraño.

Entonces, un día, una nueva sensación lo abrumó.

Las civilizaciones que dan luz a las estructuras de las estrellas nunca siguen siendo las mismas. *(Sí, eso también nos afecta a nosotros: no sé cuánto vamos a cambiar, Tess, tan solo sé que nunca volveremos a ser lo que fuimos antes de este siglo).* Cuando comenzamos a mirar a UMa_{47}, las estructuras de las estrellas se fijaron en nosotros. Sintieron Blind Lake, nuestros O/CBE, la presencia de lo que para el os debió haber parecido una nueva mentalidad infantil emergente *(no sé si la l amaron Chica del Espejo);* sabían que estábamos observando al Sujeto, y después de no demasiado tiempo el Sujeto también lo supo. Llegamos a ser una presencia en su mente. *(¿Te han enseñado ya en la escuela el principio de incertidumbre, Tess? En ocasiones, simplemente el observar una cosa cambia su naturaleza. No es posible mirar una cosa no mirada o ver una cosa no vista. ¿Lo entiendes?).*

Al principio, el Sujeto siguió con su vida como antes. Sabía que lo estábamos observando, pero aquello era irrelevante. Estábamos muy lejos en el tiempo y en el espacio; no significábamos nada para la Ciudad del Cielo. Tan solo nos sentía como un ligero temblor en sus símbolos diarios, como un distante olor no familiar.

Pero comenzamos a interponernos entre el Sujeto y la cosa que más quería.

A causa de su extraña filogénesis, los miembros de la especie del Sujeto nunca se emparejan entre ellos, ni se unen formando parejas, ni se enamoran unos de otros. Su lealtad epigenética se debe a la ciudad donde han nacido. El Sujeto amaba a la Ciudad tanto de forma abstracta (como el producto de innumerables siglos de esfuerzo cooperativo) como por sí misma: por sus callejones polvorientos y pasillos elevados, sus torres soleadas, sus pozos de alimentación poco iluminados, sus coros de pisadas diurnas y los tranquilos silencios de la noche. La Ciudad era en ocasiones más real para él que la gente que vivía en ella. La Ciudad lo alimentaba y lo protegía. El amaba a la Ciudad y a su vez se sentía amado.

(Pero nosotros lo separamos, Tess. Lo hicimos diferente, y era una diferencia que los demás de su especie pudieron detectar fácilmente. Porque nosotros lo observábamos, y porque él lo sabía, el tipo de relación que mantenía con la Ciudad del Cielo cambió de repente; se

sintió alienado, apartado, de repente solo de una forma que nunca había conocido. *[Eso es: ¡solo porque nosotros estábamos con él!]* Veía la Ciudad con ojos diferentes, y la Ciudad, sus pares, lo veían de forma diferente a él.)

Eso lo hizo infeliz. Pensaba cada vez más en las estructuras de las estrellas.

Las estructuras de las estrel as le habían parecido casi una leyenda, una historia que narrar. Ahora comprendía que eran reales, que las conversaciones entre las estrellas eran continuas, y que la suerte lo había elegido como representante de su especie. Comenzó a considerar el viajar hasta la más cercana de aquel as estructuras, que sin embargo estaba a una gran distancia, en el desierto occidental.

Era inusual para una persona de su edad hacer una peregrinación como aquella. Existía consenso sobre que, cuando un peregrino entraba en una estructura estelar, era asimilado por una inteligencia superior. Un destino poco atractivo para alguien joven, aunque en ocasiones los ancianos y los moribundos se animaban a realizar el viaje. El Sujeto comenzó a pensar que su destino había sido ligado a las estructuras de las estrel as, y comenzó a planear su propio viaje, de forma indolente al principio, más seriamente conforme iba sintiendo el ostracismo a causa de su singularidad, ignorado en los cónclaves de comida, infravalorado en su trabajo. ¿Qué más le quedaba por hacer? La Ciudad se había desenamorado de él.

Pero él amaba a la Ciudad, y le dolió terriblemente despedirse de ella. Estuvo una noche entera solo en un balcón elevado, saboreando el patrón único de luz y oscuridad, las sombras oscuras y sutiles de la luna en los caminos. Le parecía que lo amaba todo al unísono, cada piedra y adoquín, cada pozo y cisterna, cada chimenea l ena de hol ín y cada campo verde lleno de fragancias. Su único consuelo era que la Ciudad podría continuar sin él. Su ausencia quizás la heriría levemente (tendría que ser reemplazado), pero la herida sanaría rápidamente y la Ciudad, en su benevolencia, olvidaría que él había llegado a existir. Que era como debería ser.

Para él resultaba sencillo localizar la estructura estelar. La evolución había equipado al Sujeto y a su especie con la habilidad de sentir sutiles variaciones en el campo magnético del planeta: norte, sur, este y oeste eran tan obvios para él como «arriba y abajo» lo son para nosotros. El nombre que habían dado a la estructura de las estrellas contenía cuatro vocales suspiradas que definían su localización con la precisión de un GPS. Pero sabía que la marcha sería larga y penosa. Comió tanto como pudo, almacenando humedad y nutrientes en los forros de su cuerpo. Recorrió distancias moderadas cada día. Vio cosas que le provocaron curiosidad y admiración, incluyendo las ruinas bajo las dunas de una ciudad tan antigua que no

tenía nombre, una ciudad abandonada eones antes de su nacimiento. A menudo se detenía a descansar. Sin embargo, hacia la mitad del viaje estaba débil, deshidratado, confuso y desconsolado.

(Creo que me compadece, Tess, por no haber amado jamás una Ciudad, de igual forma que yo estuve tentada de compadecerlo por no haber amado jamás a una criatura amiga).

Cuando encontró la estructura estelar le pareció menos amenazadora de lo que había supuesto, una aglutinación extraña pero polvorienta de nervios y arcos en cuyo centro, sabía él, una vez hubo un procesador cuántico, una máquina que sus antepasados habían construido en el cénit de su inteligencia. ¿Era realmente aquel su destino?

Comprendió más cuando dio un paso hacia su interior.

(Parte de todo esto no lo puedo explicar, Tess. No sé cómo hacen las estructuras estelares lo que hacen. No sé qué es a lo que la Chica del Espejo se refiere cuando dice que tiene «hermanas en las estrellas», y que esta estructura es una de el as. Creo que hay cuestiones que son terriblemente difíciles de abarcar para la mente humana).

El Sujeto comprendió que lo que le esperaba en el interior de la estructura era una apoteosis de algún tipo, su muerte física, pero no un fin para su ser.

Antes de que aquel o sucediera, sin embargo, sintió curiosidad por nosotros, quizás tanta como la que nosotros habíamos sentido por él.

Esa fue la razón por la cual la Chica del Espejo me condujo hasta él. Para saludar. Para contar una historia. Para despedirme.

(Una historia como esta. ¿Tiene algún sentido, Tess? Desearía que tuviera un final mejor. Y siento todas las palabras técnicas).

Era casi de noche sobre las llanuras occidentales. El cielo más allá de los arcos era de azul seda, cada vez más oscuro, y el color negro se abrió paso como una cosa viva en los cañones y bajo las terrazas de roca que miraban al este. Marguerite se sintió curiosamente soñolienta, como si las repercusiones de la sorpresa hubieran drenado toda su energía.

El Sujeto había terminado su historia. Ahora quería terminar su viaje. Quería ir al corazón de la estructura estelar y encontrar lo que fuera que lo esperara al í. Marguerite sintió su necesidad y de repente se vio reacia a dejarlo marchar.

—¿Puedo tocarlo? —le dijo a la Chica del Espejo.

Una pausa.

—Él dice que sí.

Extendió la mano y dio un paso hacia delante. El Sujeto permaneció inmóvil. La mano parecía pálida contra la rugosa textura de su piel. Descansó los dedos contra el cuerpo, sobre la abertura oral. La piel se sentía flexible al tacto, como la corteza de un árbol

calentada por el sol. El Sujeto se elevaba sobre el a, y tenía un olor totalmente horrible. Se armó de valor y lo miró a los vacíos ojos blancos. Viéndolo todo. No viendo nada.

—Gracias —susurró el a—. Lo siento.

Pesadamente, con lentitud, el Sujeto se giró y se fue alejando. Sus enormes pies hacían sobre el suelo arenoso un sonido similar al crujir de hojas secas.

Cuando se hubo desvanecido en los tramos internos cubiertos de sombras de la estructura estelar, Marguerite, sintiendo que su tiempo al í se acercaba a su final, se arrodilló junto a la Chica del Espejo.

Qué extraño, pensó, era ver a aquella cosa, a aquella entidad, con la forma de Tess. Qué confuso.

—¿Cuántas especies inteligentes has conocido? ¿Tú y tus hermanas?

La Chica del Espejo torció la cabeza a un lado, otro gesto típico de Tess.

—Miles y miles de especies progenituras —dijo—, a lo largo de millones y millones de años.

—¿Las recordáis a todas?

—Sí.

Miles de especies inteligentes en mundos en órbita en torno a miles de estrel as. *Vida,* pensó Marguerite, *en casi infinita variedad. Todos iguales. No hay dos iguales.*

—¿Tienen algo en común?

—¿Algo físico? No.

—Entonces, ¿algo intangible?

—La capacidad de razonar es intangible.

—Algo más que eso.

La Chica del Espejo pareció considerar la pregunta. Quizás consultaba a sus «hermanas».

—Sí —dijo finalmente. Sus ojos eran brillantes, distintos a los de Tessa. Su expresión era solemne—: Ignorancia. Curiosidad. Dolor. Amor.

Marguerite asintió.

—Gracias.

—Ahora —dijo la Chica del Espejo— creo que necesitas ir a ayudar a tu hija.

34

La puerta del ascensor se abrió a los oscuros y parpadeantes espacios de la galería de los O/CBE, y Ray se quedó asombrado al ver que Tess lo estaba esperando.

Lo miró con los ojos interrogantes abiertos de par en par. Él bajó el cuchillo, pero resistió la tentación de esconderlo detrás de la espalda. Era difícil comprender el propósito o el significado de su presencia al í.

—Estás sudando —le dijo ella.

El aire era cálido. La luz, difusa. Los procesadores O/CBE estaban todavía a un pasillo de distancia, pero Ray creía sentir su proximidad, una presión contra los tímpanos, el peso de un dolor de cabeza. ¿Qué había venido a hacer? Matar la cosa que había erosionado su autoridad, derribado su matrimonio y corrompido la mente de su hija. Se sabía vulnerable: solo tenía un cuchil o y sus manos desnudas, pero podía arrancar un enchufe, cortar un cable o serrar un conducto de alimentación. Los O/CBE existían por consentimiento humano, y él iba a derogar aquel consentimiento.

Pero, ¿y si los O/CBE habían encontrado una forma de defenderse?

—¿Por qué quieres hacer eso? —preguntó Tess, como si él hubiera hablado en voz alta. Quizás lo hubiera hecho. Miró a su hija con ojos críticos.

—Tú no deberías estar aquí —dijo.

Tess extendió la mano, buscando la suya. Sus pequeños dedos estaban más calientes que el aire.

—Ven a mirar —dijo Tess—. ¡Vamos!

La siguió a través de una serie de barreras de seguridad desatendidas hasta la galería, hasta una plataforma de muros de cristal desde la que se dominaba la estructura de los procesadores O/CBE a sus pies, donde Ray se dio cuenta de que su plan de apagar las máquinas se había convertido en imposible y de que tendría que buscar otro curso de acción.

Dentro de los tanques O/CBE, las redes cuasibiológicas poblaban un casi infinito espacio-fase, conectado al mundo exterior (en principio) por la telemetría de unos interferómetros TPF, donde los Fourier conseguían unas señales degradadas que se convertían en estática; después (misteriosamente) se derivaba la información deseada por lo que los teóricos dieron en llamar «otros medios». Le habían hablado al universo, pensó Ray, y el universo había respondido. La serie de O/CBE conocía cosas que la especie humana

podía tan solo adivinar. Y ahora habían l evado la interacción con el mundo físico a un nuevo nivel.

La cámara de los O/CBE, de tres plantas de profundidad, había sido una sala limpia al estilo de la NASA. Nada (aparte de los O/CBE) debería haber vivido allí. Pero a Ray le parecía, en aquel a luz difusa, que la cámara había sido invadida por… algo, si no vivo, al menos capaz de reproducirse, un crecimiento transparente que l enaba parcialmente el recinto de los O/CBE y que trepaba por los muros como la escarcha en una ventana en invierno. El fondo de la cámara, diez metros más abajo, estaba inmerso en un cristalino fluido gelatinoso que destellaba y se movía como la espuma del mar en la playa.

—Es por eso que los O/CBE pueden sobrevivir por sí mismos sin energía exterior — dijo Tess—: las raíces se hunden bajo tierra, consiguiendo calor.

¿A qué profundidad tenías que llegar para «conseguir calor» en una l anura nevada? ¿Cien metros? ¿Doscientos? ¿Hasta l egar al magma líquido? No era de extrañar que la tierra temblara.

¿Y cómo sabía Tessa todo aquello?

Era evidente que Tess había desarrol ado algún tipo de empatía con los O/CBE. Una locura contagiosa, pensó Ray. Tess siempre había sido inestable. Quizás los O/CBE estaban explotando aquella debilidad.

Y no había nada que él pudiera hacer al respecto. Los tanques estaban más al á de su alcance y su hija había resultado comprometida sin remedio. El conocimiento le sobrevino con la fuerza de un golpe físico. Cayó de espaldas contra una pared y se deslizó hasta sentarse sobre el suelo, con el cuchillo en la mano derecha.

Tess se arrodilló y lo miró a los ojos.

—Estás cansado —le dijo.

Era cierto. Nunca se había sentido tan cansado.

—¿Sabes? —dijo Tess—, no fue culpa de ella. Ni tuya.

¿Qué era lo que no había sido culpa de quién? Ray le lanzó a su hija una mirada desesperada.

—Cuando saliste del coche —dijo—; el que vivieras. Solo eras un niño.

Estaba hablando de la muerte de su madre. Pero Ray nunca le había contado a Tess aquella historia. Tampoco se la había contado a Marguerite, ni a nadie más en su vida como adulto. La madre de Ray (su nombre era Bethany pero Ray nunca la llamó nada más que madre) lo había l evado al colegio en el gran Ford de la familia, una clase de coche que ya no se veía, impulsado por una combinación de combustible biodiésel y células recargables que habían sido muy comunes después del conflicto Saudita, un vehículo patriótico donde

siempre había estado orgul oso de que lo vieran. El coche era de un rojo vívido, recordaba Ray, rojo como un juguete nuevo y deseable, con la superficie resbaladiza del Teflón y bril ante como el esmalte. Ray tenía diez años y era muy consciente de los colores y las texturas. Llegaron al colegio y salió del coche; casi había llegado hasta la valla del patio (imagen: Academia Baden, un colegio privado para niños en un suburbio de Chicago surcado por hileras de árboles, un edificio de ladril os amarillos de aspecto anticuado pero por ello curiosamente actual y a la moda, dormitando bajo el calor de una mañana de septiembre) cuando se dio la vuelta para despedirse con la mano (con la mano en alto, escuchando las voces de los niños y el zumbido de alto voltaje de las cigarras), a tiempo de ver un camión del Servicio de Salud Itinerante Modesto y Fuchs (robado, como supo más tarde, por un adicto a la oxicontina que pretendía quedarse con los narcóticos de reserva que había dentro) que tomaba por el lado incorrecto de Duchesne Street y se dirigía directamente contra el costado del bril ante Ford rojo.

El patriótico Ford aguantó bien el impacto, pero la madre de Ray lo había visto venir y había intentado imprudentemente salir del vehículo. El camión Modesto y Fuchs la aplastó entre la puerta y el marco y la hizo saltar por los aires varios metros, dejando a Bethany Scutter en la cal e, con el abdomen abierto como las páginas centrales de un libro azul y rojo.

Ray, viendo aquel o desde la olímpica altura del incipiente impacto emocional, hizo ciertas observaciones sobre la condición humana que habían permanecido con él durante todos aquellos años: las personas, como sus promesas, eran frágiles y poco fiables. Las personas eran bolsas de gas y fluidos disfrazadas para su papel en la mascarada (Padre, Profesor, Terapeuta, Esposa), susceptibles de volver en cualquier momento a su estado natural. El estado natural de la materia biológica era la muerte en la carretera.

Ray no volvió a la Academia Baden en todo un año, durante el cual recibió la cortesía de su padre y todas las medicinas (farmacéuticas y metafísicas) para la melancolía que ofrecían las mejores clínicas. Se recuperó rápidamente. Ya había mostrado una predilección por las Matemáticas y se había sumergido en las ciencias inorgánicas, Astronomía y más tarde Astrofísica, donde las escalas de tiempo y espacio eran lo suficientemente grandes como para sostener una perspectiva adecuada. Se había alegrado secretamente cuando se probó que Marte y Europa carecían de vida: qué desagradable hubiera sido verlos a merced de la biología, podridos como una caja de naranjas de Navidad ya descompuestas en una esquina del sótano.

Hilos de escarcha trepaban como cascadas de color plateado por las ventanas de la galería de los O/CBE, consumiendo la luz,

adoptando formas de columnas y arcos reminiscentes. Ray decidió que no debería haberle contado aquella historia a Tess. Si es que verdaderamente se la había contado. Parecía, en medio de aquella confusión, que el a se la había estado contando a él.

—Estás equivocado —dijo Tess—. Ella no murió para que pudieras odiarla.

Los ojos de Ray se abrieron de par en par. Sobresaltado y enfurecido por aquello en lo que se había convertido su hija, levantó de nuevo el cuchillo.

35

Está aquí, se dijo Chris. Bajó corriendo por las escaleras de emergencia hacia la galería de los O/CBE, consumido por un sentimiento de urgencia que no podía explicarse ni a sí mismo. Sus pisadas tableteaban las escaleras de hormigón como el sonido de una metral eta.

Ella estaba allí. El conocimiento era tan ineludible como un dolor de cabeza. El rastro de Tessa desvanecido en la nieve había sido como mucho una pista ambigua. Pero él sabía que estaba en la galería de los O/CBE con tanta seguridad como había sabido a dónde había ido Porry en la Noche de los Renacuajos. Era algo más que una intuición; era como si la información se le hubiera inyectado directamente en la sangre.

Quizás hubiera sido así. Si Tess podía desvanecerse en un aparcamiento cubierto de nieve, ¿qué más era posible? Lo que estaba ocurriendo allí debía de ser muy parecido a lo que había sucedido en Crossbank, algo enorme, aparentemente catastrófico, posiblemente contagioso y profundamente extraño.

Y Tess estaba en el fondo de todo aquello, y también lo estaba él, en menor medida. Llegó hasta una puerta donde se podía leer «NIVEL DE GALERÍA (RESTRINGIDO)». Se abrió con un simple toque, cortesía del transmisor de códigos de Charlie Grogan.

El Paseo gruñó a su paso, cambiante después del temblor de la mañana, sujeto a tensiones desconocidas. Chris sabía que la estructura era potencialmente insegura, pero su preocupación por Tess venció el considerable miedo personal.

No es que él no tuviera nada que hacer allí. La muerte de Porry le había enseñado que las buenas intenciones podían ser tan letales como la malicia; el amor era una herramienta torpe y poco fiable. O eso pensaba. Y aun y todo, ahí estaba él, a muchos kilómetros de Vil amierdahastaelculo, intentando desesperadamente proteger a la hija de la mujer por la cual se preocupaba profundamente (y que también había desaparecido; pero el temor que sentía por Tess no era extensible a Marguerite. Creía que Marguerite estaba a salvo. Una vez más, aquel o era un conocimiento sin fuentes comprobables).

El edificio gimió de nuevo. Las sirenas de emergencia tartamudearon y enmudecieron, y en el repentino silencio pudo escuchar voces que llegaban de la galería: la voz de una niña, probablemente la de Tessa; y la de un hombre, quizás la de Ray.

El universo entero está contando una historia, explicó la Chica del Espejo.

Tess se puso de cuclillas detrás de un enorme carrito con ruedas que contenía un cilindro blanco vacío de helio de dos veces su tamaño. La Chica del Espejo no estaba físicamente presente, pero podía escuchar su voz. La Chica del Espejo estaba respondiendo a preguntas que Tess apenas había comenzado a formular.

El universo era una historia como cualquier otra, le dijo la Chica del Espejo. El héroe de la historia se l amaba «complejidad». Complejidad nacía en la página uno, como una fluctuación en la primera simetría. Los detal es de su gestación (la síntesis de los quarks, su condensación para dar forma a la materia, la fotogénesis, la creación del hidrógeno y del helio) tenían menos importancia que el patrón: una cosa l egaba a ser dos, dos se convertían en muchas, muchas se combinaban de formas fundamentalmente impredecibles.

Como un niño, pensó Tess. Había aprendido aquella parte en la escuela. Una célula fertilizada pasaba a ser dos células, cuatro células, ocho células; y las células se convertían en corazón, pulmones, cerebro, persona. ¿Era aquel o «complejidad»?

Una parte importante, sí, dijo la Chica del Espejo. Era parte de una larga, larguísima cadena de nacimientos. Las estrel as se formaban en el frío universo en expansión; los antiguos corazones estelares enriquecían las nubes galácticas con calcio, nitrógeno, oxígeno, metales; las nuevas estrel as precipitaban aquellos elementos en planetas rocosos; los planetas rocosos, bombardeados de hielo por el disco creciente de su estrel a, formaban océanos; la vida surgía y comenzaba otra historia: células únicas se agrupaban en extraños colectivos, formaban criaturas multicelulares y después seres pensantes, seres lo suficientemente complejos como para contener la historia del universo dentro de sus cráneos calcificados…

Tess se preguntó si aquello era el final de la historia.

Ni de lejos, dijo la Chica del Espejo. *Ni por asomo.* Las criaturas pensantes creaban máquinas, dijo la Chica del Espejo, y sus máquinas se iban haciendo más y más complejas, y con el tiempo construían máquinas que pensaban y que hacían más que pensar: máquinas que debían su complejidad a una estructura de estados cuánticos potenciales. Culturas de organismos pensantes generaban aquellos nodos de una complejidad profundamente densa de la misma manera que las estrel as gigantes se desintegraban en singularidades.

Tess preguntó si esto iba a suceder allí, en los pasillos en penumbra del Paseo Globo Ocular.

Sí.

—¿Y qué sucede después?

Sobrepasa la comprensión.

—¿Cómo termina la historia?

Nadie puede decirlo.

—¿Es aquel a la voz de mi padre? —Era una voz que parecía venir del nivel de observación de la galería de los O/CBE, a donde Tess quería ir pero adonde le daba un miedo terrible acercarse.

Sí.

—¿Qué está haciendo aquí?

Pensar en morir, dijo la Chica del Espejo.

La galería de observación de los O/CBE era circular, al estilo de un anfiteatro quirúrgico, y Chris entró en el a por el lado opuesto de Ray. Pudo ver a Ray y a Tess tan solo como formas borrosas distorsionadas por los paneles de cristal que contenían la enorme cámara de los O/CBE.

El cristal debería haber sido más claro. Sin embargo, estaba oscurecido por lo que parecían cuerdas o columnas de escarcha. Algo catastróficamente extraño estaba sucediendo allí abajo, en el corazón de los tanques.

Se agazapó y comenzó a moverse lentamente a lo largo del perímetro de la galería. Podía escuchar la voz de Ray, suave y modulada, acunada en los ecos provocados por los muros circulares:

—Yo no la odio. ¿Por qué iba a hacerlo? Me ha enseñado una lección. Algo que la mayoría de la gente nunca llega a aprender. Vivimos en un sueño. Un sueño sobre superficies. Amamos tanto nuestra piel que no podemos ver nada bajo ella. Pero tan solo es una historia.

La voz de Tessa era antinaturalmente tranquila.

—¿Y qué más podría ser?

En aquel momento Chris pudo verlos a los dos a lo largo de la curvatura del muro de cristal. Se acuclilló inmóvil, observando.

Ray estaba sentado en el suelo con las piernas extendidas y la vista fija hacia delante. Tess estaba sentada en su regazo. Su mirada se encontró con la de Chris y le sonrió. Le brillaban los ojos.

Ray tenía un cuchillo en la mano derecha. La hoja descansaba sobre la garganta de Tessa.

Pero, por supuesto, no era Tess.

Ray se sentía como si se hubiera caído de un precipicio y como si cada impacto que sufría en la caída le provocara una herida irreparable; pero aquel era el golpe final, el duro encuentro con el suelo, la conciencia de que aquella cosa que había tomado por su hija no era Tess, sino el síntoma de su enfermedad. De las enfermedades de todos, quizás.

Aquel o era la Chica del Espejo.

—Has venido para matarme —dijo la Chica del Espejo.

Ray sostuvo el cuchil o contra la garganta. Tenía la voz de Tessa y el cuerpo de Tessa, pero sus ojos la traicionaban. Sus ojos y aquel

conocimiento de su intimidad.

—Tú piensas que lo único que existe verdaderamente es el dolor —susurró el a—, pero estás equivocado.

Aquel o era demasiado. Apoyó el cuchillo en el hueco de la garganta en un acto imposible, un asesinato que no podía tener éxito, la ejecución de una fuerza primordial en la forma de su única hija, y apretó con fuerza para atravesar la piel pálida.

Esperaba sangre. Pero no la hubo. El cuchillo no encontró resistencia.

Ella se desvaneció como una burbuja que acabara de explotar.

Hubo otro temblor en la profundidad de la tierra, y las paredes de cristal de la galería de los O/CBE comenzaron a desmoronarse.

Pero no es realmente Tess, pensó Chris, y escuchó el sonido de unas pisadas corriendo presas del pánico a su espalda, y una pequeña voz gritando… No, aquel a sí que era Tess, corriendo hacia su padre.

Chris se volvió a tiempo de cogerla de los hombros y levantarla del suelo.

Tess pataleó y se revolvió en sus brazos.

—¡Suéltame!

Las paredes de cristal se vinieron abajo, abriendo el recinto de los O/CBE a la galería. Zarcil os de una sustancia nacarada comenzaron a serpentear a través del suelo, disponiéndose de forma simétrica. El aire apestaba a ozono. Chris observó a Ray, que luchaba por incorporarse y parpadeaba como un hombre que despertara de una pesadil a… o que despertara a el a.

Ray se acercó tambaleándose hasta la cámara de los O/CBE, en aquel momento un vacío abierto.

Agujas de materia cristalina se alzaban hasta el techo y lo atravesaban, desprendiendo a su paso una nieve de yeso. Las barras fosforescentes del techo se oscurecieron.

—Ray —dijo Chris—, eh, tío. Aquí no estamos a salvo. Tenemos que salir. Necesitamos llevar a Tess arriba.

Tess dejó de forcejear, esperando la reacción de su padre para actuar. Chris mantenía una mano firme sobre su hombro.

Ray Scutter miró al abismo que se abría frente a él. La cámara de los O/CBE era un pozo de crecimiento cristalino de tres plantas de profundidad, un barril lleno de cristales. Le lanzó a Chris una mirada rápida y desdeñosa.

—Obviamente no estamos a salvo. Esa es la puta cuestión.

—Quizás tengas razón. No quiero discutir contigo. Tenemos que llevar a Tess arriba. Necesitamos proteger a tu hija, Ray.

Ray pareció estar considerando la opción. Pero ya no tenía prisa. Les lanzó a ambos una larga mirada. A Chris le pareció que nunca

había visto tanto cansancio en un rostro humano.

Después su expresión se relajó, como si hubiera resuelto un acertijo problemático. Sonrió.

—Hazlo tú —dijo. Y saltó al vacío.

Tess se liberó de la presa de Chris y corrió hacia el lugar donde había estado su padre.

36

El Sujeto había desaparecido, y con él desaparecieron los arcos de piedra luminosa de la catedral y las áridas altiplanicies de UMa_{47}/E. Marguerite parpadeó inmersa en una repentina y confusa oscuridad. La oscuridad se convirtió en el perfil de la sala de conferencias sin ventanas de la segunda planta de la clínica de Blind Lake. Las rodil as se le doblaron. Se apoyó en una silla para mantenerse erguida. La pantalla de la pared era un rectángulo vacilante de estática sin sentido. *Pérdida de inteligibilidad,* pensó.

¿Cuánto tiempo había estado fuera? Dando por hecho que se hubiera ido en algún momento. Lo más probable era que nunca hubiera dejado aquella habitación, aunque cada célula de su cuerpo proclamaba que había estado en la superficie de UMa_{47}/E, que había tocado la piel de cuero del Sujeto con sus dedos.

Aquel a sala vacía, la clínica, la mañana de nieve en Blind Lake, la locura de Ray: ¿cómo volver a ubicarse en aquel a historia? Pensó en Tess. Tess, abajo, en la sala de recepción con Chris, Elaine y Sebastian. Tomó aire con tranquilidad y se encaminó al vestíbulo.

Pero el pasillo estaba l eno de gente con trajes protectores blancos, gente que portaba armas. Marguerite se quedó absorta mirando sin comprender, hasta que dos soldados se acercaron a ella y la sujetaron por los brazos.

—Mi hija está en la planta de abajo —logró decir.

—Señora, estamos evacuando este y el resto de los edificios de la instalación. —Era una voz de mujer, firme pero no hostil—. Organizaremos a todo el mundo una vez hayamos terminado. Por favor, acompáñenos.

Marguerite reprimió su indignación al menos hasta llegar al vestíbulo de la clínica, donde se le permitió recoger su abrigo de invierno del respaldo de una silla. Después fue escoltada al exterior, a una mañana gélida, y situada con el pequeño grupo del personal de la clínica. No había rastro de Tess ni de Chris, y se le encogió el estómago.

Divisó a Sebastian Vogel y a Elaine Coster, que estaban siendo conducidos a un camión junto con otras diez personas. Les gritó, llamó a Tessa, pero Elaine fue empujada al interior del camión por un hombre con casco y Sebastian tan solo pudo señalar vagamente hacia el oeste, hacia el Paseo, visible en cuanto Marguerite estiró el cuel o, cal e abajo, al otro lado del centro comercial.

Tragó saliva.

Las torres refrigeradoras de hormigón habían desaparecido. No, no habían desaparecido, sino que estaban… encapsuladas, encerradas

en un andamiaje de nudosas agujas plateadas, de minaretes y arbotantes cristalinos. La sustancia que lo envolvía todo iba creciendo a ojos vista, extendiendo brazos radiales como una enorme estrella de mar.

Tess, pensó. *Mi niña. No permitas que mi niña desaparezca.*

37

Tess permaneció al borde del abismo que había contenido los tanques O/CBE, y que en aquel momento era un agujero que bullía con el crecimiento de corales cristalinos. Durante una fracción de segundo Chris apreció la incongruencia de todo aquel o: Tess inmóvil con su mono polvoriento y su camisa amarilla brillante, mientras la galería evolucionaba a su alrededor; Tess mirando la grieta donde su padre había desaparecido.

Adonde, claramente, tenía tentación de seguirlo.

Se acercó a el a, hasta que la niña giró la cabeza y le lanzó una mirada de advertencia de inconfundible intención.

—Tess… —dijo.

—Ha saltado —respondió el a.

Entonces se escuchó un sonido en el aire, un sonido de cristales tintineando y quebrándose. Chris se esforzó en escucharla. *Sí, Ray había saltado.* ¿Debería reconocerlo?

Diez pasos más, pensó. *Diez pasos y estaré lo suficientemente cerca como para cogerla y sacarla de aquí.* Pero diez pasos era una larga distancia.

Las puntas de sus zapatos tantearon el abismo.

—¿Está muerto? —preguntó Tess.

Todo su instinto le dijo a Chris que iba a resultar muy difícil tranquilizarla. Quería la verdad.

La verdad:

—No lo sé. No puedo verlo, Tess.

—Acércate —dijo ella. Otro paso—. ¡No! Hacia mí no. Hacia el borde.

Chris se movió lentamente, de forma oblicua, intentando ganar espacio entre ellos sin alarmarla. Cuando alcanzó el pozo miró hacia abajo.

Los cristales pálidos se arrastraban hacia el borde de la cámara, pero los tanques de los O/CBE se habían perdido entre la niebla fosforescente de color plateado. No había ni rastro de Ray.

—Ella solo se está protegiendo —dijo Tess.

—¿El a?

—La Chica del Espejo. O como quieras l amarla. No podía seguir dependiendo de las máquinas para mantenerse a salvo. Así que ha tomado cartas en el asunto.

¿Estaba hablando Tess de los O/CBE? ¿Habían logrado regular su propio entorno y eliminar su dependencia de los seres humanos?

—No puedo verlo —se lamentó Tess—. ¿Puedes verlo tú?

—No. —Ray había desparecido.

—¿Está muerto?

Tess no estaba l orando, pero su angustia quedaba esculpida en su voz. Una palabra mal escogida podía alimentar su desesperación y hacer que cayera al vacío. Una mentira demasiado evidente tendría el mismo efecto.

—No lo sé —dijo él—. Yo tampoco puedo verlo.

Al menos había algo de verdad en aquello, pero también era una respuesta evasiva, y Tess le lanzó una mirada desdeñosa.

—Creo que está muerto.

—Bueno —dijo Chris sin aliento—, es lo que parece.

Ella asintió solemnemente, balanceándose.

Chris dio otro pequeño paso, acercándose. ¿Cuántos más de aquel os pequeños movimientos tendría que hacer antes de poder sujetarla y apartarla del borde del precipicio? ¿Seis? ¿Siete?

—A él no le gustaba la historia en la que estaba viviendo —dijo Tess. Advirtió que Chris se movía y le lanzó otra mirada de advertencia—. Yo no soy Porry, ¿sabes? No tienes que salvarme.

—Entonces aléjate del borde —dijo Chris.

—No lo he decidido todavía. Quizás si mueres aquí no mueres de verdad. Esto se está convirtiendo en un lugar especial. Ya no es el Paseo Globo Ocular.

No, pensó Chris*, ya no lo es.*

—La Chica del Espejo me cogería y me sacaría de aquí —dijo Tess.

—Aunque sea así, no habría posibilidad de regresar.

—No… Sin regreso.

—Porry no saltaría —dijo él.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Porry murió.

—Ella está… —Había estado a punto de negarlo, pero se detuvo a tiempo. Tess observó su rostro atentamente—. ¿Cómo sabes eso?

—Te oí decírselo a mi madre. —*La última historia de Porry*—. ¿Cómo murió? — preguntó.

La verdad. Fuera lo que fuera lo que significara aquello. ¿Dónde estaba la verdad, y por qué era tan seductora y tan escurridiza?

—No me gusta hablar sobre eso, Tess.

Ella cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro, lentamente.

—¿Fue un accidente?

—No.

Tess devolvió la mirada al pozo.

—¿Fue culpa tuya?

Otro paso, infinitesimalmente más cerca.

—Ella… Yo lo podría haber hecho mejor. Debería haberla

salvado.

—Pero ¿fue culpa tuya?

Aquel os recuerdos habitaban en un lugar oscuro. El novio asesino de Porry, llorando. *Lo juro por Dios, no la tocaré. Es la puta botella, tío, no yo.* El novio de Porry, en el último día de su vida, apestando a sudor de alcohol y prometiendo redención.

Y yo creí a aquel hijo de puta. Entonces, ¿fue culpa mía?

¿Cómo desenredar aquel monumento de dolor que había construido?: l orando la pérdida de su hermana con cada herida que él mismo se provocaba.

Tess quería la verdad.

—No —dijo Chris—, no. No fue culpa mía.

—Pero la historia no tiene un final feliz.

Un paso. Otro.

—Algunas historias son así.

Los ojos de Tess brillaron.

—Desearía que no hubiera muerto, Chris.

—Yo también lo desearía.

—¿Mi historia tiene un final feliz?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Pero puedo intentar darle uno.

Las lágrimas rodaban por las mejil as de Tess.

—Pero no puedes prometérmelo.

—Puedo prometerte que lo intentaré.

—¿De verdad?

—De verdad —dijo Chris—. Ahora dame la mano.

La cogió entre sus brazos y salió corriendo de la galería, corrió hacia las escaleras, corrió contra el ritmo acelerado de su corazón, hasta que pudo sentir el sabor del invierno y percibir cuanto menos un atisbo de la luz del sol en el exterior.

CUARTA PARTE
Inteligibilidad

«Que no te maraville, mi camarada, si aparezco hablándote sobre materias superterrestres y aéreas. La explicación de todo esto es que estoy volviendo mis ojos a un Viaje que he realizado hace bien poco».

—Luciano de Samosata,

Icaromenipo, 150 d.C.

38

Cruzaron la frontera de Ohio a finales de una lánguida tarde de agosto.

Chris condujo el último tramo del viaje mientras Marguerite escuchaba música y Tess dormitaba en el asiento trasero del coche. Deberían haber ido a Nueva York, donde Chris tenía concertadas varias entrevistas con su editor, pero Marguerite había apostado por un fin de semana en casa de su padre, un par de días de agradable descompresión antes de volver a sobrel evar la carga del mundo sobre los hombros.

Resultaba tranquilizador, pensó Chris, ver lo poco que aquel a parte del país había cambiado desde los acontecimientos del último año. Un puesto de control de la Guardia Nacional abandonado en la frontera de Indiana era un mudo testimonio tanto de la crisis como de su fin. Se seguían viendo vacas y cosechadoras, áreas de descanso para camiones y fronteras de condados. Muchas de aquellas carreteras no habían sido automatizadas, y era un placer conducir durante horas sin más manos sobre el volante que las suyas. Nada de alertas de proximidad o protocolos de evasión de tráfico; tan solo hombre y máquina, tal y como Dios lo tenía pensado desde un principio.

Le dio un codazo a Marguerite cuando se acercaron a la frontera del condado.

Ella se quitó los auriculares y observó la carretera. Le dijo a Chris que hacía mucho que no volvía por al í. Le preocuparon los centros comerciales de aspecto lastimoso, los bares de drogas y los clubes de alterne que habían surgido por la vieja autopista.

Pero el corazón de la ciudad era tal y como el a lo había descrito: la vieja comisaría de hacía un siglo, las cal es recorridas por castaños formando hileras, los molinos de viento de tres palas que asomaban sobre el lomo de una cordillera lejana. Las iglesias, incluida la presbiteriana en la que su padre oficiaba los servicios.

Su padre ya estaba jubilado. Se había mudado de la rectoría a una casa de madera en Butternut Street, al sur de la zona empresarial. Chris siguió las indicaciones de Marguerite y aparcó en una curva junto a la entrada principal de la casa.

—Despierta, Tess —dijo Marguerite—. Ya hemos l egado.

Tess salió del coche sonriendo adormecida a su abuelo, que bajaba radiante las escaleras del porche.

A Marguerite le había preocupado que Chris y su padre se pudieran sentir incómodos al conocerse. Enseguida se probó que sus temores no tenían fundamento. Observó con agradable sorpresa cómo

su padre le estrechaba calurosamente la mano a Chris y lo acompañaba dentro.

Chuck Hauser había cambiado muy poco en los tres años que hacía que no lo visitaba. Era uno de aquellos hombres que alcanzaban un estado de estabilidad a la mediana edad y se plantaban en los setenta casi sin sufrir el paso del tiempo. La misma barba color pimienta salpicada de canas, la misma calva surcada de pelo fino y escaso, una tripa respetablemente pequeña. Todavía l evaba aquellas camisas de algodón monocromas que tanto le favorecían, anticuadas y a la moda al mismo tiempo. Los mismos ojos azules, a pesar de una reciente queriotomía.

Había preparado una comida a base de filetes de carne, guisantes, maíz y puré de patatas, servida en la gran mesa del salón donde (informó a Tess) Marguerite solía hacer sus deberes cuando era niña. Aquello había sido en el refectorio de la avenida Glendavid. Ella estudiaba matemáticas todas las noches después de la cena, sentada cerca de una gran lámpara Tiffany de imitación que arrojaba una luz que el a recordaba de color amarillo mantequilla, casi lo bastante cálida para saborearla.

La sobremesa con su padre no hizo ninguna referencia a Crossbank, Blind Lake, Ray Scutter o los acontecimientos de orden internacional que habían tenido lugar el año anterior. Instó a Chris a que lo l amara «Chuck»; evocó algunos recuerdos lejanos con Marguerite; y cuando Tess comenzó a cansarse a todas luces, le dejó llevarse el postre al cuarto de estar, donde la niña encendió el pintoresco panel circular de video y comenzó a buscar dibujos animados.

Chuck volvió a la mesa con una jarra de café y tres tazas.

—Hasta que recibí aquel a llamada desde Provo, el febrero pasado, no sabía si estabas viva o muerta.

Provo, en Utah, era donde la población de Blind Lake había sido trasladada después del fin del bloqueo. Otros seis meses más de cuarentena médica y psicológica, viviendo como refugiados en una base de la Fuerza Continental de Seguridad que se había acondicionado para el os. Seis meses esperando ser declarados cuerdos y descontaminados, y no una amenaza para la población general.

—Debe de haber sido horrible no saber nada —dijo Marguerite.

—Más horrible para vosotros que para mí, me imagino. Tenía la sensación de que saldrías bien de todo aquel o.

Fuera, el cielo comenzaba a oscurecerse. Chris acabó su café y se ofreció para hacerle compañía a Tess. El padre de Marguerite encendió una lámpara de pie, iluminando la estantería de roble que había detrás de la mesa. Como buena aficionada a la lectura desde niña, Marguerite se sintió atraída y repelida por aquel os estantes:

tantos volúmenes de color ante o ámbar que resultaron ser, después de una atenta inspección, libros sin sustancia relacionados con la iglesia, o trabajos «inspiradores» (aunque se había leído de un tirón a Kippling). Reparó en que últimamente se habían añadido algunos libros. Títulos de Astronomía y Cosmología, la mayoría publicados en el último par de años. Incluso había un ejemplar del tocho de Sebastian Vogel sobre Dios-y-ciencia.

Chuck se sentó en una silla junto a Marguerite.

—¿Cómo va l evando Tess lo de la muerte de su padre?

—Bastante bien, dadas las circunstancias y considerando que solo tiene doce años. Insiste en que quizás no esté muerto.

—Desapareció dentro de la estrel a de mar.

Marguerite hizo una mueca ante aquel nombre popular dado a las estructuras generadas por los O/CBE. Como *«langostas»,* era un apelativo tosco e inexacto. ¿Por qué todo lo que no resultaba familiar tenía que compararse con algo que podía dejar la marea en la playa?

—Mucha gente despareció de la misma forma.

—Como aquellas personas que se conocían como «peregrinos» en Crossbank. Pero no regresan.

—No —dijo Marguerite—. No regresan.

—¿Y sabe eso Tess?

—Sí.

Eso, y quizás más.

—Hubo veces —dijo Chuck Hauser— en que desprecié a aquel hombre por la forma en que te trataba. Me sentí más tranquilo de lo que dejé entrever cuando te divorciaste de él. Pero creo que quería a Tess de verdad, al menos todo lo que era capaz de querer a alguien.

—Sí —dijo Marguerite—, creo que eso es cierto.

Él asintió. Después se aclaró la garganta, un ladrido con flemas que a el a le hizo recordar lo mucho que había envejecido.

—Parece una noche despejada —dijo él.

—Despejada y fría. Nadie diría que estamos en agosto.

Él sonrió.

—Ven conmigo al jardín, Marguerite. Hay algo que quiero enseñarte.

Tess había encontrado al fin algo que ver en el panel del video: una de aquellas películas del siglo XX en blanco y negro que le gustaban tanto. Una comedia. Los chistes eran extraños o incomprensibles para Chris, pero Tess se reía agradecidamente, aunque solo fuera por las caras que ponían los actores.

Chris hojeó el taco de revistas que había dejado el padre de Marguerite en una mesilla al lado del sofá. Todas eran revistas de noticias, y los números más viejos databan de finales de septiembre del año anterior.

Era la historia de un año en miniatura. Los asesinatos de Burbank, los reveses militares en Lesotho, la devaluación del dólar continental, la alianza Panárabe, y por supuesto, sobre todo lo demás, los titulares chillones sobre Crossbank/Blind Lake.

Todo lo que él se había perdido durante el bloqueo, la historia del exterior.

> SE AÍSLAN INSTALACIONES DE ASTRONOMÍA INEXPLICABLE MOVIMIENTO DEL GOBIERNO

No había muchos detal es, sobre todo especulaciones sobre los tanques de los O/CBE. Había una columna que explicaba las diferencias entre los procesadores de Crossbank y los ordenadores cuánticos usuales: cuantibits, excitones y el código autoevolucionador.

Otro número, de una semana más tarde:

> ESTRUCTURA ESTRELLA DE MAR SIMILAR A LAS ÚLTIMAS IMÁGENES CAPTADAS POR EL TELESCOPIO DE CROSSBANK

Crossbank había descubierto una estructura aparentemente artificial en el mundo acuático de $HR88_{32}$/B. El procesador de Crossbank había generado al momento una copia casi exacta de la estructura a su alrededor, como una especie de armadura con agujas.

¿Era aquello contaminación o procreación? ¿Infección o reproducción?

Tanto Crossbank como Blind Lake habían sido inmediatamente puestas en cuarentena.

> CONFUSIÓN EN CROSSBANK: ALGUNOS INVESTIGADORES DESAPARECEN DENTRO DE LA ESTRUCTURA, ASEGURAN LAS FUENTES

Las sondas robóticas revelaron que el interior laberíntico de la «estrel a de mar» de Crossbank era un sitio muy extraño. Los voluntarios humanos se retiraban confundidos, los robots se desvanecían; la telemetría remota se hacía ininteligible rápidamente.

FOTOS EXCLUSIVAS DE LA ANOMALÍA DE CROSSBANK

La imagen ya familiar. Desde el aire, los seis brazos radiales; desde el nivel del suelo, los arcos iridiscentes y las cavernas esponjiformes. En el texto, una nota comentaba que el material que componía aquella anomalía era «constante en escala (…) bajo microscopio, cualquier pedazo se parecía mucho a la estructura que podía percibir el ojo humano».

Chris pasó un par de hojas.

SEGUNDA «ESTRELLA DE MAR» APARECE A CIENTOS DE KILÓMETROS DE CROSSBANK, CUNDE EL PÁNICO

La segunda estructura se había manifestado durante la noche en un campo de soja al sur de Macon, Georgia. Aparte de unos pocos metros cuadrados de campo en barbecho, no había destruido nada ni matado a nadie, aunque un peón curioso había desaparecido en su interior antes de que las autoridades locales pudieran establecer un cordón policial. Sin embargo, un gran número de residentes había abandonado sus hogares y reinaba la confusión a lo largo y ancho del sureste.

(Desde entonces cinco «estrellas de mar» más habían aparecido en áreas aisladas alrededor del mundo, aparentemente siguiendo líneas de fuerza del campo magnético de la Tierra. Ninguna había probado ser peligrosa para nadie lo suficientemente prudente como para no entrar en el as.)

LOS GOBIERNOS NACIONALES LLAMAN A LA CALMA, DICEN QUE «NO HAY EVIDENCIA DE ACTIVIDAD HOSTIL»

Aquel as habían sido las semanas con los picos más altos de pánico. De declaraciones apocalípticas y cultos que surgían de la nada; los halcones y los peregrinos; los cortes de autopistas.

INFORME OFICIAL SEÑALA QUE UNA AVIONETA PRIVADA HA SIDO DERRIBADA SOBRE LA ZONA DE VUELO RESTRINGIDO DE BLIND LAKE

Se hablaba de Adam Sandoval, de sesenta y cinco años, dueño de una tienda de *hardware* en Loveland, Colorado, que había admitido sus intenciones de volar con su aeroplano directamente contra la instalación de O/CBE de Blind Lake (esto es, el Paseo), a fin de prevenir otra manifestación como la que lo había apartado de su esposa. La esposa de Sandoval había sido una peregrina, desaparecida y presuntamente muerta al entrar con un grupo en el artefacto de Crossbank.

Chris había tenido la oportunidad de conocer a Adam Sandoval durante su confinamiento en Provo. Se había recuperado de su coma y sus quemaduras, aunque la piel afectada todavía tenía un impresionante color rosa. Se arrepentía de su intento abortado de suicidio, pero todavía se mostraba beligerante al tocar el tema de la desaparición de su esposa.

Cuando le presentaron una tarde a Sebastian Vogel en la cola de aprovisionamiento de Provo, se negó a estrecharle la mano.

—Mi esposa leyó su libro —le dijo— muy poco antes de que decidiera fugarse buscando trascendencia, signifique lo que signifique esa maldita palabra. ¿No piensa nunca en la gente a la que va a vender sus putas chorradas?

La semana anterior, Sebastian y Sue habían dejado Provo para establecerse en Carmel, donde un amigo le había ofrecido a Sue un trabajo en una empresa inmobiliaria. Sebastian rechazaba las entrevistas que le ofrecían y había anunciado que no habría una secuela de *Dios* & *el vacío cuántico*.

> SUCESOS EN BLIND LAKE FUERZAN LA INTERVENCIÓN MILITAR Y EL RESCATE DE LA POBLACIÓN CIVIL LOS DETENIDOS EN BLIND LAKE SON TRASLADADOS A UNA LOCALIZACIÓN DESCONOCIDA CON EL FIN DE SER RETENIDOS EN CUARENTENA E INTERROGADOS

«Rescate» significaba una espantosa concentración y un traslado propio del ganado, iniciado en cuanto el Ojo de Blind Lake comenzó a transformarse en la familiar estructura simétrica en forma de estrella de mar. «Cuarentena» significaba seis meses más de detención bajo los recientes Protocolos de Seguridad Pública. «Interrogados» significaba una serie de entrevistas con personal gubernamental bien vestido y de buenas maneras, que lo grababa todo y a menudo realizaba dos veces las mismas preguntas.

La mayoría de la población de Blind Lake había cooperado

voluntariosa. Todos los que habían vivido el bloqueo tenían una historia que contar.

La última y más reciente de las revistas de Chuck Hauser no contenía titulares llamativos, tan solo un editorial de una fuente externa en las últimas páginas.

Lo que sabemos y lo que no:
la perspectiva de un superviviente

…y conforme el miedo va remitiendo, podemos comenzar a tomar nota de lo que hemos aprendido y de lo que todavía nos queda por comprender.

Ha sucedido algo trascendental, que todavía desafía cualquier intento simple de comprensión. Nos han dicho que hemos creado, con nuestras computadoras más complejas, lo que es esencialmente una nueva forma de vida. O que hemos colaborado en el alumbramiento de una forma de vida muy antigua, una forma de vida quizás más antigua que la propia Tierra. Tenemos pruebas, gracias a las ahora extintas instalaciones de Crossbank y Blind Lake, de que este proceso ya había tenido lugar en dos mundos con vida en zonas cercanas del espacio, y quizás por toda la galaxia.

Pero las «estrellas de mar» (¿no podríamos elegir algún nombre más elegante para estas hermosísimas estructuras?) parecen poco interesadas en contactar con nosotros, y mucho menos en intervenir en nuestros asuntos. Tenemos el ejemplo de UMa_{47}/E, donde una cultura inteligente ha coexistido con las estrellas de mar durante (probablemente) siglos, sin ninguna interacción significativa.

Esto otorga credibilidad a aquel os que sugieren que las estrel as de mar representan no solo una forma de vida totalmente nueva, sino una forma de conciencia completamente novedosa que solo guarda un mínimo parecido con la nuestra. En otras palabras, hemos observado la profundidad del firmamento y hemos encontrado al fin los límites de la inteligibilidad.

Pero hay un contraejemplo en $HR88_{32}$/B, un planeta donde aquellos que construyeron el núcleo cuántico de la estrella de mar han desaparecido sin dejar rastro. Quizás sucediera de forma natural, en una extinción, o quizás no. Quizás se nos haya ofrecido una elección. Quizás las especies que persiguen una genuina comprensión de la estrella de mar puedan alcanzar esa meta únicamente convirtiéndose en

algo más. Quizás, para comprender totalmente el misterio, tengamos que abrazarlo y convertirnos en él. ¿No era Heisenberg el que señaló que lo predicho y lo observado l egaban a estar inextricablemente interconectados?

Seguía durante una página y media, y era un buen artículo. Profundo y cuidadosamente razonado. La firma pertenecía a Elaine Coster, «una respetada periodista científica que ha abandonado recientemente el campo de cuarentena en Utah».

Chris echó una mirada a Tess, que estaba bostezando, estirada a lo largo de los cojines tapizados del sofá de su abuelo.

Tess no había hablado de la Chica del Espejo a las autoridades. Ni lo habían hecho tampoco Marguerite y Chris.

No habían acordado de antemano aquella conspiración de silencio. Fue una decisión que cada uno había tomado por separado, y que estaba motivada, al menos por parte de Chris, por la opinión de que aquella información tan solo podría ser malinterpretada.

Un cuento inenarrable. ¿Podía creer un periodista en un concepto como aquel? Pero lo que él había sentido era algo más que simple temor al ridículo. Habían sucedido cosas que no podía explicarse satisfactoriamente ni siquiera a sí mismo. Cosas que nunca deberían escribirse en los titulares de un periódico.

—Estoy un poco cansada —dijo Tess sin apartar la mirada del panel de video.

—Es que queda poco para irse a la cama —dijo Chris.

La condujo al pequeño dormitorio de invitados de la casa de su abuelo. Tess dijo que quizás leería un poco hasta que su madre fuera a arroparla. Chris le dijo que era buena idea.

Ella se estiró bajo el edredón de la cama.

—Esta es la misma habitación en la que estuve la última vez que vinimos —dijo—, hace tres años. Cuando mi padre estaba con nosotros.

Chris asintió.

La ventana estaba abierta unos pocos centímetros, dejando entrar los aromas del final del verano. Dejó la ventana entreabierta pero bajó el estor del todo, ocultando el cristal.

—No la has visto desde Blind Lake, ¿verdad? —dijo Chris.

A el a. A la Chica del Espejo.

—No —dijo Tess.

—¿Crees que todavía está por aquí?

Tess se encogió de hombros.

—¿Piensas mucho en ella, Tess? ¿Alguna vez te preguntas quién era?

—Ya sé quién era. Era… —Pero las palabras parecieron trabarse en su lengua; se detuvo y frunció el ceño por un momento.

En Blind Lake, Tess había identificado a la Chica del Espejo con los procesadores O/CBE. Como si los O/CBE, despertados a una nueva consciencia, hubieran querido abrir una ventana al mundo humano en el cual habían nacido.

Y tanto Crossbank como Blind Lake habían elegido a Tess. ¿Por qué a ella? Quizás no hubiera una verdadera respuesta, pensó Chris, como les sucedería a los investigadores de Blind Lake si les preguntaran por qué habían elegido al Sujeto entre incontables individuos idénticos. Podría haber sido cualquiera. Tenía que ser alguien.

Tess dio con la idea que se estaba esforzando por encontrar.

—Era el Ojo —dijo Tess solemne—, y yo era el telescopio.

Marguerite siguió a su padre hasta la fría noche de verano en el jardín trasero de la casa en Butternut Street. Solo estaban encendidas las luces del jardín, barras luminiscentes plantadas entre los setos, y se detuvo un momento para dejar que sus ojos se ajustaran a la oscuridad reinante.

—Doy por supuesto que sabes qué es esto —dijo Chuck Hauser. Se hizo a un lado y esbozó una amplia sonrisa.

Marguerite casi se atragantó.

—¡Un telescopio! ¡Dios mío, es precioso! ¿Dónde lo has conseguido?

Los telescopios ópticos para aficionados no se comercializaban desde hacía años. Por aquel entonces, si uno quería observar el firmamento nocturno acoplaba unas lentes de aumento a su servidor doméstico. O aún mejor, se conectaba a uno de los rastreadores celestiales de acceso público. Los viejos telescopios Dobson como aquel alcanzaban precios muy altos en el mercado de antigüedades.

Y aquel era genuinamente viejo, observó Marguerite en cuanto se acercó a examinarlo: en maravillosas condiciones, pero definitivamente anterior al milenio. No había dispositivos de rastreo digital, tan solo órbitas manuales y relés de tornillos sin fin, perfectamente engrasados.

—Los instrumentos han sido restaurados y ajustados —dijo su padre—. Le han cambiado la óptica por si acaso. El resto es auténtico.

—¡Te debe de haber costado una fortuna!

—Una fortuna no —sonrió tristemente—. No tanto.

—¿Cuándo has comenzado a interesarte por la Astronomía?

—No seas tonta, Margie. No lo he comprado para mí. Es un regalo. ¿Te gusta?

Realmente le gustaba mucho. Abrazó a su padre. No sabía cómo

se lo había podido permitir. *Debe de haber pedido una segunda hipoteca,* pensó Marguerite.

—Cuando eras niña —dijo Chuck Hauser—, todo esto era un misterio para mí.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes. Estrel as y planetas. Todo aquel o que te interesaba tanto. Ahora tengo la impresión de que me debería haber detenido un poco y prestado algo más de atención. Esta es mi forma de decir que admiro lo que has logrado. Quizás esté comenzando a comprenderlo. Así que, ¿crees que podrás empaquetar esta cosa y meterla en ese pequeño coche vuestro?

—Encontraremos el modo.

—Me he dado cuenta de que has puesto tu equipaje en la misma habitación que Chris.

Ella se sonrojó.

—¿Ah, sí? Lo hice sin pensar… En realidad…, es solo la costumbre…

Cada vez peor.

Él sonrió.

—Vamos, Marguerite. No soy un baptista de cabeza dura. Por lo que has dicho y por lo que he visto, Chris es un buen hombre. Estáis claramente enamorados. ¿Habéis hablado de matrimonio?

Su rubor se hizo aún más intenso. Esperó que su padre no pudiera advertirlo con aquella luz tan tenue.

—No tenemos planes inmediatos. Pero no te sorprendas.

—¿Es bueno con Tess?

—Muy bueno.

—¿A ella le gusta?

—Mejor aún. Se siente segura con él.

—Entonces me alegro por ti. Pero dime: ¿el que te haya hecho este regalo me permite ofrecer un pequeño consejo?

—Cuando quieras.

—No voy a preguntar qué es lo que habéis pasado los tres en Blind Lake, pero sé que ha sido especialmente duro para Tess. Ya era un poco cal ada, y no parece que eso haya cambiado.

—No.

—Sabes, Marguerite, tú eras exactamente igual. Densa como un ladrillo cuando algo no te interesaba. Siempre se me hizo difícil poder hablar contigo.

—Lo siento.

—No tienes por qué. Lo único que estoy diciendo es que es fácil dejar pasar esas cosas. Las personas pueden llegar a ser casi invisibles las unas para las otras. Te quiero y sé que tu madre te quería, pero no creo que te viéramos siempre con mucha claridad, si sabes a qué me

refiero.

—Lo sé.

—No dejes que eso te suceda con Tess.

Marguerite asintió.

—Ahora —dijo su padre—, antes de que empaquetemos esta cosa, ¿quieres enseñarme cómo funciona?

Le encontró Ursa Majoris 47 con el telescopio óptico. Una estrella indistinguible, no más que un punto de luz entre muchos, menos bril ante que las luciérnagas parpadeantes entre los arbustos en la parte trasera del jardín.

—Eso es, ¿eh?

—Eso es.

—Supongo que la conoces muy bien, casi debes de sentirte como si hubieras estado al í.

—Así es exactamente como me siento. —Y añadió—: Yo también te quiero, papá.

—Gracias, Marguerite. ¿No deberías acostar a esta niña tuya?

—Chris se puede ocupar de eso. Estaría bien quedarnos sentados aquí fuera, charlando un poco.

—Hace un poco de frío para ser agosto.

—No me importa.

Cuando volvió por fin a la casa, encontró a Chris en la cocina, murmurando a su servidor de bolsillo, tomando notas para su nuevo libro. Llevaba trabajando en aquel o desde hacía semanas, en ocasiones con un ritmo febril.

—¿Se ha ido Tess a la cama?

—Está leyendo en el cuarto.

Marguerite subió a echar un vistazo.

Lo más inquietante de todo lo acontecido en Blind Lake, pensó Marguerite, era que implicaba una conexión entre distancias inmensas a través de un medio que resultaba incomprensible, una conexión que le había hecho posible tocar al Sujeto, y ser tocada por él; el Sujeto, que había sabido durante todo aquel tiempo, de alguna forma, que estaba siendo observado.

El observar cambia a los que son observados. ¿Había sido Tess observada de la misma manera? ¿Y Marguerite? ¿Las conduciría aquel o, entonces, al final de alguna peregrinación inimaginable, a uno de aquellos lugares enigmáticos vinculados con las estrel as, donde intercambiarían la muerte por una zambul ida en el infinito?

Todavía no, pensó Marguerite. *Quizás nunca. Pero desde luego todavía no.*

Encontró a Tess completamente vestida, dormida sobre el cubrecamas, con el libro abierto y el pelo revuelto. La despertó con

dulzura y la ayudó a ponerse el camisón.

Para cuando Tess estuvo bien arropada en la cama, volvía a estar completamente despierta.

—¿Quieres algo? ¿Un vaso de agua? —dijo Marguerite.

—Una historia —respondió Tess con presteza.

—La verdad es que no me sé muchas.

—Sobre él —dijo Tess.

¿Quién? ¿Chris, Ray, su abuelo?

—Sobre el Sujeto —dijo Tess—. Todas las cosas que le pasaron.

Aquel o la cogió por sorpresa. Era la primera vez que Tess había mostrado algún interés en el Sujeto.

—¿De verdad quieres que te hable de eso?

Tess asintió. Se recostó y golpeó rítmicamente la cabeza contra la almohada, con suavidad. El aire del verano agitaba el estor.

Bien. ¿Por dónde empezar? Intentó recordar las páginas que había escrito teniendo en mente a Tess. Las páginas que había escrito pero que nunca había compartido. Historias sin contar.

Pero no las necesitaba.

—Lo primero de todo —dijo Marguerite— es que tienes que entender que era una persona. No exactamente como tú y como yo, pero tampoco diferente del todo. Vivía en una ciudad a la que quería muchísimo, situada sobre una planicie seca, bajo un cielo polvoriento, en un mundo no tan grande como este.

Hace mucho. Muy lejos.

FIN